



JOAKIM ZANDER

EL

NADADOR

Lectulandia

Una tórrida noche en Damasco a principios de los años ochenta. Un agente estadounidense abandona a su bebé a un destino incierto, una traición que jamás se perdonará y que será el comienzo de una huida de sí mismo. Hasta que ya no se pueda esconder de la verdad. Hasta que se vea obligado a tomar una decisión crucial.

Treinta años después, Klara Walldéen, una joven sueca que trabaja en el Parlamento Europeo de Bruselas, se ve envuelta en una trama de espionaje a nivel internacional en la que está implicado su antiguo amante y exmiembro de las fuerzas especiales del ejército sueco, Mahmoud Shammosh. De la noche a la mañana, Klara y Mahmoud se convierten en el objetivo de una cacería que se desarrolla por la Europa invernal, un mundo donde las fronteras entre países se han vuelto igual de borrosas que la línea que separa a aliado y enemigo, verdad y mentira, pasado y presente.

El nadador es una novela de intriga que habla de deudas y desagrazos. De la importancia y el peso del pasado. Y de que, al final, nunca puedes escapar de la persona que eres.

Lectulandia

Joakim Zander

El nadador

ePub r1.0

jdriky 20.06.14

Título original: *Simmaren*
Joakim Zander, 2013
Traducción: Pontus Sánchez

Editor digital: jdricky
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Liisa, Milla y Lukas

A nuestro alrededor, la locura de los imperios continúa.

JANE HIRSHFIELD

Julio de 1980

Damasco, Siria

Cada vez que te tengo en mis brazos es la última vez. Lo he sabido desde el primer día. Y cuando volviste, y yo cogí al bebé con manos insomnes, en lo único en lo que podía pensar era en que esa sería la última vez que lo tenía en mi regazo.

Me miras, ojos purificantes como una promesa de lluvia, y yo sé que tú sabes. Que lo llevas sabiendo el mismo tiempo que yo. Mi traición, ahora, en este mismo instante, tan próxima que ambos percibimos su aliento hediondo, sus latidos, el ritmo irregular de su corazón.

El bebé jadea en la cuna y tú te levantas, pero yo me anticipo y lo cojo en brazos. Lo recuesto sobre mi pecho. Siento su respiración, sus latidos acelerados, a través de la mantita de punto azul celeste que tu madre nos hizo. Su corazón es mi corazón. No hay nada que pueda justificar el abandono de tu propia sangre. No hay excusas ni motivos. Solo un puñado de pretextos, solo mentiras de distintos niveles. Cosas que yo, más que nadie, domino a la perfección.

La ciudad está más que caliente. Después de dos meses de sequía mortal la urbe parece lava incandescente. Cuando por fin cae la noche, sus calles ya no son grises ni beis, sino transparentes, están extenuadas, deshidratadas, temblorosas como la gelatina. Aquí nadie piensa con claridad. Todo huele a basura. Basura, humo de tráfico, ajo y comino. Pero yo solo noto el olor de la criatura. Cierro los ojos y respiro hondo varias veces con la nariz pegada a su coronilla casi calva. Y el bebé todavía está caliente. Demasiado caliente. La fiebre no cede.

Tú remarcas que es el tercer día. Te oigo hurgar en los cajones en busca de una aspirina o cualquier cosa. Es el calor. Nos vuelve locos. Los dos sabemos que aquí no tengo nada de eso, en mi piso, mi espejismo. ¿Por qué estamos aquí?

—Dame las llaves —dices tú.

Agitas la mano como los vendedores de los bazares cuando piden el dinero. Y cuando yo titubeo:

—Dame las puñeteras llaves, maldita sea.

Tu voz una octava más aguda, un matiz de desesperación.

—Pero oye, espera. ¿No es mejor si yo...? —empiezo.

El bebé inmóvil sobre mi hombro. La respiración tan leve que es casi imposible de discernir.

—¿Y cómo coño vas a entrar tú en la embajada? ¿Eh? Tú mismo puedes ver que necesitamos un antifebril.

A regañadientes saco el manajo de llaves del bolsillo. Mientras hago equilibrios con el bebé en mi pecho las llaves se me escurren de los dedos y aterrizan con un tintineo apagado en el suelo de mármol del recibidor. «El calor apaga hasta los ruidos», pienso. Los retrasa, los frena. Nos agachamos al mismo tiempo para recogerlas. Por un instante nuestros dedos se rozan, nuestros ojos. Luego tú te haces con el manajo de un tirón y te levantas, desapareces entre los ecos de la escalera, dejando atrás el sonido amortiguado de la puerta al cerrarse.

Estoy con el bebé en la minúscula sombra del balcón que da a la calle. El recuerdo de una brisa me acaricia la cara. El calor hace que sea difícil respirar. En el aire solo flota el mal olor de la ardiente ciudad. ¿Qué pasó con el jazmín? Hubo una vez en que toda la ciudad olía a esa flor.

El colgante que me diste antes de que todo se volviera calor, fiebre y huida me quema la piel del pecho. El que una vez fue de tu abuela y luego de tu madre. Pienso que lo dejaré aquí, que lo pondré en la mesita de pared del recibidor, la de taracea de nácar y palisandro que compramos juntos en el bazar cuando hacía menos de una semana que los lazos habían empezado a crecer. Pienso que no tengo derecho a llevarme el colgante. Que ya no me pertenece. Si es que alguna vez lo ha hecho.

Sé todo lo que hay que saber para sobrevivir. Me sé todas las calles de la ciudad, todas las cafeterías. Conozco hasta al último anticuario con bigote y dudosos contactos, a los bocazas de los vendedores de alfombras, al chico que vende té hecho en el samovar de un metro de alto que carga a la espalda. He bebido *whisky* importado con el presidente en salas llenas de humo, junto con dirigentes de organizaciones a las que él oficialmente desprecia. El presidente sabe mi nombre. Uno de ellos. He invertido bien el dinero. He procurado que caiga siempre en las manos que más beneficio me pueden proporcionar para conseguir los intereses que me han puesto como objetivo. Si os cruzáis conmigo hablaré vuestros idiomas mejor que vosotros mismos. Al mismo tiempo: llévame a otro sitio, suéltame en la jungla, en la estepa, en el vestíbulo del Savoy. Dame un minuto. Me convierto en una lagartija, una brizna de hierba seca, un joven banquero en traje de rayas, con el pelo un poco demasiado largo y un pasado variopinto pero privilegiado. Conozco ligeramente a vuestros amigos de la universidad a través de terceros. Ellos nunca se acuerdan de mí.

No lo sabéis, pero soy infinitamente mejor que vosotros. Cambio mucho más deprisa. Me adapto mejor. Tengo un contorno más incierto y un núcleo más sólido. Llevo las riendas más cortas. Si se alargan, las corto. ¿Y ahora? Ahora me he desconcentrado y las he dejado crecer, las he dejado endurecerse. Lazos de sangre.

El juego es eterno, pero esta partida ha terminado. Abrazo más fuerte al bebé contra mi pecho, zapateo impaciente en las baldosas. Cuando las imágenes de muerte se filtran en mi sinapsis cierro los ojos y sacudo la cabeza. Sin darme cuenta me digo a mí mismo con un susurro:

—No, no, no...

La cara hinchada en el sumidero abierto junto a la autovía hacia el aeropuerto. Los ojos abiertos. Las moscas en el calor. Las moscas.

—No, no, no...

¿Por qué no lo dejé en paz? Yo ya lo sabía todo. ¿Por qué convencí a Firas para tener otra reunión cuando la pista ya estaba al rojo vivo? Pero era demasiado contradictoria, demasiado difícil de creer. Necesitaba oírlo una vez más. Mirar una vez más a los ojos nerviosos de Firas para ver si había algo escondido allí dentro. Ver si una sombra se posaba en su cara cuando repetía a despecho los detalles por última vez. Ver si sus tics nerviosos se habían acentuado o desaparecido del todo. Todas esas señales. Todos los matices. Todo aquello que constituye la casi imperceptible línea divisoria entre verdad y mentira, vida y muerte. Cierro los ojos, niego con la cabeza mientras la angustia, la culpa, me atraviesan. Tendría que haberlo visto.

Y ahora ya no hay tiempo que perder. El coche está alquilado a nombre de uno de mis contactos y está aparcado a la vuelta de la esquina. La mochila con ropa, dinero y pasaportes nuevos me espera en el maletero. El camino de huida está activado, escrito con tinta invisible en el interior de mis párpados. Es la única solución en este momento. Convertirse en niebla y luego esfumarse como el aire. Formar parte del camino, el ajo, la basura y los humos. En un día bueno, incluso del jazmín.

Levanto al bebé y lo miro. Es un alivio que tenga tus ojos. Así es más fácil. ¿Qué clase de ser humano es el que abandona a su descendencia? Aunque sea para protegerla. Una traición tras otra. Una mentira tras otra. ¿Por cuánto tiempo puede la relatividad salvar el alma de una persona?

El ruido de la calle. Más lento y apático en el calor. Contornos de voces cansadas que apenas llegan hasta donde estoy, en la tercera planta. Coches que se arrastran sedientos y atormentados por el hormigón escaldado.

Y entonces el traqueteo de un coche que no arranca. Una llave que gira pero que no logra hacer que la bujía suelte una chispa. Una vez:

«Aaaaannnnnnananananananan».

Me pongo al sol en el balcón, tapando al bebé, y me acerco a la barandilla. Es como meterse en una bañera demasiado caliente. El sudor corre por mis mejillas. Mis axilas, mi espalda y mi pecho ya están empapados. Me asomo por la baranda, paseo la mirada hasta encontrar el viejo Renault verde oxidado al otro lado de la calle. Pensamientos que me pasan por la cabeza: que me pusiera contento al encontrar justo

ese hueco para aparcar. Que pensara que el coche se quedaría allí durante semanas, meses. Que quizá al final encontrarías las llaves y lo cambiarías de sitio. Que por qué te ibas a interesar por el coche.

Los reflejos del sol centellean en la luna del conductor. Pero cuando entorno lo ojos puedo verte. Tu pelo hermoso y rubio, liso y graso por tantas noches en vela y falta de agua. Inclínada hacia delante, la cara desencajada de irritación, dolor de cabeza, todas las ideas que pasan por ella, toda la preocupación. Pienso que eres lo más bello que he visto en toda mi vida. Que es la última vez que te veré. El cuchillo que se retuerce, vuelta tras vuelta, en mi corazón.

Giras la llave una vez más:

«Aaaaannnnnanananananan».

Es la señal. Una de ellas. Una de las miles de señales que he aprendido a reconocer para sobrevivir. Y sé que ya es tarde, demasiado tarde. Caigo en la cuenta. El pánico mortal, el desengaño, la culpa, la culpa, la culpa. Todo en el lapso de tiempo que tarda un nervio en reaccionar al dolor.

Cuando la explosión me revienta los tímpanos ya estoy tirado en el suelo. El estallido no es sordo, no está amortiguado por el calor. Es terrible, majestuoso. Es un campo de batalla comprimido en un instante. Siento miles de partículas diminutas, leves, afiladas, que me cubren como ceniza. Cristales y lo que quizá sean trozos de la fachada, trozos de metal.

Después reina un silencio sepulcral. Creo yacer bajo un manto de vidrio, un manto de cemento barato, acero oxidado. Pienso que debo de estar sangrando. Pienso que si estoy pensando es que estoy vivo. Pienso que tengo los brazos por aquí en algún sitio, que los noto debajo del hormigón. Pienso que qué es lo que estoy abrazando, sobre qué estoy tirado. Consigo rodar el cuerpo media vuelta a un lado. Tintineo de hormigón y cristales a mi alrededor. Con cuidado me incorporo, me apoyo sobre un codo que parece responder a las señales de mi columna vertebral.

Debajo de mí está el bebé, mis manos aprietan fuerte sus orejas. El bebé me mira y parpadea, respira de forma pesada, febril. No lo ha tocado ni un solo cristal.

8 de diciembre de 2013

Upsala, Suecia

En realidad Mahmoud Shammosh no estaba paranoico. Al contrario. Si alguien le preguntara, él se describiría como todo lo opuesto. Racional. Académico. Y más que ninguna otra cosa: decidido.

Mahmoud nunca había creído en la marginación ni en las conspiraciones. Eso era cosa de adolescentes, yihadistas y conspiranoicos. Él no había conseguido salir del cemento y la desesperanza de la periferia hasta alcanzar el doctorado en Upsala, pasando por todo lo que había tenido que aguantar, a base de buscar excusas. Si había algo de lo que estaba seguro era de que en nueve casos de cada diez la solución más simple era la correcta. La paranoia era cosa de perdedores.

Con un pequeño chasquido consiguió soltar su oxidada Crescent del aparcamiento de bicicletas delante del edificio Carolina Rediviva de la universidad. Una vez, mucho tiempo atrás, había sido de color azul claro. Solo los estudiantes de primer año tenían bicis bonitas en Upsala. Los veteranos sabían que esas las robaban la primera semana. La bicicleta de Mahmoud parecía hacer equilibrios en la finísima frontera entre el perfecto camuflaje y la total inutilidad.

Dio un par de pedaladas fuertes y luego dejó que la cuesta abajo hacia la ciudad hiciera el resto. Tras casi siete años en Upsala seguía adorando dejarse caer por la calle Drottningatan con el viento acariciándole la cara. El frío gélido cortándole los nudillos. Lanzó una mirada por encima del hombro con resignación. Las farolas de la cuesta que subía a la biblioteca brillaban con solitaria melancolía en la temprana oscuridad de diciembre. Nadie lo estaba siguiendo.

La recepción de la facultad de Derecho en la plaza Gamla Torget estaba llena de adornos brillantes. El árbol de Navidad y los candelabros de adviento estaban encendidos, a pesar de que era domingo, pero el pasillo de la tercera planta estaba a oscuras y en silencio. Abrió con llave la puerta de su despachito abarrotado. Entró, encendió la lámpara del escritorio y puso en marcha el ordenador.

Se sentó en la silla de espaldas a la ventana y apartó dos libros sobre la privatización de las funciones del Estado y derechos humanos. Dentro de poco, si todo iba según lo previsto, él mismo sería el autor orgulloso de un libro de la misma temática: *La privatización de la guerra*. Era el título de su tesis doctoral. Llevaba escrito más o menos la mitad.

En verdad lo que había escrito hasta la fecha era bastante tradicional. Quizá

contuviera más trabajo de campo de lo que suelen hacerlo las tesis de Derecho, pero esa era precisamente la idea que perseguía con la tesis. Era moderna, interdisciplinaria. Había entrevistado a una cincuentena de empleados de empresas estadounidenses y británicas en Irak y Afganistán. Empresas que cumplían las mismas funciones que hasta ahora solo habían llevado a cabo los ejércitos, desde transportes y abastecimiento hasta distintas variantes de servicios de vigilancia, e incluso combate puro y duro.

Al principio había cruzado los dedos para conseguir una exclusiva, un Abu Ghraib o un My Lai. El académico que revela los crímenes más grandes y terribles. Y su pasado había sido una ventaja, Mahmoud lo sabía. Pero no había descubierto nada espectacular. Solo había sido lo bastante bueno a la hora de hacer un mapa y catalogar las empresas y sus normas como para publicar un artículo en el *European Journal of International Law* y un resumen en el periódico sueco *Dagens Nyheter*. Y a ello le siguió una entrevista inesperada para la CNN en Kabul. Eso había llevado a que de pronto lo invitaran a conferencias y simposios internacionales. No era ninguna exclusiva, pero sí el dulce, muy dulce, sabor de un triunfo inminente.

Hasta que llegó el mensaje, vaya.

Con un suspiro, Mahmoud levantó una pila de quinientas hojas de su escritorio. El último capítulo de su tesis. Ya la primera página estaba repleta de comentarios en rojo. Su director de tesis, un viejo reservista, revisaba cualquier intento de atajo que Mahmoud probara a hacer con su material. Notó que su corazón se le desinflaba en el pecho y dejó el montón de papeles a un lado. Primero el *mail*.

El anticuado ordenador soltó un gruñido cuando Mahmoud trató de abrir el programa de correo electrónico, como si estuviera protestando por verse obligado a trabajar en domingo. Los equipos informáticos de la facultad no es que fueran de última generación. A esta facultad no venías por sus facilidades modernas sino más bien por lo contrario: quinientos años de tradiciones.

Mahmoud echó un vistazo por la ventana y contempló la oscuridad de diciembre. Puede que su despacho fuera pequeñito, pero tenía las mejores vistas de toda Upsala. En primer plano el río Fyris y esa casa que Ingmar Bergman usó en *Fanny y Alexander*. ¿Cómo se llamaba? ¿Akademikvarnen? Por detrás, la iglesia y el castillo, iluminados con luz casi fantasmagórica en todo su esplendor burgués, académico e impoluto. Mahmoud ya casi nunca reparaba en ello, pero esa vista no tenía nada que ver con el pequeño parque infantil y el hormigón desconchado en el que había pasado su infancia. Al final el ordenador se rindió y dejó que Mahmoud entrara a ver su correo. Solo uno nuevo, sin título. No era de extrañar, había revisado el *mail* hacía apenas un cuarto de hora en la biblioteca. Estaba a punto de marcarlo como *spam* cuando reaccionó por la dirección del remitente. Jagareoo@hotmail.com.

Se le aceleró el pulso. Era el segundo *e-mail* que le llegaba de esa dirección de correo. El primero lo había recibido justo al volver de su último viaje a Afganistán y era el causante de la paranoia que lo había abordado en las últimas semanas.

El mensaje había sido escueto, en sueco, y, por lo que parecía, lo había enviado alguien que había estado presente en Afganistán:

Shammosh:

Vi que te entrevistaban en la CNN hace un par de días. Por lo visto te has vuelto serio de cojones. ¿Existe alguna posibilidad de que nos veamos en Kabul los próximos días? Tengo información sobre algo que nos interesa a los dos. Ten cuidado, hay gente que te está vigilando.

Voluntad, coraje y perseverancia.

El tono familiar. «Voluntad, coraje y perseverancia». Palabras conocidas de un tiempo remoto. Sin duda, se trataba de alguien que lo conocía.

Y el final: «Hay gente que te está vigilando». Mahmoud lo había ventilado rápido con una risotada. Era algún colega, no cabía la menor duda. Alguien que le estaba gastando una broma. En cualquier momento le llegaría un *e-mail* nuevo diciendo «LOL! ¡Has caído!». Algunos fragmentos de su pasado resultaban singulares entre los círculos sociales en los que ahora se movía y eran una importante fuente de bromas para sus nuevos amigos. Pero no llegó nada más a su buzón de entrada. Y poco a poco comenzó a mirar a su alrededor. Solo para estar seguro. Solo para... bueno, ¿por qué no?

Y aquella misma noche lo había visto. Un Volvo normal y corriente V70. Gris burocrático. Y más tarde aquella misma semana lo vio otra vez cuando salía del Centro de Salud Estudiantil después de su partida semanal de baloncesto. Memorizó la matrícula. Y a partir de ahí lo había visto en todas partes. Mahmoud sintió un escalofrío. Quizá fuera un farol. Quizá no.

Se volvió hacia el ordenador y abrió el nuevo correo. ¿Iba a revelarse la broma? Jamás le reconocería al autor que en parte se la había creído.

El texto estaba en sueco:

Shammosh:

Me pondré en contacto contigo en Bruselas. Tenemos que vernos.

Voluntad, coraje y perseverancia.

Mahmoud volvió a sentir que se le aceleraba el pulso. ¿Cómo podía saber esa persona que iba a estar en Bruselas esa misma semana? Que él supiera, solo su director de tesis estaba al tanto de que había aceptado una invitación para hablar en una conferencia organizada el jueves por el International Crisis Group. A Mahmoud se le puso la piel de gallina, un estremecimiento le recorrió el espinazo. ¿No podía tratarse de una broma, a pesar de todo? ¿El Volvo, una alucinación suya? Pero al mismo tiempo... En alguna parte, una sensación de tensión, una pequeña dosis de

adrenalina.

Negó con la cabeza. Quizá no había más que esperar y ver si alguien se le cruzaba en Bruselas. Pero le quedaba una cosa por hacer antes de salir del despacho. Un *e-mail* que tenía que escribir sí o sí. Un contacto que llevaba mucho tiempo esperando recuperar.

Klara Walldéen había surgido de repente, de forma totalmente inesperada. Un día apareció, sin más, rodeándolo con los brazos, apoyando la cabeza sobre su hombro, con las manos metidas en su pelo cada vez más largo. Había sido un periodo muy turbulento de su vida. Él estaba vacío y desconcertado, exhausto e insomne. Completamente solo. Y un día ella estaba de pie en la puerta de su diminuto y austero piso.

—Te he visto en las clases —dijo ella—. Eres el único que parece estar más solo de lo que yo me siento. Así que te he seguido. Qué locura, ¿no?

Después cruzó el umbral y tumbó su soledad al lado de la de Mahmoud sin decir nada más. Y él dejó yacer la suya hasta que ambas se acercaron la una a la otra por sí solas, hasta que se fundieron. Para él era una liberación el hecho de que a menudo permanecieran en silencio, sin tener que hablar. Que pudieran quedarse tumbados en su modesto colchón o en la cama estrecha y dura de Klara en Rackarberget, escuchando alguno de sus singles de mercadillo crepitando en el desvencijado tocadiscos de viaje.

Seguía sin pasar un solo día sin que Mahmoud pensara en ello. En cómo respiraban de la forma más discreta posible para no rasgar la frágil membrana que los envolvía, en cómo los latidos de sus corazones armonizaban con el ritmo de *I'm so happy* de Prince Phillip Mitchell.

Aun así él había sabido desde el principio que la cosa no iba a funcionar. Que había algo en su interior que no se entregaba, algo que era inconciliable con lo que él y Klara habían creado. Algo que guardaba para sí, en lo más hondo, en la parte más escondida de su corazón. Cuando Klara fue aceptada en la London School of Economics, al final de la carrera de Derecho, habían jurado que irían y vendrían, que lo harían funcionar, que la distancia era irrelevante para una relación tan fuerte como la suya. Pero en el fondo Mahmoud sabía que era el final. Por dentro sentía que el fuego que tanto le había costado sofocar se reavivaba con una nueva llama de determinación.

Jamás olvidaría los ojos de Klara cuando estaban en el aeropuerto de Arlanda y él comenzó a tartamudear su discursito de memoria. Que si quizá estaría bien hacer una pausa. Que si serían una carga el uno para el otro. Que si no había que verlo como un final sino como una nueva posibilidad. Todas esas cosas que eran excusas, cualquier cosa menos la verdad. Ella no dijo nada. Ni una sola palabra. Y no le quitó los ojos de

encima. Cuando Mahmoud hubo terminado, o cuando las palabras terminaron de traicionarlo, todo el amor, toda la sensibilidad, se habían esfumado de los ojos de Klara. Ella lo miraba con un desprecio tan penetrante que las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Mahmoud. Después ella cogió las maletas del suelo y se fue al *check-in* sin darse la vuelta. Ya habían pasado tres años. No habían vuelto a hablar desde entonces.

Mahmoud se inclinó sobre el ordenador y abrió un correo nuevo. Sus dedos picaban las teclas a toda velocidad. Lo único que había tenido en la cabeza desde que lo habían invitado a la conferencia en Bruselas era que se pondría en contacto con Klara. Pero no lo había conseguido. No se había visto capaz de escribirle.

—¡Va, tío! —se dijo a sí mismo en voz alta—. ¡Ya!

Tardó casi media hora en escribir un *e-mail* que al final no pasaba de las cinco líneas. Le llevó otro cuarto de hora borrar todo lo que pudiera interpretarse como segundas intenciones, desesperación o referencias a una historia a la que ya no tenía acceso. Al final respiró hondo y dio a «Enviar».

Cuando salió de la facultad, veinte minutos más tarde, lo primero que vio fue el Volvo gris. En un aparcamiento protegido por la oscuridad, abajo, junto al río. Mientras abría el candado de la bici oyó que el vehículo arrancaba, sus faros despertaron del letargo y un cono de luz fantasmal iluminó la vieja baranda metálica que se extendía a lo largo del río Fyris. Por primera vez en mucho tiempo, Mahmoud sintió auténtico miedo.

8 de diciembre de 2013

Archipiélago de Sankt Anna, Suecia

El silencio posterior era casi igual de paralizante que los dos disparos ensordecedores de la escopeta. Lo único que se oía eran unos patos que parpaban mientras se alejaban por la ensenada y el perro que tiraba del collar mientras gimoteaba débilmente, frenético. Todo era gris. Las rocas y el mar. El viento susurraba entre los pálidos juncos de la orilla.

—Has fallado —dijo el anciano de los prismáticos.

—Qué va —respondió la joven mujer que estaba a su lado. Todavía mantenía la escopeta pegada al hombro. La madera de cerezo de la culata le refrescaba la mejilla—. Quizá el primer tiro sí, pero el segundo no, ni por asomo —dijo—. Suelta a Albert, a ver qué pasa.

El hombre mayor se agachó y desenganchó la correa del collar del cocker. El perro salió disparado entre ladridos agudos, se metió en los juncos y subió las rocas en la dirección a la que apuntaba la escopeta.

—Has fallado los dos. Créeme. Ya no atinas, Klara.

El hombre negó en silencio. La sombra de una sonrisa cruzó los labios de la chica.

—Eso lo dices cada vez que salimos, abuelo. Que he fallado. Que ya no atino. —Imitó la cara de preocupación del hombre—. Pero Albert siempre vuelve con la cena del domingo en la boca.

El hombre negó de nuevo con la cabeza.

—Yo solo digo lo que he visto con los prismáticos, eso es todo —murmuró.

Sacó un termo y dos tazas de la mochila desgastada que estaba apoyada en una piedra junto a sus pies.

—Una taza de café y luego nos iremos a despertar a la abuela —dijo él.

Desde la orilla de la playa llegó un corto ladrido seguido de un chapoteo salvaje. Klara esbozó una amplia sonrisa y acarició a su abuelo en la mejilla.

—Que ya no atino, ¿eh? ¿Era eso lo que decías?

El hombre le guiñó uno de sus ojos, azules como el hielo, sirvió una taza de café y se la pasó. Con la otra mano sacó una petaquita de un bolsillo escondido.

—¿Quieres un traguito, gran cazadora? Para celebrar tu triunfo —dijo.

—¿Qué? ¿Te has traído el aguardiente? ¿Sabes qué hora es? Informaré a la abuela de esto, que lo sepas.

Klara negó seria con la cabeza, pero dejó que su abuelo le echara un lingotazo de destilado casero en el café. Antes de que le diera tiempo a darle un trago su móvil

empezó a sonar desde el fondo de uno de los profundos bolsillos del impermeable de hule. Soltó un suspiro y le dio la taza a su abuelo.

Pescó su BlackBerry. No le sorprendió ver el nombre de Eva-Karin parpadeando en la pantalla. La jefa. La dinosaurio socialdemócrata y diputada del Parlamento Europeo Eva-Karin Boman.

—Uf —jadeó antes de descolgar—. Hola, Eva-Karin —dijo luego con un tono de voz una octava más alto y mucho más enérgico que el habitual.

—Klara, cariño, ¡qué suerte que te haya localizado! Verás, tenemos un lío bastante gordo. Glennys me acaba de llamar ahora mismo y me ha preguntado por nuestro posicionamiento respecto al informe de seguridad sobre tecnologías de la información. Y ni siquiera he tenido tiempo de abrirlo, ¿sabes? Hemos tenido tanto trabajo con...

Su voz desapareció por un momento. Klara echó un vistazo rápido al reloj. Poco antes de las nueve. No cabía la menor duda de que Eva-Karin iba en el tren exprés de camino al aeropuerto de Arlanda. Paseó la mirada por las rocas grises y erosionadas por el viento. Se le hacía tan absurdo hablar con Eva-Karin aquí fuera, en el archipiélago. La voz de su jefa era una intrusa en su único refugio.

—... así que si pudieras tenerme un resumen para... ¿cuándo podría ser? Antes de las cinco, ¿sí? Para que pueda repasarlo antes de la reunión de mañana. ¿Verdad que te da tiempo? Eres un ángel, cariño.

—Claro —dijo Klara—. Bueno, Eva-Karin, a lo mejor no te acuerdas, pero estoy en Suecia y no vuelo a Bruselas hasta las dos. No sé si me da tiempo para las cinco.

—Klara, sé muy bien que estás en Suecia —la interrumpió Eva-Karin con una voz que no daba margen a seguir la discusión—. Pero puedes trabajar durante el viaje, ¿verdad? Quiero decir, has tenido todo el fin de semana libre, ¿no?

Klara hincó las rodillas en el musgo húmedo y apoyó la cabeza en las manos. Era domingo por la mañana. Había tenido un sábado libre. Era como si le estuvieran chupando las ganas de vivir.

—¿Klara? ¿Klara? ¿Sigues ahí? —sonó la voz de Eva-Karin en su oreja.

Klara se aclaró la garganta y sacudió la cabeza. Respiró hondo y tensó la voz, se forzó a que sonara animada, decidida, dispuesta a servir.

—Por supuesto, Eva-Karin —dijo—. No hay problema. Te mando el resumen por *mail* hoy antes de las cinco.

Media hora más tarde, Klara Walldéen estaba de vuelta en la habitación donde se había criado, rodeada del empapelado rosa con cenefas de flores que había conseguido a los diez años después de insistir hasta la saciedad. Tablas de madera lisas y desgastadas bajo sus pies descalzos. Al otro lado de la ventana se podía vislumbrar el mar Báltico entre los árboles pelados. Había gansos en las olas. Antes

de que terminara el día habría llegado la tormenta. Tendrían que darse prisa. Su amigo de la infancia Bosse Bengtsson, que vivía más adentro en la ensenada, la iba a llevar hasta Norrköping en barco y coche. Después, tren hasta Arlanda y luego avión hasta la vida normal en Bruselas.

Se quitó el jersey de Helly Hansen afelpado, dejando sus delgados hombros al descubierto, y lo reemplazó por un top ajustado de color claro y una rebeca asimétrica. Tejanos de mezclilla japonesa en lugar de los viejos pantalones de pana, que en verdad eran de su abuela. En los pies, un par de Nike de edición limitada en vez de las botas forradas que se había puesto para la caza matutina. Un toque de maquillaje en torno a los ojos. Un par de pasadas con el cepillo por el pelo negro carbón. En el espejo del pequeño tocador era otra persona. Las tablas de madera crujían a su paso.

Klara se levantó de la silla y abrió la puerta del desván. Con cuidado, acostumbrada, se agachó para adentrarse en la oscuridad y cogió una vieja caja de zapatos de la que sacó un puñado de fotografías. Las esparció en el suelo y se sentó a mirarlas.

—¿Ya estás aquí otra vez mirando esas viejas fotos, Klara?

Klara se volvió. En la tenue luz que inundaba el cuartito su abuela parecía transparente. Su cuerpo, tan frágil y vulnerable. Quien no lo viera con sus propios ojos no podría creer que aquella mujer todavía se subía a la parte más alta de los manzanos para robarles hasta la última fruta a los pájaros.

Los mismos ojos azules que el abuelo. Podrían haber sido hermanos. Pero sobre eso no se hacían bromas aquí en el archipiélago. Su cara tenía algunas marcas, pero no arrugas. Nunca se maquillaba, solo sol, risa y agua marina, solía decir. No parecía superar los sesenta ni en un día, pero en un par de meses cumpliría setenta y cinco.

—Solo quería echar un vistazo, ya sabes —respondió Klara.

—¿Por qué no te las llevas a Bruselas? Nunca lo he entendido. ¿Para qué las vas a tener aquí?

La abuela negó con la cabeza. Algo triste, solitario, titiló en el océano azul de sus ojos. Por un instante parecía que fuera a decir algo más, pero cambió de idea.

—No lo sé —dijo Klara—. Tiene que ser así y ya está. Pertenecen a esta casa. ¿Qué, al final hay bollos de azafrán?

Recopiló las fotografías y las metió con cuidado en la caja de zapatos antes de seguir los pasos de su abuela que crujían escaleras abajo.

—¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Con ropa de ciudad y todo! Quién te ha visto y quién te ve.

Bosse Bengtsson estaba de pie en el embarcadero esperando a Klara cuando su amiga llegó caminando por el sendero que bajaba desde la deteriorada finca de sus

padres. Como tantas veces antes. Aquí sus pies parecían encontrar solos el camino. Como si el cerebro o la columna vertebral de Klara no estuvieran por la labor de esquivar raíces, piedras, charcos.

—Déjalo, Bosse. Pareces mi abuelo —dijo Klara.

Se dieron un abrazo patoso. Bosse tenía un par de años más que ella y habían crecido más o menos juntos en la isla. Él era como su hermano, dos hermanos con aspectos y personalidades invertidos.

Eran una pareja singular. Klara, pequeña y fina, la mejor de la clase, y tan buena en fútbol que estuvo un tiempo jugando en el equipo masculino de Österviking. A Bosse le gustaba pescar y, de mayor, ir de caza, beber y pelearse. Ella siempre a punto de marcharse. Él sin pensar nunca en salir del archipiélago. Pero habían ido juntos a la escuela día sí, día también. El semestre de verano cogían el barco escolar y el de invierno usaban el aerodeslizador. Esas cosas generan una confianza que suele ser más fuerte que la mayoría de las cosas.

Klara subió a bordo y recogió las defensas desgastadas del viejo caballo de carga que Bosse tenía por barco mientras él maniobraba para salir del embarcadero. Cuando Klara hubo terminado fue a hacerle compañía a Bosse en la diminuta cabina. Al otro lado de los ojos de buey las olas habían crecido, sus crestas eran blancas e impetuosas.

—Esta noche habrá tormenta —dijo Bosse.

—Eso dicen —respondió Klara.

17 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

El parquecito que George Lööw veía desde el ventanal panorámico de su despacho, en la séptima planta del edificio de oficinas de la mayor empresa de relaciones públicas del mundo, Merchant & Taylor, en Square de Meeus, estaba deshojado, escarchado y asqueroso. George Lööw odiaba diciembre. Sobre todo, odiaba la Navidad. Podía ver las decoraciones navideñas a lo largo de Rue Luxembourg hasta el Parlamento Europeo y lo llenaban de irritación. Ni siquiera le servía de consuelo que diciembre llegara a su fin: la panda de vagos de los trabajadores del ayuntamiento dejaban que aquella mierda colgara hasta bien entrado febrero.

Solo alguna que otra semana más, luego se vería obligado a volver a la casa de ocho habitaciones de su familia en la calle Rådmandsgatan y ponerles al día de su vida como cada año. El piso estaría decorado con el árbol de Navidad de Elsa Beskow y las velas. Las luces en forma de estrella estarían encendidas, la mesa de Navidad de su viejo estaría repleta de mazapanes, bombones de caramelo de su nueva esposa Ellen y chocolates carísimos que George llevaba cada año desde Bruselas y que ellos colocaban no sin cierto embarazo y más por obligación que por gusto.

La familia estaría repartida en los sofás de Svenskt Tenn, hastiados de comer y rodeados por la nube de humo que generaban las tazas de glögg casero —dichoso vino caliente— que tendrían en las manos. Borrachos de pasión y de su puta hipocresía, cruzarían miradas chulescas cuando le pidieran a George que les hablara de su trabajo de «lobista», una palabra que pronunciaban como «excremento» o «advenedizo».

—Chusma asquerosa —espetó George en su despacho vacío.

La pequeña cafetera soltó un murmullo y le llenó media taza de Nespresso. Iba por el tercer café y ni siquiera eran las diez. Estaba inusualmente nervioso ante su reunión con un nuevo cliente llamado Digital Solutions. El jefe de George, Richard Appleby, el director general de Estados Unidos en Europa, había dicho que lo querían a él en concreto, lo cual en sí ya era cojonudo. Por lo visto, había comenzado a hacerse un nombre. Se había hecho conocido por lograr que en Bruselas las cosas se hicieran. Por saber hacer soplar el viento en la dirección correcta.

Pero le sentaba como una patada en el culo no saber nada de ellos. Había miles de empresas que se llamaban Digital Solutions. Era imposible saber quiénes eran estos.

No te podías preparar para estas cosas. No había más remedio que activar el carisma y tirar para adelante. Mientras apoquinaran los considerables honorarios no había por qué discutir. Merchant & Taylor carecía de escrúpulos. *Si pagas, juegas* era el lema extraoficial. Productos químicos, armas, tabaco. Adelante con todo. ¿No había Appleby representado incluso a Corea del Norte una vez a principios de los noventa? ¿O era solo un mito? Qué más daba. Pero George prefería saber a quién tenía delante antes de que la reunión comenzara.

Todavía seguía sudando tras la sesión matinal de squash en el gimnasio. La camisa Turnbull & Asser azul celeste se le pegaba a la espalda. Joder, qué desagradable. «Espero que se me pase antes de la reunión —pensó—. Supongo que el café no me ayuda».

Se tomó el *espresso* de un trago haciendo una mueca. George tomaba el café como los italianos. Un *espresso* corto, de pie. Sofisticado. Elegante. Incluso cuando estaba a solas en su despacho. Era importante no relajar la actitud. Eres lo que aparentas.

Las diez menos cinco. Recogió una pila de papeles, un bloc de notas y un bolígrafo. Los papeles no tenían nada que ver con Digital Solutions. Pero eso no lo sabía el cliente. No podía parecer un maldito becario y bajar a la reunión solo con el boli en la mano.

George se había enamorado de la sala de reuniones en la esquina de la séptima planta desde que empezó en Merchant & Taylor y la reservaba siempre que estaba libre. La sala tenía dos paredes de cristal que se abrían ante el paisaje de oficinas en las que un lejano día George había iniciado su propia carrera. Apretando un botón que había junto al interruptor, al lado de la puerta, podías hacer que las dos paredes se escarcharan al instante, se volvían opacas como una gruesa capa de hielo. Las primeras semanas en el puesto, cuando George se había pasado los días delante del ordenador haciendo aburridísimos análisis del mundo entero para clientes del sector azucarero, automovilístico, de polímeros, lo que fuera, y escribiendo cartas de encefalograma plano, las paredes de cristal eran lo más *cool* que había visto jamás. Le encantaba ver a los consultores de mayor experiencia yendo a hurtadillas por el suelo de parqué en sus zapatos de cuero italiano y desaparecer dentro del cubo de hielo. Qué cosa más formidable.

Ahora era George quien se deslizaba por el suelo de camino al cubo de hielo. Notaba las miradas. Miradas similares a las que él había lanzado cuando estaba sentado a la altura del suelo. Muchos de los compañeros con los que había empezado trabajando seguían allí. No todos habían hecho la misma carrera vertiginosa que George, y quizá no todas las miradas eran solo de admiración. Pero todos ponían buena cara. Saludaban con la mano. Sonreían. Seguían el juego.

En cualquier caso, había tenido una suerte de narices al conseguir este trabajo después de haber renunciado a su puesto en el bufete de abogados sueco Gottlieb, tres años atrás. El mero hecho de que en Gottlieb hubiera trabajado con cosas tan vulgares como el derecho empresarial y los traspasos de compañías ya había resultado muy difícil de aceptar para su viejo. Si eras abogado del ámbito privado, en la familia Lööw lo que contaba era el derecho penal. Grandes principios, justicia e injusticia. No algo tan *sucio* como convenios de empresa y dinero. Eso era para advenedizos o «arribistas sin tradición, costumbres ni conciencia», como solía decir el viejo. Gracias a Dios que el hombre al menos no conocía las circunstancias reales que rodeaban la renuncia de George.

De hecho, su viejo incluso se había amansado un poco cuando George, tras su estancia en el bufete de abogados, entró en un máster de alto prestigio en el Collège D'Europe en Brujas. Una auténtica escuela de élite de modelo francés que era la vía más rápida para entrar en la *crème de la crème* de Bruselas. Por fin el chico sentaba la cabeza. ¿De ahí al Ministerio de Asuntos Exteriores, quizá? ¿O a la Comisión Europea en Bruselas? Algo digno.

George sabía que tras su corta trayectoria en Gottlieb cualquier carrera en Suecia quedaba descartada y, con un título fresco de Derecho emitido por la UE bajo el brazo, Bruselas era por naturaleza el sitio donde ponerse a buscar trabajo. Los bufetes de abogados los había descartado desde el principio. Ya había tenido su dosis de cajas de mierda llenas de informes anuales y noches interminables que consistían en revisar discos duros en busca de convenios y acuerdos más o menos discretos.

Las empresas de relaciones públicas habían resultado ser algo totalmente distinto. Oficinas maqueadas. Tías buenas de todo el mundo con trajecitos ajustados y tacón alto. Neveras con refrescos y birra gratis. Cafeteras *espresso* de verdad, no esas cafeteras americanas.

Abandonar las aceras grises y sucias de Bruselas para entrar en el edificio fresco y de luz tenue de Merchant & Taylor, todo de madera y cristal, con sus ascensores silenciosos y el nivel de ruido ambiente no superior a un susurro, era una experiencia celestial. En efecto, no pagaban sueldos tan elevados como los grandes bufetes estadounidenses, pero sí que existía la posibilidad de amasar grandes sumas de dinero. Y al cabo de un año o así te daban un coche de leasing. Y no una mierda cualquiera sino un Audi, un BMW, quizá incluso un Jaguar.

Las grandes empresas de relaciones públicas inglesas y estadounidenses eran los mercenarios de Bruselas. Vendían territorio, información e influencia al mejor postor, independientemente de la ideología o las creencias morales. Muchos miraban a los lobistas por encima del hombro. George los amó sin reservas desde el primer minuto. Este era su ambiente. Esta era su gente. El carcamal de su padre y el resto de la

familia podían pensar lo que les diera la santa gana.

Al llegar al cubo, George entró en la sala de reuniones y cerró la puerta. Le molestó que su cliente ya estuviera sentado en una de las sillas de cuero claro. Las secretarias tenían instrucciones de hacer esperar a los clientes en recepción si llegaban antes de tiempo. Pero George no dejó que el cliente vislumbrara su contrariedad, sino que se limitó a escarchar el cristal apretando el botón con el gesto de quien está acostumbrado.

—¡Señor Reiper! ¡Bienvenido a Merchant & Taylor! —dijo, y esbozó su sonrisa más amplia y segura al mismo tiempo que alargaba una mano que podía presumir de manicura para saludar al hombre.

El sexagenario —a juzgar por las apariencias— estaba desplomado en la silla en una extraña postura con la que evidenciaba su desconocimiento total de la llamada ergonomía, o bien se rebelaba contra todos sus principios.

Reiper parecía vivir una vida de lo más insana. No era gordo, pero estaba hinchado y los contornos de su cuerpo tendían hacia el suelo, como un globo de helio de varios días. Toda su complexión parecía estar construida a base de café rápido y comida de avión. Tenía la coronilla calva y a ambos lados de la cabeza lucía una franja de pelo revuelto e indómito de color aguanieve. Su cara era amarillenta y tersa, como si pocas veces estuviera al aire libre. Desde la sien izquierda hasta la comisura de la boca le corría una cicatriz gruesa y blanca. Llevaba un polo negro raído y unos chinos beis de tintorería con raya. En el cinturón asomaban una funda para el iPhone y otra para una linterna. Sobre la superficie brillante de la mesa de reuniones había un bloc de notas sucio y una gorra azul de Georgetown Hoyas. Su postura en la silla, sus movimientos cansados con el dedo en la pantalla del teléfono, el gesto de ni siquiera mirar a George cuando entró en la sala..., todo ayudaba a darle a Reiper un aura de autoridad tan evidente como despiadada. George notó que el pelo de los antebrazos se le erizaba en una respuesta primaria al malestar y a la inferioridad que su nuevo cliente le inspiraba e instintivamente sintió que prefería no oír jamás la historia de la cicatriz del señor Reiper.

—Buenos días, señor Lööw. Gracias por tomarse su tiempo para verme —dijo Reiper y al final estrechó la mano a George.

La pronunciación de su apellido estaba cerca de ser perfecta. «Extraño para tratarse de un estadounidense», pensó George. Su voz era áspera y un poco aletargada. ¿Algún estado del sur?

—¿Le han dado café? Le pido disculpas, nuestra recepcionista es nueva, seguro que ya sabe cómo son estas cosas.

Reiper se limitó a negar brevemente con la cabeza y paseó la mirada por la sala.

—Me gusta su oficina, señor Lööw, y el detalle del cristal escarchado es, bueno,

espectacular.

—Sí, intentamos usarlo para impresionar a nuestros clientes —respondió George con fingida modestia.

Se sentaron uno enfrente del otro y George dispuso de forma meticulosa sus papeles irrelevantes en un semicírculo alrededor del bloc de notas.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudar a Digital Solutions? —dijo George, y activó una nueva sonrisa que le parecía valer hasta el último céntimo de los trescientos cincuenta euros que cobraba por hora de reunión.

Reiper se reclinó en la silla y le devolvió la sonrisa. Había algo en ella, en la forma en la que trastabillaba por culpa de la cicatriz, que le despertaba a George un deseo de apartar la mirada. Y había algo en los ojos de Reiper. Bajo la cálida luz de los focos del techo, concienzudamente distribuidos, se veían ora verdes, ora castaños. Fríos y vigilantes, parecían mutar de color de manera totalmente arbitraria. Sumado a que nunca parpadeaba, le daban a Reiper la indolente expresión irónica y mortal de un reptil.

—La situación es la siguiente —dijo Reiper y le pasó un par de hojas DIN-A4 a George por la mesa—. Sé que están muy orgullosos de su discreción aquí en Merchant & Taylor, pero también sé que cantan como canarios en cuanto el viento cambia de dirección. Una mera formalidad, por supuesto.

George levantó el documento y le echó un vistazo rápido. Era un clásico acuerdo de confidencialidad entre él y Digital Solutions. No podía decir ni media palabra sobre lo que discutieran en las reuniones. De hecho, no podía contarle a nadie que estaba trabajando para Digital Solutions, ni siquiera que sabía de su existencia. Si aun así lo hacía corría el riesgo de tener que indemnizarlos con una cantidad relativamente astronómica, dependiendo de la gravedad de su desliz. No era nada fuera de lo normal. Muchos clientes exigían anonimato y no siempre estaban dispuestos a que se los vinculara con una empresa de relaciones públicas conocida por su falta de escrúpulos, como era el caso de Merchant & Taylor.

—Pone que está firmado en Washington D. C. —dijo al final—. Pero estamos en Bruselas.

—Sí —respondió Reiper, un tanto ausente mientras parecía leer algo en su iPhone—. Nuestros abogados dicen que es más fácil evitar lo que ellos llaman un pleito entre expertos si fuera necesario.

Se encogió de hombros y levantó la vista del teléfono.

—Pero doy por hecho que usted sabe más de acuerdos de confidencialidad que yo, ¿cierto?

Un nuevo tono de voz. Un destello de algo que parecía interés surgió en su mirada aparentemente inerte. George se sentía incómodo. Por supuesto, había firmado un puñado de acuerdos semejantes a lo largo de su estancia en Merchant &

Taylor. Aun así había algo en la forma en que Reiper lo había dicho, su manera de hacer que sonara como si no fuera a eso a lo que se refería sino a otra cosa, más complicada. George se lo quitó de la cabeza. Era imposible. Nadie podía saber nada sobre aquel asunto. La insinuación de Reiper debía de ser un farol.

George sacó su Montblanc del bolsillo interior, firmó el acuerdo con un movimiento rápido de muñeca y le devolvió el documento a Reiper.

—Listo —dijo, ansioso por dejar atrás todo cuanto tuviera que ver con el acuerdo de confidencialidad—. Creo que ya podemos empezar.

—Excelente —respondió Reiper, ausente. Sin apartar la mirada del iPhone dobló el documento de cualquier manera y lo metió con descuido en el bolsillo interior de su americana ajada. Al final también guardó el teléfono en la funda del cinturón, ahora con cuidado, y luego buscó la mirada de George.

—Necesitamos ayuda con una traducción —dijo—. Para empezar.

Agosto de 1980

Virginia del Norte, Estados Unidos

Algo preocupa a Susan. Lo sé antes de que abra la boca. No tiene nada de raro ni de sobrenatural. Con el tiempo he aprendido a leer las señales, los matices, los cambios en la mirada, manos que se mueven solas como pájaros asustados o que permanecen inmóviles. Casi siempre sé qué es lo que la otra persona va a decir. Es una más de mis infinitas técnicas de supervivencia. Pero cuando ella habla no la oigo. Solo veo su traje gris, su pelo teñido de rubio y sus ojos húmedos. Veo el rastro del trayecto diario al trabajo en las manchas de café que tiene en la desgastada chaqueta del traje.

Vive en Beltsville, Greenbelt, Glenn Dale. Uno de esos barrios periféricos sin fin en los que vivimos todos. Conduce un Ford y todo lo que lee lleva el sello de confidencial. Igual que muchos de nosotros, ella también ha dejado de beber. Todos bebemos demasiado o no bebemos nada. Donuts y café aguado en la iglesia metodista cada domingo. Palabras de elogio hacia el coro, conversaciones fútiles sobre centros de preescolar, viajes semestrales. Susan es tan normal. Una mujer americana cien por cien, normal y corriente, de treinta y cinco tacos con casa y sueldo y coche nuevo cada dos años. Dos hijos por los que ella y su marido intentan ahorrar un dinerito para costearles la universidad. Pero todo eso es parte del marco exterior. El juego dentro del juego. Todos pensamos que el pan de cada día es demasiado lento, demasiado mundano. No es lo bastante importante. Hay demasiado poco en juego.

El aire acondicionado está tan fuerte que se me pone la piel de gallina. Todavía me pitan los oídos tras la explosión y cada noche sueño con luz blanca, respiraciones débiles y tu pelo lacio. Me despierto sudado, agitado, enmarañado en las sábanas, protegiendo la almohada con mi cuerpo.

—¿Estaban los dos en el coche? —pregunta ella, y se sienta en la punta de la silla de visitas de mi microscópico cuarto.

Asiento en silencio. Me obligo a mirarla a los ojos, a no dudar ni vagar con la mirada.

—Qué horror —dice ella—. Terrible. Lo lamento. Este trabajo, esta vida. Tiene un precio muy alto.

No parece triste. Es tan neutral como su coche, su casa, su aliento pestilente. Giro la silla y echo un vistazo al aparcamiento y a los árboles delgados del otro lado. Apenas se vislumbra la autopista. Nos quedamos un rato callados, dejando que el polvo se arremoline a la luz del sol de verano que se abre camino por una de mis ventanas. Pero ella no está aquí para dar sus condolencias. No solo para eso.

—¿Por qué apareciste en París? —dice al final—. ¿Por qué no te presentaste directamente en la embajada en Damasco o El Cairo?

Me encojo de hombros, vuelvo a dirigirle la mirada, la miro directamente a los ojos otra vez.

—Era el plan inicial —digo yo—. Barco de Latakia a Lárnaca. Avión a Atenas. Tren nocturno a París. Tenía billetes de De Gaulle a Dulles, pero pensé que dadas las circunstancias era mejor fichar en París.

—Después de lo que pasó... ¿no habría sido momento de salirse del plan? ¿Fichar en Damasco? —dice ella.

Su voz es suave y afable. En la superficie todavía está aquí para asegurarse de que yo estoy bien, expresar su empatía. Pero los dos sabemos que no es más que eso, una fachada. Siempre hay un fondo, siempre hay una razón subyacente. Y bajo esta, otra más.

—Lo he explicado todo en el parte —respondo—. El objetivo de la bomba era yo. Seguí el protocolo e intenté pasar desapercibido hasta que me sentí seguro de que ningún francotirador me iba a pegar un tiro en el *parking* de la embajada.

Ella se reclina en la silla. Tamborilea un poco con su alianza en el reposabrazos metálico.

Clic clic clic clic clic.

Solo se oye eso y el zumbido del aire acondicionado.

—Estás sobreestimando a los sirios y sus aliados —dice ella—. Un coche bomba en Damasco es todo lo que saben hacer.

—Puede ser —replico—. Pero lo dicho, quería estar seguro.

Susan asiente con la cabeza, se deja contentar. Aquí no hay nada que no siga el protocolo. No hay rastros. Fija la mirada en mis ojos.

—Los cogemos —dice despacio—. Lo sabes. Damasco, El Cairo, Beirut... Todos los despachos de Oriente Medio tienen la atención puesta en esto ahora mismo. Llevará su tiempo, pero encontraremos al responsable, lo sabes.

Asiento en silencio. Por el momento la idea de venganza es apenas una semilla.

Se inclina hacia mí. Otra mirada, otro tono al hablar.

—Y ¿la información que te dio tu contacto? ¿Firas, el que tenía acceso a los documentos de las fuerzas aéreas? —pregunta—. Las entregas de armamento a los sirios. ¿Solo has incluido esa información en el informe que me pasaste a mí? ¿No en el parte? ¿Ni en ningún otro sitio?

Niego en silencio.

—Solo en tu informe —afirmo.

—Es probable que sea una pista falsa, obviamente. Un señuelo. Pero no queremos crear preocupación.

—Entiendo las consecuencias. No saldrá de tu informe.

Se reclina otra vez un instante. Me sigue la mirada cuando echo un vistazo por la ventana. Al final se levanta.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Un tono de voz que es constante, independientemente del tamaño de las víctimas que tiene bajo su mando.

—Estoy bien.

—Tómame el resto de la semana libre —dice—. Ve a nadar. Sírvete una copa.

Veo cómo le da un golpe al marco de plástico de la puerta con la palma de la mano antes de salir de mi cuarto. El listón tiembla. Ánimos, quizá. Simpatía. Ella sabe que me gusta nadar. No hay nada que no sepan de mí.

El agua de la piscina pública está demasiado caliente, pero aun así la prefiero antes que la piscina en Langley. Cuando asomo la cabeza para coger aire, cada cuatro brazadas, oigo las voces de falsete de algún grupo escolar rebotando como ondas de radar entre las paredes de azulejos con olor a cloro. Largo tras largo. Hubo un tiempo en el que podría haber sido bueno nadando. Los juegos olímpicos eran una posibilidad real, una meta al alcance de la mano. Pero mi motivación apuntaba a la Universidad de Michigan, no más allá, como se vería con el tiempo. No es algo de lo que me arrepienta. No me arrepiento de nada. Si pensáramos en términos de arrepentimiento no podríamos sobrevivir. Y al final, sobrevivir es lo único que significa algo.

Sé que todo esto está cargadísimo de mentira. Pero la realidad es frágil: sin las mentiras, amenazaría con derrumbarse. Las mentiras son las juntas que mantienen el puente en pie y permiten viajar de una orilla a la otra. No existe la verdad.

Aun así exigí que me dieran el informe antes de abandonar la oficina. Sabía que debía de estar clasificado en un nivel al que yo no tenía acceso. Nunca podemos leer cosas que hablan de nosotros mismos. Y yo sabía que si conseguía el informe, si lo podía leer con mis propios ojos, no cabía duda de que sería un engaño. Pero denegaron mi petición. Fue un alivio. Prefiero no saber cuándo me mienten.

Así que ahora estoy aquí sentado en este vestuario triste y sucio con piernas temblorosas después de varias horas en la piscina. Con la paralizante culpa atravesándome como una corriente continua. El movimiento dentro de la piscina la mantiene alejada. La repetición y la costumbre la mantienen alejada. En el agua me siento seguro durante un rato. En cuanto paro oigo el ruido de un motor de encendido, veo la imagen de un bebé bajo un manto de trocitos de cristal, pedazos de hormigón.

Más tarde estoy tomando un Rusty Nail delante del televisor. En mi salón hace frío. Hay algunas cajas de mudanza apiladas en las esquinas. No contienen nada de

valor. Estoy sentado en mi sofá nuevo viendo la reemisión de un partido de béisbol que no me interesa. El piso —un cajón moderno entre otros iguales, con garaje y a una distancia cómoda del acogedor murmullo de la autopista— huele un poco a pintura y aire acondicionado. Los músculos de mis brazos se tensan. He nadado diez kilómetros. El doble de lo habitual.

El béisbol termina cuando me sirvo la tercera copa y cambio a Johnny Carson, pero al instante me percato de que no tengo fuerzas para escuchar las bromas de Richard Pryor sobre Ronald Reagan. No me interesan. Son demasiado banales, va muy despacio.

Todo va demasiado lento desde que he vuelto. Yo soy de trabajo de campo. Las estrategias, el análisis, el eterno politiquero en Langley, el Pentágono, D. C., van demasiado lentos. Dame otro pasaporte, otra lengua, otra vida. Suéltame en Damasco, en Beirut, en El Cairo. Sé cómo hacer contactos, cómo entretenerlos con un vaso de té dulce, *whisky* y puros. Preparo un tabulé que les recuerda a mis invitados sus infancias en Alepo. Incluso cuando las fronteras están infectadas tengo el mejor vino libanés en mi balcón.

Y allí, en el balcón, con la nostálgica puesta de sol, con el jazmín en el aire y el bullicio de diplomáticos, gánsteres y políticos que llega desde la mesa, intercambio informaciones que nos acercan a la supervivencia. Allí hago una transacción que implica que al final de todo morirá otra persona en lugar de yo mismo. Siempre jugamos para acabar en tablas. Nuestro ideal es el statu quo.

Ahora quieren que cuando volvamos vayamos a ver a un terapeuta. Como si el parte no fuera suficiente. Desde el primer día, con la quemazón del sol todavía brillando a la luz de los fluorescentes entre teléfonos, fotocopiadoras y télex. Con los cuerpos aún doloridos por el *jet lag* y el cambio de clima. Con los cerebros aún llenos de árabe, ruso, portugués. Así que nos pasamos las sesiones obligatorias allí sentados, cumpliendo. Hablamos de la readaptación tras meses, años, en otro país, en otra cultura, lejos de la autopista que lleva al trabajo, del Kentucky Fried Chicken de camino a casa y de la tristeza mortal de una vida convencional.

Pero de lo que quieren que hablemos no decimos ni media palabra, claro. ¿Cómo íbamos a hablar de las cosas que hacemos? ¿Qué voy a decir? ¿Que he vivido como un comerciante árabe en Damasco comprando armas, secretos banales y sombras de influencia por el dinero de los contribuyentes a la espera de que salga algo que quizá valga el precio infinito que estamos dispuestos a pagar? ¿Que yo, cuando capté el rastro de olor, me quedé helado como un conejo a la luz de los faros y todo eso?

¿Voy a hablar de eso? ¿De lo que ni siquiera me reconozco a mí mismo? Si

empiezo a contarlo no acabaré nunca. Si empiezo a pensar, muero.

Y todo lo que sé es cómo sobrevivir, así que sonrío y miro la hora. Transcurrido el tiempo obligatorio, me levanto, me paso la americana azul y anónima por los hombros y me incorporo a la autopista, vuelvo aquí, al cajón sin nombre que es cualquier cosa menos un hogar. Espero pacientemente a que llegue mi turno, con la esperanza de que mi cuarentena acabe por llegar a su fin. Que una carpeta con una nueva identidad, billetes de avión y un número de cuenta caiga en mi escritorio para poder continuar, volver a empezar. Lo único por lo que vivo es mi próximo movimiento, la siguiente partida.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

La estación de tren debajo del aeropuerto Zaventem parecía estar en una constante fase de reforma. Era toda ella un conglomerado de conos naranja, cinta de área restringida y andamios.

Mahmoud se abrió paso lo mejor que pudo entre la estática masa de gente para llegar a tiempo a coger el siguiente tren a Bruselas. Estaba todo repleto de lobistas y otros soldados de a pie al servicio de la integración europea, todos ellos con el *Financial Times* de la mañana asomando casi intacto en la larga hilera de maletas Samsonite y con los móviles pegados a la oreja; judíos ortodoxos vestidos de negro esperando el tren a Amberes; familias con ropa de vacaciones arrastrando maletas demasiado grandes de camino a un vuelo chárter a Phuket. El maquinista hizo sonar el silbato y Mahmoud empujó para poder subir al tren. Al mismo tiempo notó cómo la mochila que llevaba colgada de un hombro se deslizaba y caía al suelo de hormigón del andén. Se detuvo pero no logró verla. Irritado se agachó para mirar más de cerca. La masa de gente lo empujaba de lado hacia el tren. Alguien le tocó el hombro.

—*Is this yours?* —Una chica rubia de su misma edad con coleta, ropa cómoda y ojos verdes sostenía su mochila en alto.

—*Yes, it is. Thanks a lot!* —respondió Mahmoud.

Cogió la mochila y no solo consiguió subirse a un vagón sino que incluso encontró un sitio libre junto a la ventana. Con un suspiro se hundió en la tela agrietada del asiento naranja.

Mientras el viejo y oxidado tren comenzaba a alejarse con arduo esfuerzo del aeropuerto, Mahmoud sacó el programa del día. La lista de participantes era impresionante. Parlamentarios europeos, oficiales de la OTAN, un embajador, periodistas de grandes periódicos internacionales. De pronto se puso muy nervioso. ¿Por qué no se lo había preparado con más tiempo? Cerró los ojos para concentrar las ideas. En menos de treinta segundos la larga noche se adueñó de su cuerpo y Mahmoud se sumió en el sueño profundo e inmediato que solo los viajes saben inducir.

—Así que no son ni cinco minutos a pie, señor Shammosh —dijo el elegante portero del hotel Bristol con un tono de voz un tanto forzado que lo hizo parecer mucho mayor de los veintipocos años que debía de tener, a juzgar por su tersa tez.

—Perfecto —contestó Mahmoud. Dobló el mapa y lo guardó en su vieja mochila. De camuflaje y raída como estaba parecía haber iniciado su vida en el ejército. En la tapa llevaba cosido un pequeño y estilizado paracaídas.

Igual que el portero, el vestíbulo del hotel Bristol fingía tener una historia que en verdad no acababa de tener. Con su moqueta roja, la caoba y el cuero conseguía disimular medianamente, con atributos de *gentleman* inglés, que formaba parte de una cadena de hoteles de nivel internacional.

—Por cierto, señor Shammosh, alguien le ha dejado una carta —dijo el portero y le pasó un grueso sobre precintado por el mostrador.

El cuarto de Mahmoud era previsiblemente pequeño y de color arena. Desgastado como el decorado de una telenovela. Aquí no se veía ningún intento de excentricidad inglesa. Solo la vieja y reconocible monotonía de la cadena hotelera.

Mahmoud corrió las cortinas todo lo que pudo. La ventana daba a un patio de luces pequeño y sucio. Un par de copos de nieve revoloteaban solitarios allí fuera. Parecían confusos, como si se hubieran perdido de camino a una cuesta de trineos o una pista de patinaje.

Mahmoud se quitó la mochila de una sacudida, la dejó caer en la cama y se sentó en la usada butaca que había junto a la ventana. Tenía el sobre marrón acolchado en las manos. En una cara habían escrito su nombre con rotulador negro.

Con dedos temblorosos arrancó la solapa pegada. Se quedó un segundo sentado con el paquete abierto en las manos mientras seguía con la mirada el torpe revoloteo de los copos de nieve detrás de la ventana. Respiró hondo y vació el contenido del sobre.

Un teléfono móvil aparatoso, un cargador y un papel doblado con esmero cayeron en su regazo. Mahmoud cogió el teléfono. Era un Samsung barato. Uno de esos móviles que puedes comprar en una gasolinera por 400 coronas con tarjeta de prepago. Le puso la batería, que iba por separado en el paquete, y lo encendió. El aparato se despertó con un zumbido. La agenda estaba vacía. No había mensajes.

Con otro suspiro Mahmoud desdobló el papel. Dentro había otro papel que planeó hasta aterrizar sobre la moqueta. El papel que Mahmoud tenía en la mano contenía un breve mensaje escrito a máquina y en sueco:

Mahmoud:

Tengo información con la que no sé qué hacer y necesito tu ayuda. Creo que tiene que ver con tus investigaciones. Tenemos que vernos mañana después de tu reunión. Ten el teléfono encendido entre las 13.00 y las 13.30 mañana y estate preparado para actuar. El resto del tiempo tenlo apagado y quítale la batería. Me pondré en contacto contigo.

Voluntad, coraje y perseverancia.

Mahmoud dobló la nota y miró el teléfono. «Preparado para actuar». «Voluntad, coraje y perseverancia». Palabras de otra época, de lo que sentía como otra vida. Alguien sabía algo sobre él que él mismo casi había olvidado.

Despacio, distraído, se inclinó hacia delante y pescó la hoja que había caído al suelo. La desdobló y se echó atrás por instinto cuando vio lo que era.

Una fotografía impresa, poco nítida. Granulada y pixelada. Una imagen digital imprimida con una impresora normal, quizá algo anticuada. Pero el motivo era perfectamente reconocible.

La foto parecía estar sacada con una cámara de bolsillo o un móvil bueno y ocupaba casi toda la hoja DIN-A4. En primer plano se veía a un hombre tumbado sobre una camilla, sujeto con correas. La ropa que alguna vez había llevado estaba tan destrozada que apenas le tapaba el cuerpo. A través de los harapos su piel se veía moteada y llena de heridas. A lo largo de los brazos, en el cuello y en el pecho se veía un caminito de pequeñas quemaduras redondas. De cigarrillo. Alguien lo había quemado con un cigarro una y otra vez. Pero eso no era ni por asomo lo peor.

Lo más acongojante eran sus ojos. Mahmoud tardó un segundo aterrador en darse cuenta de que las cuencas del hombre parecían estar vacías porque, de hecho, estaban vacías. Hizo un esfuerzo por ponerse el papel más cerca para distinguir mejor. Las cuencas eran dos abismos de oscuridad. Los bordes estaban llenos de sangre coagulada y suciedad. Con una arcada Mahmoud comprendió que a aquel hombre debían de haberle sacado o quemado los ojos. Era imposible discernir si estaba vivo o muerto.

Mahmoud miró fijamente la foto como si estuviera paralizado hasta que ya no pudo soportarlo más y la puso boca abajo sobre su rodilla. Era una visión del infierno. La sala clínica bajo la implacable luz del flash. La camilla con las correas. La sangre. La tortura.

Mahmoud había visto lo suyo de sufrimiento, miseria, cautiverio e incluso torturas. En total tres meses en Irak y Afganistán en los últimos tres años lo habían expuesto a más penurias que a la mayoría. Pero esto... Era peor que Abu Ghraib.

—Dios mío —susurró Mahmoud para sí, a pesar de que su propio dios era sin duda más complicado de lo que la expresión parecía sugerir.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Ella notó su perfume —suave, terroso, denso— antes de que él la agarrara con delicadeza del codo derecho. Sintió el cuerpo relajado, la cabeza liviana, como si se le hubiera llenado de oxígeno. La reunión matutina a la que se dirigía quedó en un segundo plano y Klara se dejó sacar de forma voluntaria, sin protestar, del ancho pasillo para meterse en el pequeño pasadizo revestido de madera a las puertas de una de las salas de comisiones del Parlamento Europeo. La moqueta amortiguaba el bullicio del pasillo y del bar de prensa que había fuera.

—Te he echado de menos —dijo Cyril Cuvelliez en inglés y apretó sus labios contra los de ella.

Su acento estadounidense que no ocultaba su deje francés de fondo. Sus labios tiernos, demandantes. La naturalidad con la que tomaba lo que quería.

—No sabía que ibas a estar aquí esta semana —murmuró Klara con los labios pegados a los de él.

Notó cómo volvía de repente a la vida de forma inmediata e imparable.

—No lo tenía previsto.

Él dijo algo más, pero su voz quedó ahogada por el zumbido en los oídos de Klara. La sangre que de pronto bombeaba por todo su cuerpo. La atracción puramente física. Él la apartó y la miró sonriendo.

—Como si necesitara una excusa para volver junto a ti —añadió.

—Podrías haberme enviado un mensaje —dijo Klara—. Pero me alegro de que hayas venido.

Mientras se estiraba para alcanzarle los labios otra vez cerró los ojos, decidida a ignorar lo simples y seductoras que eran las palabras que él le decía. Al mismo tiempo, sus dedos le desabrocharon el único botón de su americana de color gris antracita. Deslizó las manos por debajo y notó que la piel se estremecía debajo de la camisa azul celeste. Él suspiró de placer. A ella le encantaba que suspirara cuando lo tocaba.

—Se me ha complicado un poco —murmuró Cyril—. Pero ya estoy aquí.

—¿Cuánto tiempo? ¿Podremos vernos?

Klara aspiró su aroma. Como si a través de él pudiera tenerlo preso dentro de sí misma.

—Solo hasta mañana. Mucho me temo que hoy hay cena hasta tarde.

Klara notó su aliento sobre la piel, su perilla, sus manos calientes y secas. No tenía defensa contra aquello. Contra él, contra la decepción que sentía de no tener

tiempo para verlo más. Asintió en silencio.

—¿Ni siquiera una cita para comer? —preguntó ella y le mordisqueó la oreja.

—Eres terrible —dijo él—. De una forma maravillosa. Pero ¿cómo iba a negarme? ¿Hoy?

Klara asintió en silencio; notó que algo crecía en su interior.

—Tengo una reunión hasta la una. ¿A la una y media en mi casa?

Cyril sacó el teléfono, miró la agenda.

—Retrasaré mi reunión de personal a las cuatro. La cena no es hasta las ocho.

Klara estiró el cuello y lo besó antes de apartarlo.

—Ahora vete —dijo—. Nos vemos en unas horas.

Él sonrió.

—Ya estoy ansioso —respondió.

Ella asintió con la cabeza, ilusionada pero también triste. Como siempre al final de sus breves encuentros.

—Es mejor que tú te vayas primero para que no salgamos juntos.

Él asintió y la besó otra vez al mismo tiempo que se cerraba el botón de la americana. Se colocó bien la corbata.

—Nos vemos luego —dijo.

Y con eso desapareció, sin mirar atrás, hasta fundirse de nuevo con la cotidianidad del Parlamento Europeo.

Klara se quedó donde estaba, apoyada en la pared, con el sabor de Cyril perdurando en sus labios. Poco a poco abrió los ojos. El zumbido en los oídos. El corazón que aún no se sosegaba. Trató de respirar hondo para disimular los síntomas corporales del fugaz momento de pasión. Parpadeó un par de veces. Se mesó el pelo con las manos. ¿Qué había pasado aquí?

¿Cómo había conseguido Cyril superar sus defensas, los sensores de movimiento y las alarmas, sus candados y la alambrada, todo eso que ella se había creado para protegerse justamente de esto? Bueno, de esto no —esto, fuera lo que fuera, era maravilloso—, sino contra lo que irremediamente venía después. Lo inexplicable. La decepción. El vacío. La resistencia infinita a lo que poco a poco había comenzado a crecer en su interior.

¿Por qué ahora? ¿Por qué ahora no lograba mantenerlo a distancia? Era guapa, eso lo sabía. No se la veía necesitada de atención, más bien al contrario. El Parlamento Europeo estaba repleto de hombres jóvenes e inteligentes y sospechaba que podría hechizar a la mayoría de ellos sin demasiados problemas. Al menos durante un rato.

Y no es que no lo hubiera intentado. Durante los primeros seis meses en el Parlamento Europeo había vuelto poco a poco a la vida. Después de Mahmoud,

después de su traición, el año en Londres había sido lo contrario a lo que se había esperado. La ciudad con la que había soñado desde la primera vez que estuvo, sola, después del bachillerato. Solo para bailar soul en el 100 Club en Oxford Street. Solo para comprar vestidos de los años sesenta en Camden y singles de siete pulgadas rayados en el Spitalfields Market. Solo por las cafeterías al amanecer en Old Compton Street, los buses nocturnos y los magreos con chicos anoréxicos de flequillo largo en pisitos con humedades en Brixton o Islington.

Pero Londres se había convertido en una prisión solitaria y lluviosa. Los primeros meses apenas los recordaba. Ningún detalle, solo la sensación meramente física del otoño en el miserable cuarto de estudiante a algunas calles de The Strand. El frío que se abría paso a través de las delgadas paredes y las ventanas mal aisladas y que ni todas las botellas de agua caliente del mundo podían detener. Solo el vago recuerdo de horas interminables en la biblioteca de Portugal Street, adónde huía con sus libros de texto y su vacío. Le parecía una nada interminable.

Y lo peor de todo era la culpa. La sensación de haberse traicionado a sí misma. Estaba justo donde quería estar, el lugar por el que tanto había luchado. En un máster de gran prestigio en una ciudad que le encantaba. Sin embargo, por primera vez en su vida no tenía la menor idea de hacia dónde se dirigía.

Pero entonces apareció Gabriella. Klara no olvidaría nunca su visión a través de la ventana escarchada en su habitación vacía. La forma en que Gabriella saltó del taxi con la primera nieve de diciembre cayéndole en el pelo rojo. Su manera de pagar con gesto distraído, con el estilo de alguien que ya ha empezado a escalar peldaños en la tambaleante escalera de un despacho de abogados. La forma en que había vuelto la cabeza y había descubierto a Klara a través de los copos de nieve, en la ventana iluminada del tercer piso. Cómo Klara, incluso a esa distancia, había podido ver el carácter indómito en sus ojos, cálidos, implacables.

Habían caminado en círculos una alrededor de la otra en la facultad de Derecho. Aunque estuvieran en el mismo año, al principio Klara no se había mostrado receptiva a ningún tipo de amistad. Había conocido a Mahmoud el segundo semestre y para ella fue más de lo que jamás había imaginado. Lo había llamado Moody^[1] desde el primer día. Pues así era. Temperamental. Un tanto confundido, como si estuviera cavilando, como si ocultara una naturaleza irascible bajo una fachada de autocontrol.

Klara no recordaba haber tenido nunca una mejor amiga durante su infancia en Aspöja. Cuando por fin acabó en el mismo grupo que Gabriella, a mitad de carrera, resultó ser una revelación casi tan tangible como cuando conoció a Moody. No le entraba en la cabeza que hubiera otra persona a la que le gustara el *northern soul* y los vestidos *vintage* tanto como a ella. Había sido una pasión con la que Moody se había echado unas buenas risas. Y Klara había pensado que sería bueno para ellos,

que les iría bien que ella saliera un poco de su esfera impenetrable.

Pero luego, mucho después, los días más oscuros del otoño de Londres, Klara pensaba a veces que todas las desgracias habían ocurrido porque ella había dejado que Gabriella entrara en su vida. Si se hubiera mantenido cerca de Moody, si hubiera sellado herméticamente el recipiente que formaban, si no hubiera dejado nunca entrar a nadie más, a lo mejor todo habría ido bien.

Pero aquella noche, en la nieve, cuando Klara vio a Gabriella en la calle en Londres, llena de fuerza y decisión, ya sabía que aquellas ideas eran una insensatez. A veces no había explicación. A veces, simplemente, mueres. Y Gabriella había surgido para salvarle la vida.

Y lo había conseguido. Londres nunca fue lo que Klara había soñado, pero recuperó las fuerzas, incluso la ilusión. Aprobó los exámenes, hizo su proyecto y envió las solicitudes de trabajo. Cuando Eva-Karin Boman, la famosa y respetable política con ambiciones internacionales, le contestó que quería hacerle una entrevista, la ilusión volvió a emerger. La incomprensible expectación de estar cerca de la gran política, las grandes decisiones, el dinero, el poder.

Los primeros seis meses con Eva-Karin habían sido maravillosos. Klara había sido indulgente con los caprichos y las exigencias de su jefa. Y de pronto el mundo parecía rebosar de chicos con hombros bonitos, gusto musical aceptable, pelo recién cortado. Chicos a los que apenas un mes atrás ni siquiera habría visto. Era emocionante, divertido, a veces incluso muy excitante.

Pero lo que estaba pasando con Cyril era distinto. A pesar de haber empezado también como un juego, Klara presentía que estaba perdiendo el control, o quizá ya lo había perdido. Se alisó la ropa y soltó un suspiro. Sin poderlo evitar, Mahmoud había aparecido en su cabeza. Quizá era por el *e-mail* que había recibido hacía un par de días y al que aún no sabía qué contestar. Negó en silencio.

—Moody, Moody —susurró—. ¿De qué va esto?

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

S eñor Shammosh? ¿Tiene algo que añadir a la cuestión? Me refiero quizá más a la última parte del razonamiento del profesor Lefarque, o sea, sobre los efectos de la continua transgresión y radicalización de los rebeldes en Irak y Afganistán.

El exembajador, *sir* Benjamin Batton, moderador de la conferencia del International Crisis Group sobre empresas privadas en zonas de guerra, se inclinó sobre la mesa con su particular mirada despierta y afable.

Mahmoud levantó la vista de su libreta y lo miró a los ojos. Una sonrisa jugueteaba en sus labios. Estaba en su salsa. Apenas se acordaba del nerviosismo casi paralizante que había experimentado previamente aquella misma mañana cuando estaba sentado delante de un público de cincuenta personas compuesto por funcionarios con alto poder de decisión y periodistas de distintas categorías.

—Por supuesto —asintió—. Creo que no cabe la menor duda de que los macabros actos de los que hemos tenido constancia, por ejemplo en Abu Ghraib, conducen claramente a la radicalización. Para hablar claro...

Ni siquiera le hacía falta pensar lo que iba a decir. Las palabras se generaban solas y manaban de su boca tranquilas y exactas en un flujo agradable. Tal como solía ocurrir en aquellas contadas ocasiones en las que podía dar una clase en Upsala sobre algo que realmente le gustaba.

Podía ver las cabezas del público que se levantaban para mirarlo con nuevo interés, bostezos que se cortaban y ojos que se despertaban de nuevo, bolígrafos que rebotaban en las libretas para fijar sobre el papel sus puntos de vista. Y todo lo que veía, todo lo que oía, era su propia voz, lo llenaba de energía, de orgullo. Casi se conmovió con su propia profesionalidad y capacidad de entrega. Mahmoud Shammosh, *academic superstar*.

Cuando *sir* Benjamin, con la elegancia rutinaria del moderador avezado, utilizó una de las pausas artísticas para proponer que podían continuar la discusión durante el segundo almuerzo que se estaba sirviendo en el vestíbulo, Mahmoud se sintió ofendido. Cierto, podía ver un halo vidrioso cubriendo los ojos de las miradas que poco antes parecían tan interesadas, pero aun así. Era su momento. Su instante de posar bajo el foco. En fin, tendría la oportunidad de seguir hablando durante la comida. Menudo chute para el ego. La investigación no estaba mal, pero esto era la compensación real.

Mientras se levantaba sacó el teléfono y la batería de la mochila. En cuanto lo puso en marcha el aparato vibró en su mano. Dos llamadas perdidas. Un número que

no conocía. Mahmoud notó que se le tensaba el cuerpo. El teléfono volvió a sonar y su corazón dio un respingo.

Se disculpó lo más rápido que pudo y se apartó hacia una de las puertas secundarias de la sala, que sospechaba llevaban a los lavabos. Al mismo tiempo que empujaba la puerta descolgó el teléfono. Estaba hecho un nervio. La adrenalina de la exposición se mezclaba con la tensión de lo que pudiera pasar cuando cogiera la llamada. Le venían flashes de la terrible fotografía.

—Mahmoud Shammosh —susurró.

—¿Con qué estaban firmados los correos que has recibido?

La voz al oído de Mahmoud era grave y apagada, como si estuviera filtrada con algo.

Mahmoud se quedó sin saliva.

—Voluntad, coraje y perseverancia —dijo mientras cruzaba la puerta del servicio de caballeros.

Un mingitorio y un lavabo cerrado. Vacío.

—¿Dónde estás?

—En el International Crisis Group, en Avenue Louise —dijo—. ¿Quién eres?

—Sal de ahí lo antes que puedas. Coge el metro de Louise a Arts-loi. Haz el transbordo al metro que lleva a Gare Centrale. Rodea la estación hasta que te hayas quitado las sombras de encima. Retrocede un par de paradas y cambia de metro a Gare du Midi. Estate alerta todo el tiempo, ¿de acuerdo?

Mahmoud se quedó de piedra.

—¿Nos conocemos de Karlsborg o qué? ¿Es por eso por lo que te has puesto en contacto conmigo?

—Vuelve a poner la batería cuando estés en Gare du Midi y llama a este número, te daré nuevas instrucciones.

Mahmoud hizo todo lo que pudo para intentar reconocer la voz. Pero no había por dónde cogerla, nada en qué concentrarse.

—Vale —dijo—. Pero ¿de qué se trata? ¿Qué quieres contarme? ¿Es una broma o qué?

¿De verdad iba a seguir con esto, fuera lo que fuera? ¿Con una información tan inconsistente?

—No es ninguna broma. Sigue mis instrucciones. Necesito tu ayuda. ¿Qué puedes perder?

—Vale —dijo Mahmoud—. Puedo salir de aquí como muy pronto dentro de una hora.

—De acuerdo. Saca la batería y no digas nada de esto. Te lo digo en serio. Es más que probable que te estén siguiendo, y no es ninguna broma.

Con un chasquido la voz desapareció al otro lado. Mahmoud se miró en el espejo

que había encima del lavabo. ¿Qué sensación era la que tenía en el pecho? ¿Duda?
¿Nerviosismo?

Expectación, se dijo al final. ¿Qué tenía que perder?

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

El hombre rapado que estaba esperando a George en el vestíbulo de Merchant & Taylor era, como mucho, cinco años mayor que él y tenía un cuerpo atlético que George jamás conseguiría con sus partidos de squash y sus descorazonadas sesiones de gimnasio. A pesar del traje anónimo y la camisa blanca sin corbata parecía más concebido para el agua o las grandes alturas que para recepciones, pasillos y despachos. Era liso y mate, tratado con teflón para velocidades máximas. «Como Matt Damon en las películas de Bourne —pensó George, envidioso—. Lo que debe de entrenar este cabrón».

—¿Señor Brown? —dijo George y alargó la mano.

—Correcto. Puedes llamarme Josh —respondió el hombre y dejó entrever sus dientes blancos de porcelana norteamericana en una rápida sonrisa.

—Yo me llamo George. —Se dieron la mano. El apretón se alargó unos segundos de más. Dos hombres que estaban comparando sus potenciales. George fue el primero en soltar y se llevó al invitado hacia los ascensores.

—¿Reiper te ha explicado la situación? —dijo el otro, más como una constatación que a modo de pregunta.

—Sí. —George apretó el botón—. Tenéis unos papeles que hay que traducir. Por alguna razón, pagaréis el doble de la tarifa normal por esos documentos y acto seguido yo me olvidaré de ellos.

La sonrisa de Josh no era muy distinta de la de Reiper. Altiva, como si estuviera en poder de ciertos conocimientos que lo volvían indispensable. Negó de forma casi imperceptible con la cabeza.

—Del pago no sé nada. Competencia de Reiper. Mi tarea es vigilar que los papeles no abandonen la sala. No es nada personal, pero esto es bastante delicado. Se podría decir así.

Salieron del ascensor. Los zapatos hechos a mano de George taconeaban en el suelo de parqué, que estaba hecho con alguna madera hermosa y, seguramente, en peligro de extinción. Las suelas de goma de Josh apenas emitían sonido alguno.

—Debo pedirte que cierres la puerta con llave —dijo Josh cuando hubieron entrado en el despacho.

—Claro, por supuesto —repuso George y obedeció un tanto dubitativo.

Josh sacó algo parecido a un modelo antiguo de iPod de la funda de portátil azul

marino que llevaba colgada al hombro. Con la mirada fija en la pantallita dio una vuelta rápida por la sala. El resultado parecía satisfactorio porque volvió a guardar el aparato y se sentó en una de las butacas de cuero.

George lo observó con ojos un tanto asombrados y sopesó el impulso de preguntar qué estaba haciendo, pero se sintió físicamente en inferioridad y no le apetecía parecer aún más perplejo. Decidió sentarse al escritorio y esperar a que Josh tomara la iniciativa.

—Toma —dijo este y sacó un pequeño portátil y una carpeta verde de su maletín—. Los documentos de la carpeta son los que hay que traducir. Lo harás en este ordenador, en ningún otro sitio. No tiene que ser literal, lo que nos interesa son las líneas generales del texto. Si tenemos dudas nos pondremos en contacto contigo. ¿Te importa si me sirvo un café?

Señaló la máquina que había al lado de la neverita.

George asintió con la cabeza, cogió la carpeta de la mesa y la abrió. No cabía duda de que las hojas del documento habían sido anonimizadas: todas las referencias a nombres estaban tachadas con rotulador negro. En la esquina superior derecha de las primeras páginas, alguien —quizá el propio Josh— se había incluso tomado la molestia de tachar una superficie cuadrada. George hojeó rápidamente la carpeta.

El primer documento estaba redactado por la Säpo, la policía secreta sueca, y consistía en un breve informe personal.

George se detuvo y miró al vacío. La Säpo. El cuadrado tachado de la esquina era sin duda un sello de confidencialidad. El estar sentado con un documento confidencial en las manos le causaba una sensación de vértigo. Aquello era espionaje. Puro y duro.

No había otra explicación posible. La persona que le había entregado aquellos documentos a Reiper y a sus compañeros se había convertido en culpable de espionaje. Incomprensible. George no quería ni pensar qué tipo de delito estaría cometiendo por el mero hecho de tener esos papeles entre los dedos. Al mismo tiempo, le provocaba un sentimiento de embriaguez. La idea de estar cerca de las cuestiones importantes. Los secretos de verdad.

El primer documento era una descripción exhaustiva de lo que parecía ser un chico árabe de un bloque de diez pisos de lo más deprimente situado en el barrio de Tensta, en las afueras de Estocolmo. Había una imagen adjunta de la casa. A George nunca le había entrado en la cabeza que la gente pudiera vivir de aquella manera. Como en un puto barrio soviético.

La persona de la que hablaba el documento era el mayor de tres hermanos. El padre era soltero y había huido de Líbano a Suecia a principios de los años ochenta, después de que la madre muriera en un bombardeo israelí. Todo apuntaba a que el

redactor del informe había entrevistado a los profesores del individuo y quizá incluso a sus amigos, y había plasmado el resultado en un sueco burocrático de lo más rechinante. «Resultados de estudio en las condiciones más óptimas». «Se le atribuye gran empeño y fuerza de voluntad para salir de su situación de vida actual». «Motivación singularmente fuerte». «Aptitudes lingüísticas excelentes. Habla y escribe sueco, árabe e inglés con fluidez». «Interesado en política pero no militante».

Un fragmento más largo hablaba de la religión del individuo: «Musulmán secularizado sin fuertes vínculos a elementos radicales ni a la mezquita local», apuntaba la conclusión final.

En el apartado que llevaba por título «Tiempo libre y vida social» el redactor parecía hacer hincapié en que la mayoría de las amistades del individuo pertenecían al ámbito deportivo. Atletismo y baloncesto, principalmente.

Pero los compañeros de equipo eran mencionados como «conocidos» y el individuo era descrito como «introvertido pero, paradójicamente, con aptitudes de liderazgo fuertes y bien desarrolladas». El informe terminaba con el apartado «Valoración global», en el cual el individuo se consideraba «particularmente indicado» para «entrenamiento especial». George no tenía la menor idea de lo que se quería decir con eso. Pero el trabajo que le habían encargado a George no era entender aquella mierda sino traducirla al inglés.

El segundo documento era más extenso, más de treinta páginas, y según la fecha apenas tenía unos días de antigüedad. La primera página llevaba por título «Motivos para vigilancia especial». El texto era breve:

«Informaciones fidedignas de servicios secretos extranjeros ponen de manifiesto que el sujeto mantiene trato con elementos subversivos en Irak y/o Afganistán, ver *dossier* SÄK/R/00058349».

Las siguientes hojas eran un resumen de la situación actual del individuo. Facultad de Derecho. Expresidente de la Asociación de Política Exterior. Doctorado en la facultad de Derecho. Los cursos que daba. Imágenes de una casa con las ventanas de su piso marcadas en rojo. Baloncesto en el Centro de Salud Estudiantil dos veces a la semana. Una relación de amor de larga duración con Klara Walldéen que terminó unos años atrás. Ese nombre no estaba tachado.

George se levantó de la silla y fue a la cafetera. Metió una cápsula negra y le dio al botón verde.

—Klara Walldéen —dijo entre dientes para sí.

—¿Disculpa? —respondió Josh, y levantó la mirada del móvil desde la butaca en la que estaba, junto a la ventana que daba al parque. George vio las gotas de lluvia golpear contra el vidrio y deslizarse hacia el alféizar. El frío del día anterior se había prolongado y una tormenta de mil demonios parecía acechar a toda Bruselas. El

despacho se había vuelto oscuro en un segundo, como si estuviera anocheciendo.

—Klara Walldéen —dijo George otra vez.

George supo de inmediato quién era. Tenía controlados a la mayoría de los suecos en Bruselas. A Klara le había echado un ojo extra. No porque fuera especialmente importante. Su parlamentaria, Boman, era un viejo dragón sociata que se centraba más en cuestiones de política exterior. Nada que despertara un interés especial en George. No, a Klara le tenía puesto un ojo por razones puramente personales. Estaba en el Top 5 de las tías más buenas del Parlamento.

—Trabaja en el Parlamento Europeo —añadió.

—Exacto —replicó Josh tranquilo—. Reiper quiere que le echés un ojo. Hay indicios de que mantiene relación con el terrorista que estamos buscando.

El terrorista. La palabra rebotó como el eco en las paredes del despacho.

—¿Echarle un ojo? ¿Qué quieres decir con eso?

George se sintió incómodo. El terrorista. La Säpo. «Echarle un ojo». La experiencia casi eufórica de estar ante un documento confidencial comenzaba a ceder para dar espacio a una sensación de no pisar tierra firme.

—Nada del otro mundo. Para empezar, tú solo síguela a los eventos sociales. Cosas así. Íbamos a hacerlo nosotros, pero nuestro sueco no es lo bastante bueno, como ya habrás podido comprobar.

George volvió a sentarse y continuó con su trabajo. El resto del documento consistía en «informes de vigilancia». Descripciones escuetas de lo que un individuo había estado haciendo a lo largo del día. «Joder —pensó George—, a algún pobre desgraciado le ha tocado el deplorable trabajo de pasarse días enteros delante de una casa».

Había un par de cosas del informe que lo molestaban. En primer lugar, contenía descripciones exactas e incluso fotografías de dentro del piso y del despacho del individuo. Le resultaba desagradable, humillante, que la Säpo, o quienes fueran, hubiera entrado en el espacio vital de aquella persona.

Además, había extractos de su correo electrónico. Dos mensajes eran de una dirección extraña de Hotmail de alguien que quería citarse con el individuo en Irak y Bruselas. Un *e-mail* corto había sido enviado a Klara Walldéen. El siguiente había sido enviado hacía unos días y estaba marcado con un círculo, probablemente por Reiper o Josh. George, que por lo general no era un hombre de grandes principios, comenzaba a sentirse mal. Pero él no era sino un simple engranaje más de todo el mecanismo.

—Calculo que tardaré casi toda la tarde —le dijo a Josh y abrió un nuevo documento en el procesador de textos.

—Pues será mejor que empieces cuanto antes —respondió Josh y se reclinó en la butaca con una sonrisita.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Mahmoud pasó una hora haciendo trayectos por la red de metro de Bruselas. Cambió de sentido y de tren, tal como le había pedido la voz del teléfono. Una vez llegado a Gare du Midi subió las escaleras mecánicas hasta un andén vacío. Una nube baja cubría todo el sur de Bruselas y daba la impresión de que estuviera anocheciendo. La llovizna caía sobre el hormigón agrietado. Los únicos puntos de color eran el óxido de los raíles y el grafiti descolorido en una marquesina que había en el andén.

Medio escondido detrás de una columna le puso la batería al teléfono. Desde ahí podía ver a los que subían por las escaleras. Notó que se le aceleraba el pulso y se le estrechaba la tráquea. El andén, la lluvia, de pronto le resultaron más tangibles, más reales. En cierto modo era emocionante. Un juego.

Mahmoud escaneó el andén otra vez a pesar de saber que estaba vacío y buscó el único número que tenía guardado en el móvil. Descolgaron antes de que sonara el primer tono.

—Coge un taxi a Gare du Nord —dijo la voz impersonal—. Cambia de taxi y sal de la ciudad hasta el Museo Real de África Central en Tervuren. Tienes que estar allí dentro de una hora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Mahmoud.

—Tómate tu tiempo cuando estés allí. Mira las exposiciones. Al fondo de la sala de la jirafa hay una salida de emergencias. A las siete menos diez sales por ella y bajas al parque. La puerta estará abierta y la alarma desconectada. Rodea el estanque de la derecha del museo. Al otro lado del seto, enfrente del museo, hay una estatua. La verás. A la derecha, en el lindero del bosque, hay un banco que queda oculto por unos arbustos. A las siete estaré allí. No llegues tarde.

Enero de 1985

Estocolmo, Suecia

La nieve mata todos los sonidos. Si cierro los ojos ya no estoy en una ciudad. El crujido del manto blanco bajo mis suelas de goma, el viento que me envuelve la cara. Estoy pisando hielo. Solo en un lago helado donde el cielo y la nieve se funden y se convierten en una misma masa. Si me permitiera echar de menos, añoraría los inviernos en Michigan.

Aquí las calles son anchas, recuerdos de otros tiempos. Tiempos de ejércitos y desfiles, campos de batalla, banderolas al viento. La simplicidad en todo ello me entristece. La ciudad es hermosa y solemne como un entierro. Los coches todavía llevan los faros encendidos, incluso ahora, durante las escasas y desconcertantes horas que van del alba al anochecer. Llevo poca ropa, a pesar del abrigo de plumón azul que casi no me he puesto desde la universidad.

Me esperan en la embajada americana. Mis nuevos papeles están listos. Aquí nadie sabe quién soy. Pero tienen sus instrucciones y saben que no deben hacer preguntas. Guardo la maletita en la caja fuerte del despacho del agregado militar y rechazo su amable propuesta de cenar juntos. Puedo percibir su interés, su curiosidad. Detrás de todo secreto hay otro. Detrás de toda mentira hay una más grande.

Tardo un segundo en decidirme a preguntar. Es arriesgado, pero alguien como yo está dispuesto al desafío. Puede que sea mi única oportunidad.

—Necesitaría que alguno de vuestros empleados locales me ayudara con una cosa —digo—. Alguien que hable bien el idioma y que sepa cómo funciona el sistema sueco.

—Claro, por supuesto —contesta él y parece contento de poder contribuir con algo.

Es un hombre simpático en todos los sentidos. Un hombre de *pubs* irlandeses, historias de guerra.

—Pero, obviamente, no tenemos a nadie que tenga asignado un grado de confidencialidad lo bastante elevado.

—No importa —digo yo—. Es un asunto privado. Solo necesito ayuda para dar con un viejo conocido que creo que ha vuelto a Suecia.

—Entiendo. Creo que el departamento de prensa tiene contratados a un par de investigadores locales. Le pediré a mi secretaria que se ocupe de que recibas toda la ayuda que necesites.

Sigo la ruta que he marcado en el mapa de mi habitación y que luego he memorizado. Me abro paso entre las calles serpenteantes llenas de turistas hasta que estoy seguro de que mis sombras me han dejado atrás en el metro. Dicen que es más fácil aquí en Estocolmo. Que Helsinki es peor. Puede ser.

Falta una hora. Cojo un taxi en el Palacio Real y pido que me lleve a Djurgården. El taxista no entiende lo que le digo, así que se lo enseño en el mapa. Me estreso. Recordará al pasajero norteamericano. Un rastro. Yo no dejo rastros. Pero ya es demasiado tarde. Le pido que me deje en el puente. Él solo chapurrea el inglés, así que se lo tengo que señalar otra vez. Tiene rasgos árabes, pero no puedo cambiar de idioma. Entonces el rastro se pondría al rojo vivo. No importa. De todos modos, mis sombras ya me han perdido la pista.

En el lavabo, dentro de las verjas del zoológico de Skansen, cambio el plumón azul celeste por un abrigo beis. Me quito el gorro rojo. Saco la carpeta amarilla con cuidado del maletín y la meto en la mochila azul marino de nailon. El maletín lo dejo, vacío y limpio de huellas, debajo de la papelera de una de las marquesinas. Después salgo del zoo, bajo por el camino que lleva al ferry. Ya está oscureciendo.

A las tres y cuarto embarco en el ferry. Él está solo en la popa. Tal como habíamos quedado. Gafas ahumadas y un abrigo de invierno de color beis con un pequeño clavel en el ojal. Tiene un bigote que se puede comparar con el de su jefe. Una cara digna de una larga carrera en los edificios gubernamentales de Bagdad. Me pongo a su lado y miro la espuma generada por las hélices. Los restos olvidados de la decoración navideña titilan melancólicos sobre el parque de atracciones que poco a poco dejamos atrás. Tenemos unos diez minutos.

—*Assalamu alaikum* —digo yo.

—*Wa alaikum assalam* —responde él por acto reflejo, sorprendido—. ¿Habla usted árabe?

—Sí —respondo.

—¿De qué quiere informar? Debe de ser importante, si los americanos envían a un representante hasta Estocolmo.

—Imágenes de satélite de antes de ayer. La flota iraquí se está posicionando para bloquear el tráfico en el golfo Pérsico. Hay unidades de artillería moviéndose para tomar posición para atacar Bagdad.

Miro a mi alrededor y le doy la carpeta a mi contacto iraquí. Él asiente en silencio y la guarda en su maletín sin mirar. A pesar de que estamos resguardados por la superestructura del barco, el frío nos corta las mejillas.

—¿Eso es todo?

La decepción se hace patente en su cara. Ninguna novedad para él. Niego con la cabeza.

—Una cosa más. Hemos reunido a cinco empresas que están dispuestas a vender lo que ustedes quieren. Quieren fijar una cita en Zúrich dentro de dos semanas. Los detalles están en la carpeta. No hace falta que le explique lo delicado que es este asunto, ¿no es así?

Otro brillo en su mirada. Esto era lo que estaba deseando.

—¿Agentes químicos? —Se controla, pero ahora está interesado.

—Más aún.

Él asiente. Las alejadas luces del parque de atracciones se reflejan en sus gafas. Bajo mis pies siento las vibraciones del motor.

—Debemos darles a ustedes las gracias —dice al fin.

Me limito a asentir con la cabeza.

—No me las dé a mí. Yo solo soy el mensajero. Y evidentemente, mis dirigentes políticos esperan algún tipo de compensación cuando todo haya terminado. Lo podrán acabar de discutir en Zúrich.

Nos quedamos callados. Dejamos que el compás de los motores llene los huecos. No sé si tiene frío. Al menos no hay indicio de ello en su rostro, oculto tras las gafas, el bigote y la bufanda de color vino, perfectamente doblada y metida bajo el abrigo de piel de camello.

—En cuanto a lo otro... —empieza.

Sus ojos suben paseando con la mirada por el muelle sur, el gran ferry rojiblanco, la ciudad que se yergue y se extiende más allá. Átomos de nieve, comprimidos por el frío y duros como granos de sal, revolotean entre nuestros cuerpos. No digo nada. Le doy el tiempo que necesita. Una tensión eléctrica me cruza ahora por dentro, me hace crepitar, hace que la nieve se derrita al primer contacto. Las raíces de la venganza son eléctricas.

—Nadie sabe nada —continúa—. Ni nosotros. Ni los sirios. Nada.

Se vuelve hacia mí y se quita las gafas. Sus ojos, inesperadamente desnudos, son cálidos.

—¿Era su familia? —pregunta.

No digo nada, no doblego la mirada. Aun así sabe la respuesta. Todas las preguntas son retóricas. Tengo que mirarlo a la cara, necesito mirarlo al fondo de los ojos.

—Lo lamento —continúa—. De verdad. Sobre todo teniendo en cuenta la gran ayuda que ha sido para nosotros. Me gustaría poderle dar una respuesta más completa.

Ahora asiento en silencio. Si está mintiendo, es un maestro.

—¿Sabe que no significa nada? ¿Que no tenga ninguna información? ¿Sabe que nuestros sistemas son más orgánicos que los de ustedes? Son contadas las ocasiones que este tipo de información sale fuera del núcleo más cerrado del servicio secreto.

Vuelvo a asentir. Lo sé todo sobre la organicidad. Todo sobre las tomas rápidas de decisiones.

—Alguien da una señal, otro la pasa a un tercero. Hay muchos caminos.

—Pero siempre hay rumores —señalo yo—. Siempre.

—Claro —dice él.

Asiente con la cabeza. Una sonrisa un tanto triste.

—Pero no hay que hacer caso a los rumores, ¿verdad?

—Solo si es lo único que tienes —replico yo.

Él no contesta. Su mirada es intensa, recta, carente de toda falsedad. Se mantiene así un segundo. Los copos de nieve secos en su bigote, en sus pestañas.

—A veces es mejor, simplemente, seguir adelante —dice al final—. Dejarlo en manos de Dios. *Inshallah*. Si Dios quiere.

Nos separamos antes de que el ferry ataque. Yo ya me estoy alejando, lleno de duda. Atrás dejo las promesas de muerte.

No me entretengo con maniobras de evasión cuando camino por la avenida Strandvägen en dirección a la embajada. Ahora ya me pueden perseguir todo lo que quieran. La empleada local, Louise, me espera en su mesa en el pequeño despacho que comparte con otra local. Parece que somos las últimas personas en el edificio.

—Llegas tarde —dice y se aparta el pelo largo y rubio de la cara.

Ronda los treinta y no es guapa aunque hay algo en su seriedad que resulta atractivo. Su inglés es estadounidense pero con un acento cantarín que conozco demasiado bien.

—Tengo que ir a buscar a mis hijos.

—Lo siento —respondo, y lo digo de corazón.

Pone estresada unos pocos papeles sobre la mesa.

—Aquí está la mujer que estabas buscando —dice—. Este es su certificado de defunción. Efectivamente, trabajó como diplomática para el Ministerio de Asuntos Exteriores y por lo que parece murió en una explosión en Damasco en 1980.

Asiento en silencio y toqueteo la hoja emitida en una lengua que no entiendo.

—Encontré algunos artículos al respecto en la prensa sueca. Por lo visto aquí fue todo un tema. La verdad es que yo misma lo recuerdo. No es demasiado frecuente que un diplomático sueco fallezca en el extranjero. Saqué copias a un par de los artículos. Parece que fue un accidente. Un coche bomba que creen tenía como objetivo a otra persona. Usaron el coche equivocado.

Me siento en la pálida silla de madera que hay al lado de su escritorio. De repente desconfío de mis piernas.

—Tenía una hija —le digo y me percato de que mi tono de voz es vacío, inerte.

Louise asiente con la cabeza.

—Correcto —asiente ella—. Tenía una hija de un par de meses que sobrevivió. Es una historia rara. Muy rara. En todos los medios aparece que la niña murió junto a la madre en el coche, pero si hurgas un poco... —Se aparta el pelo de la frente y lanza una mirada impaciente al reloj de su fina muñeca—. Si hurgas un poco la encuentras en el registro. Klara Walldéen. Tengo un amigo en el Ministerio de Asuntos Exteriores que le echó un vistazo rápido. —Hojea impaciente entre los papeles—. Por extraño que resulte, no hay más documentos. Pero según los rumores, si es que hay que tenerlos en cuenta, la encontraron envuelta en una manta en la embajada sueca de Damasco el mismo día que estalló la bomba. Obviamente, todo quedó silenciado. Después de la bomba y todo eso. Supongo que se temía que fuera a pasarle algo malo.

La electricidad que me sacude, mi circulación sanguínea.

—¿Adónde fue a parar? —pregunto.

—Vive con sus abuelos en el archipiélago de la comarca de Östergötland. Déjame ver... Sí, aquí está. En una islita que se llama Aspöja.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Klara respiró hondo y giró la cara hacia el empapelado de flores para doblegar su propio impulso de esconder la nariz en el cuello de Cyril, tumbado en su cama, desnudo y soñoliento, a tan solo unos centímetros de distancia. A pesar de la desnudez de ambos, a pesar de que ella le había examinado todo el cuerpo con la boca, las manos, un gesto así habría resultado desconcertantemente íntimo, sorprendentemente cariñoso.

Su relación no era cariñosa. Apasionada, sin duda. De Klara saltaban chispas siempre que Cyril estaba dentro de cierto radio de distancia, una carga sexual arrebatadora que no sabía reconocer pero que sospechaba, sin querer indagar más en ello, que tenía que ver con la inaccesibilidad que caracterizaba a Cyril. ¿Cuántas veces se había despertado al amanecer los últimos meses para ver a Cyril medio vestido y a medio salir por la puerta de su dormitorio? ¿Cuántas veces se había despertado con el crujido en la escalera que bajaba al salón? ¿Cuántas veces habían anulado sus escasísimas citas porque Cyril estaba atrapado en un aeropuerto, una reunión o una cena?

Habían pasado veinte noches juntos. Si llegaba. A lo mejor eran quince. Cyril, igual que la mayoría de los parlamentarios, solo estaba en Bruselas un par de días a la semana. El resto del tiempo estaba de viaje o en casa reconectando con su masa electoral parisina.

Cuando comenzaron a verse, un par de meses atrás, a Klara le había ido perfecto. No quería más. Cyril era emocionante. Inteligente. Y la carga que los envolvía era revolucionaria, la hacía flaquear y sentirse inestable, inferior, dominada. Y podía percibir cómo esa carga lo afectaba también a él. Sus manos se endurecían, la forma en que la agarraba de los brazos, el cuello, los dedos en su pelo al empujarla contra el colchón tras penetrarla desde atrás. Klara todavía tenía su sabor en los labios, en la boca. Era pasión, placer maravilloso, ardiente. Pero no era cariño, no era intimidad real. Y le había resultado inesperadamente liberador. La falta de exigencias y la propia liviandad de la historia que tenían juntos.

Por eso se sorprendió cuando Cyril de pronto se volvió y la miró un rato sin decir nada. Su mirada oscura, un tanto irónica. Ella la sostuvo dubitativa, ruborizada de repente, y compartió el silencio.

—¿Por qué no tienes ninguna foto de tu familia? —preguntó él—. He estado aquí varias veces a la semana los últimos meses y aun así no sé nada de ti. O bueno, sí que sé algunas cosas.

Se subió la manta hasta las caderas, como si de pronto se hubiera percatado de su desnudez.

—Hablamos del Parlamento, el mundo. La comida. Pero casi no sé nada de ti. Tu familia. Y acabo de darme cuenta de que tampoco tienes fotos. Cualquiera persona que viva en el extranjero tiene fotos de su familia en algún lugar de la casa. Pero tú no. ¿Por qué?

Su voz, el tenue acento francés, el vocabulario norteamericano. ¿Había estudiado en Estados Unidos? Klara apartó la mirada y se tumbó de espaldas, con los ojos clavados en el techo inclinado que caía sobre la cama, y se concentró en respirar.

De repente sintió que no estaba preparada para romper el pacto, el compromiso eventual. Al mismo tiempo, lo único que quería era vestirse con su pasado y su historia, las prendas una a una, y ver a Cyril hacer lo mismo. Pero necesitaba tiempo para hacerse a la idea. No podía suceder así sin más, sin previo aviso, sin tiempo para aclimatarse. Así que, en vez de dejarse llevar, Klara se limitó a encogerse de hombros y soltar un suspiro.

—No sé. Ni me lo había planteado. A lo mejor no soy muy de fotos, y ya está.

Bajó los pies hasta el fresco parqué y se incorporó en el borde de la cama, desnuda, de espaldas a Cyril.

—¡Venga ya! —dijo él—. Todo el mundo necesita fotos de su familia.

¿No podía darle un momento, dejarla acostumbrarse? ¿Dejarla recuperar el aliento y entrar en calor?

—¿No me puedes contar algo? ¿Tienes hermanos? ¿A qué se dedican tus padres? Cualquiera cosa.

Klara se volvió para mirarlo. Dejó que sus ojos mostraran un halo de irritación.

—No tengo hermanos —dijo mientras se peleaba con el sujetador. Con los dedos se mesó el pelo oscuro, que apenas le llegaba a los hombros, y se lo pasó por detrás de las orejas.

—Hija única.

Recogió su teléfono de la mesita de noche. Miró la hora.

—Vamos. Tengo una reunión dentro de media hora. Tenemos que darnos prisa.

Miró a Cyril con una sonrisa torcida y no demasiado convencida y señaló la estrecha escalera que llevaba a la parte del salón de la buhardilla, su pequeña guarida.

—¡Te hace sentir incómoda! —dijo él.

Extendió los brazos, como si por fin hubiera conseguido hacerla reconocer algo que llevaba tiempo negando. La satisfacción del gesto aumentó el recelo de Klara a seguir con la discusión.

—¿El qué? —dijo ella.

¿De verdad era esto lo que Cyril quería?

—¿Te refieres a que me resulta incómodo hablar de mi familia? Vale, pues sí, me

resulta incómodo. ¿Suficiente? ¿Te quedas contento con la respuesta?

Klara lo acorraló con sus ojos azules. No dobló la mirada ni un centímetro, sentía la irritación crecer como una ola.

Cyril levantó las manos en señal de rendición y se incorporó.

—Claro, claro. Si no quieres hablar de ello —murmuró mientras se ponía los bóxers—. Solo quería mostrar un poco de interés.

Unos minutos más tarde estaban abajo, esperando el taxi en el salón, preparados para reincorporarse a la vida normal.

—Perdón —dijo Klara—. No era mi intención exagerar. Supongo que es de lo más normal que me preguntes por mi familia.

Alargó la mano y acarició la de Cyril. Él todavía parecía herido. Picado. A lo mejor sus amantes solían ser más dóciles.

—No pasa nada —contestó él y se mesó el pelo—. Lo entiendo. No quiero que te sientas incómoda.

—Mi familia... —dijo ella.

Cyril se volvió hacia ella, atento, interesado.

—Mi familia es fácil de describir. Está formada por mis abuelos maternos, que son todo lo que tengo. Punto. Y Gabriella, mi mejor amiga. He tenido novios. Relaciones cortas. Una más larga que a veces, en noches oscuras en las que no me puedo dormir, me gustaría que lo hubiese sido todavía más. ¿Es lo bastante sincero para ti?

—¿Por qué no duró más si tú lo deseabas? Me cuesta creer que él te pudiera dejar.

—Eso... —empezó Klara—. Eso lo podemos dejar para otro día. Pero no fue una época feliz. Y yo estaba a punto de irme. Primero a Londres y después aquí. Después ya no ha habido sitio. Y puede que sea mejor así.

—¿Tus padres? —dijo Cyril con cuidado, como si no quisiera correr el riesgo de interrumpir su historia.

—No tengo padres. Mi madre murió cuando yo tenía dos meses. Tengo fotos de ella en un ropero en casa de mis abuelos, pero ningún recuerdo. Ninguno.

Klara lo miró directamente a los ojos. Su triste pasado. Su soledad y exposición. No había nada de lo que le gustara menos hablar. Las miradas compasivas, los ojos vidriosos que seguían de forma inevitable a la historia de la niña huérfana del archipiélago. Las malditas *comprensión* y *empatía*. Las que la ponían en situación de inferioridad, las que la convertían en otra persona, la que ellos creían que era.

Pero Cyril asintió en silencio y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Lo siento —dijo—. No sabía nada.

Cogió la mano de Klara. Ella no se lo impidió, pero no le devolvió la caricia.

—Nunca conocí a mi padre. No sé nada de él aparte de que era estadounidense y

que mi madre lo conoció mientras trabajaba en Damasco. Era diplomática. A lo mejor él también lo era. A lo mejor era un hombre de negocios. ¿Quién sabe? Mi madre nunca se lo contó a mis abuelos. Y luego murió en un coche bomba en Damasco.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

El temporal arreció cuando el taxi de Mahmoud lo llevaba por el barrio de la Unión Europea en dirección al Museo Real de África Central, en Tervuren, un poco al norte del centro de Bruselas. El viento traía consigo olas de aguanieve con las que el viejo Mercedes parecía lidiar arduamente para que no atravesaran la carrocería. Eran las seis y media y ya estaba oscuro, lúgubre. De alguna forma parecía un mal augurio. Mahmoud se agachó para poder ver las puntas de los bloques de oficinas, donde se concentraba el poder europeo, a través de la ventanilla. Los edificios parecían adentrarse en la oscuridad infinita del cielo. El taxi avanzaba a paso de caracol. La Rue Belliard, la arteria sur-norte del barrio de la UE, parecía hallarse siempre sumergida en un tráfico caótico constante. Al menos uno de los carriles estaba cortado y el taxista refunfuñaba y maldecía en francés. Algo sobre putas y políticos y la relación entre las dos categorías, si es que el francés escolar de Mahmoud no lo traicionaba demasiado.

Miró a su alrededor, a través del acuario que el taxi tenía como luna trasera. Los faros relampagueaban en las fachadas de cristal. Con la oscuridad y la lluvia era imposible discernir si alguno de los coches de detrás lo estaba siguiendo. Lo dudaba bastante. Sus maniobras en el metro habían sido tan irracionales que probablemente incluso un grupo grande de vigilantes le habría perdido la pista. Luego el cambio de taxi. Debería estar a salvo. Si no hubiese sido por el Volvo en Upsala le costaría creer siquiera que alguien lo pudiera estar espionando. Ahora era una posibilidad real.

En algún punto más atrás de la misma Rue Belliard empezaron a sonar sirenas. Luces azules rebotaban en el hormigón pulido, las ventanas, y teñían la penumbra dentro del coche. Por el rabillo del ojo Mahmoud vio policías en moto acercándose a toda velocidad y luego una cantidad considerable de Mercedes negros de un modelo mucho más moderno que aquel en el que él iba sentado. Una bandera de la UE y una bandera que parecía afgana iban fijadas en el morro. Ondeaban agonizantes en la tormenta. ¿Tendría algo que ver con la gran reunión sobre Afganistán en primavera? El plan Marshall que se estaba preparando y con el que se conseguiría afianzar la paz. O quizá no fuera más que un embajador solitario de camino al aeropuerto.

Justo cuando estaba perdiendo la esperanza de que pudieran salir del barrio de la UE dejaron atrás Bruselas y entraron en una carretera totalmente recta que atravesaba un bosque ralo. Parecía que se estaban acercando. Mahmoud notó que se le aceleraba el corazón y se le secaba la boca. De pronto se arrepintió de no haberle contado a nadie adónde se estaba dirigiendo. Quizá debería haberse puesto en contacto con

Klara antes de embarcarse en esto. ¿Pero cómo demonios habría sonado eso, cuando ella ni siquiera le había respondido al *mail*?: «Hola Klara, por lo visto me están vigilando y he quedado con alguien que me quiere pasar una información comprometida en Tervuren. ¿Esquizofrenia paranoide? Pues ahora que lo dices...». Muy fuera de lugar. Y había dado su palabra de que no se lo contaría a nadie. Estaba solo. No había más que aceptarlo. Respirar tranquilo.

No le llevó más de cinco minutos llegar al hotel desde la rotonda donde le había pedido al taxista que lo dejara. Era poco antes de las seis. El aparcamiento del museo se había convertido en un charco fangoso y Mahmoud lo cruzó de puntillas para no ensuciarse demasiado. Cuando dobló la esquina del macizo edificio se topó con un gran parque bien planificado, con pasillos de grava, setos recortados y césped gris. La iluminación era precaria, pero aun así se detuvo un segundo para tratar de comprender dónde debía estar dentro de una hora. Era fácil identificar el gran estanque, justo delante de la escalinata de entrada. A su derecha. Más no podía ver en la penumbra. Llegado el momento tendría que confiar en su intuición.

Media hora más tarde pudo constatar lo curioso que era que un país con una historia colonial tan controvertida no pudiera dignarse a montar un museo un poco más interesante. A decir verdad, lo mejor era el edificio en sí. El resto consistía más que nada en jirafas devoradas por las pulgas, vitrinas cansadas con animales más pequeños y algunas lanzas y escudos de rigor del centro de África. Como cualquier museo de historia natural del mundo. Sin embargo, tampoco estaba aquí para aprender más sobre la historia colonial de Bélgica.

Eran casi las siete menos diez y una voz por megafonía le aclaró que el museo iba a cerrar en diez minutos. Mahmoud se dirigió a paso lento hacia la sala en la que se suponía que estaba la puerta. Estaba completamente solo entre vitrinas llenas de polvo. La aterradora sombra de la enorme jirafa cruzaba la sala. Mahmoud hizo de tripas corazón. Había llegado la hora. Con un movimiento decidido accionó la manilla.

La puerta se abrió de un bandazo y Mahmoud tuvo que hacer fuerza para que el viento no se la arrancara de la mano. Había dejado de llover y, a juzgar por el vaho que salía de su boca, la temperatura debía de haber descendido un par de grados durante la hora que había estado dentro del museo. Sintió un escalofrío y bajó por la escalerilla de hierro que llevaba al caminito fangoso de grava. El estanque de delante del museo estaba suavemente iluminado pero el parque de abajo apenas podía distinguirse en la oscuridad. Como medida cautelar añadida, Mahmoud procuró ir por la sombra del lado derecho del estanque. Se maldijo a sí mismo por no haber cogido

otro calzado aparte de los mocasines para ir a Bruselas. Ya tenía los calcetines empapados de agua helada. Unos pies secos son el alfa y omega. No hay soldado en el mundo que diga lo contrario. Pero Mahmoud había creído que sus días de soldado habían quedado atrás.

Las cifras fluorescentes de su reloj *G-shock* marcaban las 18.53. Siete minutos para la hora señalada. Protegido por las sombras se metió entre el seto ralo del otro lado del estanque. Se detuvo y aguzó el oído. En el parque reinaba el silencio. Lo único que se oía era un susurro lejano de tráfico. Debía de ser hora punta para los funcionarios de la UE y los diplomáticos que habían elegido establecerse en Tervuren. Desde su posición tenía todo el museo controlado. Estaba desierto. Nadie lo había seguido.

Cuando se dio la vuelta no tardó demasiado en vencer la oscuridad e identificar la escultura que le habían descrito. El bronce titilaba débilmente a la luz del estanque. Giró a la derecha y cruzó una pequeña parcela de césped mojado. Delante de sí pudo distinguir un bosque, o por lo menos algo que parecía un bosque. Continuó hacia delante. Y allí, casi escondido entre unos arbustos de hoja perenne, vio el contorno de un banco de parque. Hizo un alto. En el extremo derecho del banco vio la clara silueta de una persona.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

George cruzó las puertas del Comme chez Soi a las siete en punto del jueves. Era una parte de su nueva vida desde que llegó a Bruselas. Siempre era puntual. Antes era un tema que llevaba más o menos como podía, pero ya no. Intentó ocultar una sonrisa sin demasiado éxito. Cuando George hubo terminado el trabajo de traducción, Appleby había pasado por su despacho y le había propuesto que hicieran la valoración anual de George con una cena en el restaurante de dos estrellas. Era demasiado cojonudo. Esto era lo que le encantaba de su vida. Ya le podían endosar todos los trabajos imposibles que quisieran y hacerle traducir auténticos bodrios hasta la eternidad, que si podía seguir viviendo así él estaría contento.

En cuanto puso un pie al otro lado del umbral fue recibido por un camarero.

—¿*Monsieur Lööw*? *Monsieur Appleby* lo está esperando en el piso de arriba — dijo en francés.

—*Merci* —respondió George, y lo acompañó por el restaurante. Ventanas pintadas. Nivel de ruido amortiguado pero animado. Corbatas y dinero. Taburetes para las señoras donde poner los bolsos. George notó que cada vez estaba de mejor humor. Esto era lo suyo. Restaurantes con estilo y camareros que estaban avisados de su llegada. Una copa de champán y a lo mejor una rayita discreta de coca en el lavabo y ya estaría en plena forma.

Al llegar al final de la estrecha escalera, el camarero abrió una puerta de espejo que daba a lo que parecía ser una salita privada. Appleby estaba solo, sentado a una mesa preparada para dos. Se encontraba absorto escribiendo algo en su BlackBerry, pero hizo pasar a George con un gesto impaciente de la mano. Las paredes de la estancia estaban cubiertas de madera clara. Unas cortinas pesadas decoraban las ventanas y detrás de Appleby colgaba un gran cuadro al óleo, una especie de bodegón. Junto a una de las ventanas había dos sillones de piel. Probablemente, ahí era donde se tomaba el coñac. El restaurante no era del todo del gusto de George. Demasiado polvo y aspecto de antiguo. A George le iban más las paredes blancas, el acero y el cristal. Las propuestas de diseño de la revista *Wallpaper*. Pero en este sitio era imposible dejar la clase de lado. Costaba un pastón.

—¡Pasa, pasa, siéntate, por Dios! ¿Qué tal te va, *old boy*? —Appleby utilizaba con gusto expresiones como *old boy*. Seguramente, le hacían sentirse británico. No siempre debía de ser fácil ser yanqui en Bruselas.

—Gracias. ¡Fantástico, todo bien! —dijo George.

—*Garçon*! Tomaremos una botella del champán de la casa. —Appleby apretó el

botón de enviar del teléfono con gran dramatismo y lo dejó a un lado del plato.

«*Garçon* —pensó George—. Hoy en día solo los norteamericanos llaman así a los camareros».

—Bueno, George, ¿qué te parece el *Comme chez Soi*? ¿Habías venido alguna vez?

—Lo cierto es que sí, un par de veces.

—¡Excelente! —lo interrumpió Appleby.

Parecía haber perdido el interés por su propia pregunta y pasó a zarandear el menú con una mano.

—¿Ya sabes lo que quieres? Yo tengo mis favoritos aquí preparados.

George abrió el menú. Ostras de Colchester. Lenguado con medallones de bogavante. George hizo un esfuerzo para no sonreír de oreja a oreja. Appleby asentía con aprobación.

—Perfecto. Entonces solo nos queda ponernos de acuerdo en quién pagará esta pequeña reunión —dijo con una amplia sonrisa.

Los dientes blancos de Appleby brillaron en la salita. «Es como dicen las secretarias —pensó George—. Parece un tiburón. Grande, suave y ágil. Ojos negros y malvados». George respondió a la sonrisa un poco nervioso. ¿No pretendería aquel loco que él pagara la cena a la que lo habían invitado? Sobre todo teniendo en cuenta que el sueldo de Appleby debía de ser diez veces mayor que la remuneración —en todo caso, bastante generosa— de George.

—¿Tabaco o coñac? —dijo Appleby y sacó un euro del bolsillo—. El rey Alberto es Philip Morris y la marca del euro es Hennessy.

Ambos eran clientes en Merchant & Taylor. Appleby lanzó la moneda al aire. Salió el rey Alberto.

—Excelente. Philip Morris se hace cargo de la cuenta. —Con una expresión de satisfacción se guardó el euro.

—Será mejor que también le carguemos las horas. Seguro que esto nos lleva un par de horas o tres. Encárgate de ponerlo en su cuenta mañana. Yo la aprobaré durante la semana.

Era una sensación vertiginosa. No era tan extraño que alguna comida se pusiera a cuenta de algún cliente de vez en cuando, aunque tampoco resultara demasiado relevante para este. Pero cargarle una cuenta de 400 euros por una cena para dos a un cliente era nuevo para George. Súmale tres veces 350 euros por las horas de George y quizá 500 euros por cada hora de Appleby y Philip Morris acabaría con una cuenta de narices por nada. Casi 25 000 coronas suecas por una noche que no tenía nada que ver con ellos. Así era como la cosa funcionaba entre la élite. Nada de tonterías. Que paguen ellos, los muy cerdos. Tienen pasta de sobra.

La conversación fluyó bien. Appleby quería saber de los grandes clientes de

George y las cuentas. Al cabo de un rato la conversación pasó a girar en torno a cotilleos de oficina y rumores. Era agradable. Distendido.

Pero aun así había algo que incomodaba a George. Una cena en Comme chez Soi era demasiado ostentosa, incluso para Merchant & Taylor. Era como si hubiera algo flotando a su alrededor, una nube, una niebla. Un presagio de otra cosa, algo más lúgubre. Algo que también parecía estar reflejado en los ojos de Appleby. Un destello de oscuridad y océano. Y sus movimientos eran impacientes, un indicio de que hasta el momento la cena no era más que un calentamiento, un breve trayecto de desplazamiento. George vació la copa de champán de un trago y miró a Appleby con una sonrisa, seguro de sí mismo. «Dale caña —pensó—. Estoy preparado».

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Por lo que parecía, se habían descubierto al mismo tiempo, porque el hombre del banco se levantó y dio un par de pasos al frente. Menos de veinte metros lo separaban de Mahmoud. Levantó la mano dándole el alto. Mahmoud obedeció y se detuvo.

—Extiende los brazos hacia los lados y acércate despacio —dijo el hombre en sueco con voz tranquila.

Mahmoud tardó un segundo en reconocer la voz. Era más grave, más ronca de lo que recordaba. Por un instante se quedó helado a mitad del paso, abrumado de repente por un alud de sentimientos contradictorios.

—¿Lindman? —dijo.

—Shammosh —respondió el hombre—. Qué bien que hayas podido venir.

Se quedaron unos segundos uno frente al otro sin decir nada. A pesar de la oscuridad, no cabía duda de que Lindman había pasado serias penurias. Estaba mayor, por supuesto, habían pasado diez años, pero no era solo eso. Estaba más grande. Más ancho. Ancho anabólico. Cuello tatuado y mandíbulas fuertes. El pelo rubio, que por lo visto aún se rapaba a los tres milímetros reglamentarios del cuerpo de paracaidistas, necesitaba un cambio apremiante. Tenía la cara marcada y cansada. La ropa —tejanos anchos y una chaqueta M 60 de camuflaje— estaba raída y arrugada, como si hubiera dormido con ella puesta.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Mahmoud. Su voz resultó más queda e insegura de lo que se había esperado—. ¿Cómo supiste que estaba en Bruselas?

Lindman se encogió de hombros.

—Busqué tu nombre en Google y me enteré del seminario. Llamé a Crisis Group, o como se llamen, y me enteré de dónde te ibas a hospedar. Fácil.

Su mirada saltó por encima del hombro de Mahmoud, hacia el parque, en busca de algo, cualquier cosa.

—¿Estás seguro de que no te han seguido?

—He hecho lo que me has pedido y más —respondió Mahmoud con una sonrisa que tiritó brevemente en sus labios para luego desaparecer. El comportamiento de Lindman lo ponía nervioso. Toda la situación lo ponía nervioso.

Lindman guardó silencio, parecía estar escuchando atentamente. Todo lo que se podía oír era el viento en las copas de los árboles, el tráfico de fondo.

—Las cosas se han torcido un poco últimamente, se podría decir —dijo por fin.

—Ya —contestó Mahmoud, a la espera.

Lindman negó de forma casi imperceptible con la cabeza, movía las manos.

—No sé cuánto tiempo tenemos.

De nuevo las miradas inquietas bailando por el parque, en la oscuridad. Respiró hondo, como si estuviera cogiendo carrerilla.

—Aquello que pasó... Hace mucho tiempo. Éramos jóvenes —empezó Lindman.

—No tanto —lo cortó Mahmoud—. No, joder, ya no éramos tan jóvenes.

Una llama se encendió en su interior. Una nueva ola de calor le atravesó el cuerpo. Un golpe de furia irredenta, almacenada. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para ahogarla, para no dejar que rebosara por los límites de su cuerpo.

—Pero dejémonos de historias —dijo—. ¿Por qué cojones me has traído hasta aquí? ¿Y a qué coño viene todo este secretismo?

Por fin los ojos de Lindman dejaron de pasearse. Miró a Mahmoud como si comprendiera por primera vez, como si no hubiera sido plenamente consciente de su presencia hasta ahora. Se pasó la lengua por los labios. Un brillo nervioso, codicioso, le llenó los ojos. Continuaba moviendo las manos.

—A ver, la cosa es... —empezó.

Se aclaró la garganta y miró fijamente a Mahmoud.

—He visto cosas que no te imaginarías nunca. He participado en cosas.

Se detuvo, negó en silencio. Se rascó maniático la mejilla.

—Mierdas muy enfermizas, ¿entiendes? Y tengo información, ¿vale? Asuntos muy delicados. ¡Muy delicados! Lo que he visto. Ni te lo creerías. En serio.

—¿La foto que dejaste en el hotel?

—Sí, sí, la foto, exacto. La foto. Ya lo viste tú mismo, ¿no? ¿Verdad? Ese tipo de locuras. Ese tipo.

Lindman mecía el cuerpo de aquí para allá, iba cambiando de un pie al otro. La mirada, a ratos dispersa, a ratos intensa y directa. Apretaba las mandíbulas. Iba de *speed*. «Va colocado hasta las cejas», pensó Mahmoud.

—O sea, yo he trabajado ahí, ¿sabes? En Afganistán. La escuela de oficiales y esa mierda. O sea, con los americanos. ¡Ni te imaginas lo que he llegado a ver! Y tengo más pruebas.

Mahmoud sentía que se deshinchaba. La tensión se disipó en la oscuridad y fue sustituida por decepción. Qué tonto había sido. Mira que no entender que nada de aquello iba en serio. Los mensajes habían puesto en marcha un proceso imaginativo en su cabeza. Qué ridículo que incluso se hubiera sentido vigilado. Ese Volvo de Upsala sería de algún vecino que trabajaba en la universidad, igual que él. Pura casualidad. Lo más simple, la solución más probable. Naturalmente.

Pero al mismo tiempo sentía una especie de compasión hacia Lindman. El rey de Karlsborg cuando se marchó. El primero de la promoción. Reducido a aquel pobre desgraciado anabólico y puesto de anfetaminas que ahora tenía delante.

—¿Qué pruebas? ¿De qué estás hablando? —dijo Mahmoud, cansado.

—Me fui de París a Kabul, ¿vale? Después de levantarles el puto cofre del tesoro lleno de documentos. ¿Entiendes?

Lindman apartó la mirada de él y oteó la oscuridad una vez más.

—No —dijo Mahmoud—. No entiendo nada.

Lindman se volvió hacia él. Su mirada volvía a ser intensa y directa.

—Da igual. Tengo un montón de fotos. Cosas como lo que viste en la que te mandé, ¿vale? Torturas, asesinatos, llámalo como te dé la gana. Un ordenador lleno. Todo lo que quieras.

—¿Dónde? ¿Dónde tienes esa información, Lindman?

—A buen recaudo, en París.

Sacó una cartera del bolsillo interior. La agitó sin darle importancia delante de Mahmoud.

—Puedes estar seguro —murmuró—. Está a buen recaudo.

—De acuerdo —dijo Mahmoud—. Claro. Digamos, por un momento, que tienes algo así como una exclusiva entre manos. Seguro. ¿A mí para qué me quieres?

Lindman se inclinó hacia él. Su aliento era fétido. El viento silbaba en los árboles que tenían encima. El murmullo de la autopista más allá.

—Pasta —contestó—. No soltaré la mierda hasta que me den un buen pastón. ¿Me sigues? Tú me ayudas a conseguir pasta por las fotos. Tú sabes con quién hay que hablar, ¿no es verdad? Quién paga. Tú te encargas de eso. Primero la pasta, luego las fotos.

—¿Pasta? —exclamó Mahmoud—. ¿Pasta? ¿Crees que te pienso pagar? ¿Estás loco?

Lindman negó con la cabeza.

—¡No, no! —dijo.

El tono un poco más alto. Impaciente. Inquieto. Respiró hondo para recuperar el control antes de continuar.

—Tú no, coño, pero puedes ponerme en contacto con alguien. El diario *Aftonbladet* o quien sea. Tú eres serio. Un investigador de esos. Contigo hablarán. Quiero cinco millones de coronas. Ni un céntimo menos. Se lo puedes decir de mi parte. Y una cosa más. Un pequeño problema.

De pronto se quedó de piedra. Sus ojos volvieron a mirar al parque. Mahmoud también se dio cuenta. Un sexto sentido que había aprendido a utilizar durante el entrenamiento militar se activó. Ya no estaban solos.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

La cena había terminado y George y Appleby se habían desplazado a los sillones junto a la ventana. El calvados titilaba en las copas. George estaba de muy buen humor por la velada. A lo mejor eso de que había una nube gris flotando sobre sus cabezas no eran más que imaginaciones suyas.

—Voy a serte totalmente sincero, George. Creo que tienes lo que hay que tener para llegar a la cima. ¿Cuánto tiempo llevas en Merchant & Taylor? ¿Tres años?

—Sí, tres años y dos meses —respondió George—. Han pasado condenadamente rápidos.

—¡Desde luego! Has hecho carrera a velocidad de vértigo. Creo que yo no tenía despacho propio a los tres años. —Appleby tensó las comisuras—. Tienes por lo menos un veinte por ciento más de horas facturadas que ningún otro trabajador de tu generación en la oficina de Bruselas, lo cual implica que facturas un veinte por ciento más de dinero para la empresa. A los clientes les gustas. A mí me gustas.

Se quedó callado unos segundos, pensativo. George no quería interrumpirlo. Esto iba bien. Appleby se reclinó en el sillón de piel y levantó la copa, la miró a contraluz con las velas de la mesa donde habían cenado, como para analizar su contenido.

—En nuestro ramo el objetivo siempre es conseguir más dinero, George —dijo—. Conseguir dinero y al mismo tiempo evitar problemas. Supongo que es así en todas partes, pero nuestro ramo sigue siendo especial. Lobismo. La gente no sabe lo que hacemos. La importancia de nuestro trabajo. Siempre hay ignorantes de mierda que nos atacan. Nos llaman mercenarios y creen que somos unos inmorales. En todas las putas encuestas que se hacen sale que no le gustamos a la gente. ¡Que no se fían de nosotros!

Appleby extendió los brazos en un gesto de impotencia. Como si le fuera del todo imposible entender por qué alguien no iba a fiarse de él.

—Los políticos dicen que no les gustamos. Que nuestra influencia debe ser limitada por todas las vías posibles. Pero la realidad es que ni uno solo de ellos podría sobrevivir si nosotros no les susurráramos a los oídos. ¿Dónde estarían ahora si nosotros no estuviéramos aquí mediando entre los contactos y movilizándolo a sus electores? Somos el lubricante del mecanismo. Engrasamos los engranajes día sí, día también. Así que tendrán que perdonarnos que de vez en cuando, cuando nadie mira, adaptemos el mecanismo a las necesidades de nuestros clientes. Es un pequeño precio que pagar por nuestra contribución.

Appleby dio un sorbo a su copa. George habría dado cualquier cosa por un

cigarrillo, pero ahora no podía levantarse y salir a fumar.

—Pero lo que hacemos no siempre puede hacerse a la luz del día —continuó Appleby—. Algunos de nuestros clientes se sienten más tranquilos entre sombras, algunos de nuestros métodos funcionan mejor a la sombra. No hay nada raro en ello. Solo es parte del juego. Pero a veces necesitamos protección, que nos echen una mano.

Guardó silencio y miró al vacío que tenía delante. De pronto George se preguntó si Appleby estaba borracho. No se lo había parecido hasta ahora.

—No estoy seguro de estar entendiendo lo que me dices —intentó, y se llevó la copa a los labios. Appleby se volvió para mirarlo.

—¿No? Bueno, no te lo reprocho. Lo que te estoy contando está por encima de tu salario. Y no voy a entrar en detalles. Algún día lo entenderás mejor. Quieras o no, si te quedas en este ramo estarás obligado a entenderlo mejor. Lo que te quiero decir es que tenemos lo que podríamos llamar «protectores» en distintos lugares de la sociedad. O podríamos decir que nos protegemos mutuamente. Nos hacemos favores entre nosotros. Y a veces estos protectores nos llaman para que les paguemos nuestras deudas. Si te soy sincero, no siempre es agradable. Pero es necesario.

Appleby se volvió hacia George y lo miró directamente a los ojos. No estaba borracho en absoluto. Al contrario. Estaba totalmente sobrio. George se notó nervioso. Joder, esto era lo que había sospechado. Nunca se come gratis. Nunca.

—Pero vale la pena pagar las deudas. ¿No escribió tu primer ministro un libro sobre eso en los noventa? ¿Quien está en deuda no es libre, o algo así?

Appleby sonrió con cautela.

—Eh, sí, así es. Creo que no fue traducido al inglés. Y no fue mi primer ministro, no sé si me explico —respondió George.

—Sí, exacto —dijo Appleby y amplió la sonrisa—. A diferencia de todos tus paisanos, tú no eres socialdemócrata. En cualquier caso, ahora mismo no somos libres. Merchant & Taylor tiene una deuda que pagar. O varias, para serte totalmente sincero. Hemos estado tirando de crédito y ha llegado el momento de devolverlo. Es un buen crédito, eso sí. Por las pocas cosas que nos piden que hagamos nos pagan diez veces su precio. Y no solo a Merchant & Taylor como empresa, sino también a las personas que ejecutan los servicios. ¿Entiendes lo que quiero decir con esto?

A George se le puso la piel de gallina. Tenía la sensación de estar a punto de estrenarse en algo gordo. Una sociedad secreta, una hermandad.

—No lo sé —dijo con cuidado—. ¿Te refieres a algo en concreto?

En lugar de responder, Appleby miró su enorme reloj de pulsera.

—No todos los clientes son lo que parecen, George —dijo al final—. Tú solo recuerda esto. Pónmelo fácil. No pienses demasiado. Continúa tal como empezaste. Haz lo que se te pida. Factura cuanto puedas. Así todo es mucho más fácil para todos.

Y recuerda que Merchant & Taylor no se olvida de los que la han ayudado a pagar sus deudas. Tú ya has llegado lejos. Ha llegado la hora de dar el siguiente paso y no solo se trata de ser un lobista hábil. Se trata de entrega. De lealtad. A la empresa. A nuestros clientes. Quien dé muestras de ello puede llegar lejos. Muy lejos. Pero recuerda también que la falta de lealtad... bueno, digamos que eso no se aprecia. Para nada.

Appleby miró a George y algo titiló en sus ojos de tiburón. George no sabía qué decir, así que le dio un trago al calvados. Sabía enmohecido, sobrefermentado. George odiaba el calvados. «Digital Solutions —pensó—. Sabía que había algo sospechoso con el puto Reiper ese».

—Es muy tarde. Creo que es hora de que nos recojamos. Ni siquiera yo puedo facturarle una noche entera a Philip Morris.

Appleby se estiró y soltó una risotada seca antes de levantarse. George siguió su ejemplo. Bajaron juntos la escalera y salieron a la calle. George se tambaleó en la acera, el frío le hizo reconocer que en verdad estaba bastante borracho. El primer taxi no tardó en aparecer y Appleby se metió en el asiento de atrás. Antes de cerrar la puerta se dirigió a George.

—No te preocupes, George —dijo—. Míralo como una aventura. Todos los que tienen un nombre en la empresa han pasado por tu situación. No hay más que comérselo. Y no pienses demasiado, ¿vale?

—Supongo que sí —contestó George—. Aún no tengo del todo claro de qué va todo esto.

—Ahora mismo te la suda. Esa es la idea. No pienses. Tú solo haz lo que se te pide. Y factura como de costumbre. Lo llevas dentro, lo sé. Nos vemos mañana.

Con esas palabras Appleby cerró la puerta. El taxi comenzó a deslizarse lentamente bajo las luces de colores de Navidad que se habían tendido a lo largo de toda la calle. George encendió un cigarrillo y se ciñó el abrigo. Unos copos de nieve aterrizaron en su hombro.

—Puto diciembre —murmuró, y agradeció el alivio que sintió al encontrar la bolsita de coca en el bolsillo. ¿Y si se pasaba un momento por Place Lux? Aún no era demasiado tarde.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Había algo en el ambiente, algo en los sonidos del parque. Algo había cambiado, ya no encajaba. Mahmoud se agachó de manera instintiva, se hizo una bola y se volvió hacia las parcelas de césped. La vista no servía de nada en aquella oscuridad. Un copo de nieve se le posó en la mejilla. El viento había amainado y la temperatura seguía cayendo. Aguzó el oído, todos los sentidos. Todo lo que oía era el viento barriendo las ramas, muy por encima de su cabeza, y más allá el susurro lejano del tráfico. Pero aun así. Había algo que no encajaba.

Cuando Mahmoud se volvió otra vez vio el puntito rojo deslizándose por la mejilla de Lindman, como un pequeño insecto, durante una fracción de segundo. Fue más que suficiente. Supo en el acto lo que era.

—¡Agáchate! —gritó—. ¡Fuego!

Al mismo tiempo que gritaba se tiró de bruces en el césped, sin quitar los ojos de Lindman. Notó la humedad en los dedos, el frío en la mejilla. Mahmoud volvió el cuello justo cuando la cabeza de Lindman daba una fuerte sacudida hacia atrás y su cuerpo se levantaba un par de centímetros del suelo girando media vuelta en una imitación absurda y torpe de ballet clásico. Un monstruo bailarín de una película de Pixar. La pirueta terminó con Lindman desplomándose sentado en el banco de madera. Como si de pronto alguien le hubiera desconectado las articulaciones y nada lo mantuviera erguido.

El pulso de Mahmoud se aceleró, pero el instinto o el hábito se pusieron en marcha. Sin saber cómo, había percibido el ángulo de donde venía el disparo y dónde debía de haberse escondido el tirador. Usando codos y rodillas, reptó alrededor de la zona de tiro hasta el cuerpo inerte de Lindman. Desde el parque llegaban susurros de voces, ruido de pasos sobre el césped mojado. La mano de Mahmoud topó con algo fino y blando junto al banco. La cartera de Lindman. Sin pensarlo, se la metió en el bolsillo. Sus manos tantearon junto a las piernas de Lindman y llegaron a la chaqueta militar, subieron por su brazo. El tiempo se había detenido. Tiró del brazo de Lindman con fuerza para quitarlo del banco bajándolo al suelo. Luchó por ponerlo de alguna forma a cubierto, a pesar de saber que era completamente en vano.

Antes de conseguirlo vio de nuevo la mira láser dando saltitos por la cara lacerada de Lindman. Entonces Lindman dio un respingo, su cabeza saltó a un lado. Algo caliente salpicó las mejillas de Mahmoud. Este soltó a Lindman en el acto y con pánico controlado se tiró de cabeza dentro de los setos que hacían de frontera con el bosquecillo.

«Sangre —era lo único que le pasaba por la cabeza—. Tengo su sangre en mi cara».

Pero esta vez tampoco había oído ningún disparo. Entonces volvió a ver el puntito rojo. Por un instante quedó fijo en uno de los árboles que tenía justo enfrente. En una especie de cámara rápida vio trozos de corteza pulverizados en silencio y la bala atravesando la madera. «Me están disparando —pensó sorprendido, desconcertado—. Me están disparando con un rifle con silenciador». Se puso en cuclillas y se metió en el bosquecillo lo más rápido que pudo. El suelo era blando y liso. Entre los árboles dispersos vio el destello de las farolas de una calle que parecía volver a Tervuren. La sangre de Lindman goteaba de sus mejillas y le manchaba el abrigo de color gris oscuro.

En el taxi de vuelta a Bruselas apenas recordaba cómo había salido del parque. Solo tenía un vago recuerdo de haber oído pasos rápidos a su espalda. Ramas que se partían y voces norteamericanas. Vaho y gotas de sangre. Recordaba fragmentos de cómo había llegado a la calle, la había cruzado y luego había continuado atravesando jardines privados y se había metido por callejuelas secundarias hasta que estuvo en el centro histórico de Tervuren. No tenía ni idea de cómo había encontrado el taxi. Todo lo que había hecho hasta aquí le había salido automático. Supervivencia. No hay nada más importante que sobrevivir.

Mahmoud se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Una ola de cansancio le vino encima. Detrás de sus ojos cerrados veía una y otra vez el puntito rojo bailando sobre la mandíbula sin afeitar de Lindman y el momento en que le destrozaban la cara. ¿Cómo habían logrado seguirlo hasta el museo? A pesar de todo no había sido lo bastante precavido. Él los había llevado hasta Lindman. Él era el responsable de que Lindman estuviera muerto.

Mahmoud ni siquiera se había percatado de que la radio estaba puesta en el taxi hasta que el torrente de temas de moda se apagó para dar lugar a una voz de hombre seria y grave. Noticias. Mahmoud echó un vistazo a su reloj. Las 20.51. Primero pensó que hacía dos horas que había quedado con Lindman. Casi dos horas desde que su vida había dado un vuelco. ¿Había estado tanto tiempo escondido en los jardines de las casas en Tervuren? Después se preguntó qué clase de noticias empezaban nueve minutos antes de la hora en punto. Luego aguzó el oído en busca de palabras que pudiera reconocer en el flujo rápido de francés belga. Y ahí estaban: *assassiner. Tervuren. Extrêmement dangereux.*

Palabras que solo podían significar una cosa: que estaba en busca y captura por el asesinato de Lindman. Fue como si el taxi se encogiera a su alrededor, como si el techo comenzara a descender, como si el aire se estuviera acabando. Vio al taxista árabe toquetear el panel de la radio en un intento aterrado de cambiar de emisora. Vio

las miradas de pánico del hombre a través del retrovisor. Y recordó cada detalle de lo que había aprendido en Karlsborg. Y recordaba lo más importante de todo: «Sé creativo, nunca reactivo».

Antes de que el taxista se diera cuenta de lo que había pasado, Mahmoud estaba sentado a su lado en el asiento del copiloto, clavándole la punta de un bolígrafo en la palpitante arteria de su cuello. Mahmoud se sentía sorprendentemente tranquilo, entumecido, desconectado.

—Ni una puta palabra, ¿está claro? —dijo tranquilo en árabe—. Te juro que te corto el cuello. Te lo juro.

El sudor de la cara del taxista. El pánico en sus ojos. «Lo tengo —era lo único en lo que Mahmoud podía pensar—. Lo tengo donde lo quiero tener».

—Dirígete a Bruselas —ordenó Mahmoud—. Con calma. Que no se te ocurra ninguna idea maravillosa.

Los ojos del conductor iban saltando de la carretera a la cara de Mahmoud. Asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

Mahmoud se percató de que el tráfico cambiaba de ritmo unos segundos antes de vislumbrar las luces azules que se reflejaban en el asfalto mojado. Un control. Por supuesto. El taxi aminoró la marcha, siguió la cola cada vez más lenta que se estaba haciendo. Cambio de planes. Creativo, no reactivo.

—Escúchame —le dijo con calma Mahmoud al taxista—. Tengo una bomba pegada al pecho. Una bomba de verdad, ¿me oyes? Al estilo yihad.

Agarró la cara del taxista con la mano que tenía libre y lo obligó a mirarlo a los ojos, a respirar su aliento, ácido por la adrenalina, con la nariz y la boca.

—Y no voy a dudar en volarme por los aires. *Allahu akbar*. Me llevaré a esos cerdos de allí delante.

El taxista apenas respiraba. El pulso palpitaba contra el bolígrafo que Mahmoud le apretaba cada vez más fuerte contra el cuello. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Puedes salvarte —continuó—. Cuando yo te diga, abres la puerta y sales corriendo lo más rápido que puedas. Lo más rápido que puedas, ¿me oyes? Da igual si alguien te persigue. Si no te alejas trescientos metros de aquí acabarás saltando en pedazos junto conmigo y el resto de infieles. ¿Me has entendido?

El taxista asintió con la cabeza, sollozando.

—Sí, sí —dijo—. ¡Por favor, tengo familia, soy musulmán!

—Tranquilo, tú solo haz lo que te he dicho. Desabróchate el cinturón.

El taxista obedeció frenético. Un chasquido y luego el sonido del cinturón recogiendo solo. Mahmoud se inclinó hacia delante, observó las luces azules. Pudo contar a varios agentes. Linternas y armas automáticas. Tres coches patrulla, por lo que podía ver. Quizá diez vehículos entre el taxi y ellos. Todavía no. El momento

tenía que ser perfecto.

—¿Ves ese callejón de ahí? —dijo.

Señaló en diagonal al otro lado de la calle, hacia un callejón mal iluminado que se metía entre las casitas adosadas de color gris.

—Allí estarás seguro. Cuando cuente hasta tres saltas por la puerta y corres más de lo que has corrido en toda tu vida, ¿está claro?

El taxista siguió el dedo de Mahmoud con la mirada. Asintió en silencio y volvió a mirarlo a los ojos. Una expresión de agradecimiento en su rostro. Como si Mahmoud realmente estuviera a punto de perdonarle la vida. Cinco coches entre el taxi y el control.

—¿Listo? —dijo Mahmoud.

Tenía un sabor a hierro y sangre en la boca. De pronto el estrés se volvió real, tangible, casi abrumador.

—¡Sí! —dijo el taxista casi gritando—. ¡Sí! ¡Estoy listo!

—Bien. A la de tres. Una. Dos. Tres.

Mahmoud apenas tuvo tiempo de decir el último número antes de que el conductor abriera la puerta de un bandazo y se echara a la calle. Trastabilló con los primeros pasos y por un segundo Mahmoud creyó que se iba a caer, pero el hombre recuperó el equilibrio y corrió con un frenesí que solo puede mostrar quien se ve perseguido por la muerte. Cruzó la calle, se metió entre los coches y fue directo hacia la callejuela de viviendas que Mahmoud le había señalado.

Pasaron un par de segundos antes de que los policías, veinte metros más adelante, entendieran lo que estaba pasando. Un árabe que sale corriendo a toda prisa huyendo de los controles. Hubo un instante de caos y sorpresa seguido por órdenes dadas a gritos, linternas que se giraban, suelas de goma que empezaron a moverse por el asfalto.

Mahmoud no esperó mucho tiempo. Abrió la puerta del copiloto lo más discretamente que pudo y desapareció en la dirección contraria. A su espalda oía voces fuertes, pasos pesados moviéndose por el asfalto en la otra dirección. Caminando agachado desapareció detrás de un seto y se metió por un callejón, pasado el control. Acudir a la policía ya no le parecía una buena idea.

Primavera de 1988

Afganistán

A sí que al final me mandan aquí. Al hermoso, tozudo, terrible Afganistán. Aquí, donde el tiempo ha estado detenido, donde el tiempo sigue detenido.

—Conoces la región —me dicen mis nuevos jefes.

Los que no se han criado en campo abierto, sino en los pasillos y las salas de reuniones.

—Hablas el idioma —dicen, y sus mentes ya están en alguna otra parte, en la siguiente reunión, en la próxima conversación lisonjera.

No tengo fuerzas para explicarles que hablo árabe, no persa, ni pastún. En mis manos ya tengo los billetes de avión, una nueva identidad, promesas de olvido, promesas de futuro.

Cruzamos la frontera a Pakistán, con pañuelos en la cabeza y kaláshnikovs como cualquier otro gánster local, en una vieja camioneta Toyota oxidada. Todos estos caminos, baches, gravas y arenas. En un mercado en las afueras de Jalalabad me compro una bayoneta inglesa con el año 1842 grabado en el acero. Estas montañas son las lápidas de los reinos que en algún momento se creyeron capaces de poseerlas. Primero los ingleses. Ahora los rusos. Se retiran, desconcertados, heridos. ¿Qué les pasa a estas montañas? Envío informes a mis superiores sobre los muyahidines, les cuento lo indomables que son, la tenacidad que los caracteriza. Pero también que son imposibles de coordinar y controlar. Un día estaremos cara a cara con lo que nosotros mismos hemos creado. Las capas se van pelando una tras otra. El fanatismo no se percibe en Washington. Las religiones no son un factor en el crisol. Hasta el día que lo son. Tras la ideología viene la religión. Los que eran nuestros amigos acabarán siendo nuestros enemigos.

Mi crimen por fin está purgado o quizá olvidado. Cinco años en Langley antes de que me dejaran siquiera hacer de emisario. Días interminables de papeleo y autopista. La piscina y la tele. La tristeza infinita e insuperable de la vida normal. Es el castigo por haber dejado crecer los lazos. Es el castigo por haberme despistado un instante. Como si no estuviera ya lo bastante castigado.

Pensé que en algún momento dejaría de hacerme mella la idea de lo que decidí abandonar, no una sino dos veces. Me dije que me había liberado cuando vi a Annie y cuando nos casamos, tras un año de cenas torpes pero poco a poco cada vez más convincentes en restaurantes, películas en el cine, tardes en casa y al final escapadas

de fin de semana a casa de sus padres en Connecticut. Pero todo eso era pura fachada. Masilla y adornos. Lámparas de colores y espejos.

Al final Susan se plantó en la puerta. Con su traje planchado azul marino, sus ojos cansados y su pelo mal teñido. Tal como yo había previsto que haría. Cómo se me aceleró el corazón en aquel momento. Cómo me temblaron las manos cuando abrí la carpeta gris con sus solemnes sellos de confidencialidad. La habitación dejó de existir, oí la realidad crujiendo en los cimientos mientras leía hoja tras hoja de indicios y soplos, informes de campo frenéticos, llenos de errores ortográficos, que hablaban sobre Ammán y El Cairo, Beirut, París, Londres. Recuerdo cómo cerré los ojos antes de pasar la hoja en la que mis dedos ya habían patinado sobre el liso papel fotográfico. Cómo los abrí despacio. Y miré directamente a los ojos de tu asesino.

Annie no hacía más que mirarme mientras yo le explicaba mi nuevo puesto, procurando ocultar minuciosamente todos los detalles y mi entusiasmo, mi ansia de evasión y venganza. Sabía que ella no iba a llorar, ella no funciona así, ninguno de los dos lo hacíamos. No dijo nada, solo se limitó a levantarse y recoger los restos de nuestra triste cena de McDonald's, sus pasos silenciosos en la moqueta de nuestro salón.

Y yo, yo no quería nada más que sentir la adrenalina de cuando me acercara a Beirut en un Black Hawk de vuelo bajo. Nada más que despertarme cada mañana con la violencia, los disparos, las explosiones, en lugar de continuar el interminable trayecto hacia el vacío, sumirme más y más en el arrepentimiento. Lo único que estaba deseando era que llegara mi momento, esperar la información que abre la ventana, la pequeña grieta en el tiempo. Dólar tras dólar. Amenaza tras amenaza. Halago tras halago, promesa tras promesa, copa tras infinitas copas. La matrícula del coche, dónde está aparcado por las noches, cuándo es la próxima vez que hay que cogerlo, quién lo hará, adónde irá.

Y luego cálculos y aproximaciones. Minimización de riesgos y evaluación de la fuerza explosiva. El trabajo paciente y asiduo que conduce al bomba por bomba. Al ojo por ojo. Un intercambio de peones sin sentido.

Montaña arriba. Todo lo que vemos son cerros. Sueño con montes y campos abiertos cubiertos de nieve. Hielo y luz pálida del sol. Inviernos que nunca se acaban. Tomo té con guerreros locales que se hacen llamar «estudiantes», talibanes. El intérprete me cuenta que han estudiado en las escuelas islamistas en Pakistán y que son fervorosamente religiosos. Wahabís, como en Arabia Saudí.

Pero aquí son rebeldes, no intelectuales. Su religión es simple y está llena de reglas. No hay ninguna autoridad más que Alá. Ningún texto más que el Corán. Y

sobre todo: ninguna religión más que el islam. A mí me toleran porque les entrego armas y munición para acabar con la ocupación soviética. La guerra parece permitir ciertos compromisos. Sus caras son máscaras de cuero endurecido, sus caftanes no han cambiado en mil años, y están dispuestos a vencer al ejército más grande del mundo con armas de fuego y algún que otro lanzacohetes.

¿Y luego? ¿Cuando los rusos se hayan marchado, cuando las imágenes de Lenin hayan sido quemadas y solo queden las ruinas de los muertos? ¿Construirán estos hombres intemporales un país en nombre de Alá? ¿Les dejaremos prohibir la música, el teatro, la literatura e incluso los monumentos históricos? ¿Tal como dicen que harán? ¿Preferimos eso antes que la depravación del comunismo? ¿En qué manos dejamos el destino del mundo?

Es una experiencia poderosa, esto de medir la venganza. Tan poco concedida. Tantas injusticias que pasan sin que nadie se responsabilice. Tantas cosas que nos vemos obligados a aceptar. Y aun así es tan poco lo que recuerdo. Solo la febril intensidad el día antes de las instrucciones al técnico, un veterano medio sordo de algún comando de élite, traído por su conocimiento y su sombrero mágico solo para esto. Recuerdo su farfulleo y toqueteo de cables y explosivo plástico en una casa bombardeada en algún barrio periférico abandonado. Nos estrechamos la mano y luego yo estaba estirado en un tejado, bajo un sol implacable, con los prismáticos tan pegados a los ojos que luego los tuve amoratados durante dos semanas.

Recuerdo una cara en los prismáticos. Una cara como cualquier otra. Unos ojos como otros cualesquiera. Rasgos anónimos que había memorizado de la última página del informe de Susan. Recuerdo la resistencia del botón del disparador remoto. Lo sentía resbaladizo en mi mano sudada, en el sol ardiente.

De la explosión en sí no recuerdo nada. Nada en absoluto. Todo lo que recuerdo es posterior. Humo y sirenas, gritos lejanos. Todo tan impersonal, una mera parte fundamental de la esencia de Beirut. Recuerdo que cerré los ojos. Que pensé que ya se había terminado. Recuerdo el vacío. Piedras que se echan sobre piedras. Culpa sobre culpa.

Mi siguiente recuerdo era más claro. Tres noches sin dormir más tarde saludé a la voz crepitante y estratosférica de Annie a través del teléfono satelital, fuertemente encriptado, en nuestro pequeño fuerte que hacía sus veces de embajada en Beirut.

—Aún es pronto, no debemos tener demasiadas expectativas —dijo ella.

Pero su voz estaba tan llena de esperanza que me vi obligado a tomar asiento y ocultar la cara entre las manos.

—¿Sigues ahí? —preguntó, su voz filtrada por el polvo de estrellas, metálica,

estática.

—Sigo aquí.

—Un bebé. Una pequeña vida. ¿No es fantástico?

Fuera yo oía cómo la noche se estrenaba con explosiones de granadas, el cielo iluminado por el fuego de los disparos, los reflectores.

—Aquí el suelo está temblando —dije.

—Aquí también, cariño. Aquí también.

Y entonces, aunque fuera solo por un instante, reconozco que me liberé. Por un segundo dejé de culparme a mí mismo por tu muerte, por mi traición, por mi venganza. No porque me lo mereciera, sino porque el bebé que iba a nacer merecía tener dos padres. Era imposible entender lo inaudito de contar con una segunda oportunidad, un segundo hijo. Solo Beirut, después nunca volvería a cruzar la circunvalación de Washington. Ya teníamos la casa, el crédito, coches nuevos cada dos años. Lo único que faltaba éramos el bebé y yo.

Volvía a casa de Beirut dos semanas más tarde, una noche a finales de agosto, cuando el olor a césped cortado del campo de fútbol de la escuela local impregnaba el aire, cuando el traqueteo de los aspersores de agua se mezclaba con el murmullo adormecedor de la autopista. Vi a Annie sentada sola en la escalera de nuestro bungalow, nuestro sueño residencial, como lo había llamado el triste agente inmobiliario provincial de sonrisa blanqueada que soñaba con Wall Street. Vi los ojos de Annie en la penumbra. Y lo supe. Como siempre sé.

—No digas nada —le susurré y la abracé de aquel horrible modo insuficiente que es el único que conozco.

—El bebé —dijo Annie—. Intenté contactar contigo.

—Shh, no digas nada. Lo sé, lo sé.

La abracé en la escalera hasta que la oscuridad se hizo compacta y los aspersores se hubieron acostado. Hasta que la autopista quedó reducida a un susurro.

Más tarde, sentado a la mesa de la cocina, cuando Annie por fin dormía en nuestra cama en la habitación que daba al jardín, yo estaba de vuelta en la casilla de salida. Sin tristeza. Sin nada excepto la añoranza de ir lejos, salir fuera, seguir adelante. Nada excepto la comprensión de que, aunque las mentiras sean falsas, el auténtico enemigo es la verdad.

Me despiertan al amanecer y estamos sentados en el Toyota otra vez antes de que haya tenido tiempo de quitarme el sueño de los ojos, antes de que los sueños de montañas se vean sustituidos por montañas reales. Conducimos en silencio por los valles de color naranja, por grava y arena, un invierno tempranero sin nieve. Esta guerra ha terminado. La política es lo único que retrasa la victoria de David contra Goliat. Una pequeña victoria en la eterna búsqueda del statu quo. Mi tiempo aquí se

acerca a su final y he pedido que me sustituya alguien que hable persa, pastún. Pero mis deseos son susurros al viento. Nadie recuerda qué lenguas se hablan en Afganistán una vez cazado el dragón rojo. Hemos llegado adónde queríamos, nuestro objetivo está cumplido.

A lo mejor me recompensarán en Washington por mi valioso trabajo en el campo de batalla. El futuro me asusta tanto como el pasado. Un trabajo de despacho a la espera de que todo vuelva a empezar. Noches solitarias en el bungalow con el eco casi imperceptible de los pasos de Annie sobre la gruesa moqueta. Conversaciones corteses por teléfono que terminan en lágrimas. Explicaciones que no tengo. La conciencia de que he perdido dos familias, dos hijos. Los recuerdos de humo y sirenas. La tristeza y luego el cansancio. La monótona espera de la próxima oportunidad de olvidar, de desaparecer en un ahora que no tenga contexto.

Al otro lado de la ventanilla del coche, las montañas son reemplazadas por montañas, la tierra por más grava. Nos movemos hacia delante, pero seguimos estando en el mismo sitio.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

George se abrió paso a codazos hasta la barra de Ralph's blandiendo la *American Express* entre los dedos. Se zambulló con habilidad entre un grupo de estudiantes en prácticas de mejillas enrojecidas y ojos azules y volvió a salir a la superficie junto a la barra, al lado de un ruidoso irlandés que, con la corbata a tres cuartos y los verbos franceses en tremendo desorden, intentaba hacerse oír por el camarero.

El Ralph's no era más grande que dos salones de casa juntos pero, gracias a su perfecta combinación de becarias sexis, jóvenes de distintas instituciones de la UE, lobistas y abogados, desde hacía un par de años era el único bar del barrio de la UE al que iba la gente que realmente quería ser vista. Sin duda, clavaba el gusto de George. Posibilidades perfectas de mezclar los contactos con la fiesta y el flirteo con jóvenes italianas de ojos admirables y tops escotados debajo de la americana.

En apenas unos minutos, y ante la irritada sorpresa del irlandés, George se encontró con dos copas de champán en las manos. Pagado y listo. Se encogió de hombros mirando al otro al mismo tiempo que una ola de satisfacción lo llenaba por dentro. Era el puto amo en este ambiente. El rey.

Se estiró un poco para ubicar la mesa de pie que acababa de abandonar. Bien, ella seguía allí. ¿Mette? Se llamaba así, ¿no? De Copenhague. Estudiante en prácticas del comisionado danés para la UE. Perfecto. Un buen contacto y además estaba muy buena. A veces este trabajo era demasiado maravilloso. Negocios y placer. Ya tenía su tarjeta de visita, así que ahora todo era placer.

Lo único pesado era que resultaba imposible pillar ni jota de lo que decía. Su danés se mezclaba con la cortina de sonidos, formada por al menos diez lenguas más y Justin Timberlake de fondo, antes de llegar a los oídos de George. Era más de lo que podía aguantar. Pero quedaba totalmente descartado pasar al inglés. No tenía más remedio que hacer ver que se las apañaba bien con las lenguas nórdicas. Y ella parecía entender su sueco sin ningún problema.

Bueno, en breve ya se la estaría llevando de allí. Le propondría pasar a comprar un sushi para cenarlo en su casa. Abriría una botella de champán. Después, los contratiempos lingüísticos quedarían en segundo plano. Era la ventaja de vivir a un tiro de piedra de Place du Luxembourg.

Había llegado a la mitad del local cuando notó que el teléfono le estaba vibrando en el bolsillo interior. Con las copas de champán en una mano, pescó el móvil con la otra. ¿Quién coño llamaba tan tarde un jueves? «Digital Solutions» parpadeaba en la

pantalla. Maldita sea. El buen humor que había experimentado en la barra se disipó como la niebla en la sala. Después de la cena con Appleby se había puesto nervioso solo de pensar en Digital Solutions. El teléfono dejó de parpadear antes de que le diera tiempo a cogerlo. Por un instante sopesó pasar de todo. Hacer como que no había oído el teléfono. Pero entonces le vinieron los ojos de tiburón de Appleby a la mente. Sintió un escalofrío mientras dejaba las copas en la mesa alta delante de Mette.

—Lo siento —dijo él. Levantó el teléfono y señaló la puerta—. El deber me llama.

Mette sonrió y respondió algo incomprensible que George interpretó como que la chica le entendía. Le gesticuló que volvía enseguida y comenzó a abrirse el camino de salida a través del muro de carne bien vestida hacia la puerta que daba a la plaza.

Una vez fuera, todo estaba oscuro, hacía un frío glacial y, por extraño que fuera, no había casi nadie. La única vida que George pudo distinguir era la cola de taxis delante del bar deportivo Fat Boy's, al otro lado de la plaza, y algunas almas heladas que correteaban de bar en bar con abrigos demasiado finos. A la izquierda estaba el Parlamento Europeo, un coloso descansando. Su presencia era casi orgánica y a George le pareció oír su respiración.

George dejó la copa en una de las mesas vacías de la terraza desierta. El aire estaba impregnado de una llovizna gélida. Se abrochó el abrigo, encendió un Marlboro y dio una calada. Antes de que tuviera tiempo de sacar el teléfono para llamar a Reiper, el aparato volvió a vibrar. George se puso los auriculares del manos libres al mismo tiempo que miraba la hora para poderle facturar a Digital Solutions el tiempo que durara la conversación.

—Señor Reiper —respondió—. ¿En qué puedo ayudarle esta noche?

—Buenas noches, señor Lööw —dijo Reiper con su timbre átono y áspero—. Perdone que le moleste. Imagino que ya no está en la oficina.

—No, correcto. Acabo de salir. Pero como ya le dije el lunes, en Merchant & Taylor siempre estamos a su disposición. ¿Qué puedo hacer por usted?

George dio un trago de champán al mismo tiempo que se agachaba para mirar por la puerta de cristal de Ralph's. Con la tenue iluminación no pudo ver si Mette seguía donde la había dejado.

—Bien, bien. Escuche, mister Lööw, lamento mucho molestarle esta noche, pero estaría muy bien que nos pudiéramos ver. O sea, ahora.

George se sentía incómodo y pisó a fondo el acelerador de su Audi, a pesar de que tendría que haber pegado un frenazo por el siguiente semáforo, cincuenta metros más

adelante. Normalmente, le calmaba estar hundido en el asiento deportivo de piel con Swedish House Mafia sonando en la radio del coche. Pero ahora no le funcionaba. En absoluto.

Apagó la música. No podía con el martilleo de los bajos. Lo que había sido un incipiente pelotazo de champán ya se estaba convirtiendo en dolor de cabeza. Sacó dos paracetamoles del paquete que tenía en el bolsillo derecho del pantalón y se los tragó sin agua.

En general esto le encantaba, que lo llamaran fuera de horario como si fuera un *consigliere*. La sensación de ser imprescindible. Joder, se lo había visto en los ojos a Mette, o como se llamara, cuando le había dicho que tenía que largarse para aconsejar a un cliente. Admiración. Calentura. Podría habérsela tirado. Sin esfuerzo.

Y si se hubiera tratado de un cliente normal no habría sido ningún problema. Se habría limitado a llamar a Mette de vuelta a casa. Habría comprado otra botella de Bollinger en alguna tienda nocturna. Le habría dejado ver el coche. Como quien chuta a portería vacía. Pero con Digital Solutions era diferente. Había algo con Reiper y con ese tal Josh que se había presentado en su oficina. Algo que le retorcía el estómago. Y encima esos documentos confidenciales. Y la cena de Appleby de esa noche. Por primera vez en mucho tiempo George sintió que no acababa de hacer pie.

Un cuarto de hora más tarde George giró por Avenue Molière en el barrio de Ixelles. No solía ir por allí muy a menudo. Sí, había tomado algún *brunch* alguna vez en el burgués Caudron, y una comida de resaca en la cafetería americana esa de Place Brugman a la vuelta de la esquina, pero en general siempre se movía por el barrio de la UE o el centro.

Estaba bastante guapo, a pesar de todo. Muchas embajadas estaban en la Avenue Molière y la calle era de alta categoría, con sus *maisons de maître* de art nouveau y árboles frondosos a lo largo de las aceras. En algún sitio había leído que aquí las fincas eran las más caras de toda Bruselas.

El GPS pitó y le explicó a George que había llegado a su destino, en el número 222, la dirección que Reiper le había dado. Aparcó el Audi delante de la entrada de una casa de tres plantas bastante magnífica. Como pasaba con muchas casas de art nouveau, esta hizo estremecer a George. La fachada tenía un aire gótico que recordaba al mundo vegetal, con sus ángulos suaves y ventanas redondas. Toda esa ornamentación abovedada y los detalles de hierro forjado parecían salirse del edificio y cubrirlo con un manto. La fachada estaba presidida por un enorme saledizo. Las ventanas emplomadas debían de alcanzar los dos metros de altura. Las cortinas, de tela gruesa y pesada, estaban corridas y no dejaban ningún hueco por donde mirar adentro.

George negó con la cabeza y sintió que sus ánimos decaían otro tanto. La casa le

iba a Reiper como anillo al dedo. Transmitía la misma sensación de fuerte incomodidad que su anfitrión. Se bajó del coche, que cerró las puertas de forma automática con un pitido acogedor, y subió los cuatro escalones que lo separaban del portón. En un panel de latón del tamaño de un DIN-A4 que había a un lado ponía Digital Solutions. Parecía nuevo. Como si lo hubieran puesto el día antes.

George llamó al timbre y se sorprendió con el *riiinnng* moderno que sonó, en lugar de un *ding-dong* de otra época. Había una cámara montada en una de las esquinas superiores del marco. Se movía a trompicones, como si alguien de dentro la controlara con un *joystick*.

—George. Bienvenido.

La puerta se abrió y al otro lado apareció Josh, vestido con lo que parecía un pantalón negro de combate y una sudadera con NAVY estampado en el pecho. Había algo irascible en su presencia. Tenía la cara enrojecida, como hinchada por las endorfinas. Como si volviera de correr.

—Ehmm, gracias —respondió George.

—Entra, entra. Reiper te está esperando en la oficina. —Josh echó un vistazo por la puerta, en dirección al coche de George—. Bonito coche. ¿Leasing? Os cuidan bien en Merchant & Taylor.

No esperó ninguna reacción por parte de George, sino que dio media vuelta y avanzó por el pasillo.

George solo asintió con la cabeza y le siguió los pasos. Se sentía incómodo. No era dueño de la situación. En ningún sentido.

Josh abrió una puerta gigante de roble que conducía a una especie de biblioteca de la campiña inglesa. Una moqueta raída cubría el suelo y las partes de las paredes que no estaban tapadas por estanterías empotradas vacías estaban cubiertas con tablillas de madera oscura. Unos ventanales franceses daban a lo que George dedujo que era un jardín en la parte trasera de la casa. Estaba demasiado oscuro como para distinguirlo bien. La sala estaba sin amueblar, a excepción de un juego de sofás nuevecito que parecía recién salido de Ikea y una mesa enorme en el centro de la estancia en la que había una colección impresionante de ordenadores, pantallas y otros aparatos electrónicos. Reiper se levantó de su silla delante de un portátil negro.

—¡Señor Lööw! Bienvenido a Digital Solutions. Tendrás que perdonarnos.

Extendió los brazos en lo que debía de ser un gesto de disculpa. Llevaba unos pantalones negros similares a los de Josh. Encima, una camiseta negra. La corona de pelo gris aguanieve estaba pegada al cráneo.

—Todavía no hemos podido poner orden del todo y la decoración no es mi especialidad.

George asintió en silencio y miró a su alrededor.

—¿Cuántos trabajadores hay en realidad en Digital Solutions? —preguntó.

—Bueno, es un poco difícil de decir con exactitud. Algunos de nosotros trabajamos sobre una base contractual, un poco como *freelance*.

—Pero ¿cuántos están en Bruselas en este momento?

George notaba que le aumentaba la irritación. El dolor de cabeza. Todo ese secretismo de las pelotas.

—En este momento seremos unos cinco o seis en Bruselas. Hay otros que están en movimiento, por así decirlo. Atados a otros proyectos, etcétera. Pero sentémonos en el sofá. Hay un par de cosas que quiero mirar contigo.

Como obedeciendo a una señal preacordada, Josh se levantó de la mesa, cerró el portátil y abandonó la sala. Reiper y George se sentaron uno enfrente del otro en los dos sofás duros de color crema. Los separaba una vieja mesa de centro bastante gastada. Había empezado a llover otra vez. Gotas de agua mezclada con nieve repicaban en las ventanas francesas. Fuera estaba completamente negro.

—Antes de nada, gracias por la traducción —dijo Reiper—. Un trabajo rápido y hábil.

George se encogió de hombros, intentó sobreponerse al dolor de cabeza con una sonrisa. ¿No podían hacer ya efecto esas dichosas pastillas? Reiper se estiró, apoyó las manos detrás de la cabeza y dejó que su mirada se perdiera en la oscuridad de fuera, los copos de nieve detrás del cristal.

—Obviamente, no ha servido de nada. Pero imagino que ya te diste cuenta tú mismo.

George negó con la cabeza inconscientemente, parpadeó. ¿Qué coño estaba diciendo?

—¿Perdón? ¿Qué dice que no ha servido?

—No importa.

Reiper zanjó el tema sacudiendo el aire con la mano.

—Tú no eres tonto. Al contrario. Puede que no seas un genio, pero no cabe la menor duda de que estás por encima de la media. Te diste cuenta de que los documentos llevaban un sello de confidencialidad, de que estaban vinculados a algún tipo de delito. Aun así no dejaste que eso te parara los pies. Es interesante.

—Yo... —empezó George otra vez.

Pero se quedó callado. Sintió cómo se le aceleraba el pulso. Era como si estuviera resbalando cuesta abajo por una roca mojada. Como si sus pies lucharan por encontrar dónde agarrarse pero sin poder dejar de deslizarse.

Reiper se levantó con una agilidad inesperada, se acercó a la mesa grande y levantó un archivador delgado de color amarillo que abrió y hojeó distraído. Tras un par de segundos se volvió hacia George y se lo quedó mirando con sus ojos vacíos. En la tenue luz de la mal iluminada estancia parecían verdes. Reflectantes. Como los

de un gato.

—Pero para que podamos seguir trabajando juntos tengo que estar completamente convencido de tu lealtad. Cien por cien seguro. Así que me he tomado la libertad de sacar un seguro, por así decirlo.

Volvió al sofá y con cuidado dejó el archivador amarillo delante de George.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Las vibraciones del teléfono, en algún lugar al fondo de un bolsillo del gabán de Klara, se abrían paso por su cansancio como el haz cortante de un láser. La semana había estado repleta de informes, reuniones de grupo, horas interminables en salas con falta de oxígeno, comidas de pie y largas noches delante del ordenador. El único punto de luz habían sido las horas que había pasado con Cyril en su piso. Todavía sentía un cosquilleo en todo el cuerpo.

No era la primera vez que le robaban un par de horas a la jornada laboral y tomaban taxis distintos a su casa para meterse en la cama. ¿Para qué disimular? Era así y punto. Y al principio había sido la mayor motivación. Lo prohibido. Escaparse de su vida de alto prestigio, hacer que él se escapara de la suya. Un poco deshonesto, un tanto sucio, pero sin ningún peligro. Un juego en el que nadie salía herido. Y merecía la pena andarse con cuidado. En el Parlamento Europeo los cotilleos eran inmediatos y devastadores. Una perito sueca y un parlamentario francés, medalla de oro en citas después del trabajo.

Pescó el teléfono del bolsillo. El corazón a galope. ¿Quizá habría salido antes de la cena? ¿Estaría yendo hacia su casa? Pero sus expectativas murieron en cuanto vio la pantallita del móvil. Jörgen Apelbom. Mierda. Se le había olvidado.

—¡Perdona, Jörgen! —respondió.

Su voz, lo más sincera y dulce que supo ponerla. Apoyó el teléfono en el hombro mientras buscaba las llaves de casa en el bolso.

—Lo siento muchísimo. Tenía tantas cosas...

—Sí, sí, sí —la cortó Jörgen—. Tenías muchas cosas que hacer. Bla, bla, bla. Como siempre. También me plantaste el martes.

Siguió soltándole el rollo, esforzándose por sonar irónicamente herido. Pero era una actuación demasiado mala. Detrás de la ironía Klara podía intuir su decepción real. Dios, qué pesadez.

En efecto, ella se había dejado convencer por Jörgen para ir a tomar una copa en el bar de prensa después del trabajo y hablar de algún informe sobre el anonimato en internet que el Partido Pirata por lo visto defendía a capa y espada. Ella se lo debía por todas las veces que él la había ayudado siempre que en el Parlamento Europeo surgía alguna duda sobre internet y la seguridad informática. Seguro que él pretendería convencer a los delegados socialdemócratas para que votaran igual que el Partido Pirata en esta cuestión. Así era como funcionaba. Favores de ida y favores de vuelta. Se ayudaban hasta donde podían.

Pero últimamente Jörgen se había empeinado en que debían verse más a menudo, cada semana en vez de una vez al mes. Además, las reuniones se habían ido desplazando a un horario cada vez más tardío y bajo unas formas cada vez más informales. Klara tenía una incipiente sensación de que los intereses de Jörgen quizá no eran solo profesionales. Y ahora este falso martirio quejumbroso.

—Sí, ¿qué quieres que te diga? —lo interrumpió ella.

Se sorprendió con la irritación que oyó en su propia voz, al tiempo que empujaba la puerta y entraba en el estrecho portal de su casa con un suspiro.

—En serio, Jörgen, me he olvidado. Sé que es una mierda, pero son cosas que pasan. Son las nueve y media, ¿por qué no has llamado antes si era tan importante?

La escalera estaba a oscuras. Klara estiró el brazo para apretar el interruptor de la luz. Pero no dio resultado. La bombilla debía de haberse fundido. Un golpe de aire cerró el portal a sus espaldas. De pronto tuvo la sensación de que había algo fuera de lugar.

—Estaba en una reunión —le dijo Jörgen al oído.

«Una reunión con World of Warcraft», pensó Klara, pero no dijo nada. Los escalones crujían bajo su cuerpo cuando comenzó el ascenso totalmente a oscuras hasta el cuarto piso.

—Hagamos lo siguiente —continuó él—. Como me has plantado dos veces tendrás que invitarme a cenar la semana que viene.

En algún punto por encima de su cabeza Klara, oyó el chirrido de una puerta que se abría con cuidado. Una cerradura soltó un chasquido cuando la puerta se cerró. Crujidos en la madera, como un eco de sus propias pisadas. Se detuvo en el descansillo entre el segundo y el tercer piso. Los pasos venían de más arriba. Los crujidos. Ella era la única que vivía arriba. Su cerebro iba tan despacio, no estaba preparado para algo así. La puerta que se había cerrado. Solo podía haber sido la suya.

Dio media vuelta y se abalanzó escaleras abajo, tropezó con el siguiente descansillo en la oscuridad. Un fuerte sabor a hierro en la boca. Las sienas le palpitaban. Giró como el rayo, bajaba los escalones de dos en dos, ni siquiera prestaba atención a si oía ruidos a su espalda. Tardó un par de segundos. Una eternidad. Se torció un poco el tobillo cuando puso el pie sobre los adoquines agrietados de la planta baja. Le dio igual. Avanzó a trompicones hasta el portal, tanteó el anticuado mecanismo de la cerradura. A su espalda solo había silencio. Nada. De alguna forma eso la asustaba aún más. Abrió el cierre, empujó la puerta y salió a la llovizna nocturna de Bruselas.

Cayó de bruces en el mundo real. Las farolas delante del parque, personas jóvenes bien vestidas que iban de camino a algún bar o a cenar tarde, la luz del pequeño bar de tapas español del portal de al lado. Corrió hasta la ventana. La seguridad en las

copas de vino medio llenas de allí dentro, los platitos con jamón, tortilla, aceitunas. Las corbatas desajustadas y los pendientes brillantes. Se detuvo delante de la ventana y se dejó envolver por la cálida luz amarilla que salía por ella. Se volvió despacio hacia su portal.

—¿Hola? ¿Klara? ¿Estás ahí? ¿Qué estás haciendo?

La voz de Jörgen sonó lejana en el teléfono. Klara se lo pegó al oído.

—Perdona —dijo—. Es...

Al mismo tiempo vio que el portal de su casa se abría desde dentro.

—Te llamo luego —susurró sin aliento y cortó la llamada.

Se giró de nuevo hacia el bar e hizo ver que leía el menú. Se levantó el cuello del gabán para que le tapara las mejillas. Miró de reojo al portal.

Una chica joven. Quizá algún año más que ella. Coleta rubia y ropa de correr oscura y seria. Los reflectantes de las mallas y el jersey titilaban con la luz de los faros de los coches que pasaban por la calle. Postura erecta y segura. Una mochila ajustada a la espalda. Se inclinó hacia delante como estirando los muslos un par de veces. Después se levantó y pasó corriendo junto a Klara sin fijarse lo más mínimo en su presencia. A su paso dejó una intensa estela química de olor a chicle de canela norteamericano.

Klara esperó a que la chica hubiese girado la esquina y ella hubiese recuperado el aliento. Luego sacó el teléfono otra vez. Titubeó un segundo antes de marcar el número de Cyril.

Él se lo cogió después de seis tonos. Susurrando, un atisbo de irritación en su voz.

—Klara, es mal momento.

—Perdón —dijo ella—. Pero ha pasado algo. Solo quería preguntarte una cosa.

Pudo percibir la impaciencia al otro lado.

—Sí, ¿el qué? ¿Qué pasa?

—¿Puedo dormir contigo esta noche?

—¿Qué?

Klara pudo ver perfectamente la frente arrugada de Cyril y sentir lo incómodo que aquello le resultaba.

—¿Qué ha pasado?

Klara respiró hondo. Se sentía tonta e infantil. Pero también irritada con Cyril. ¿Por qué coño tenía que preguntar? ¿Por qué no, simplemente, decir «sí, por supuesto, ven»?

—Creo que han entrado en mi casa.

Cyril le dijo algo a alguien en francés. Tintineo de copas.

—¿Te han entrado en casa? ¿Has llamado a la policía?

—Mira, da igual —dijo Klara—. Olvida que te he llamado. Ya me las arreglaré yo sola.

Oyó cómo él ahogaba un suspiro.

—No, no, claro que puedes dormir en mi casa. ¿Puedes coger un taxi? Estamos esperando el postre. Dame una hora y media, ¿vale?

Klara cerró los ojos.

—Ni siquiera sé dónde vives.

19 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

George tragó saliva y se inclinó para abrir el archivador amarillo. En algún lugar de su mente ya sabía lo que se escondía allí dentro. Era imposible, pero lo sabía.

Y en cuanto vio el logotipo del bufete de abogados Gottlieb en la primera página comprendió que estaba jodido. Sacó el documento lentamente. Era como si la sala temblara y crepitara a su alrededor.

Lo que tenía en las manos era una copia del acuerdo de confidencialidad que tenían él y Mikael Persson, socio del bufete Gottlieb. Solo existían dos ejemplares del convenio. Uno estaba en la caja fuerte de George en Estocolmo y el otro había visto a Persson guardarlo en la caja fuerte de su despacho en la plaza Normalmstorg. George le echó un vistazo rápido con ojos entornados. En realidad no quería verlo, no quería leerlo, no quería hacer como que estaba sentado en un salón sin amueblar en Bruselas junto a un hombre que parecía el gemelo malo de Gene Hackman y sosteniendo aquel acuerdo entre las manos. Pero a pesar de que no tenía la menor duda, quería comprobar que era el documento correcto.

Lo era, naturalmente.

Estaba todo ahí. Hasta el último párrafo irrefutable. No era ni largo ni detallado, se limitaba a especificar que ni George ni Persson podían decir ni media palabra acerca de sus esporádicas relaciones con el fondo de inversión Oaktree Mutual. Apenas mencionar la existencia del contrato de confidencialidad ya era un delito contra el mismo. Cosa que, por otro lado, complicaba aún más el poder invocarlo. Pero el día que lo firmaron, George no estaba en posición de proponer cambios.

En sí mismo el acuerdo no era especialmente agravante. Pero era vertiginoso, convulsivo, ver que Reiper había tenido acceso a él y que incluso lo había copiado.

George no quería seguir mirando el archivador. Sabía lo que iba a encontrar.

Aun así no podía evitarlo.

Y tal como había sospechado, el resto de documentos estaba compuesto por unas treinta y cinco hojas de correspondencia vía *e-mail* y extractos bancarios. En conjunto demostraban, sin dejar el menor atisbo de duda, que George había cobrado por filtrar información a Oaktree Mutual sobre una gran fusión empresarial con la que estaba asistiendo a Persson.

Oaktree había sido una de las firmas inversoras que habían financiado la fusión. Pero al mismo tiempo, mediante testaferros, había comerciado con acciones en ambas empresas. Con la información de George había sido imposible que ninguna de las dos

partes fracasara con sus colocaciones. Jugaban a póquer de alto riesgo con cartas marcadas. George no quería ni pensar en cuánto dinero debían de haber ganado gracias a su información, gracias a él. Las sumas que él recibió por las molestias eran insignificantes dentro del contexto, si bien eran cantidades desorbitadas para un jurista recién licenciado y con caprichos caros.

Pero George no había llegado a tener siquiera una parte del dinero antes de que Persson comenzara a sospechar. Era un zorro viejo de las grandes finanzas y enseguida comprendió que Oaktree Mutual jugaba a dos bandas. No era problema suyo siempre y cuando no usaran información venida de él. George no sabía cómo se las había ingeniado Persson para descubrir de dónde venían los soplos. Habían sido por lo menos diez juristas asistentes y tres socios los implicados en el negocio en Gottlieb. A lo mejor Persson escaneó los correos electrónicos que trataran del negocio. A lo mejor tuvo la intuición de que era George.

En cualquier caso, un día lo habían llamado al despacho de Persson y allí se lo había encontrado con una expresión digna de funeral. Sobre su mesa había un archivador prácticamente igual al que George tenía ahora en la mano.

Persson le había explicado secamente que el abuso grave de información privilegiada implicaba cárcel entre un mínimo de seis meses y un máximo de cuatro años. Más multa. Su carrera de abogacía y cualquier otro tipo de puesto de trabajo dentro del sistema económico sueco se habían convertido en humo. Por no hablar de la reacción de su viejo. Apenas veintisiete años y ya estaba quemado.

A decir verdad, George le había dado las gracias a Persson cuando este le había explicado que George iba a dimitir de forma inmediata de toda actividad y que nunca jamás mencionaría ni una sola palabra sobre aquel asunto. Persson aseguraba que habría preferido ir a la policía. Habría querido poner a George en la picota ante el tribunal de Estocolmo. Pero si salía a la luz que de alguna forma Gottlieb estaba envuelto en un abuso de información privilegiada, el daño sería demasiado grande. Un bufete de abogados del calibre de Gottlieb no podía permitirse el lujo de verse arrinconado en esa esquina del ring. «De la esposa de César no se puede ni sospechar», había dicho Persson.

George había firmado, había cobrado su indemnización y le había dado las gracias a su hada madrina. Hasta hacía un par de minutos casi había conseguido superar la vergüenza y el pánico horroroso que había sufrido aquel día.

—Te pido disculpas, George, pero, tal como te he dicho, realmente necesito tu ayuda y no puedo permitirme dudar de tu motivación.

George dio un respingo. No se había percatado de que Reiper se había puesto detrás del sofá.

Giró la cabeza.

Reiper no parecía del todo comprensivo. Más bien daba la impresión de que estuviera aliviado de haber terminado con las formalidades.

—¿Cómo...? —La voz de George no era más que un graznido solitario. De pronto tuvo la sensación de que le costaba respirar y se aflojó la corbata Ralph Lauren de color limón pálido—. ¿Cómo han conseguido toda esta información?

Reiper se limitó a hacer un aspaviento con sus burdas manos.

—Eso no es relevante. Tenemos nuestros métodos, como quizá empieces a comprobar. Pero centrémonos en tu papel para el futuro.

Miró la hora.

—Tendrás que disculparme, pero me espera una noche ajetreada, así que tendremos que darnos un poco de prisa.

George solo tenía fuerzas para asentir con la cabeza. Le dolía la garganta y se secó el sudor frío de la frente con las palmas de las manos. Se sentía como si su sistema inmunológico fuera a colapsar.

—Aquí —dijo Reiper y le lanzó una memoria USB a George—. En ese granujilla hay un programa muy útil. Nos da la posibilidad de ver exactamente qué está pasando en el ordenador en el que esté instalado. Lo que quiero que hagas es que entres en el Parlamento Europeo y lo instales en el portátil de Klara Walldén.

—¿Pero cómo?

Es lo único que George logró decir.

—Seguro que lo sabrás resolver. Como ya habrás notado, tenemos recursos bastante impresionantes, pero nunca somos mejores que nuestros agentes de campo. Ahora eres nuestro agente en el Parlamento Europeo. Con tu condición de lobista tienes acceso a él siempre que quieras. Te mueves por sus pasillos como si fueras el dueño del lugar.

«¿Era a esto a lo que se había referido Appleby durante la cena?», se preguntó George. Le costaba imaginar que sus jefes de Merchant & Taylor se hubieran dedicado a la delincuencia de jovencitos.

—Y aquí... —dijo Reiper y puso un par de cilindros de plástico sobre la mesa.

Parecían dos tapones de botellas de plástico.

—Micrófonos. Debajo de la mesa de Klara en su despacho. Tiene que ser mañana a primera hora. Estamos bastante seguros de que su ordenador sigue en el trabajo. Y no te preocupes por la tecnología. Pan comido.

George cerró los ojos y se reclinó en el sofá.

—Lo siento, George, aún no ha llegado la hora de dormir. Josh tiene un par de cosas técnicas que enseñarte para mañana.

George no recordaba cómo había llegado a casa. Solo que de pronto estaba sentado en su Audi delante de su apartamento con el motor en marcha, poco después de la una

de la madrugada. Estaba exhausto. Toqueteó el USB en el bolsillo. Si no fuera por la autenticidad de ese pequeño objeto, aquella noche podría haberse quedado en una mera pesadilla.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Mahmoud miraba al techo tumbado en la dura cama del hotel. Estaba agotado, tan cansado que no podía dormir. Y su cerebro no le daba margen para recuperarse. Desde que había decidido hospedarse en aquel hotel barato del centro de Bruselas, a un tiro de piedra del Boulevard Anspach, no había podido conciliar ni un minuto de sueño. Giró el brazo. Las cifras verde fosforito de su reloj marcaban las 04.35.

Acababa de apoyar otra vez la cabeza en la almohada para hacer un nuevo intento en vano de dormir cuando lo oyó. Un ruido crepitante de neumático sobre asfalto, un coche que se deslizaba lentamente con el motor apagado. El crujido cesó delante de su ventana y le siguió el ruido de puertas que se abrían y cerraban con cuidado, casi en silencio.

Demasiadas molestias. Mahmoud se incorporó en la cama y aguzó al máximo el oído. La ventana de un solo cristal filtraba casi todos los ruidos de la calle, a pesar de que estaba en la cuarta planta. Lo que oía le parecieron botas y susurros, voces disciplinadas. Gore-Tex y armas automáticas. Recuerdos de otra época. Una unidad que se estaba preparando.

Mahmoud se puso la ropa a toda prisa y apartó ligeramente la cortina para echar un vistazo a la iluminada calle de atrás. Había medio esperado encontrarse coches patrulla de la policía y la calle cortada, pero allí abajo solo había una furgoneta de color negro. Llegó justo a tiempo de ver lo que parecían tres individuos también de negro que doblaban la esquina a paso ligero en dirección a la entrada del hotel.

Había una cuarta persona junto al parachoques delantero del vehículo y parecía ocupado con algo al pie de la farola. Estaba de espaldas a Mahmoud, así que este no pudo ver qué estaba haciendo. Pero de pronto la farola se apagó y el callejón quedó a oscuras. Algo verde, como el texto de los ordenadores de antaño, titiló por un segundo donde Mahmoud intuía que debía de estar la cabeza del hombre.

«Visión nocturna», pensó y corrió la cortina por acto reflejo. El hombre debía de haber apagado la farola para poder vigilar la ventana de Mahmoud con gafas de visión nocturna. Definitivamente, no eran policías.

Cuando pegó la oreja a la puerta le pareció oír pasos más abajo en el edificio. Suelas de goma silenciosas pero rápidas sobre la moqueta moteada. Pero ni siquiera estos profesionales podían disimular el hecho de que las escaleras crujían y chirriaban al pisarlas, como si fueran seres vivos. Mahmoud comprendió que no tenía mucho tiempo. Apretó tanto los dientes que le dolió la mandíbula. El repentino estrés era

como mercurio corriendo por sus venas. Estaría muerto en menos de cinco minutos. No podía quedarse ahí sentado para recibir a sus asesinos.

Rápidamente metió sus cosas en la mochila y se la sujetó fuerte a la espalda antes de abrir la puerta con cuidado. El pasillo aún estaba vacío, pero pudo distinguir los pasos, sigilosos pero efectivos, acercándose. Sonaba como si estuvieran en el piso de abajo.

Al otro lado del pasillo desde la habitación de Mahmoud estaba la salida de emergencia. Las escaleras normales estaban en la otra punta. Decidió jugársela. Tres pasos rápidos con piernas que temblaban por la adrenalina. Empujó la puerta y una bofetada de aire saturado de hormigón y humedad le azotó la cara.

La escalera de caracol estaba vacía, en silencio, a oscuras. Mahmoud partía de la base de que sus perseguidores habían puesto un guardia en recepción o incluso junto a la puerta de la escalera de emergencia, por lo que decidió ir hacia arriba. Al mismo tiempo que comenzaba a subir por el primer tramo, totalmente a oscuras, intuyó unos pasos en el pasillo a su espalda. Parecía que había varias personas. Oyó cómo se acercaban, no podían estar a más de diez metros de su posición.

Subió los dos primeros tramos de escalera lo más ágilmente que pudo, los escalones de dos en dos. Al tropezar con un descansillo y raspase las rodillas no pudo reprimir un taco silencioso. Todo estaba negro y no se atrevía a encender la luz.

A través de las finas paredes pudo oír cómo alguien le soltaba una patada a lo que intuyó debía de ser la puerta de su habitación, en algún punto por detrás y por debajo de donde estaba ahora. Madera astillándose. Voces apagadas que daban órdenes en *staccato*. A pesar del frío de la escalera, Mahmoud pudo notar que empezaba a sudarle la nuca. Continuó subiendo. A mitad de camino para llegar a la séptima y última planta del hotel, oyó que una puerta se abría más abajo. Una rendija de luz se abrió paso en la oscuridad un par de pisos más abajo y una sombra llenó el hueco de la escalera. Había alguien en la puerta de la salida de emergencia.

Mahmoud ya estaba arriba del todo. Abajo había un grupo de personas que parecían estar decididas a matarlo. El único camino a seguir era la puerta que daba al pasillo de la séptima planta. Si la abría, los asesinos verían la luz y lo descubrirían. Se sentó en cuclillas e intentó no respirar, no moverse. No hacer nada que pudiera revelar su existencia.

Mahmoud tanteó la pared en busca de la manilla de la puerta. Sus manos tocaron con una cajetilla cuadrada, lisa. Se giró lentamente hacia ella. Abrió los ojos de par en par para ver en la oscuridad. Una alarma de incendios. En su cabeza resonó una voz de otros tiempos:

«Si tienes los pronósticos en contra, el caos es tu mejor amigo».

Caos. Mahmoud hurgó en el bolsillo y sacó la llave de la habitación. Caos. Se levantó lo más silencioso que pudo. Respiró hondo. Alzó el brazo con la llave en la

mano y golpeó el cristal de la alarma de incendios con todas sus fuerzas.

En el hueco de la escalera estalló una alarma ensordecedora y anticuada. El volumen lo cogió por sorpresa y tuvo que taparse los oídos mientras intentaba asimilar lo que había hecho.

Pasaron unos segundos. Después la sombra de abajo comenzó a moverse hacia arriba. La luz se encendió y toda la escalera quedó inundada por el resplandor de los fluorescentes. Varios pares de pies comenzaron a moverse a paso rápido en dirección a la séptima planta. «Vienen a por mí —pensó Mahmoud—. Se acabó. Se acabó de verdad». La alarma cantaba a su alrededor, dentro de él. Amenazaba con volverlo loco.

Bajó la manilla de la puerta, la abrió de un bandazo y entró corriendo al pasillo de la sexta planta.

—Está aquí arriba. ¡Vamos! —oyó gritar una voz grave más abajo.

Mahmoud salió tropezando al pasillo. Miró desesperadamente a su alrededor. Un hombre de mediana edad con el pelo revuelto abrió la puerta de una de las habitaciones y dijo algo que quedó ahogado por la alarma. Al final del pasillo Mahmoud vio una escalera que continuaba hacia arriba. No tenía la menor idea de adónde llevaba, pero corrió hacia ella. Cuando la alcanzó vio que solo eran un par de escalones que terminaban en una puerta que estaba cerrada con candado. Junto a ella había un gran extintor. Mahmoud lo levantó y lo arremetió con fuerza contra la grapa con la que el candado se sujetaba a la pared. Falló el golpe y el extintor se le cayó al suelo. Con manos temblorosas lo volvió a levantar.

Al segundo intento acertó en la grapa, que salió volando trazando un complaciente arco en el aire. El candado rebotó en la moqueta. Mahmoud bajó la manilla de la puerta al mismo tiempo que por el rabillo del ojo pudo vislumbrar que la puerta de la escalera de emergencias se volvía a abrir. Sus perseguidores casi lo habían alcanzado. El pánico se apoderó de él y Mahmoud abrió la puerta con una fuerza descomunal. El frío gélido que lo recibió fuera estuvo a punto de cortar la respiración. La repentina libertad de la alarma era sedante.

Ante sus ojos había una terraza mal cuidada del tamaño de media cancha de tenis. Él estaba en la esquina del edificio del hotel, siete pisos por encima del suelo. Los dos lados de la terraza que daban a la calle estaban delimitados por una malla de alambre rota y oxidada. Desde abajo llegaba el ruido de sirenas lejanas. Los bomberos ya iban de camino. Mahmoud tendría su caos.

A su izquierda había un par de varillas de acero corrugado fijadas a la fachada a modo de escalera provisional. No tenía mucho donde elegir. Lo único que podía hacer era seguir subiendo. De alguna forma logró trepar y reptar hasta el tejado inclinado del hotel. Las tejas parecían moverse bajo su cuerpo. No había tiempo para pensar en la altura a la que se encontraba.

Dio gracias a Dios porque la inclinación del tejado no fuera más pronunciada. Con los brazos a un lado del caballete y el cuerpo al otro, comenzó a alejarse. No tenía ni idea de hacia dónde estaba yendo. Pero a la luz de la luna pudo distinguir una tapa negra y cuadrada de metal que quedaba a unos dos metros de distancia en el tejado. A lo mejor era una salida de ventilación o la entrada a una buhardilla. Mahmoud comenzó a moverse hacia allí. En la terraza de abajo oyó cómo sus perseguidores salían por la puerta.

—¿Cuál es la situación? Los bomberos están aquí. ¿Qué mierda de circo es esto?
—oyó que alguien decía en inglés.

Le pareció que alguien corría hasta el otro lado de la terraza. Luego el ruido tembloroso y ondulante de la malla de alambre.

—Aquí no hay nadie. Como no haya saltado —informó la voz a sus compañeros tras un par de segundos.

—Debe de haber seguido hacia arriba.

Mahmoud oyó que alguien empezaba a trepar por la escalera improvisada hacia el tejado. Al mismo tiempo él llegaba a la trampilla.

Si pudiera abrirla quizá podría meterse por ella y esconderse allí dentro. Con sumo cuidado se descolgó, meciéndose en el viento, hasta que sus pies aterrizaron en la tapa. Luego se dio la vuelta con un movimiento intrincado y se sentó en cuclillas. Tenía las manos rígidas y le resbalaban en el acero. La adrenalina. El corazón que parecía estar abriéndole un agujero en el pecho.

Al tercer intento logró agarrar los bordes y empezó a mover la tapa. Justo cuando comenzó a notar que estaba cediendo oyó que alguien se subía al tejado.

—¡Objetivo localizado! —dijo una voz tranquila a su espalda.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Klara se despertó con el ruido de un mensaje en el móvil. Se frotó los ojos y alargó la mano para leerlo. Eva-Karin.
«8.30 en oficina, ¿sí?».

Conciso, como de costumbre. El teclado numérico del teléfono era demasiado pequeño para los dedos de Eva-Karin. Cosa que, naturalmente, se negaba a reconocer.

Klara se pasó las manos por la cara en un intento de quitarse el sueño. El móvil indicaba que eran poco más de las siete. Recordaba que Cyril la había intentado despertar hacía un rato, pero ella se había dado la vuelta y había vuelto a dormirse. Él había cogido un tren a primera hora de regreso a París. Algo sobre una reunión, distrito electoral, lo que fuera.

Seguro que Eva-Karin quería darle algunas instrucciones para el resto de la semana. Su vuelo de vuelta a Suecia salía antes de la comida. Pero querría pasarse también por el Parlamento para fichar en la lista de pagos. Los parlamentarios recibían dietas por todos los días que trabajaban en Bruselas. Eran muchos los que tomaban un vuelo el viernes por la mañana en lugar de la noche anterior para así poder facturar un día extra.

«Como si no tuvieran bastante sueldo —pensó Klara—. Ratas de mierda».

«OK», respondió, y se incorporó en la cama.

Encendió la lamparita de noche y miró a su alrededor. El dormitorio tenía luz natural y estaba limpio. Nada de ropa tirada en el suelo. En una esquina había una silla redonda de plástico transparente de la casa Kartell. Un biombo. Un grabado abstracto, firmado y numerado, en rojo y azul en la pared junto a la puerta. Ventanas a la calle cubiertas con cortinas blancas y gruesas que le daban a la habitación un aspecto —si no acogedor— de hotel. Toda la estancia tenía un aire de clase media-alta neutral y europea. Era un apartamento elegante e impecable donde pernoctar.

Klara no sabía cuánto rato se había quedado delante del bar de tapas la noche antes. Lo suficiente como para sentirse segura de que la chica de la coleta no iba a volver. Al final había hecho de tripas corazón y había vuelto a su portal con paso decidido. Con todos los sentidos alerta había subido la quejumbrosa escalera y se había detenido delante de su delgada puerta, en el último piso del edificio. Había respirado hondo, girado la llave en la cerradura y abierto la puerta de par en par.

El piso estaba oscuro y en silencio cuando cruzó el umbral y encendió la luz del salón. No sabía qué se había esperado. ¿Que todo el piso estuviera del revés? ¿Sofá rajado y televisor destrozado? Pero todo estaba como siempre. Los cojines del sofá

estaban dispuestos tal y como ella los solía dejar. El último número de *New Yorker* estaba abierto por la reseña del nuevo libro de John le Carré, tal como ella lo había dejado por la mañana. Había trepado por la escalerilla hasta su habitación-desván. Las sábanas revueltas. Sus bragas de Agent Provocateur de color rosa estaban hechas un embrollo a los pies de la cama, justo donde Cyril se las había arrancado ocho horas antes. Todo estaba como siempre, tal como debía estar.

¿Era todo fruto de su imaginación? ¿Podían venir los ruidos que había oído de algún otro sitio? ¿Era posible que la chica que había salido del portal fuera solo una vecina a la que no conocía?

Sentada en el clínicamente pulcro retrete de Cyril, Klara se masajeara las sienes con las puntas de los dedos. Un leve dolor de cabeza había comenzado a hacerse notar en cuanto se levantó de la cama. Por el momento solo podía intuirlo, pero sabía que si no se tomaba alguna pastilla cuanto antes, pronto tendría que vérselas con toda su fuerza. Se limpió y abrió el armarito del espejo de Cyril.

En el estante superior había una cajetilla de paracetamol. Klara sacó un blíster, liberó dos pastillas y se las tomó con un trago de agua del grifo. Estaba a punto de cerrar el armarito cuando observó algo que le hizo dar un respingo. Dos cepillos de dientes.

Uno azul.

Y otro rosa.

En contra de su voluntad cogió el rosa y lo levantó bajo el haz de luz. Parecía usado. Cuando iba a ponerlo de vuelta en su sitio descubrió otro cepillo. Uno pequeño, con Blancanieves en el mango.

Con la angustia aumentando en su interior, Klara salió a la cocina americana. Toda ella era de Miele, con isla incluida. Ventanas del suelo al techo con vistas a los cuatro árboles de la plaza de Ambiorix. Un diván blanco y caro en la parte del salón, un televisor anclado a la pared. Una mesa de comedor de roble con seis sillas Kartell, iguales que la del dormitorio. Un cartel enmarcado de alguna exposición de Duchamp en el MoMA de Nueva York. Todo de una pulcritud clínica y de lo más impersonal. Aun así faltaba algo. Las palabras de Cyril del otro día resonaban en la cabeza de Klara. «Cualquier persona que viva en el extranjero tiene fotos de su familia».

Klara volvió al dormitorio. Estaba de pie delante de la cama. Una mesita de noche a cada lado. Dos lamparitas de diseño con pantallas cilíndricas de metal blanco pulido. Rodeó la cama hasta el lado en el que había dormido Cyril. Su almohada aún conservaba el hoyo que había dejado su cabeza. Su olor aún seguía allí cuando Klara se inclinó. Cerró los ojos mientras tiraba del único cajón de la mesita. Poco a poco los fue abriendo.

Allí dentro solo había un marco de foto puesto boca abajo. De pronto Klara se

sintió pesada, como si sus piernas ya no tuvieran fuerzas para sostenerla. Con cuidado se sentó en el borde de la cama y le dio la vuelta a la foto.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Mahmoud se giró hacia el lugar de donde había llegado la voz. El torso de un hombre vestido de negro con pasamontañas asomaba por encima del faldón más corto del tejadillo. Llevaba una pequeña arma automática apoyada en el hombro. Se le veía competente, como si hubiera sido creado única y exclusivamente con el objetivo de sentarse en tejados y apuntar a otras personas. Se acabó. De alguna forma era casi un alivio. Mahmoud soltó la trampilla. Se incorporó con cuidado. Estaba de pie sobre la plancha de hierro, inclinado hacia atrás, haciendo equilibrios, con el tejado de tejas a su espalda. A su alrededor vio las luces de la ciudad brillando incandescentes en la oscuridad invernal. Cerró los ojos.

—No disparéis —respondió una voz más grave desde la terraza—. Es demasiado arriesgado. Le necesitamos con vida.

Mahmoud oyó las voces como si estuviera al otro lado de una gruesa pared. Solo un murmullo monótono. No se atrevía a abrir los ojos.

—¡Abortad la misión! Repito: la orden es abortar y volver.

Era la voz grave desde la terraza otra vez.

—Tenemos que salir antes de que el servicio de rescate esté aquí. Tiene que haber una escalera de incendios en la habitación 604. Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo es más importante que el sujeto. ¡Vamos!

Mahmoud miró con cautela de reojo al hombre que lo estaba apuntando. No estaba lejos. Diez metros. Despacio, el hombre bajó el arma sin quitarle los ojos de encima.

—Eres hombre muerto —dijo.

Después desapareció detrás del caballete del tejado.

El reloj de Mahmoud marcaba casi las ocho cuando, a través de la trampilla del tejado, pudo oír voces de personas que se movían por la terraza de donde él había subido. Los bomberos y la policía todavía tenían que registrar el hotel. De alguna manera Mahmoud había logrado meterse por la trampilla, que daba a la buhardilla del hotel. Y allí llevaba horas sentado, sobre el aislante descubierto, sin apenas moverse. Estaba esperando pacientemente a que se marchara todo el mundo.

Pero ahora el estrés había dado paso a la desazón. Sentía un fuerte impulso de salir de allí. Tenía que tomar las riendas de la situación.

Tras un cuarto de hora reptando por el suelo de madera sin pulir de la buhardilla, encontró una portezuela en el suelo. Para su indescriptible alegría, estaba abierta. Con un tirón rápido y chirriante la levantó y bajó de un salto al pasillo por el que horas atrás había corrido muerto de miedo. Una escalera de incendios en la habitación 604, habían dicho. La habitación estaba al final del pasillo. Con una mano humedecida por el sudor tanteó la puerta, que se abrió sola en cuanto la rozó. Era como si los americanos hubieran pulverizado la cerradura por completo. La habitación estaba vacía y a grandes rasgos era igual que el cuarto en el que él se había hospedado, con la diferencia de que la única ventana que había en esta estaba en la fachada lateral del hotel. No podía haber más de dos metros entre este y el edificio vecino. Mahmoud se acercó a la ventana y miró con cuidado por detrás de la cortina. En efecto, había una escalera de incendios oxidada fijada a la fachada a la izquierda de la ventana.

Mahmoud abrió la ventana y asomó la cabeza para mirar la calle. Para su espanto, en una punta vio a un hombre vestido de negro sentado en cuclillas, apoyado en la fachada. Llevaba un gorro de punto en la cabeza y a sus pies había una bolsa negra de nailon. Los americanos seguían allí.

Mahmoud volvió a cerrar la ventana sin aliento. El hombre no lo había visto. Parecía ocupado en leer algo en el móvil y no había levantado la cabeza.

Mahmoud abandonó la habitación y cruzó el pasillo hasta las escaleras de emergencia. Contuvo la respiración mientras la abría. Pero el hueco estaba vacío y en silencio.

Con pasos sigilosos bajó hasta la planta baja, donde se encontró dos puertas. Una debía de conducir a recepción. Mahmoud no se atrevía a tocarla. Seguro que había alguien vigilando la entrada del hotel.

Tanteó la otra puerta, que también parecía estar abierta. Bingo. Una escalera que bajaba a una húmeda oscuridad. Mahmoud encontró el botón luminoso de un interruptor que bañó la escalera del sótano y lo que había debajo con la luz blanca de un fluorescente. La escalera terminaba en un pasillo que tenía una hilera de puertas en cada lado. Debía de tratarse de trasteros o almacenes. Mahmoud probó la primera puerta. Cerrada. Lo mismo con la segunda.

Pero entonces levantó la cabeza. Arriba, justo por debajo del techo y al final del pasillo, había una ventana sucia que debía de estar a nivel de calle. Mahmoud se acercó a paso ligero. Tiró de los ganchos de la ventana. No había cerradura y la ventana se abría hacia dentro y hacia arriba. Mahmoud se puso de puntillas para mirar afuera.

Un callejón. Algunos contenedores de basura. Ningún americano vestido de negro, al menos que él pudiera ver. Quizá esta era su única oportunidad. Puso un pie en la bisagra de la puerta que tenía más cerca, se agarró al marco de la ventana y subió a pulso. La abertura era lo bastante amplia como para pasar la cabeza y los

hombros. Primero sacó la mochila y luego terminó de subir el cuerpo para deslizarse hasta el callejón. Le resultó más fácil de lo que había esperado y de pronto se vio tumbado sobre el asfalto.

Miró a un lado y al otro sin incorporarse. Por el momento nadie parecía haberse percatado de su presencia. Se levantó y se escondió detrás de los cubos de basura.

Estando en cuclillas respiró hondo y trató de analizar la situación. Su salida del hotel no parecía haber despertado ninguna atención. Se quitó el polvo de la buhardilla y la suciedad de la calle, se levantó y comenzó a caminar tranquilamente en dirección a la bocacalle. Cuando llegó al cruce con una calle más grande se detuvo. Asomó la cabeza con cuidado para ver la entrada del hotel. Estaba desierta. Los americanos guardaban las distancias. Pero si estaban vigilando la escalera de incendios, lo más seguro es que también estuvieran vigilando la entrada, independientemente de que él los pudiera ver o no. Mahmoud sabía que no estaba a más de una manzana del Boulevard Anspach, y al otro lado estaba el barrio turístico. Si lograba llegar hasta allí podría fundirse con la masa de consumidores y turistas. Su supervivencia estaba a cinco minutos de carrera.

Se colgó la mochila, la ajustó al máximo y se dio unos segundos para calmarse. Todos sus sentidos estaban al borde de la saturación. Respiró hondo tres veces y luego salió corriendo a la calle lo más rápido que pudo, a la derecha, alejándose de la entrada. Tras cincuenta metros giró a la izquierda en dirección al Boulevard Anspach.

Detrás, a lo lejos, pudo oír voces. Palabrotas en inglés. Pies corriendo. Órdenes. Mahmoud corrió más rápido que en toda su vida. Llegó al Boulevard Anspach sin mirar atrás. Cruzó la calle intuyendo —más que viendo— los coches que pegaban un frenazo a su alrededor. Pitidos y gritos de irritación llenaron el aire. No se atrevía a darse la vuelta, solo podía correr, correr, correr. Lejos del hotel, hacia delante, lejos del Boulevard Anspach. Después de unos pocos minutos más de sprint por los adoquines dio con uno de los laterales cortos de la brillante Grand Place, el corazón flamenco de Bruselas.

El mercadillo de Navidad estaba a punto de abrir y el viento llevaba consigo el aroma de vino caliente con especias y galletas. Delante del ayuntamiento había un árbol de Navidad gigantesco. Sus bolas plateadas y rojas tintineaban débilmente con la brisa. Agotado y con la adrenalina bombeando en sus venas, Mahmoud echó un vistazo por encima del hombro. No parecía que lo estuvieran siguiendo.

Un par de copos de nieve que parecían granizo se posaron en su mejilla y Mahmoud inclinó la cabeza hacia atrás, dejó caer los párpados y respiró hondo. Había sobrevivido. Abrió los ojos y paseó la mirada por las fachadas y sus ostentosas, casi cómicas, láminas de oro y ornamentaciones. ¿Por cuánto tiempo?

Primavera de 1991

Kurdistán

Es tan hermoso. Al atardecer, el cerro ondulado es mate como la seda pura. La calima flotando sobre las cumbres, el cielo tan alto y tan azul que casi se ve blanco. Por dentro canto una canción cuyo nombre no me sé, una de un grupo que a lo mejor se llama Dire Straits. No tengo ni idea de música. Me interesa igual de poco que la ficción. Pero hay algo en este verso: *These mist covered mountains are a home now for me*. Algo en ese tono eléctrico y consolador de la guitarra.

Aquí no huele a nada. Este paisaje carece de aroma. Solo al gasoil que pierde el motor del Landcruiser. Té negro y dulce cuando paramos para almorzar. La comida es sencilla, a base de pan, yogur, nueces, en ocasiones cordero. Comida para campesinos y soldados. Raciones de guerra, a pesar de que vemos tomates, higos, granadas en los puestos de la carretera. Hasta el momento lo han tenido fácil. ¿Se estarán preparando para lo que pueda venir?

Me duele el cuerpo, de pronto percibo cualquier agujero, huella de neumático y piedrecita que los amortiguadores moribundos del coche no consiguen atenuar. ¿Cuántos cientos de kilómetros llevamos en este trasto? ¿Cuántos kilómetros he viajado en coches como este, por rutas y caminos de burro y tractores similares?

Es otra época. Ahora las alianzas que hacemos aquí fuera son a plazo cada vez más corto. En el campo de batalla. El campo real, no en sentido metafórico. Estrechamos los lazos de confianza con vasos de té, de uno en uno, solo para soltar nuestras promesas antes de que el sabor del té desaparezca de nuestras bocas. Ya no vivimos tras una fachada. No de la misma manera. Los parámetros han cambiado. Ya no es un juego de sumas que tiende a cero. El objetivo ya no es no perder. ¿Quién se había creído que era posible ganar antes de aquel día incomprensible que escalaron el muro? Al mismo tiempo, no ha cambiado nada. Para mí todo sigue siendo una cuestión de supervivencia.

—Estoy hasta los cojones de esta mierda de coche —le dice mi compañero a nadie en especial, pero yo soy el único, aparte del intérprete, que habla inglés.

Es su manera de empezar. Crearse una superficie donde moverse. Para mí no es nuevo. Conozco a los de su clase.

—¿Qué has dicho? —digo yo.

A pesar de haberlo oído. Echo un vistazo en dirección a él. Va sentado a mi lado en el asiento de atrás, hundido en el asiento agrietado en una postura que le dará problemas de espalda esta misma noche. Su coronilla despejada, su calvicie incipiente. La cicatriz gruesa y mal curada que le sale del nacimiento del pelo y le

corre como un alambre de espino por toda la mejilla izquierda. La cicatriz que le estira y tensa la cara, la que le da una sonrisa singular y asimétrica, imposible de interpretar.

En realidad no sé nada de él, aparte de que bebía Jim Beam hasta que la botella que traía consigo se acabó ayer y tuvo que pasarse a un brebaje trementinoso que había comprado sin dilación en las afueras de un mercado en Mosul. Echa de menos seguir el fútbol americano universitario, dice.

Yo ya no bebo nada más fuerte que el té negro. Todos bebemos o demasiado o nada. Echo de menos la monotonía de la natación. Echo de menos los largos en la piscina, el olor a cloro, el sonido de los azulejos. Echo de menos los músculos tensándose y doliéndome por el esfuerzo.

—He dicho que estoy hasta los cojones de esta mierda de coche. Invertimos toneladas de dinero en esta guerra pero somos incapaces de usar coches de verdad sobre el terreno. La clásica mierda del Pentágono. ¿O no?

Me encojo de hombros. No me interesa el lloriqueo quejumbroso y la cháchara de los de su calaña. No hemos hablado sobre el tema, pero es evidente que es exmilitar. Carece de la inteligencia metálica y letal de un *Navy seal*, así que no cabe duda de que es de las Fuerzas Especiales. Su perspectiva es torpe, objetiva, desconsiderada. No sabe nada de Oriente Medio, desconoce la importancia de tomar té, no sabe nada de nada excepto la distancia más corta entre dos puntos. Un hombre para cuadrados y líneas rectas, no para la inconsecuencia, la frustración ni la paciencia en la tierra del crepúsculo.

En el viejo mundo —el que llegó a su fin hace menos de un año y que ya apenas recordamos—, él era uno de los que venían después de mí, uno de los que actuaban según la información que yo generaba. En el viejo mundo trabajábamos en turnos diferentes. Ahora trabajamos codo con codo.

—El intérprete ha dicho que falta media hora más —digo.

Me reclino y cierro los ojos. Dejo que el ritmo, el camino irregular, la imperceptible irritación, me envuelvan en un sueño vacío.

Está casi oscuro cuando el coche entra rodando en el poblado. Son todos iguales. Grises, llenos de piedra, grava, colada, cabras. En la penumbra se podría decir que es el mismo pueblo del que partimos, el mismo al que nos dirigiremos mañana. Unos cuantos niños corren al lado del coche y gritan algo que ni oigo ni entiendo. Somos comerciantes de promesas y armas y nos reciben como héroes en cada rincón de este país provisional. Las expectativas son altas y no hacemos nada para reducirlas. Nuestro trabajo es entusiasmar.

—¿Hemos llegado? —le pregunto en árabe al conductor.

El hombre asiente con la cabeza y aminora en lo que con una dosis de buena

voluntad podría describirse como una plaza polvorienta. Hombres sucios con caftanes, pañuelos en la cabeza y una abigarrada colección de armas están reunidos en un pequeño grupo delante de una de las casitas de piedra. Ahuyentan a los niños.

Mi compañero duerme y yo lo sacudo fuerte del hombro. Se despierta al instante, como si nunca se hubiera quedado dormido.

—Hemos llegado —le informo.

—Vaya agujero —dice él.

Bajamos del coche y los hombres vienen a nuestro encuentro, intercambiamos formalidades. Mi compañero sonrío con ironía cuando se inclina, pero pronuncia las frases de cortesía a la perfección. Tiene buen oído para las lenguas, pero le falta paciencia para aprender cualquiera que no sea inglés. Las sombras lo habrían engullido en un segundo. No le interesan los matices.

Dentro de la casa —poco más que una choza, suelo de tierra, hogar encendido— tomamos el enésimo vaso de té y yo miento sobre las intenciones de nuestro país. Él pide algo más fuerte que el té y nuestros anfitriones agitan una botella que parece contener *whisky* de una marca que no he visto antes. Están ansiosos de victoria. Sus miradas transmiten inmortalidad. Justo ahora, en este instante, han alcanzado aquello por lo que han luchado durante mil años. Dominan las fronteras del país que se han inventado. Tomaron Mosul un par de días atrás y no pueden dejar de explicar sus proezas, la relevancia histórica. Yo los felicito una y otra vez y les explico lo impresionados que estamos de su valor. Les prometo armas. Apoyo aéreo.

—¿Apoyo aéreo? —preguntan, como hacen siempre. Por lo visto la palabra kurda no es lo bastante clara.

—Le meteremos una bomba por el culo a Sadam como se acerque por aquí —dice mi compañero, cansado de oírme explicar siempre la misma cosa—. Tradúceselo —dice haciéndole un gesto al intérprete, que obedece.

Nuestros anfitriones se ríen, se dan palmadas en la espalda, sirven más del sospechoso *whisky* en los vasos sucios de té.

Al final están satisfechos con mis promesas. Quieren tocar con sus propias manos el poder estadounidense, así que los sacamos al Landcruiser.

Mi compañero baja tres cajas y abre la primera bajo el haz de luz de los faros del coche.

—Lanzagranadas —dice—. Tres. Con estos cabroncetes haréis saltar por los aires cualquier carro de combate.

Los campesinos, ahora partisanos, soldados, libertadores, leyendas, se inclinan devotos y cogen las armas. Se las van pasando.

—Luego os hacemos la instrucción —dice.

—No es necesario —dicen los libertadores, las leyendas—. Sabemos manejar armas.

Mi compañero coge los lanzagranadas con decisión y los vuelve a meter en la caja.

—Luego os hacemos la instrucción.

—¿Podemos ver la munición? —dicen los soldados.

Mi compañero abre la otra caja y les muestra las granadas. Hay veinte, apenas da para la instrucción de mañana.

—¿Eso es todo? —dicen los partisanos.

—Es todo lo que tenemos hoy —digo yo—. Pero como ya he dicho, entregaremos más durante la semana.

Murmuran.

—Pero ¿y si los iraquíes llegan antes que vosotros?

—Entonces les meteremos una bomba por el culo —dice mi compañero y se vuelve hacia el intérprete—. Tradúcelo.

Los campesinos se ríen, niegan con la cabeza.

En la última caja hay más munición para sus armas rusas. Están decepcionados. Se esperaban más. El fervor arde con menos intensidad en sus ojos. Pero arde.

Los campesinos, partisanos, susurran entre sí. La instrucción ha sido completada. La cena tardía, terminada. El té ha sido sustituido por botellas parecidas a las de mi compañero. Están excitados, fervorosos. Veo que los movimientos de mi compañero se ralentizan, empieza a relajar la cara. Ha bebido de forma constante, sin parar, desde que hemos llegado.

El intérprete se encoge de hombros.

—Quieren enseñaros algo. Pero no sé el qué.

Al final están todos de acuerdo, nos cogen de las manos. Ebrios. Es obvio que la decepción por los lanzagranadas ha quedado atrás. Vuelven a ser soldados, libertadores, leyendas pasajeras. Nos sacan del pueblo. Caminamos sobre grava y piedras iluminadas por la luna, entre oscuridad y plata. Hasta otro conjunto de casitas pequeñas y bajas. Huele a cabras. A lo mejor las casas son almacenes o cuadras. Delante de una de las construcciones hay una leyenda barbuda, un partisano. De su hombro cuelga una metralleta rusa. Tiene un cigarrillo casi apagado en la comisura de la boca.

Deja caer la colilla al suelo, la aplasta con el pie, abre la puerta torcida de madera para dejarnos pasar. Las luces de las linternas que llevan los hombres saltan y tiemblan en la oscuridad de allí dentro, resulta difícil enfocar. La peste es insoportable. Animales y otra cosa, algo más amargo. Al final las linternas se posan sobre un par de sacos en el rincón del fondo, el más alejado de la puerta. Tres de los hombres se acercan a los sacos y los patean, les gritan, tiran de ellos.

Los sacos se mueven, se lamentan, se encogen. Los hombres los levantan, vierten

su contenido sobre el suelo de hormigón lleno de mierda. Son dos muchachos muertos de miedo, apenas adultos, con las caras destrozadas y uniformes desgarrados, holgados. Dos muchachos iraquíes muertos de miedo.

Las leyendas se ríen y escupen a los chicos. Tacos en árabe. El intérprete se vuelve hacia nosotros, se encoge de hombros.

—Dicen que los prisioneros se niegan a decir nada. Que aseguran que solo son soldados de infantería.

Niego con la cabeza.

—Eso es porque solo son soldados de infantería. ¿Qué quieren que les cuenten?

Por el rabillo del ojo veo que mi compañero desaparece por la puerta.

Lo alcanzo junto al Toyota. Está tocando algo del motor, el capó está abierto. Unos cables de arranque le cuelgan al cuello.

—¿Qué coño haces? —le digo.

Él no responde. Toquetea el motor con las dos manos hasta que encuentra la batería y la saca. La deja en el suelo de tierra.

—Coge de aquí —farfulla.

—¿Por qué?

A pesar de saberlo.

—No seas idiota —dice él.

Me mira a los ojos. Un brillo nuevo. Un atisbo de puro sadismo. El sonido de metal de los cables de arranque cuando los azota entre sí.

—Un poco de corriente directa en los huevos les soltará la lengua a nuestros amigos iraquíes.

Noto que se me seca la boca. La cabeza me palpita.

—Estás demasiado borracho —respondo—. No son más que dos críos de infantería que quedaron rezagados en la retirada de Mosul.

—Si no quieres ayudar puedes quedarte aquí esperando en el coche —dice él y se agacha para coger la batería.

El pánico que se me viene encima a hurtadillas. El pequeño orificio por el que se me escapa el control como una fuga de aceite. Veo lo esquivos que son sus ojos. No hay nada que decir. Ningún argumento hará mella.

Saco la Glock del cinturón. Siento su peso en mi mano. Gritos de queja llegan desde las cuerdas. Tonos que se elevan. Golpes. ¿Dónde coño está el intérprete? ¿Y el conductor?

—Te doy una última oportunidad para volver a poner la maldita batería en el coche —le digo.

Él gira la cabeza para mirarme. Niega en silencio. Escupe a mis pies.

—Eres una auténtica nenaza de mierda —dice él—. Igual que tu pequeña zorra en Damasco.

Lo golpeo con el cañón de la pistola justo en el tabique nasal. Oigo un crujido de hueso y cartílago. Veo sangre derramándose en el suelo. Estoy sentado sobre su pecho antes de que él siquiera tenga tiempo de llevarse las manos a la cara.

—¿Qué cojones has dicho? —pregunto—. ¿Qué cojones sabes tú de Damasco?

El sabor a metal y endorfinas en la boca. El sabor a pánico y a no retorno. Aprieto la boca de la Glock contra su ojo, lo obligo a apoyar el codo en la tierra plateada y ensangrentada.

—Conseguiste que mataran a tu putita —espeta él—. La hiciste volar en mil pedazos...

—¡Cierra la boca! —rujo.

Aprieto la pistola aún más contra su ojo. Después alguien me levanta desde atrás. Unas manos agarran las mías. La Glock se desprende de ellas con un giro. Veo que los campesinos se inclinan sobre mi compañero, lo levantan a él también. Lo ponen de pie, lejos de mí. Él escupe sangre, se sorbe y se sacude. Silba al respirar.

—Tendrías que haber sido tú. Lo sabes, maricón de mierda.

Abandonamos el pueblo a primera hora de la mañana. Caen gotas. Llovizna. Atrás dejamos tres lanzagranadas, una veintena de granadas que no perforan el acero blindado, unas cuantas rondas de munición para kaláshnikovs, dos iraquíes maltratados. Atrás dejamos el ayer. La sangre en el suelo de tierra. Lo que se dijo y lo que no. Nunca hay otra alternativa más que seguir adelante.

Me doy la vuelta. En el asiento de atrás mi compañero ya está durmiendo. Un vendaje provisional y la peste a alcohol son los únicos recuerdos de ayer. Mi cabeza se niega a calmarse. Pienso en los rumores y los cotilleos. Lo que el iraquí del ferry en Estocolmo no quería contar. Lo que yo no quería que contara.

Pienso en los ojos como platos del bebé, en cómo lo abandoné. En que nada podrá arreglarse jamás. Pienso en los tejados de Beirut. En el calor y en la resistencia que oponía el gatillo. Pienso en todo en lo que tenemos que confiar para que el mundo no sucumba. Las alianzas cambiantes. Pienso en los planos del paso subterráneo que le entregué aquella tarde helada, con las decoraciones navideñas reflejadas en el agua, en el cristal de sus gafas. Una vía en un acuerdo que ahora ya ha invertido el rumbo.

Pienso en que los campesinos a los que acabamos de dejar atrás serán ejecutados en cuanto Sadam ponga rumbo al norte. Pienso en que nunca hacemos lo que decimos. En que nunca mantenemos nuestras promesas. En que al final siempre sacrificamos a aquellos a los que nos decimos que estamos salvando.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Cómo coño lo habían vuelto a encontrar? Era la pregunta que corroía a Mahmoud por dentro desde que, aún tembloroso, se había escabullido dentro del metro después de la experiencia cercana a la muerte que había sufrido por la mañana. ¿Cómo demonios era posible? ¿Pudieron seguirlo ayer? Al Museo Real de África y luego al hotel. Si lo persiguieron debieron de ser invisibles. Había elegido el hotel al azar. Que él supiera, su foto no estaba circulando por los medios belgas. Se había mantenido alejado de internet, no había usado el teléfono. No encajaba.

Mahmoud se compró una Coca-Cola y una porción de pizza, dura como una piedra y que parecía llena de pegamento y gravilla, en un agujero en la pared en Gare Centrale. Luego continuó bajando hasta uno de los andenes. Todo el rato lo abrumaban el estrés y la paranoia. Tenía la sensación de estar en una escena de algún tipo. Como si todo el mundo lo estuviera mirando, inspeccionando, a la espera del momento adecuado para dar el golpe.

No podía continuar así. No tenía ninguna dirección, ningún objetivo más que mantenerse apartado. Estaba completamente pasivo, reactivo en lugar de creativo.

Tal como estaba ahora la situación era difícil tener menos iniciativa. Algo tenía que cambiar. Se sentó en un banco y esperó al siguiente tren. Sus piernas temblaban y saltaban por los nervios. A su lado oyó a un hombre trajeado soltando un taco en inglés porque no tenía cobertura.

Mahmoud se quedó de piedra. Le costaba entender que no lo hubiera pensado antes.

Lleno de energía soltó lo que quedaba de su triste comida en la papelera más cercana, subió las escaleras a paso ligero y deshizo el camino por el hediondo túnel meado que acababa de cruzar. Siguió los carteles oxidados que indicaban los lavabos en el sótano de la estación central.

Le pagó treinta céntimos a la adusta mujer que había en la puerta. Las dos monedas tintinearón en el cuenco de cerámica que tenía en su mesita de *picnic*. Dentro del baño los compartimentos estaban vacíos y sorprendentemente limpios. Escogió el primero, echó el cerrojo y bajó la tapa del retrete. Se quitó la mochila. Vació todo el contenido sobre la tapa. Pasaporte, cartera, los teléfonos móviles y las baterías. La presentación en PowerPoint y el programa de la conferencia. Calzoncillos y calcetines. Una camisa y una camiseta. La edición de bolsillo de *Torture Team* de Philip Sands con la que se había quedado dormido en el avión. Y la cartera de Lindman. La repasó deprisa. Una American Express, una Visa. Ni siquiera

tarjeta oro. Doscientos euros en billetes de veinte. Carné de conducir y un recibo de una consigna de equipajes en París. Mahmoud se detuvo. Volvió a mirar el recibo, le dio la vuelta. Lindman había mencionado que había escondido algo en París. ¿Había mejor lugar que una consigna de equipajes? Quizá merecía la pena hacer un intento. Se guardó el recibo en su propia cartera y siguió hurgando entre sus pertenencias sin saber exactamente qué estaba buscando. Fuera lo que fuera no parecía estar entre sus cosas. Buscó en los bolsillos de la mochila y de su ropa. Nada. Al final le dio la vuelta de dentro para fuera a la mochila de nailon.

Y ahí, al fondo del rincón izquierdo, había algo pegado con cinta aislante negra.

Arrancó la cinta con frenesí y acercó el objeto a la fría luz del fluorescente. Parecía una caja de cerillas de última tecnología, totalmente envuelta en plástico templado. Le dio varias vueltas. Podía ser cualquier cosa, pero para Mahmoud no cabía ninguna duda. Era un emisor de GPS. Era así como habían logrado seguirlo y dar con él en el hotel.

Y peor aún: era así como habían encontrado a Lindman. Mahmoud tuvo que sentarse en el suelo, todavía con el emisor en la mano. Había conducido a los norteamericanos, o quienes fueran, directos hasta Lindman. No importaba cuántas maniobras evasivas hubiera intentado. La idea lo hizo sentirse mareado. La muerte de Lindman era culpa suya, su responsabilidad. ¿Cómo pudo ser tan ingenuo? No se lo había tomado del todo en serio. Aunque había tenido indicadores de que estaba siendo vigilado, no los había terminado de reconocer abiertamente. Pero ahora mismo no podía dejarse vencer por el arrepentimiento y la angustia. Quizá habría tiempo para ello. Pero desde luego, no ahora.

Con un esfuerzo se levantó y recogió sus cosas. Tiró los dos teléfonos junto con las baterías al cubo de basura para compresas. No podía permitirse correr el riesgo de que también pudieran rastrearlos. Por un instante sopesó tirar el emisor allí también, pero cambió de idea y se lo guardó en el bolsillo. El resto de cosas, el libro y la ropa interior, pasaporte y carteras, las volvió a meter en la mochila. Se la ajustó a la espalda, abrió la puerta y salió de los baños.

Mientras cruzaba la estación central se preguntó cómo habían logrado meterle el emisor en la mochila. No la había facturado en el avión y nunca la había perdido de vista. Excepto cuando se le había caído en el aeropuerto. La chica guapa de ojos verdes. ¿Era posible? ¿Por qué no? ¿Por qué iba a ser una chica guapa menos criminal que cualquier otra persona? Negó con la cabeza. Menudo idiota había sido.

Mahmoud siguió los carteles que indicaban la parada de autobús y subió de un salto al primero que pasó. Buscó un asiento libre detrás de la puerta trasera. Con la mano izquierda pegó el emisor de GPS debajo del asiento con ayuda del celo. Cuando estuvo seguro de que estaba bien pegado se levantó y bajó del autobús justo antes de que cerraran las puertas. No sabía adónde se dirigía el transporte, pero por lo menos

mantendría entretenidos durante un rato a los perseguidores. Y por parte de Mahmoud, había llegado la hora de tomar la iniciativa.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Nadie entraba en el Parlamento Europeo si no había sido especialmente invitado o era poseedor de una tarjeta especial, un *badge*, en la jerga de los lugareños. Todos los funcionarios de la UE la tenían, igual que algunos lobistas tenían tarjetas especiales de forma permanente. La tarjeta de lobista de George le daba acceso al Parlamento entre semana, de ocho de la mañana a seis de la tarde, de lunes a viernes.

A las ocho menos dos minutos estaba delante del control de seguridad obligatorio a la espera de que su maletín fuera escaneado. Estaba pálido. Tenía sudores fríos. Bajo los ojos tenía unos cercos oscuros que hacían que pareciera que había estado envuelto en un combate de boxeo con poco éxito. También era así como se sentía. Desde que había llegado a casa tras ver a Reiper aquella noche, no había pegado ojo. Se había pasado las horas tumbado de espaldas en la cama dándole mil y una vueltas a la situación sin encontrar ninguna vía de escape. Negarse a hacer lo que Reiper le pedía implicaría que su vida había terminado. Cárcel. El despido de Merchant & Taylor estaba garantizado.

No era una alternativa.

Por otro lado, si hacía lo que Reiper le pedía estaría involucrado en varios delitos. Reiper lo tendría aún más cogido del cuello. La idea distaba de ser tranquilizadora. ¿Dónde terminaría aquello? Pero no había más opción que reconocerlo: Digital Solutions, fueran quienes fueran realmente, eran sus dueños.

Sobre las cinco y media había terminado por rendirse, se había metido en la ducha y luego se había vestido. Parecía que su única oportunidad de cumplir su misión era entrar en el despacho de Klara antes de que ella llegara. Josh le había entregado una especie de ganzúa electrónica universal que debería abrir las cerraduras del Parlamento en un santiamén sin estropearlas.

—No te puede salir mal, colega. Está chupado —le había dicho, obligándolo luego a chocar los cinco mientras esbozaba su amplia sonrisa blanca de deportista, igual de alentadora que burlona.

Por supuesto, igual que todos los chicos, de pequeño George también había soñado con ser espía. Había soñado despierto que entraba a escondidas en despachos cerrados para hacerse con información secreta al mismo tiempo que seducía a tías buenas. Entregas secretas en parques oscuros. Vigilar y ser vigilado. Sin embargo, esto se le antojaba repulsivo. Como si fuera un mero ladronzuelo. Qué cutre. Lamentable. Además estaba cagado de miedo. ¿Qué haría si Klara estaba allí? ¿Y si

lo pillaba en su despacho? O peor aún, ¿qué se inventaría Reiper si no conseguía completar la misión?

Era poco habitual que los asistentes se presentaran en el trabajo antes de las ocho y media. Las reuniones y las llamadas telefónicas en el Parlamento no solían comenzar hasta pasadas las nueve. Si finiquitaba el asunto en el despacho de Klara antes de las ocho y veinte debería estar a salvo. O eso esperaba. Notó que tenía las axilas sudadas. Qué guarrada.

Antes de salir de casa se había estudiado a conciencia un plano en la web oficial del Parlamento Europeo para encontrar el lugar exacto de los despachos de Klara y Boman. Sabía por experiencia que los despachos tenían sendas puertas de entrada desde el pasillo, pero que también estaban comunicados por una puerta interior.

Cogió su maletín de la cinta transportadora y comenzó a caminar en dirección a los ascensores para subir al pequeño dominio de los socialdemócratas suecos, en la planta dieciséis.

El pasillo estaba desierto, tal como George había deseado. Lo único que se oía era el sonido de sus pasos sobre la moqueta azul celeste. Los despachos de Klara y Boman estaban al final del pasillo. Mientras miraba a su alrededor para sentirse seguro, metió la mano en el bolsillo y sacó el aparatito electrónico que le había dado Josh. Parecía una maquinilla de afeitar. Con suma facilidad fijó un trocito alargado y fino de metal en una punta del aparato y apretó el botón de encendido. El cacharro soltó un zumbido, tal como Josh le había enseñado la noche anterior.

Le temblaban las manos. La camisa se le pegaba a la espalda. Volvió a echar un vistazo por encima del hombro y sacó una bolsita de coca del bolsillo. Media rayita. Solo para mantenerse firme.

Obviamente, era degradante meterse algo de buena mañana, pero era una situación de emergencia. No estaba incluida en los planes. Si no hubiera sido por Reiper y toda esa mierda que le había caído encima no se le habría pasado por la cabeza echarse una raya de buena mañana. Nunca. Ni de coña. ¿Pero en estas circunstancias? No había discusión posible. Era una excepción. Vertió un poquito del polvo blanco en su *American Express* de color platinado. No se molestó en estirarlo en una línea, sino que se limitó a taparse el orificio izquierdo de la nariz y aspirar el montoncito. Notó la respuesta de las sinapsis de inmediato. El cuerpo se llenaba de vida. Veía con más claridad. Estaba concentrado, controlado. Cerró los ojos y sacudió la cabeza antes de limpiarse la nariz con el índice y el pulgar. Seguro que podía quitarse esa mierda de encima. ¡Al toro!

George miró la hora. Las ocho y siete. Según sus cálculos, le quedaban trece minutos de tiempo. Sería mejor que se diera prisa. Sacó otra pieza de metal alargada con un pequeño garfio en una punta. Sin titubear lo metió en la cerradura del despacho de Klara para fijar una parte del perno y metió la ganzúa a su lado. Apretó

el botón de encendido y comenzó a pasar la ganzúa por los diminutos dientes de la primera cerradura.

No tardó ni veinte segundos en abrirla. El corazón le iba a galope. Respiró hondo y bajó la manilla de la puerta para entrar en el despacho de Klara. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Si alguien llegaba tendría tiempo de meterse en el despacho de Boman por la puerta que comunicaba las dos estancias. El despacho de Klara era igual que todos los despachos de asistentes del Parlamento Europeo. George había visto unos cuantos durante los años que llevaba en Bruselas. Sin embargo, este era un poco mejor que la mayoría, puesto que se encontraba muy arriba y en una esquina. Las vistas eran espléndidas. Pero en este momento no tenía tiempo de contemplarlas.

El pequeño ordenador portátil de color gris metalizado de Klara estaba en el centro del escritorio. Bingo. Estaba en estado de hibernación y George levantó la pantalla para despertarlo. Diez minutos. En cuanto el ordenador estuvo de nuevo en marcha George introdujo la memoria USB en el puerto y clicó en el icono que apareció en pantalla. Arrastró el icono del programa y lo soltó en el escritorio del ordenador. Del resto se ocupó el propio programa. Josh se lo había enseñado por lo menos diez veces la noche anterior. Tardaría más o menos un minuto. Mientras esperaba pegó la pequeña cápsula de plástico por debajo de la mesa, al fondo del todo. Tenía algún tipo de adhesivo en la parte superior y se quedó pegada sin problemas. Repitió la maniobra en el despacho de Boman y volvió al de Klara para ver si el programa había terminado.

Justo cuando se hubo sentado delante del ordenador para sacar la memoria oyó una llave entrando en la cerradura. ¿Cómo coño podía ser? Los asistentes nunca llegaban tan temprano. Arrancó la memoria del puerto. Bajó la pantalla para que el ordenador volviera a entrar en hibernación. De una sola zancada se plantó de vuelta en el despacho de Boman. Al mismo tiempo que encajaba la puerta vio cómo se abría la del despacho de Klara y lo alcanzaba un aroma de perfume. Le temblaban las piernas. A través del tabique oía a Klara moviéndose en la estancia de al lado. Su teléfono comenzó a sonar.

—Hola, Eva-Karin —oyó que decía—. Sí, ya estoy aquí. Claro, yo los imprimo. Vale, nos vemos en un par de minutos.

Joder, Boman estaba subiendo. George quería acercarse a hurtadillas a la puerta, pero no se atrevía. Estaba como fundido a la pared e intentó recuperar el control de su cuerpo. Al final reflexionó un momento. Lentamente se deslizó por el suelo hasta la puerta. Con sumo cuidado hizo girar el cerrojo. Se oyó un chasquido cuando este cedió. A George le pareció que sonaba como un disparo. Pero no tenía tiempo que perder. Gracias a Dios ahí todo era nuevo y las bisagras no rechinaban. Abrió la puerta solo lo justo para poder pasar el cuerpo. No había forma de volverla a cerrar con llave. Tendrían que pensar que el servicio de limpieza se la había dejado abierta

la noche anterior. A paso ligero llegó hasta el otro extremo del pasillo. Todo el rato esperaba que la puerta de Klara se abriera a sus espaldas. Pero nada. Al final llegó a los ascensores y apretó los botones como un poseso. El del final emitió un sonido de campanilla y las puertas se abrieron. Empujado por el afán de meterse en el ascensor, George se empotró contra Eva-Karin Boman.

—Disculpe, lo siento muchísimo —murmuró en un inglés desesperado y con la cara apartada. Eva-Karin ni siquiera parecía haberlo visto.

Tres minutos más tarde George estaba sentado en la escalinata de la entrada principal, con la cabeza entre las rodillas y tratando de respirar con normalidad. «Como un puto sintecho —pensó—. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué cojones estoy haciendo?». Su mano izquierda hurgó en el bolsillo en busca de la bolsita de coca. Si no se había ganado una raya después de esta mañana, ¿entonces qué coño tenía que hacer para ganársela?

20 de diciembre de 2013

Estocolmo, Suecia

Gabriella Seichelman cruzó correteando el vestíbulo del tribunal administrativo de Estocolmo, en la calle Tegeluddsvägen. Su mirada buscó en las pantallas que indicaban dónde iba a tener lugar su vista oral. Todavía faltaban veinticinco minutos para que la vista diera comienzo y Gabriella había preparado a su cliente, Joseph Mbila, hasta las seis de la tarde el día anterior. No debería haber ningún problema.

Pero normalmente las cosas no solían ser como estaban siendo en este momento cuando iba a comparecer ante el tribunal. Siempre procuraba tener media hora para estar a solas con una taza de té en alguna sala de reuniones. Era su rutina, su superstición. Normalmente se sabía los documentos más o menos de memoria cuando llegaban a la vista oral. Pero esta media hora era su forma de concentrarse. Su forma de apagar la vida normal y ponerse alerta. No tener la media hora entera... No era así como tenía que ser.

Gabriella era una maestra en desconectar. Sabía que, de los siempre afamados adictos al trabajo en el prestigioso bufete de abogados Lindblad y Wiman, ella era la que trabajaba más duro. No había nadie que se entregara más a sus clientes que ella. Nadie que estuviera despierto hasta más tarde por las noches. Nadie que se levantara más temprano. Muchas miradas de envidia le habían caído encima cuando la cogieron en el Colegio de Abogados en menos tiempo que al resto de sus colegas mayores. Estaba ascendiendo a velocidad de vértigo.

Y había empezado a odiarlo. Poco a poco, al principio de forma casi imperceptible, había comenzado a convertirse en una de esas tías que ella y Klara habían despreciado durante toda la carrera. Una arribista. Una friki que no tenía más intereses que su trabajo. ¿Cuánto hacía que no cogía vacaciones, que no salía de fiesta toda la noche o se liaba con alguien? ¿Cuánto tiempo llevaba sin sentir nada más que la desgastante angustia de no haber leído suficiente, de no haberse expresado con suficiente claridad, no haberle dedicado suficientes horas a salvar a un cliente? ¿Cuánto tiempo hacía que no escuchaba uno de esos discos que en su día lo habían significado todo para ella pero que ahora estaban al fondo del armario, escondidos bajo una montaña de papeles que no hacía más que crecer cada día?

Últimamente lo había percibido más y más. La pared que había comenzado a moverse hacia ella. El vacío, los pensamientos que se ocultaban tras los muros de trabajo. El sinsentido infinito de todo.

Le hacía sentir pánico y la empujaba a tirarse de cabeza al siguiente objetivo, el

siguiente cliente, la siguiente semana laboral de ochenta horas. Se decía a sí misma que era necesario. Que los clientes la necesitaban. Que cuando fuera socia de la empresa todo se relajaría.

Una estrella roja de Navidad y un candelabro eléctrico de color blanco brillaban dentro de la recepción acristalada. Navidad el martes. Santo cielo, los únicos recuerdos que Gabriella guardaba del otoño eran juicios, comisarías y autoridades. Y su oficina. Sobre todo la oficina. Justo antes de alcanzar el mostrador de recepción oyó una voz que la llamaba a su espalda.

—¿Gabriella Seichelman?

Ella se detuvo, se volvió un poco demasiado rápido, y resbaló en las baldosas grises del vestíbulo. Una mano le fue tendida para que tuviera apoyo suficiente para mantener el equilibrio.

—Vaya, eres rápida de movimientos, hay que reconocerlo —dijo la voz a la que pertenecía la mano.

Gabriella se volvió y esbozó una sonrisa forzada. Se ruborizó sin poder evitarlo. La voz pertenecía a un hombre que rondaba los cincuenta. Pelo corto y cano cubierto con un gorro negro. Tejanos desgastados, un poco demasiado subidos de cintura, camisa Dressmann y una chaqueta de cuero adaptada a su cuerpo por los años. Un policía de paisano. Sin lugar a dudas. Si había algo que Gabriella sabía reconocer era un policía de paisano.

Antes de que pudiera decir nada, él ya había sacado su identificación.

—Me llamo Anton Bronzelius —se presentó—. Soy de la policía secreta.

—De acuerdo —dijo Gabriella y notó que el estrés se le echaba encima.

No tenía tiempo para esto. Para nada.

—¿Tienes un segundo? —preguntó Bronzelius—. O mejor dicho, sé que faltan veintiún minutos para que empiece tu vista. Y me he tomado la libertad de reservar una sala.

Gabriella miró la hora en el reloj del móvil. Diecinueve minutos para la vista. Sí, Joseph estaba preparado. No la esperaba hasta dentro de un cuarto de hora. Sus piernas se movían nerviosamente debajo de la mesa. Jugueteaba con el teléfono. Joder, así no era como tenía que ser.

Bronzelius al menos no perdía el tiempo. Apenas habían entrado en la sala y él ya había tirado dos periódicos sobre la mesa blanca que los separaba. Todas esas salas eran blancas. Gabriella tuvo la sensación de haber pasado más tiempo en habitaciones como esta que en su propio piso, también blanco, en el barrio de Vasastan.

Los titulares eran casi idénticos. Distintas versiones de SUECO PERSEGUIDO POR ASESINATO EN BRUSELAS. El *Expressen* elegía dejar caer la palabra TERRORISTA entre

sueco y perseguido. El *Aftonbladet* apostaba por SOLDADO DE ÉLITE. «Vaya idiotas, los del *Expressen* —pensó Gabriella—. Soldado de élite vende infinitamente más que otra historia de terroristas».

—¿Has oído algo de esto? —empezó Bronzelius.

—Sí, leo la prensa —dijo Gabriella—. Así que no he podido evitarlo. Pero no más que eso. Vi los titulares en internet esta mañana. Nada más.

Bronzelius asintió tranquilo con la cabeza. Había algo en este hombre. Algo honorable y sincero. Algo acogedor y profesional. Gabriella se sintió más tranquila.

—Lo que voy a decir ahora se queda entre nosotros. Lleva el sello de confidencial. Eres abogada. Sabes lo que implica.

—Sí, entiendo lo que implica el concepto «confidencial».

Ella sonrió un poco cansada. Bronzelius parecía serio.

—El terrorista, o soldado de élite, según la prensa que leas, es Mahmoud Shammosh —dijo.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Klara tiró del respaldo de su silla de oficina y la hizo girar para poder sumirse en las fantásticas vistas de Bruselas que tenía desde su despacho de la decimosexta planta. Quería alejarse del zumbido del ordenador y de las notas que tendría que tomar en la reunión con Eva-Karin. Fuera hacía una mañana gélida y se veía una bóveda celeste despejada. El humo de las chimeneas de las casas permanecía inmóvil, como si se hubiese congelado en su camino de ascenso hacia la cúpula azul. La luz del sol era tan intensa que Klara tuvo que volver la mirada al interior del despacho.

No tenía ánimos para mirarlo. Estaba cansada de los reflejos centelleantes de los edificios de la UE y de sus contornos, de pronto tan afilados que le dolían los ojos. Hoy era uno de esos días en que todo parecía que sucediera por primera vez. Como si la tierra se hubiese inclinado un par de grados sobre su eje y el universo se hubiera expandido o contraído. Como si se hubiera despertado en otro cuerpo, lleno de experiencias de las que no guardaba ningún recuerdo. Sus años de adolescencia habían estado repletos de días así. Quizá todo el mundo tenía la adolescencia llena de ellos. Cerró los ojos y se secó lo que quizá fuera una lágrima.

Después de girar el marco de foto se había quedado sentada sin moverse y mirando al vacío, la mirada clavada en la pared blanca de Cyril. Había respirado hondo. Le había venido a la cabeza lo que su abuelo solía decir: «Roca y pólvora. De eso estamos hechos aquí fuera en el archipiélago».

Roca y pólvora.

Lentamente había bajado la mirada para observar la foto en blanco y negro.

Eran bellos. Los tres eran bellos. La niña pequeña tendría unos tres años. Se la veía feliz en los hombros de Cyril. Su pelo largo y denso se mezclaba con los rizos ondulados de él al inclinarse sobre su cabeza. Sus grandes ojos negros, infantiles, miraban fijamente al objetivo. Cyril posaba sin camiseta y se estiraba para darle un beso en la mejilla. A su lado, con un brazo largo y esbelto envolviéndole la cintura a Cyril, había una mujer a la que se veía tan veraniega y tan descansada por las vacaciones que Klara se quedó sin aliento. Con sus pequitas, su hermosa naricita, su pelo salpicado de agua marina, su vestido corto desarreglado y sus piernas enrojecidas podría haber sido modelo. Quizá lo era. A sus espaldas se extendía una playa, y detrás de esta el mar y las olas. Era una foto perfecta de alegría familiar

francesa.

¿Cuánto tiempo se había quedado allí sentada con la foto entre las manos y resistiéndose al impulso de tirarla contra la pared para que el sencillo marco se partiera y el cristal se esparciera como mercurio por el parqué? Al final lo había vuelto a dejar tranquilamente donde lo había encontrado. Se había levantado y se había vestido. Había guardado el teléfono en el bolsillo y se había ido caminando al trabajo.

Roca y pólvora.

Cuando el teléfono de su escritorio comenzó a sonar, primero sopesó la posibilidad de no cogerlo. No quería hablar, no tenía fuerzas para babear por Eva-Karin. Pero al séptimo tono decidió que cualquier cosa era mejor que lo que estaba sintiendo ahora.

—¿Sí? —dijo al auricular.

—El señor Moody para usted, *mademoiselle* Walldén —dijo un recepcionista en francés al otro lado.

A Klara se le cortó la respiración. Fue como si la composición del aire hubiera sido modificada, como si de repente tuviera que esforzarse más para oxigenar la sangre.

—Klara —dijo alguien al teléfono—. ¿Estás ahí?

Su voz era más aguda de como la recordaba. Presionada, las palabras como comprimidas. Klara intentó respirar, pero era como si no pudiera.

—Moody —susurró.

Luego, nada. Pasaron varios segundos hasta que Klara por fin rompió el silencio.

—Ha pasado mucho tiempo.

Pudo oírlo respirar en el otro extremo. Deprisa. Inquieto. Había pasado tanto tiempo. Aun así Klara supo que había algo que no iba bien.

—Tengo que verte —dijo Mahmoud.

Su voz. Tan tensa y como cargada de electricidad. Klara sintió que la inundaban los remordimientos. No le había contestado el *e-mail*. No porque no quisiera, sino porque no sabía qué decirle.

—¿Ahora? —preguntó—. ¿Quieres que nos veamos ahora? ¿Estás en Bruselas?

—¿Puedes salir del despacho?

—¿Qué pasa, Moody? ¿Ha pasado algo?

—Ahora no te lo puedo contar. No así. ¿Podemos vernos?

Klara pensó un momento. Le daba la sensación de que era un instante decisivo.

—Sí —dijo por fin—. No hay problema. ¿Dónde quedamos?

Primavera de 1994

Cuartel general de la CIA en Langley, Virginia, Estados Unidos

Todos somos sospechosos. Más que eso. Culpables hasta que se demuestre lo contrario. Nos movemos como sombras por los pasillos. Sombras que son sombras de sombras. Los que se atreven intercambian miradas por encima de montañas de documentos triturados, ordenadores en marcha. Las conversaciones junto a las fuentes de agua son discretas, intensas, llenas de incredulidad y de cuidadosos cálculos. Los que ya están bajo investigación oficial cargan el estrés como un cascabel al cuello, una estrella judía. En la cantina se sientan solos con sus bandejas y la cabeza dándole vueltas al dinero de la pensión, al dinero para la universidad que se evapora con cada nuevo interrogatorio, con cada nueva sospecha más o menos verbalizada. Nadie habla de ello. Todo el mundo lo hace.

No hace más de dos semanas que cogieron a Aldrich Ames. Vertefeuille y su obstinado comando de señoras y pensionistas de la segunda planta. Un topo en Langley. Nuestro propio Philby. ¿Es peor vender a tu país por dinero que por ideología? La opinión imperante en las fuentes de agua es que sí.

Y ahora la casa está llena de FBI. Policías poco complicados en trajes oscuros. Ya podrían uniformarse aquí, donde abundan los pantalones chinos y la camisa. No saben nada de nosotros, de nuestro trabajo. Es de chiste. Los detectores de mentiras no hacen mella en los que no saben distinguir la mentira de la verdad. Para nosotros, a quienes ni siquiera nos importa qué es qué, son irrelevantes.

No me sorprendo cuando oigo los pasos sobre la moqueta al otro lado de la puerta de mi despacho y apenas alzo la vista cuando la abren sin llamar primero. Su táctica es evidente, anticuada, amoldada como un par de botas viejas. Un hombre cansado de mi edad que necesita un corte de pelo y perder diez kilos para evitar el infarto que ya debe de estar intuyendo en el pecho. Un novato de pómulos prominentes y traje nuevo que lucha por mantener la testosterona por dentro del cuello de la camisa.

—Si nos lo quieres explicar directamente resultará mucho más fácil para todos — dice el bisoño, y clava en mí sus ojos de recién licenciado—. Ya sabemos la mayor parte, así que sólo tienes que rellenar los huecos.

El hombre más mayor se sienta en una de las viejas sillas de tubos de acero delante de mi escritorio y vuelve la mirada hacia las placas insonorizadas del techo. Es el truco más viejo del manual. Echa una acusación sobre la mesa, desequilibra al sujeto, observa cómo reacciona. Eso funciona en un barrio de yonquis en el Bronx, en la oficina de Wall Street donde el corredor de bolsa ya se ha echado atrás por lo que

respecta a aquel asunto de tráfico de influencias.

Pero aquí no funciona. No en Langley. No contra los que se inventaron el método, los que son infinitamente mejores en mentir que en decir la verdad. No contra aquellos que, por una vez, no tienen nada que ocultar.

Catorce horas más tarde estoy sentado con electrodos pegados al cuerpo delante de un técnico viejo y cansado que parece demasiado consciente de la insensatez de la tarea. Es una pantomima. Interpretamos nuestros papeles lo mejor que podemos.

Zanjamos las formalidades, las preguntas de control. Dónde vivo, dónde he estado destinado, el divorcio y el alcohol.

—¿Es la primera vez que lo investigan? —dice al final y mira de reojo el regulador que tiene delante.

—No —respondo—. Me investigaron entre 1980 y 1981. Estuve suspendido unos meses, luego me dejaron pasar pero me tuvieron aquí en Langley hasta 1985.

—¿Sabe por qué lo investigaron?

—Sí, circunstancias de mi vida privada me llevaron a comprometer una operación cuando estaba profundamente infiltrado en el extranjero.

—¿Qué circunstancias?

Levanta la cabeza y se cruza con mi mirada con sus ojos grises de perro.

—No sé si tiene permiso para saberlo —respondo.

—Puede partir de la base de que tengo permiso —dice él.

—Lo siento, no quiero complicarnos la vida ni a usted ni a mí, pero no parto de ninguna base. Mis superiores tienen que revocar el sello de confidencialidad y si usted no tiene un documento que tenga ese efecto no diré nada más al respecto.

Hago un esfuerzo por sonar afable. Él no es más que un instrumento, un altavoz para las preguntas que alguien le ha escrito.

—¿Cuál fue el resultado de la investigación?

—Volví al servicio. Supongo que las motivaciones estarán en algún lugar en mi *dossier*. Nunca las he visto.

Se deja contentar y continúa preguntando por nombres y fechas. Amigos y compañeros. Le contesto lo mejor que puedo.

—15 de enero de 1985 —dice él al final—. Estocolmo.

—Vale —respondo yo—. Si usted lo dice.

—Usted estaba hospedado en el hotel Lord Nelson y su vuelo volvía a Dulles vía Londres por la tarde.

Mira sus papeles.

—A las 16.15. Alquiló un Volvo con un alias a las 08.30 y lo devolvió en el aeropuerto a las 14.30. ¿Lo recuerda?

—Recuerdo Estocolmo. Hacía frío —digo.

—Seis horas con el coche —dice él—. Redondeando. ¿Adónde fue?

Miro la hora.

—Hace casi diez años exactos de eso —digo yo—. Me sobraba un poco de tiempo y alquilé un coche. ¿Adónde fui? Al norte, siguiendo la costa, si no recuerdo mal. Había tenido una misión y quería un poco de tiempo para mí.

—Se quitó las sombras de encima —dice el hombre y echa un vistazo a la maquinaria.

—Una vieja costumbre. Me quito las sombras cuando voy a comprar un paquete de seis McNuggets.

Una sonrisa asoma unos segundos en sus labios. Una decena de preguntas rutinarias más tarde hemos terminado. Nos damos la mano y ambos sabemos que esta investigación ha concluido.

Más tarde estoy sentado en mi despacho. Un sol pálido de primavera se abre paso entre la hojarasca de los árboles. El susurro de la autopista.

Cierro los ojos y recuerdo Estocolmo. Recuerdo la popa del ferry partiendo del parque de atracciones. Recuerdo las promesas y la muerte. Recuerdo las cavidades y con qué las llenamos. Recuerdo hasta la última palabra que dijo la mujer amable y estresada de la embajada. Recuerdo el Volvo y que me deshice de las sombras, que alquilé el coche con un tercer o cuarto nombre, que conduje al sur y no al norte, que creí que jamás volvería la luz. Recuerdo un café suave y bollos secos en alguna gasolinera desierta. Recuerdo que nevaba, que el coche se desplazaba sin hacer ruido, atravesando la nieve como en un sueño. Recuerdo que al final me paré en un pueblecito de la costa que se llamaba Arkösund.

Recuerdo que bajé del coche, que pasé junto a la verja del colmado local y por delante de casas de fin de siglo de madera amarilla cubiertas de nieve. Recuerdo el silencio, solo roto por el crujido de mis pasos. Recuerdo estar de pie en el pantalán, otear el hielo, protegerme los ojos de la nieve que caía. Recuerdo que pronuncié el nombre de mi hija y recuerdo que las lágrimas se helaron en mi mejilla. Recuerdo que estaba lo más cerca que podía llegar. Recuerdo que le susurré al hielo, al mar, al viento:

—Pienso volver.

Recuerdo que no lo decía en serio.

Recuerdo que cuando me di la vuelta para regresar al Volvo la nieve había borrado mis huellas, que era como si me hubieran soltado en el pantalán desde el cielo, como si mi presencia careciera de sentido, contexto, causalidad.

Más tarde aquel mismo día. En el camino de vuelta paro en la piscina pero me he dejado el bañador y demás. Entro de todos modos. La piscina está desierta excepto

por dos ancianos que nadan a crol a conciencia en el agua verdosa. Me siento en los fríos azulejos con la espalda apoyada en la pared. Fuera vislumbro grandes copos de nieve que caen ondeando hasta tocar el suelo húmedo. Cuando cierro los ojos camino sobre un hielo cubierto por una gruesa capa de nieve que es tan blanca que me ciega. El viento me muerde las mejillas. A mi paso, mis pies crean surcos tan profundos que por mucho que lo intente no consigo taparlos.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Buen trabajo, soldado —dijo Reiper—. ¡Has completado tu misión de forma brillante!

Con un brazo por encima de los hombros de George, Reiper lo llevó al salón inglés del que George había salido apenas doce horas antes.

Soldado. Ese tono de infravaloración. George no era un soldado. Era un general, o por lo menos un asistente, un consejero de generales. Los efectos del consumo de cocaína de la mañana ya habían perecido. De no haber sido por eso, le habría dicho a Reiper lo que pensaba de él y le habría pedido que él y su puto Digital Solutions se fueran al infierno, un sitio que seguro les era familiar. Pero en ese momento solo estaba de bajón. Agotado por la falta de sueño de la noche y el chute de adrenalina de la mañana. Muerto de miedo por Reiper y su pandilla y los contactos y recursos a los que sin duda tenían acceso. Así que no dijo nada, se limitó a asentir en silencio.

—Siéntate, por favor, George —añadió Reiper—. Has tenido una mañana productiva. ¿Café?

George quería estirarse. Frotarse los ojos. Quitarse los zapatos y la americana y acurrucarse en el sofá para dormir. Eso era lo que realmente quería hacer. O mejor aún: ponerse de pie, estrecharle la mano a Reiper y darle las gracias. Meterse en el Audi con Avicii a volumen agradable y volver a su piso iluminado, limpio, ordenado y elegante. Pegarse una ducha para despojarse de los últimos restos y recuerdos de Digital Solutions y luego meterse bajo las sábanas lisas de su cama de Hästen.

—¿Café? Claro —dijo en vez de todo eso.

—Bien —continuó Reiper—. Análisis de la situación. Parece que la tecnología funciona, por lo que podemos ver desde aquí. Excelente. Pero explícame cómo lo has hecho.

—Al principio, nada fuera de lo previsto. Hice lo que Josh me había dicho. Pero Klara llegó antes de lo que esperaba, así que al final fue todo muy ajustado.

Sintió un escalofrío al recordar cómo se había escabullido al despacho de Boman.

—Vale —dijo Reiper.

Frunció la frente. La cicatriz brilló en su mejilla. Los ojos de reptil miraban a George como si fueran ciegos.

—¿Te ha visto?

—No —contestó George—. Me colé en el despacho de Boman. No hay ninguna posibilidad de que me haya visto. Estaba hablando por teléfono y yo salí sin que se diera cuenta. Estoy seguro.

Le parecía importante, decisivo, explicarle a Reiper que no había sido descubierto, que había completado la misión sin ningún fallo. No quería ni pensar en el castigo que podía conllevar el fracaso. Reiper no dijo nada, parecía sopesar lo que George le había dicho. Este sorbió el café instantáneo. Estaba asqueroso. Al mismo tiempo que dejaba la taza en la mesita de centro se abrió la puerta del salón. Una chica guapa de la edad de George, pelo rubio recogido en una coleta, asomó la cabeza. Reiper se volvió hacia ella.

—Kirsten —dijo—. ¿Alguna novedad?

—Creo que tenemos contacto —respondió la chica.

—¿*Mail*? —preguntó Reiper.

—Teléfono. Creemos que es Shammosh, pero solo oímos a Klara. Está hablando con él en este momento.

Reiper se volvió hacia George.

—Date prisa, te necesitamos otra vez.

Reiper comenzó a caminar en dirección a la puerta mientras agitaba impaciente la mano para que George lo siguiera. Salieron al pasillo y continuaron hasta una salita más pequeña junto a lo que debía de ser la cocina. A lo mejor era una antigua vivienda de servicio, porque no era más grande que un vestidor generoso. Al fondo de la habitación, bajo una ventanita que daba al jardín, había una mesa con dos ordenadores de mesa y un portátil. Josh estaba sentado en una silla con unos auriculares puestos. Le hizo un gesto a George invitándolo a sentarse y le pasó otros auriculares. En una de las pantallas se estaba visualizando un archivo de sonido.

—Sáltate los detalles —dijo Josh—. Concéntrate en dónde está Shammosh y dónde se van a ver. Del resto nos ocupamos después.

George asintió con la cabeza.

Treinta segundos más tarde oyó el chasquido de cuando Klara colgó el teléfono. Se quitó uno de los auriculares y se volvió hacia Reiper.

—A ver, solo la oigo a ella, no al otro. Pero es ese tal Shammosh, eso está claro. Y ella queda con él —dijo.

Un par de minutos más tarde George se quitó los auriculares y se rascó el pelo. Era la tercera vez que escuchaba la conversación entre Klara y Mahmoud.

—No, aquí no hay nada. Ella pregunta dónde se van a encontrar y él contesta. Ella no repite el sitio. Solo la oigo a ella. A él no.

Josh asintió en silencio. Estaban solos en la habitación. Reiper y la chica habían desaparecido por la puerta en cuanto George les había hecho la primera traducción de la conversación.

—Puedes acostarte un rato si quieres —dijo Josh—. Reiper ya te hará saber cuándo te necesita otra vez.

—¿Te refieres a que me puedo ir a casa? —preguntó George.

Notó que le volvía la esperanza. Si tan solo pudiera volver a su piso. Ducharse. Dormir. Quizá cuando se despertara, toda esta locura habría desaparecido.

—No te pases, no te irás a ninguna parte. Puedes echarte en el sofá del salón.

Josh volvió a clavar la mirada en las pantallas y negó ligeramente con la cabeza.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

No sabía cuánto tiempo llevaba delante del Palacio Real —¿diez minutos? ¿Veinte?— cuando por fin vio a Mahmoud al otro lado de los adoquines irregulares. Apenas distinguible al lado de uno de los postes de la verja de entrada del parque. No se movía. Klara notó que el corazón le daba un vuelco. Cuando él pareció entender que ella lo había visto, Mahmoud levantó la mano derecha y le hizo una señal para que se acercara. Después se dio la vuelta y desapareció tranquilamente en el parque.

Un rato antes, después de terminar la conversación con Mahmoud, Klara se había quedado sentada sin moverse. Boman ya había vuelto a casa para pasar el fin de semana. No había nada que la atara a la oficina. Nada que no se pudiera posponer. Se sentía anesthesiada, aún desconcertada y desequilibrada por el descubrimiento que había hecho en casa de Cyril. De repente consideró completamente natural quedar con Mahmoud.

Él le había pedido que saliera del Parlamento por una puerta trasera. La única alternativa que ella conocía era un camino que atravesaba el edificio del aparcamiento, así que había cogido ese. Después, metro hasta Gare du Nord para tomar un taxi hasta el castillo. Había hecho lo que él le había pedido. Sin preguntar, sin pensar. Necesitaba salir y alejarse, fuera cual fuera el motivo. Y su voz le había parecido tan desnuda, tan sola y tan tensa. Klara miró a su alrededor una última vez antes de seguir a toda prisa los pasos de Mahmoud por el parque.

Se había sentido totalmente expuesta, entre el castillo gris desvencijado y la ancha avenida peatonal de adoquines que lo separaba del parque. Pero al menos había podido constatar que estaba sola. La paranoia de Mahmoud no estaba fundamentada. Quizá era por eso por lo que había querido quedar con ella ahí. Para poder constatarlo.

Volvió a verlo en cuanto entró en el parque. Estaba sentado en un banco en el caminito de arena, esperándola. Parecía cansado, mayor. Llevaba el pelo más corto de lo que ella recordaba. No tanto como cuando se habían conocido, cuando él acababa de licenciarse como paracaidista y lo llevaba rapado a tres milímetros, como indicaba el reglamento. Aun así, seguía siendo mucho más corto de lo que recordaba de la época en Upsala.

Haciendo acopio de fuerzas, Klara se cruzó con su mirada cuando él se puso de pie. Había dedicado tanto tiempo a dejar atrás sus ojos, a olvidarlos. Y ahora volvían a estar ahí, justo delante de ella. A pesar de los grandes y oscuros cercos que tenían

debajo, eran los mismos ojos que ella recordaba. Profundos y tan indomables que podían confundirse con arrogantes. Una inteligencia irónica y una calidez a la que ella, después de todos esos años, seguía sin poderse resistir.

Iba sin afeitarse. Su abrigo oscuro tenía manchas secas de algo marrón rojizo en la solapa del cuello y en todo el lateral. Se le veía jodido, pero seguía igual de hermoso que como ella lo recordaba.

—Moody —dijo, y se detuvo delante de él—. Dios mío. ¿Qué ha pasado?

Él levantó una mano, la hizo callar.

—Lo siento —empezó él, susurrando—, pero tienes que darme tu bolso, ¿te importa?

Klara lo miró confusa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por favor —dijo Mahmoud—. No te lo pediría si no tuviera motivos para hacerlo, te lo prometo.

Dubitativa, Klara le pasó su bolso Marc Jacobs azul marino.

—Lo siento —repitió él.

Luego se volvió hacia el ajado banco del parque y vertió todo el contenido sobre la madera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Klara, intranquila.

Él no pareció oírla.

—¿Has apagado el móvil como te dije? —respondió Mahmoud mientras, deprisa y metódico, inspeccionaba todos los bolsillos del bolso, el maquillaje, la cartera, los tampones. No dejó nada sin tocar.

—Sí, pero ¿me piensas explicar lo que estás haciendo?

Él levantó la cabeza para mirarla y empezó a meter de vuelta todas sus cosas en el bolso.

—Sé que te sonará a locura —dijo—, pero las últimas horas han sido bastante intensas. Levanta los brazos.

Klara lo miró insegura. Había algo suplicante, desesperado, en los ojos de Mahmoud. Un atisbo de algo que jamás había visto antes en ellos. Algo que la animó a no seguir protestando. Mahmoud se puso de pie y se le acercó. Apenas unos centímetros los separaban. Klara pudo percibir su aroma. O bien usaba la misma colonia que antes o bien era su olor natural. Almizcle y jazmín. Pero más suave de lo que ella recordaba, casi oculto bajo una capa de tierra, sudor y sangre. Sus manos en los bolsillos de su trenca. Rápido y efectivo. Luego por dentro del gabán, en los bolsillos de sus pantalones, rápidamente por su cintura. Al final siguieron las costuras de su ropa. De arriba abajo, por todo su cuerpo. Cuando hubo terminado, Mahmoud dio un paso atrás y apartó la mirada.

—Lo siento —se disculpó otra vez—. Créeme, no era así como había pensado

que sería cuando al final volviéramos a vernos.

Se sentó en el banco y se pasó las manos por la cara. Klara se sentó con cuidado a su lado. Titubeante le pasó un brazo por los hombros. Se le hizo tan extraño. Pero tan natural.

—Como ya me has cacheado, a lo mejor puedo darte un abrazo —dijo ella.

Él la miró, le correspondió la media sonrisa.

—Debes de pensar que me he vuelto loco —replicó Mahmoud.

Klara se encogió de hombros.

—En serio, Moody, no sé qué pensar. Vi tu *e-mail* de que ibas a venir a Bruselas. —Se aclaró la garganta. Echó un vistazo al parque—. Y no sabía qué contestar. Fue difícil para mí. Lo que tuvimos. Que se acabara. Tardé tanto tiempo en aceptar que nunca recibiría ninguna explicación. Que tú, simplemente, habías dejado de quererme. Es muy difícil entender algo así, ¿sabes? Sinceramente, la verdad es que no sabía si quería volverte a ver.

Lo miró de nuevo. Él estaba con los ojos fijos en el suelo. Una de sus piernas temblaba, botaba. De nervios o de estrés.

—Y ahora esto. ¿Qué ha pasado?

Mahmoud se levantó de repente.

—No podemos quedarnos aquí —dijo—. Ven, tenemos que movernos.

Se adentraron en el parque, bajo árboles pelados, por senderos de arena cubiertos de hojas secas y duras. El sol era pálido y frío, como si estuviera más lejos que de costumbre.

Klara no dijo nada mientras Mahmoud se aclaraba la garganta y tomaba carrerilla. Y al final se lo contó. Su investigación, los viajes a Afganistán e Irak. El mensaje de alguien que parecía un antiguo compañero paracaidista. La conferencia y la conversación telefónica. La reunión en el Museo Real de África y la muerte de Lindman. Por último, el inverosímil ataque de la madrugada en el hotel y el emisor que había encontrado en su mochila. Se lo contó todo, sin guardarse nada. Era un caudal poderoso que fluía de su boca, tranquilo en la superficie pero con una fuerza tremenda por debajo.

—Cielos —dijo Klara cuando llegaron al final del parque—. ¿En qué lío te has metido?

—No lo sé —contestó Mahmoud—. Lindman parece, o parecía, tener algún tipo de información por la que alguien está dispuesto a matarlo tanto a él como a mí con tal de conseguirla.

—¿Los norteamericanos para los que trabajaba? —preguntó Klara.

—No lo sé.

Mahmoud hurgó en su cartera y sacó un papelito.

—Todo lo que sé es que Lindman dijo algo sobre una estación de tren en París y por lo que parece tiene equipaje allí, en una consigna. Es todo lo que tengo en este momento.

Mahmoud paró un taxi, que se detuvo junto a la acera. Abrió la puerta de atrás y miró interrogante a Klara.

—O sea, no es que quiera que me acompañes a París, pero ¿tienes un poco más de tiempo? —Respiró hondo. Parecía que se estaba ruborizando—. Te debo una explicación en toda regla. Y curiosamente, o como quieras decirlo, tiene bastante que ver con Lindman.

Junio de 2002

Karlsborg, Suecia

Euforia y endorfinas. Es tan impensable y al mismo tiempo tan tangible que todos pueden percibir el olor de la libertad mezclado con betún y grasa de armas, fieltro y detergente. Tan repentino y tan real que ellos mismos pueden notar el sabor de la libertad atravesando el vodka. Lo mezclan con Fanta y beben en sus *kuksa* de color verde, unos cuencos tallados en abedul, los mismos que los acompañan desde el primer día. A su lado durante dos semanas de marcha, interminables ejercicios de supervivencia a veinticinco bajo cero en algún lugar de la provincia de Norrland, haciendo cumbre en el pico Kebnekaise y abajo otra vez, en el avión durante el primer salto y el último. Ríen, ríen, ríen. Se llaman por los moteos y apodos. Cuentan batallitas de las clasificaciones, los saltos, los dedos congelados, las marchas. Historias que han memorizado y pulido, moldeado hasta la perfección sobre el cuidado de las armas y los turnos de vigilancia, noches en vela y mañanas tempranas.

Es como la primera vez. Parece que se acaben de conocer, como un enamoramiento. Parece que ninguno haya estado nunca sin los demás. Todo tiene una luz nueva esta noche. Un primer reflejo resplandeciente de nostalgia o sentimentalismo. Juegan a luchas, no puede dejar de sentir el calor y la fuerza en los cuerpos de los otros. Quince meses de una proximidad puramente física que aún no saben que no volverán a experimentar jamás. Ni con novias, esposas ni hijos. No de esta manera, no de la misma forma. Se frota las coronillas de tres milímetros los unos a los otros. Están tan aliviados de que haya terminado. Les cuesta creer que se haya acabado.

Mahmoud se reclina en la litera. Por un instante deja fuera la testosterona y la energía. Cierra los ojos y siente el vodka y la boina púrpura apretándole las sienes. Siente que le gustaría llorar. Que le gustaría que su madre lo estuviera viendo. Que no importa, que ella tampoco lo entendería. Que nadie puede entender por lo que ha pasado. Lo que ha alcanzado.

La tremenda disciplina que ha hecho falta. La concentración. Tener la boina y las alas. Haber salido del cemento para llegar aquí. Que él, más que nadie, ha mostrado el valor, la voluntad y la perseverancia. Que él se ha puesto por encima de la desconfianza y los moteos. Los oficiales que lo llamaban Bin Laden los dos primeros meses. Las pintadas en rotulador negro y grueso. *Al-Qaeda. Moro. Allahu akbar.*

Cada mañana las primeras semanas. A veces una cruz gamada. Cómo se había obligado a sí mismo a levantarse media hora antes que el resto para borrar la vergüenza de la taquilla. Cómo ignoraba las voces a su espalda y el repentino silencio cada vez que entraba en una habitación. Cómo aguantó sin doblegarse. Cómo se fue haciendo más y más fuerte. Más duro. Hasta que ya no lo pudieron excluir. Hasta que casi sin darse cuenta se convirtió en uno de ellos. Cómo pasó de Bin Laden a Shammosh. Cómo acabó percibiendo su confianza, su respeto. Cómo pasó a notar que ellos ya no hacían ninguna diferencia.

Justo ahora, en el duro catre, con las jóvenes voces, que conoce mejor que ninguna otra cosa, a su alrededor, con el alcohol que lo levanta y lo aleja, se siente como portador de un oro olímpico. Aquí y ahora es un logro que supera todo entendimiento.

—¡Shammosh! ¡*Cagüendioooooos!* ¡Vamos!

Nota los brazos de alguien alargándose por debajo de la litera de arriba para agarrarlo y sacarlo a rastras de la habitación. Derrama el combinado en sus Levi's. Ni siquiera se da cuenta. Todos bailan y se dedican movimientos pélvicos. Leves, por el momento controladas, explosiones de reprimida energía varonil. Ventiladores que amenazan con salir eyectados por la presión si ellos no se marchan de allí dentro. Lejos del barracón y el regimiento. A cualquier sitio. Les gustaría tanto ponerse las tias boinas. Les gustaría tanto que todo el mundo viera quiénes son, lo que han conseguido. Pero la disciplina es más fuerte y las dejan en las taquillas, antes de salir a la noche de la pequeña ciudad tambaleándose, bailando, montándose unos encima de otros. Sus voces son fanfarrias triunfales en el silencio.

El bar está lleno de estudiantes de instituto y cajeras de supermercado. Una gran masa de admiradores que está haciendo el servicio militar, cuyo rango es considerablemente inferior al de ellos. Se percatan de que no necesitan las boinas. Se ve quiénes son. Sus ojos. Su presencia. La autoestima puramente física y la crudeza de su jerga tienen un aura mística. Encuentran una mesa en la terraza, junto al agua, y algún conferenciante rezagado los invita a una ronda de chupitos de regaliz. Es una de esas noches. Una noche de verano en la que el amanecer titilará y tiritará eternamente a su alrededor, los hará brillar como plata y agua, los hará crecer y despegarse del suelo.

Más tarde Mahmoud está en el bar. Es como si no tuviera fondo. Ni una gota de alcohol en quince meses, ni tampoco grandes cantidades antes de eso, pero ahora puede beber cuanto se proponga. Tropieza y pone una mano en la barra. Intenta controlar su lengua. Sacude la cabeza. Él es Mahmoud Shammosh, de Alby. Él es Mahmoud Shammosh, el paracaidista, en breve también estudiante de Derecho en Upsala. Él es Mahmoud Shammosh, el invencible.

—Tú eres uno de esos paracaidistas, ¿no?

Una voz se destaca entre el bullicio, el zumbido y la música. Muy cerca, pegadita a la oreja de Mahmoud. Este gira la cabeza, contesta antes de ver quién ha hecho la pregunta.

—Soy invencible.

Es un hombre. Quizá diez años mayor que él, delgado, lleva un traje oscuro. Una corbata fina que no ha sido aflojada, a pesar de que están en un bar, a pesar de que es tarde. Una camisa blanca, lisa, bien planchada. Su cara también es delgada. Alargada y curiosa. Un hoyuelo en una mejilla cuando se ríe de la respuesta de Mahmoud. Pelo rubio, corto. Ojos azules que atienden con mucho más que mera curiosidad.

—Vaya —dice él—. Invencible. Hay que ver.

Su mirada. Está complacida y parece abrirse paso directamente al núcleo de Mahmoud. Es desvergonzada, esa mirada. Le dice a Mahmoud: eres tú quien elige. Pero si te quedas, ya habrás elegido.

—Sip —repite Mahmoud—. Invencible. Soy paracaidista. ¿Sabes lo duros que somos?

Se esfuerza para que la lengua no tropiece con las consonantes. Piensa que debería irse de ahí, que esto no puede acabar bien.

—Vaya —dice el hombre y se lleva una mano a la boca, parpadea—. ¿Cómo de duros, soldado?

—Muy duros.

Hay algo que está intentando abrirse paso hasta la superficie. Salir del letargo y de la abnegación. Del escondite. Y él lo permite. Deja que el alcohol lo libere. Deja que la libertad fluya por todo su ser. La invencibilidad. Salta y baila como oxígeno en su lóbulo frontal. La erección forcejea con los vaqueros.

—¿Vives aquí en el hotel o qué?

Ahora es tan fácil. Como si nunca hubiese hecho otra cosa. Se lo merece. Él más que nadie. De todos modos, ya ha terminado todo. Todos los roles fingidos y las demostraciones. Tiene la boina. Es quien es.

—Vas directo al grano, soldado —dice el hombre y esboza una sonrisita—. Me gusta.

No pierden tiempo. Se escabullen del bar, salen a la recepción, suben tambaleándose por dos escaleras enlaminadas. El sabor a cerveza en la boca, el nuevo y fresco olor a madera y pintura que apenas oculta el moho. Mahmoud no entiende las escaleras. Se balancean y parecen subir en ángulos imposibles en alguna forma de geometría extraterrestre. Entran y salen por puertas y pisos. Es un laberinto imposible, un castillo encantado. Al final cruzan una puerta entre tropiezos. La puerta se cierra con un sonido de vacío, una sensación de cierre hermético.

No hay tiempo para recuperar el equilibrio ni para orientarse. La ola tiembla y

acaricia y amenaza con llevárselo por delante. Lo empuja hasta derribarlo en la cama. Dedos fervorosos que pelean con cinturones y botones. Bocas, labios y dientes que besan y chupan y muerden. Manos que acarician muslos y pechos y genitales palpitantes, pulsantes. Pielles desnudas rozándose, apretándose, bombeándose. Y Mahmoud deja que pase. Por fin se permite perder el control y se deja llevar lo más lejos que puede. Por fin deja que la ola vaya y vuelva. Se deja envolver por ella.

Después está sobrio. La clara noche de verano ya no es ni mágica ni sobrenatural, extraterrestre, sino fría y blanca y solo demasiado visible. El hombre que tiene al lado se mueve en las sábanas baratas, rueda hasta ponerse de lado y se lo queda mirando. Unos cuantos pelos grises brillan en su ralo pecho. El hoyuelo. Esos ojos que no lo dejan en paz.

—Tengo que irme —dice Mahmoud—. Tengo que volver al barracón.

Se queda callado. Se acabó. Es demasiado tarde. Ya no tienen horarios.

—Tengo que irme y ya está.

Se levanta y se pone los calzoncillos y los tejanos a la vez. Se pasa la camiseta blanca por la cabeza. Se abotona mal la camisa. Pasa de atarse las Nike. Tropieza, se tambalea hasta la puerta.

—¿Te puedo llamar? —pregunta el hombre.

La voz llega desde la cama cuando Mahmoud ya ha bajado la manilla, ya ha abierto una rendija, tan fervorosa y patética que no sabe qué decir. Así que suelta de una tirada su número de teléfono sin pensar. Medio esperando que el hombre no se acuerde. Medio esperando que lo llame ahora, siempre, todo el tiempo.

La tarde o la noche o la mañana. Es un permiso sin tiempo. Un instante triunfal, ignominioso, liberador, esclavizador que carece de marcadores y referencias. Es un peso ingravido y sin fondo. Karlsborg solo le es lejanamente conocida. Un recuerdo sin profundidad. Como un *déjà vu*. Le sorprende encontrar el camino por las calles y callejones hasta el campamento. Le sorprende encontrar el pase en el bolsillo, que el vigilante se lo acepte, que ahora sea el mismo hombre que el chico de la foto, quien hace lo que puede por parecer invulnerable.

Entiende que se ha acabado todo en cuanto abre la puerta del barracón. Lo entiende cuando ve que los fluorescentes están encendidos, que los soldados recién licenciados no están durmiendo. Lo descubre en el silencio y las sonrisas y las miradas esquivas. La conocida sensación de marginación que crece y crece cada vez que toma aire, cada instante interminable que pasa sin decir nada, limitándose a quedarse allí quieto, como un ladrón pillado in fraganti, con la camisa desarreglada, en el umbral de la puerta. A medio camino entre lo que es y lo que también es. En medio de la comprensión de que nunca hay un camino de vuelta. De que la marginación tiene infinitas facetas.

Es Lindman quien rompe el silencio. El que se levanta de una litera de abajo. Es

Lindman quien se infla de la nada hasta llenar sus dos metros, sus ciento diez kilos, un globo cuadrado, pesado. Es Lindman quien se desliza por el suelo, quien se le acerca hasta quedarse pegado. Quien se le planta delante con aliento a regaliz, cerveza y adrenalina.

—Bueno —empieza—, sabíamos que follabas con camellos, Bin Laden. Pero no teníamos ni puta idea de que también te gustaban los culos humanos.

Carcajadas y risitas. Glans y Petrov sueltan un «déjalo, joder» sin demasiado entusiasmo. Pero no significa nada. Dos frases. Es todo lo que se necesita para borrar quince meses de asimilación.

Al principio Mahmoud no dice nada. Solo siente que un terrible cansancio se apodera de él. Debería haberse quedado fuera. ¿Qué locura lo ha traído de vuelta hasta aquí?

—¿De qué coño estás hablando, Lindman? —dice.

Clava la mirada en los ojos azules, hipersuecos, de su compañero. Un par de compañeros más se han puesto de pie. Detecta a Malm y a Svensson. Landskog y Torsson. Se desplazan como la niebla desde la pared hacia donde están ellos.

—¿Que de qué estoy hablando?

Lindman se vuelve con una sonrisa al coro griego, a los extras.

—Hablo de que eres un puto petaculos, Bin Laden. De eso estoy hablando.

—Ríndete, Shammosh. Te vimos con ese marica en el bar, ¿vale? Os vimos salir juntos.

Es Glans. Está mirando el fondo de la litera de arriba. Glans. Con quien ha compartido guardias y estrés. A quien ayudó con las ampollas y con su deplorable interpretación de mapas. Ya no queda nada.

Dos pitidos cortan el aire de la habitación. Dos pitidos amortiguados que salen del bolsillo de los tejanos de Mahmoud. Antes de que tenga tiempo de reaccionar, alguien le hace una llave y le inmoviliza los brazos desde atrás. Como si hubiesen tenido una orden secreta, un preacuerdo. Tiene a Lindman encima, sus dedos tantean en el bolsillo. Pesca, tira y encuentra. Levanta el Nokia con gesto triunfal. Un par de clics rápidos. Se aclara la garganta. Suena a victoria.

—Gracias por esta noche, soldado —lee en el móvil—. No era broma, realmente eres muy «duro». Saludos... —Hace una pausa para crear efecto—. ¡Saludos, Jonas!

Toda la habitación estalla en carcajadas y triunfo asqueado. Mahmoud siente que lo empujan al suelo, contra la alfombra jaspeada de plástico. Se percata de que no se resiste. Nota sus cuerpos aplastándolo. Sus alientos.

—Jodeer, Bin Laden —le espeta Lindman al oído—. Jodeer, qué asco. ¿Jonas te ha follado bien el culo? ¿Eh? ¿Lo ha hecho?

Tiran de él en distintas direcciones, claramente sin saber qué hacer, qué castigo aplicar. Al final están en las duchas y Mahmoud nota cómo su camisa, su camiseta,

son destrizadas. Le bajan los tejanos por las caderas, los muslos, hasta las rodillas. Nota agua corriente, patadas y golpes. Se descubre tirado en el suelo, desnudo, con los pantalones por las rodillas, bajo el chorro de agua helada del barracón. A su alrededor las voces rebotan. Las voces estridentes, gritonas, hacen eco en los azulejos. Esas voces que, engañándose a sí mismo, se decía haber convencido. Ahora todas ellas están diciendo lo mismo de mil formas distintas: para los que son como tú no hay piedad, no hay respeto, no hay nada.

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

Primera clase? —dijo Mahmoud—. ¿No quedaban otros billetes?

Dejó la mochila en el suelo entre sus pies y echó un vistazo por la ventana. El andén gris y funcional estaba lleno de viajeros. Klara se sentó en el asiento del pasillo y se quitó un mechón de pelo de la frente.

—No sé. He pensado que debía de haber menos gente en primera. Por lo que parece, estás como... en busca y captura.

—Tú también, dentro de poco —murmuró Mahmoud.

Se había opuesto a que Klara lo acompañara desde que ella lo había propuesto, incluso insistido, en el taxi después de que él por fin se lo hubiera contado todo. Todo lo que le debería haber contado tres años atrás, cinco años atrás. Todo lo que le debería haber explicado la primera vez que se vieron, y no ahora, en Bruselas, después de todo lo que había pasado. Se sentía como un idiota. Tan sumamente egoísta. Lo último que quería, por encima de todo, era ponerla a ella en peligro.

Al final ella se había rendido. Había levantado las manos y dicho: «Vale, vale, lo que tú digas».

Pero cuando volvió de las taquillas resultó que había comprado billetes para los dos. Nada parecía haber cambiado en lo que a ella se refería. Hacía lo que quería. Al mismo tiempo él no podía dejar de sentirse aliviado. Hasta el momento había estado tan solo, tan acorralado. Las últimas veinticuatro horas estaban siendo una auténtica pesadilla. El ir sentado en la cómoda butaca de primera clase del TGV que iba a París, junto a Klara, hacía que pudiera respirar otra vez. Le debía más de lo que jamás le podría pagar.

—¿Qué dices? —preguntó Klara.

—Digo que si sigues yendo conmigo dentro de poco a ti también te estarán buscando.

—Me da igual —dijo ella y dio un trago a un botellín de agua que se había comprado en la estación.

—O peor. No parece que se anden con remilgos.

Mahmoud descansó la mirada en el apartadero que se veía por la ventana del tren. Raíles oxidados y hierba entre la grava, grafitis en los edificios grises abandonados. Por encima de todo asomaba una gigantesca cabeza de Tintín en constante rotación.

Cuando Mahmoud apartó la vista de la ventana pudo percibir que Klara lo estaba

mirando. Hizo acopio de fuerzas y le buscó la mirada. En un tiempo pasado se había sentido indefenso ante aquellos ojos, su profundidad azul lo superaba. El tren arrancó y abandonó la estación. La luz gris se vio cortada por la ventana del vagón y la convirtió en un lienzo jaspeado.

—Te veo distinto —dijo Klara—. Totalmente cambiado.

Mahmoud se frotó la barba y se mesó el pelo sudado y enredado con una mano.

—No es eso —puntualizó ella—. No me refiero al pelo. O no solo al pelo. Todo tú estás distinto. Tu presencia. Tus ojos. Eres mayor.

—Ha sido un día largo —dijo él.

Ella asintió con la cabeza.

—Te vi en la CNN hace algunas semanas. Gabriella me envió un *mail* con el vídeo. Las cosas te van bien.

—Siento como si hubieran pasado mil años desde entonces —contestó Mahmoud.

—Saliste muy bien en la tele. La cámara te adora —comentó ella y le guiñó un ojo—. Eso es bueno, ahora que vas a atraer más atención en los medios de lo que habías esperado.

—Ja, ja —dijo Mahmoud.

Pero no pudo reprimir una sonrisa.

—Ah, ya sabía yo que podría hacerte sonreír un poco —señaló Klara.

Alargó la mano derecha y lo acarició con delicadeza en la mejilla y luego la deslizó por su brazo hasta cogerle la mano. Mahmoud notó que la presión cedía por un instante. Él también le apretó la mano. Un poco demasiado, pero Klara no protestó.

—Oye —empezó ella—. A lo mejor no es el mejor momento para esto. Quiero decir...

Pestañeó varias veces, de pronto se la veía tan pequeña.

—Por Dios, es que ahora mismo me parece tan banal. Pero igualmente. Bah, a la mierda, no importa.

Se quedó callada.

—Sí, Klara —dijo Mahmoud.

Llevó la mano que tenía libre hasta su cara, le apesó la barbilla con cariño y le giró la cabeza para mirarla a los ojos. Klara tenía la mejilla lisa, tierna.

—Claro que te quería. Más de lo que he querido nunca a nadie. Jamás. No se trata de eso. Y me excitabas sexualmente, si te lo estás preguntando.

—Más vale —dijo Klara.

—Pero era como si no fuera suficiente. No sé. No lo sé explicar de forma sencilla. He sabido que me gustan los chicos desde la adolescencia. O sea, que también me gustan. O como se tenga que decir. Pero bueno, en Alby... no era una cosa de la que fueras presumiendo por ahí. Y en Karlsborg. Bueno, ahora ya sabes cómo era.

Cuando nos conocimos pensé: «puede que se arregle todo, a lo mejor soy normal». O como se le deba llamar. Yo lo sentía así. Pero igualmente había algo que no me dejaba en paz.

Se quedó callado. Se miraron. El tren se acercaba a la velocidad punta. París debía de estar a una hora de camino. O apenas.

—Todo saldrá bien, Moody —dijo Klara al final—. Lo arreglaremos, ¿de acuerdo?

Él asintió con la cabeza y cerró los ojos para ocultar las lágrimas que brotaban de su corazón. Klara se apoyó sobre su hombro. Mahmoud pudo percibir su olor, su champú, su perfume.

Mayo de 2003

Afganistán

Cuando la cámara hace *zoom* al estandarte rojiblanco del puente de mando del portaaviones, abandono el comedor rebosante de júbilo y testosterona y salgo a la gravilla del patio del cuartel provisional para tomar el aire. Aquí fuera la tarde es templada, fresca, el calor ya no es más que un susurro en la suave brisa. El tono grave de los generadores se mezcla con la melodía del himno nacional, el estruendo de botellas de cerveza e incredulidad. Siento una náusea que se niega a ceder. A lo mejor es algo que he comido. A lo mejor estoy cansado. A lo mejor mi cuerpo reacciona físicamente a esto que soy ahora, la persona en la que me he convertido.

Ya no puedo mirar al presidente en televisión sin llenarme de preocupación y este último espectáculo me deja mal. Misión cumplida. Tanto aquí como en Irak, según el ministro de Defensa. Ha pasado un mes y medio desde que sostuve a mi joven y demasiado patriótico compañero en brazos mientras moría allí fuera, tendido en la tierra, rodeado de las inconsolables y terribles montañas. Su sangre en el polvo, en mis manos, mi camisa. Le gustaba la cerveza alemana y Estados Unidos. Harvard Law School y fútbol. Sus ojos no ardían de impaciencia, de desarraigo, sino de idealismo. ¿Cómo es eso que dicen? ¿La inocencia es la primera víctima de la guerra? ¿Cuánto tiempo llevaba aquí? ¿Un mes? Ya no cuento. Ni meses ni muertos.

Los oigo vitorear en el comedor. Celebran la ilusión de una victoria, un holograma parpadeante, tembloroso, una mentira tan mal preparada que resulta humillante esperar que alguien se la vaya a creer. Pero esta noche ya no pueden más. Tras meses de tensión, el simbolismo simplificado a niveles infantiles es justo lo que necesitan. ¿Cuánto tiempo les queda para morir aquí en la grava, para que sus *jeeps* desarmados estallen en unidades atómicas, para que sus cuerpos queden desperdigados en un radio de un kilómetro a la redonda? ¿Qué saben ellos del cementerio de los imperios?

Me pongo en cuclillas, apoyando la espalda en el acero corrugado, y le doy un buen trago a la Coronita. Vuelvo a beber. Han pasado quince años desde que estuve sentado con los estudiantes, los talibanes, en unas montañas que no quedan lejos de aquí. Quince años desde que los armé, desde que compartí con ellos las imágenes de satélite, los conocimientos sobre beligerancia asimétrica, las promesas de amistad. Quince años. Un susurro. Un paréntesis. Hace dieciocho años que le prometí destrucción total a un hombre en un ferry en un gélido Estocolmo. Si os preguntáis por qué estamos tan convencidos de que tienen armas de destrucción masiva es porque nosotros se las proporcionábamos. Nosotros cosechamos lo que hemos

sembrado. Tierra, sangre, mentira tras mentira. Sembramos caos y cosechamos statu quo.

Apenas alcanzo a verlo hasta que se pone a mi lado. La cicatriz blanca brilla por sí sola en el sol del atardecer. Está pálido. Poroso. El pelo gris lo lleva rapado alrededor de la incipiente calvicie. Igual que yo, lleva un uniforme de campo mal combinado sin graduación. Un espía en guerra. Le da un trago a la cerveza y eructa en un puño. Se le ve satisfecho. Esto es su ambiente, su guerra.

—Qué parida tan maravillosa —dice y se estira.

Una sonrisa asoma en sus labios. Yo no digo nada.

—¿Bush en ese maldito barco? Una parida realmente maravillosa.

Lanza la botella vacía en un amplio arco para hacer canasta en un contenedor de basura a diez metros de distancia. La botella aterriza con un tintineo pero sin romperse.

Asiento con la cabeza, señalo vagamente que estoy de acuerdo.

Nos quedamos unos minutos en silencio hasta que él da media vuelta y mira la puerta del comedor.

—¿Quieres otra cerveza o qué? —dice por encima del hombro.

Yo niego con la cabeza.

—No aguantará —digo.

Él se detiene y se vuelve. Arquea las cejas fingiendo sorpresa o exagerándola.

—¿Cómo? ¿El qué no aguantará?

En lugar de mirarlo entorno los ojos de cara al sol, que centellea en las lunas de los *jeeps* llenos de polvo.

—Sabes a qué me refiero. La política de interrogatorios. Los métodos en las salas. No aguantará.

Él se aleja de la puerta y vuelve conmigo. Esa sonrisita en una de las comisuras.

—Aunque diera resultado —continúo yo—. Los métodos son demasiado brutales. Dicen cualquier cosa, se responsabilizan de lo que sea. Para librarse. Los resultados no son fiables.

—Chorradas —dice él y me mira directo a los ojos—. Chorradas. No me vengas con esa mierda. Tú has visto los resultados. Los niveles de información enemiga se han cuadruplicado desde que empezamos con interrogatorios reforzados. Interceptamos más armas. Sabemos más sobre su liderazgo. Sobre sus planes.

Da un paso atrás y me inspecciona.

—Me cago en la leche, ¿no estarás perdiendo el control, verdad?

—¿Perder el control? Todo lo que digo es que los métodos son inhumanos. Y que no conducen a resultados seguros. Eso es todo. Destrozamos todas sus barreras y a cambio no obtenemos nada que sea de fiar. Todos los exámenes apuntan a ello.

—Exámenes —espeta él—. ¿Qué exámenes ni qué cojones? ¿Te has doctorado en técnicas de interrogatorio o qué? Esto es una guerra, joder, por si no te has enterado. Independientemente de lo que diga el presidente por la tele. Una guerra, ¿te enteras? O devoras o te devoran. Si no te entra en la mollera ya te puedes montar en el avión a casa y podrás hablar del último editorial del *New York Times* mientras haces cola en alguna fuente de Langley. Mañana mismo. Pero aquí fuera hablamos de lo que funciona. Y lo que hacemos, funciona. No es más difícil que eso.

—¡Que no funciona, coño!

Mi intención no es alzar la voz, pero sus ojos de reptil, su sed de sangre, aumentan mi furia. Los de su calaña tienen la sartén por el mango. Baterías de coche y electrodos. Todo ha cambiado desde Kurdistán.

Mi compañero no dice nada. Se limita a inspeccionarme detenidamente con la mirada. Así que continúo. Doy una patada en la arena, dejo que mis ojos se vacíen de empatía. Nos miramos. El murmullo de la tele y las voces que llegan del comedor. El olor a comida frita y primavera seca. Él es el primero en volver la cara.

—Ha llegado tu hora de volver a casa —dice—. Tus días en el campo han superado la fecha de caducidad desde que no eres capaz de tomar las decisiones difíciles. Será mejor que hagas las maletas.

Yo no digo nada, sino que me limito a seguir mirándolo con calma.

—Te enteras, ¿no?

Da un paso más. Lo tengo pegado a la cara. Su aliento a cerveza y polvo y tabaco.

—Siempre fuiste una nenaza —dice—. Lo sé desde Irak. Eres una nenaza de mierda. Encárgate bien de tener un sitio en el avión a casa desde Kabul. Aquí ya has terminado.

Escupe a la tierra, da media vuelta y se mete en el comedor sin mirar atrás. ¿Es así como termina?

20 de diciembre de 2013

Estocolmo, Suecia

Gabriella se bajó del taxi delante de Albert and Jack's Bakery and Deli en el puente de Skeppsbron, pared con pared con el bufete de abogados Lindblad y Wiman. Mientras subía los tres peldaños de la escalinata de la cafetería cambió de idea. Eran más de las tres y no había comido nada, pero se dio cuenta de que ya no tenía hambre. La persistente preocupación parecía anular el resto de funciones corporales.

«Mahmoud —pensó—. ¿Qué está pasando?».

Bronzelius le había pedido que lo llamara si Mahmoud se ponía en contacto con ella. Que a lo mejor podría hacer que las cosas fueran más fáciles. Le había dicho que la Säpo estaba convencida de que era un error, que se trataba de una confusión. Que todo lo que necesitaban era que Mahmoud se presentara y explicara todo lo que había pasado. Que seguramente podrían resolverlo de manera informal.

Gabriella suspiró. No sabía qué pensar. En cualquier caso, era un alivio que la Säpo lo considerara inocente.

La nieve húmeda de diciembre se le pegaba en el pelo grueso y rojo cuando dio los pocos pasos que la separaban del portal de Lindblad y Wiman. Nubes oscuras colgaban sobre el barrio de Djurgården y la entrada del puerto. Hasta la fecha, el mes de diciembre no había mostrado compasión alguna.

Se sentó con un suspiro delante de su ordenador y empezó a responder a los *e-mails* que no había tenido tiempo de repasar con detalle en su BlackBerry en el taxi de vuelta del juzgado. Pero no estaba concentrada y al final se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Sus altas ventanas daban a una fachada roja del siglo XVIII al otro lado del callejón Ferken.

Sacó el teléfono e intentó llamar a Mahmoud, tal como ya había probado una decena de veces. Al no dar con él probó suerte con el número de Klara otra vez, pero tampoco daba señal.

Joder. ¿Qué estaba pasando?

—¿Por qué estoy hablando por teléfono con un cárdigan de la Säpo durante mi supuesta hora del almuerzo?

Gabriella dio un respingo y levantó la cabeza del ordenador. Hans Wiman estaba en la puerta. Sus ojos inteligentes, fríos, vistos infinidad de veces en conferencias de prensa y debates matinales televisados, estaban clavados en Gabriella. «Cárdigan» era el famoso apodo con el que se refería a todo aquel que perteneciera a un oficio en el que el traje no fuera la ropa laboral exigida.

Wiman siempre iba trajeado. Zegna o Armani. Incluso los sábados, había podido comprobar Gabriella durante los múltiples fines de semana que la habían obligado a ir a la oficina para terminar un caso viejo o comenzar uno nuevo.

El primer síntoma de que una carrera en Lindblad y Wiman se acercaba a su fin era si se había oído a Hans Wiman describir a alguien como un cárdigan. A partir de ese momento, normalmente solo era cuestión de semanas o unos pocos meses hasta que la persona aludida fuera informada de que ya no tenía «potencial de copropiedad». Nada de despidos, aquí las cosas no se hacían con tan poco tacto, pero era una señal evidente de que había llegado la hora de comenzar a pensar en un plan B.

—¿Säpo? —dijo Gabriella.

Esto la había pillado desprevenida. Hizo un cálculo mental rápido. Si la Säpo había hablado con Wiman, él ya estaría al corriente de que ella conocía al «terrorista» o «soldado de élite» —según el periódico elegido— en busca y captura, Mahmoud Shammosh. Mejor poner las cartas sobre la mesa.

—¿Por Mahmoud Shammosh? —preguntó.

—Por ti, Gabriella —respondió Wiman.

No la soltaba con la mirada. La corbata roja brillaba en la penumbra.

—¿Por mí?

Tragó saliva. Si había algo que podía comprometer una carrera debía de ser estar en el centro de mira de una investigación de la policía secreta. Wiman asintió con la cabeza. Parecía disfrutar de verla en apuros. ¿Era una prueba?

—Un tal Bronzelius, quiero recordar. Dijo que te había buscado en el juzgado.

Gabriella carraspeó. ¿Por qué se sentía culpable? No había hecho nada malo.

—Correcto. Me estaba esperando en el juzgado esta mañana y me ha interrogado sobre un amigo mío. Mahmoud Shammosh. Por lo visto, lo buscan por un asesinato en Bélgica.

—Doctorando Muerte —dijo Wiman.

Dibujó una sonrisa fina, apenas perceptible. La prensa de la tarde parecía haber actualizado su descripción de Mahmoud a medida que habían conseguido más información sobre él.

—A veces la lían un poco, los periódicos.

Gabriella no decía nada, solo asentía en silencio.

—Te rodeas de unos amigos muy interesantes, Gabriella —dijo Wiman—. O sea que un terrorista.

Estaba saboreando cada palabra.

—¿Qué más hay en tu pasado? ¿Ladrones de bancos, quizá? ¿Rateros normales, violadores?

Gabriella se sonrojó. No porque se avergonzara de ser amiga de Mahmoud, sino

por la falta de tacto en el tono de mofa que Wiman estaba empleando. Hizo un esfuerzo por no interrumpirlo.

—Quiero decir, cuanto más interesante es tu pasado, mejor debería ser para los negocios, ¿no es así? Un terrorista sospechoso es una mina de oro potencial para una joven abogada. Sobre todo un caso como este. La abogada y el terrorista, amigos de la universidad. Tomaron caminos diferentes para acabar reencontrándose en un largo proceso judicial con trasfondo internacional. Los medios por las nubes. Independientemente de cómo termine el proceso, tú te habrás hecho un nombre. Y en este oficio, un nombre es lo más importante de todo.

—Vale —dijo Gabriella—. No estoy segura de estar entendiendo. ¿Adónde quieres llegar con esto?

Estaba desconcertada. No cabía duda de que Wiman era un magnífico abogado defensor y hombre de negocios. Y como muchos abogados y empresarios brillantes, él también tenía una fachada pulida que infundía la sensación de imprevisibilidad. Y la frialdad emocional que muestran los adolescentes entre colegas.

—Lo que quiero decir es que nos interesa, te interesa, ponerte en contacto con tu amigo el terrorista. Cuando lo hayas conseguido tienes que encargarte de que te contrate a ti como abogada inmediatamente, para que la Sâpo no pueda hacerte preguntas pesadas. El secreto profesional de la abogacía no es válido antes de que él sea tu cliente, como puede que recuerdes de la carrera.

Gabriella se sentía seriamente irritada. No necesitaba que nadie le recordara las reglas más básicas del oficio. Pero al mismo tiempo sentía alivio. Quizá el asunto de la Sâpo no solo no iba a representar una traba a nivel personal, sino que tal vez incluso podría tener la oportunidad de ayudar a Mahmoud gracias al buen corazón de su jefe.

—Una vez hayas establecido contacto —continuó Wiman—, y no dudo de que eso tendrá lugar en un futuro inminente, encárgate de que Shammosh venga a Suecia. Es un requisito, a menos que seas miembro del colegio de abogados de Bélgica, claro. Una vez lo tengamos aquí tendremos que encargarnos de que se esconda por un tiempo, para maximizar la difusión. Al final habrá que entregarlo a Bélgica, naturalmente. Y entonces tendremos que ayudar a encontrarle un buen bufete en Bruselas...

—Maximizar la difusión —lo interrumpió al final Gabriella. Ya no podía aguantarse—. ¿Te refieres a que esto no es más que una oportunidad para la empresa de hacer relaciones públicas y ya está? Estamos hablando de un amigo mío. Y al margen de eso, es inocente. Por Dios, se supone que eso es nuestro centro de atención, ¿no?

Wiman negó con la cabeza y esbozó su sonrisita de nuevo, fina como el filo de un cuchillo.

—Gabriella, aprecio tu... ¿cómo llamarlo? ¿Idealismo? ¿Lealtad?

Pronunció los términos como si fueran preguntas, como si sus implicaciones fueran genuinamente desconocidas para él.

—Hay distintos tipos de casos, Gabriella. Hay casos que tenemos que ganar para que se nos vea, para hacernos un nombre. Y luego hay casos en los que nos basta con participar. En los que al final puede incluso que sea mejor si no ganamos. Casos en los que es preferible el empate, podríamos decir. Tú lo llamas oportunidades de relaciones públicas. Sí, puede ser. El oficio de abogado tiene que ver con los *negocios*. Si tú quieres entretenerte con la *justicia*, creo que te sentirás más en casa con los cárdigans del tribunal.

Gabriella respiró hondo. Estaba a puntito de que la metieran en el paquete de los cárdigans. Eso no podía ser bueno.

—Además, esto no es solo una oportunidad para la empresa, es una oportunidad para ti. Esto puede acabar convirtiéndose en un caso crucial para tu carrera. Es en momentos como este en los que se encienden las estrellas. Y súmale que tienes la oportunidad de ayudar a tu amigo. Es ganar o ganar, Gabriella. Nadie pierde.

A decir verdad, ¿qué razones tenía para protestar? Lo que Wiman estaba diciendo implicaba que ella tendría una posibilidad oficialmente autorizada para ayudar a Mahmoud. En el fondo, si se debía al deseo de Wiman de que la empresa apareciera en los medios o a otra cosa, a ella le importaba un bledo. Ganar o ganar. Gabriella tragó la ácida saliva que los gélidos monólogos de Wiman le habían generado.

—Suenan bien —dijo—. Siempre y cuando dé señales de vida.

—Verás como lo hará. Mantenme informado de esto. Quiero seguirlo de cerca. Si necesita un escondite, seguro que podemos arreglar algo. Y cuando se desate la tormenta pasaremos tus tareas rutinarias a tus compañeros. No les importará facturar un poco más.

Gabriella asintió con la cabeza y pensó que dentro de poco sus compañeros tendrían nuevos motivos para despreciarla más de lo que ya debían de hacerlo.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

El tren de alta velocidad que llegaba de Bruselas frenó sin apenas hacer ruido bajo el techo art nouveau de la Gare du Nord en París, la estación de trenes más recargada de toda Europa. Klara se volvió hacia Mahmoud, quien todavía estaba profundamente dormido. Liberó la mano de la suya. La intimidad que se había creado una hora atrás seguía allí como una sombra, desacostumbrada y ajena.

Mahmoud se despertó con un sobresalto y miró a su alrededor.

—¿Ya estamos? —preguntó, mientras miraba por la ventana al bullicioso andén.

Se le veía más animado. Una hora de sueño le había hecho bien.

—Sí —le dijo Klara—. Vamos a ver si hemos acertado.

—Hay policías aquí fuera —advirtió Mahmoud—. Dijiste que no suelen mirar los pasaportes en la estación.

—Creo que no —contestó Klara—. Solo si sospechan de algo. ¿No están prohibidos los controles rutinarios desde el acuerdo de Schengen?

—Tú eres la superexperta de la UE —dijo Mahmoud y se encogió de hombros—. Pero espero que tengas razón. Si no, a lo mejor se nos complica un poco la cosa.

—¿Porque te buscan por asesinato? —susurró Klara.

Parpadeó abriendo mucho los ojos, haciéndose la inocente.

—¿Podrías dejar de decir que me buscan por asesinato? —espetó Mahmoud—. Te lo digo en serio, no es ninguna broma.

Klara no pudo reprimir una risita nerviosa. Toda la situación era demasiado absurda como para no hacer bromas. Se pusieron de pie y empezaron a seguir la corriente de pasajeros que salían por el pasillo.

Klara notó que la adrenalina le entraba en las venas. Por el momento se las habían apañado. No era habitual toparse con un control de pasaportes en París, ella habría estado aquí por lo menos diez veces y nunca se lo habían mirado. El mercado interior cubría un radio considerable. Muchos iban y volvían en tren de París a Bruselas cada día. Pero ella nunca había viajado acompañada por un sospechoso de asesinato. Vio en la cara de Mahmoud que estaba estresado, los músculos tensos, las mandíbulas moviéndose un poco, como si estuviera mascando un chicle diminuto.

Se bajaron del tren y siguieron al resto de personas en dirección a los tornos del final del andén. Klara hizo un esfuerzo para no mirar a los dos policías que estaban observando a los recién llegados. Aunque tampoco estaban prestando demasiada atención, sino más bien oteando sin intención alguna el mar de gente.

Casi habían llegado a los tornos cuando Klara oyó a alguien gritar a sus espaldas.

Pasos apresurados que se acercaban por el andén.

—*Monsieur! Monsieur! Arrêtez! ¡Deténgase!* —oyó a un hombre gritar un poco más atrás.

Creyó que se le iba a parar el corazón, como si de pronto se hubiera soltado de sus bisagras y hubiese caído al suelo del andén delante de sus pies. Presa del pánico miró de reojo a Mahmoud. Él le devolvió la mirada. Contenido. Duro. Sus ojos reflejaban una decisión que la asustaba. Mahmoud giró lentamente la cabeza.

Pero la persona no le estaba llamando a él. Klara vio a uno de los conductores alcanzando a otro pasajero y entregándole un bolso que, por lo visto, se había dejado en el asiento. Si sus vías respiratorias no hubiesen estado comprimidas como una pajita habría soltado un suspiro de alivio.

Mahmoud no parecía relajado. De pronto la agarró del brazo y la dirigió con brusquedad por el tornó y estación adentro.

—Haz exactamente lo que te digo —ordenó—. No mires atrás en ningún momento. Nos están siguiendo.

Mayo de 2003 - Diciembre de 2010

Virginia del Norte, Estados Unidos

De verdad es así como termina? ¿No con un estruendo sino con un pitido? ¿Diez horas de vuelo, unas semanas de vacaciones forzadas, una palmadita en el hombro y un escritorio vacío, gris, a la despiadada luz de los fluorescentes en un paisaje de oficina desolado?

—Luego te buscamos un despacho —dice Susan sin mirarme.

Pero los días pasan y el despacho se vuelve tan ajeno como mis labores. Miradas compasivas, murmullos junto a las máquinas de café. No me conocen —aquí todos son más jóvenes que yo—, pero los rumores se me han adelantado.

Soy el viejo agente de campo al que han mandado a casa, el que ya no podía con las decisiones que se toman en una guerra, el que ya no tenía suficiente estómago para estar en Afganistán. No me sorprende. Todos somos espías. ¿Qué tenemos, aparte de rumores, medias verdades, fragmentos sacados fuera de su contexto?

No conozco a nadie excepto a mis compañeros que han ido subiendo de rango. Los que han aceptado la conveniencia y que han sabido dominar las alianzas cambiantes. Los que siempre estaban más a gusto en sus casas adosadas que en las sombras. Aquellos cuyos objetivos siempre fueron las reuniones de desayuno con los consejeros del presidente y las cenas con embajadores. No me interesaban entonces y no me interesan tampoco ahora. Pero aun así cumplen con su deber y pasan por mi mesa para dejar que sus ojos se paseen por mi pulcro escritorio mientras intentan no cruzar su mirada con la mía, sus dedos tamborileando en el plástico rojo de mi bandeja de entrada.

—Aquí tu experiencia será de valor incalculable —dicen, y hacen un cálculo aproximado de los años que me quedan hasta que por fin puedan jubilarme.

Alguien me recomienda un contacto en una empresa privada en Irak. Ahora todo son empresas privadas. Contratistas. Trabajo de campo y grandes sumas de dinero.

—Allí tu experiencia sería de valor incalculable.

Pero no soy capaz de mandar una solicitud. Las únicas fuerzas que me quedan son para levantarme y poner los pies en el suelo tras otras doce horas de sueño inducido por el *whisky* y las pastillas. Y casi ni para eso. Ni siquiera veo la piscina cuando voy de camino al trabajo. ¿Me habré olvidado de cómo se nada? Dios sabe que me he

obligado a mí mismo a olvidarme de todo lo demás.

Y ya no sueño cada noche, como me pasaba una vez. Ni siquiera las pesadillas repetidas, con las que me despertaba febril, con las sábanas pateadas hasta que caían de la cama, tocándome el pecho desesperado en busca de orificios de bala, huesos rotos, tristeza. Las echo de menos. Ahora cuando sueño lo hago con las montañas. Una panorámica infinita de tierra y hierba en *technicolor* roto, cielos azul Klein, cimas cubiertas de nieve y caminos que no llevaban a ningún sitio excepto más lejos. Me despierto y no deseo nada más que ser transportado por ellos.

Así pasan los días, las noches. Los instantes interminables que se convierten en semanas, y luego años. Un bullicio monótono de la autopista me sigue como un tinnitus. Cuando Abu Ghraib ha llenado los medios de comunicación durante un mes me dan un despacho. Ni una palabra, nada. Pero es una rehabilitación. Un susurro apenas perceptible. Un gesto de reconciliación o un soborno. Así es como lo quiero interpretar. Como que no tienen muy claro dónde me ubico. Pero saben perfectamente dónde es, naturalmente. Siempre lo han sabido. ¿Quién, sino el más inquebrantablemente leal, seguiría allí?

Cambiamos de presidente y como consecuencia natural la organización se ve sacudida hasta que todo acaba cayendo exactamente en el mismo lugar en el que estaba desde el principio. Pero no es verdad. Algunas cosas cambian. Al final la locura termina por ascender como una nube de vapor y nos deja como fuimos una vez: racionales, realistas. Bebemos del sentido común en lugar del evangelismo. Y nos recostamos y leemos en el *Washington Post* acerca de lo que hemos creado. La maquinaria de guerra alternativa, privada, rentable. Los interminables subcontratistas. La envergadura resulta chocante incluso para los que estamos dentro, los que deberíamos saber.

Poco a poco me obligo a volver a la piscina, poco a poco aprendo a nadar otra vez. Un largo tras otro, hasta que dejo de contar, hasta que mis brazos están tan cansados que apenas tengo fuerzas para levantar el mando de mi televisor de plasma en mi piso, amueblado hasta el último detalle como un hotel de categoría.

Poco a poco, casi sin darme cuenta, cambio el *whisky* por té, las pastillas para dormir por cinco secuencias de veinte flexiones sobre la suave moqueta de mi dormitorio, doce horas de dormir sin soñar por siete de pesadillas entrecortadas, tristeza y, en algún lugar, una versión de mi vida repleta de interferencias. Hasta que dejo de beber. Ni siquiera café.

Langley y la piscina y reuniones de apoyo en aulas deprimentes en Palisades o Bethesda. No tengo mucho más. Noches de televisión por cable y comida para llevar.

Días tras día. Mi vida se ha quedado en esto. No es mucho. No es casi nada.

Llevo Damasco colgada al cuello en el colgante que me diste. No se separa de mí ni por un segundo. Todo aquello de lo que huí. Todo lo que abandoné y sacrifiqué. Me llenas como el vacío. Cada viernes busco el nombre de nuestra hija en las bases de datos. La dejo revolotear en nuestros registros interminables, mientras aprieto el colgante con la mano. Mientras rezo la única plegaria que me importa, lo único que ahora significa algo: Dios Todopoderoso, que el resultado sea cero.

Faltan pocas semanas para Navidad. He comprado luces eléctricas titilantes para poner en el balcón en una torpe aproximación a la normalidad. La caja de cartón con las luces es grande pero tan ligera que puedo cargarla en una mano mientras uso la otra para hurgar en el abrigo en busca de las llaves de mi Mazda. Una luz gris constante en el *parking* cubierto del centro comercial. Mis pasos resuenan solitarios en el hormigón.

Hay un hombre junto a mi coche. Un centenar de reflejos aprendidos se propagan y multiplican a través de mi columna vertebral, de mis nervios. Un centenar de impulsos contrapuestos de violencia y fuga. El hombre se yergue, se vuelve hacia mí, se estira como quien lleva mucho rato en la misma posición. Es una invitación, un lento ademán de alguien a quien no hay que temer. Oigo la frecuencia de mis pasos pereciendo en el eco. Al final me detengo. A veinte metros del coche. Solo el zumbido de un ventilador gigante en algún sitio. Solo el tráfico, tres plantas más abajo. Solo un instante que tiembla y amenaza con zozobrar.

El hombre permanece quieto y levanta las manos abiertas en un movimiento tan lento que parece no terminar nunca, un gesto de paz, de buenas intenciones. Pero no es hasta que da un par de pasos cortos, también lentos, hacia mí cuando me doy cuenta de quién es. Veinticinco años de alianzas cambiantes. Pero sé quién es.

El bigote es más corto. La cara envejecida, llena de nuevas arrugas. No es el aspecto lo que lo delata. Es lo que el reencuentro hace con el recuerdo de un instante. Es el contexto y el momento.

—*Salam aleikum* —dice.

Yo me aclaro la garganta y saco la llave del coche. Lo abro con un clic, un pitido.

—*Aleikum salam*.

Y nos sentamos en el coche. Dos espías destituidos en un coche japonés, en un centro comercial estadounidense, en un mundo que se retorció para salir y alejarse, en medio de este presente impredecible con el que no entendemos cómo debemos relacionarnos. Al principio no decimos nada. Solo estamos ahí sentados. Sin ni siquiera mirarnos. Al final tomo la iniciativa.

—¿Cómo me has encontrado? —digo en árabe.

Me mira de reojo, desde arriba. Un destello de decepción en sus ojos.

—¿Que cómo te he encontrado? Llevo bastante tiempo en Estados Unidos. Tengo

contactos. Con nuestro pasado, ya sabes. Cuando quieres encontrar a alguien, lo consigues.

Me siento tonto. No se lo debería haber preguntado. Lo he herido, a él y a su profesionalidad, a lo que queda de una vida que a lo mejor ya no vive.

—Entonces —digo yo—, ¿ahora vives aquí?

Él asiente en silencio, suspira, se abre de brazos.

—Vi por dónde iban los tiros. Desde el 11 de septiembre. Solo era una cuestión de tiempo. Y tus compañeros se mostraron complacientes.

—¿Y ahora? —pregunto—. ¿Qué haces ahora?

Sonríe y se reclina en el asiento.

—Ahora doy clases de árabe en un centro preuniversitario en St. George's County. Mi esposa vuelve a ser enfermera.

Se queda callado, niega con la cabeza, visiblemente incómodo, sobre todo con esa parte de su nueva vida. Al final se encoge de hombros.

—Ahora ella es americana y parece gustarle. Para ella ha sido rápido. Es el sueño americano, ¿no? ¿Trabajar duro, dos coches y una casita en Millersville?

Vuelve a sonreír. Una sonrisa que es irónica pero no resignada ni amarga. Es la sonrisa de alguien que desde hace tiempo ha entendido la importancia de dejarse llevar por las olas, de no intentar comprender ni quejarse de cómo cambia la vida. Es la sonrisa de un fugitivo.

—Nada ha salido como nos lo habíamos imaginado —digo yo—. Todo ha salido diferente.

Él asiente.

—Ha pasado mucho tiempo desde Estocolmo.

La campana de buceo ha tocado fondo. El motivo por el que me ha buscado y que debe de haberle sido más difícil de lo que quiere aparentar. Asiento con la cabeza.

—Hace veinticinco años —digo—. Parece que fue ayer.

—¿Recuerdas que me pediste algo antes de nuestra reunión? ¿Que me pediste que mirara una cosa? Como un favor. Entre espías.

—Por supuesto.

La velocidad de mi pulso se ha duplicado. Intento tragar saliva pero mi boca ha dejado de producirla.

—Fue valiente por tu parte. Corriste un riesgo. Contactar con alguien a quien no conocías. Meter una petición personal en una reunión oficial. Es poco habitual. ¿No es así?

Se gira en el asiento y me mira directo a los ojos.

—Alguien que pide algo así es o bien un ignorante o bien busca engañarse a sí mismo. ¿Estás de acuerdo?

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Él niega despacio con la cabeza. Se le ve cansado, viejo.

—Tú no eres ignorante. Tenías tus sospechas. Sospechas fundamentadas. Y sabías que yo nunca las podría verificar. Que no funcionaba así. Sabías que yo te iba a dar una respuesta vacía. Algo que no fuera mentira pero tampoco verdad. Aun así preguntaste. Aun así preguntaste quién asesinó a tu novia, la madre de tu hija. Me lo preguntaste a mí cuando ni siquiera sabías quién era.

—Estaba desesperado —digo con cuidado—. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

Él vuelve a negar con la cabeza y abre su mochila, saca una carpeta beis. La deja descansar sobre sus rodillas. Yo cierro los ojos. Me reclino, siento la sangre bombeando por todo mi cuerpo.

—Me lo preguntaste porque sabías que mi respuesta estaría vacía. Abierta a ti para que pudieras llenarla con la interpretación que quisieras. Querías poder escoger el camino fácil. Mentira o verdad. Elegiste la menor resistencia. ¿Quién soy yo para criticarte?

Guardo silencio. Apenas respiro.

—Y a lo mejor debería dejarlo estar. ¿Qué utilidad puede tener ahora —dice— remover el pasado? Hace tanto tiempo. Pero esta vida nos ha convertido en instrumentos. Nada más. Siempre listos para actuar en lo que ellos deciden compartir con nosotros. Siempre listos para cambiar de bando, cambiar de ideología y métodos.

Todavía tengo los ojos cerrados, asiento con la cabeza. No hay ninguna diferencia. Somos todos iguales.

—Y ahora se nos ha acabado a los dos. La vida tal como nos la habíamos imaginado. A lo mejor también ha llegado el momento de dejar de mentirnos a nosotros mismos.

Levanta la carpeta y la pone en mi regazo. No pesa casi nada. La verdad no pesa casi nada. No abro los ojos hasta que oigo cerrarse la puerta del coche, hasta que oigo el eco de sus pisadas en el aparcamiento desierto. No necesito abrirla. Ya sé lo que contiene.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

Mahmoud estaba completamente seguro. Al girar la cabeza en el andén, por un instante había visto a la chica del aeropuerto de Bruselas. Iba caminando tranquila y serena junto con el resto de pasajeros a unos veinte metros por detrás de él y Klara.

Sin soltar el codo de Klara, cruzaron los tornos y salieron del andén. En el vestíbulo de la terminal vio el cartel con una flecha que llevaba a las consignas de equipaje. Una planta más abajo. Al lado de los coches de alquiler. Mahmoud notó la adrenalina mezclándose con la sangre pero hizo un esfuerzo para no aparentar que había descubierto a sus perseguidores.

—¿Cómo has pagado los billetes en Bruselas? —le susurró a Klara.

—Hum, con la tarjeta, creo.

Él asintió en silencio.

—Mierda. Debería haberte avisado. Joder. Parece que pueden seguir todos nuestros movimientos. Vieron que compraste los billetes y nos han seguido en el tren.

Klara no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza. No parecía asustada, solo concentrada.

—¿Tienes el teléfono que compramos en Bruselas? —dijo Mahmoud.

Después de que Klara volviera de las taquillas con dos pasajes de tren, Mahmoud había comprado dos móviles baratos de prepago por si se separaban y necesitaban ponerse en contacto.

—Sí —respondió—. En el bolso.

—Vale. Tendremos que correr un riesgo importante. Nuestra mejor apuesta es separarnos.

Mahmoud giró la cabeza y la miró directamente a los ojos.

—De acuerdo —dijo ella.

Durante las primeras semanas de la formación de paracaidista, Mahmoud había aprendido que nunca sabes cómo va a reaccionar alguien bajo estrés extremo. Hay quienes pierden la conciencia, la sensatez, se vuelven irracionales. Los que se presentaban como líderes, de repente se vuelven incapaces de actuar. Con otras personas aumenta la calma y la concentración en proporción al grado de estrés. De alguna forma siempre había intuido que con Klara no tenía de qué preocuparse. Aun así, pensarlo de nuevo lo tranquilizó e incluso lo conmovió.

—¿Y tienes el recibo de la consigna, también? —preguntó Mahmoud.

—En la cartera —contestó ella.

—Bien. Haremos esto. Caminaremos a paso normal hasta los taxis de fuera. Si hay cola esperaremos tranquilamente. Cuando nos toque, tú entras primero, cruzas el asiento de atrás y sales por el otro lado. ¿Me sigues?

Klara paseó la mirada y tragó saliva. Ella también notaba la adrenalina.

—Te sigo.

—Yo me iré en el taxi y me llevaré a los que nos siguen. Tú guardas las distancias durante un rato y con un poco de suerte luego vacías la consigna y coges el metro y te vas lo más lejos que puedas. Te llamo dentro de una hora o así y nos volvemos a reunir.

—¿Y si no me deshago de los que nos siguen? ¿Qué hacemos entonces?

—Entonces nos inventaremos otra cosa. Pero este es el plan. Ahora mismo es todo lo que tenemos.

—Recuérdame que nunca vuelva a ir contigo de viaje —dijo Klara.

Mahmoud se detuvo, se volvió para mirarla, le tomó la cara en la mano y se la acercó, fingiendo que la besaba suavemente en la mejilla.

—Podrás con esto, Klara —susurró—. Lo conseguiremos. ¿Qué era lo que suele decir tu abuelo? ¿Roca y pólvora? Tú estás hecha de eso, ¿no?

Casi habían llegado a los taxis. Mahmoud notó que el pulso se le aceleraba aún más. Era un momento decisivo. Que saliera como tuviera que salir.

—Espera —le dijo a Klara.

Mahmoud se quitó la mochila, se agachó e hizo ver que buscaba algo en la mochila al mismo tiempo que miraba por encima del hombro. La chica rubia estaba trazando un arco en la misma dirección que ellos. En el lado opuesto vio a un hombre de unos treinta y cinco moviéndose de forma similar. Parecía encajar en el perfil. Atlético, pantalón militar de color caqui un poco holgado. Chaqueta de esquí y una bolsa de deporte. Auricular bluetooth en la oreja. Muy probablemente, estadounidense. Había por lo menos dos. Mahmoud no pudo ver a nadie más.

—Por lo menos dos —le susurró a Klara sin mirarla—. Una chica rubia con coleta y chaqueta azul marino tipo Canada Goose. Un chico con pantalón caqui y chaqueta de esquí roja y gris. Con gorra. Los dos llevan pinganillo. Finge que te estiras mientras yo busco en la mochila.

Klara hizo como le decía. Estiró el cuerpo y aprovechó para otear la terminal.

—Los veo —dijo—. Reconozco a la chica. Estuvo en mi piso.

Su voz sonaba angustiada, su cara se estremeció, se volvió dura y miedosa.

—Concéntrate, Klara —susurró Mahmoud—. Solo es cuestión de técnica. Aquí no hay sentimientos, ¿me oyes? No hay sentimientos. Entrar y salir del taxi. Ese es el plan.

Klara asintió tranquila con la cabeza, se recompuso.

—Bien, vamos allá —dijo Mahmoud y se puso de pie.

Salieron con paso decidido al primer taxi de la cola.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —soltó él.

—No te preocupes. Tú haz tu parte y yo me encargo de la mía —respondió ella.

Mahmoud abrió la puerta y Klara se metió en el asiento trasero del taxi. Agachando un poco la cabeza se deslizó por el cuero raído y abrió la puerta del otro lado solo lo necesario para volver a bajar a la calle. Ni siquiera se volvió para mirar a Mahmoud.

—Louvre —le dijo Mahmoud al taxista.

Era lo único que se le ocurrió con tanto estrés. El conductor se volvió y miró por encima del hombro, visiblemente confundido por la chica joven que se había bajado y que ahora estaba agachada junto a la rueda trasera izquierda del coche.

—¡Vamos! ¡Ahora! —dijo Mahmoud en inglés.

El taxista se encogió de hombros y metió una marcha. El vehículo comenzó a mezclarse con el tráfico de París. Mahmoud miró atrás desde el asiento y vio al chico de pantalón militar metiéndose en un pequeño Volkswagen Golf de color azul que parecía haberlo estado esperando al otro lado de la calle. «Así que son más de dos», pensó Mahmoud. La chica del aeropuerto seguía en la cola de taxis con el dedo apretando el pinganillo. Mahmoud no pudo ver a Klara, pero si la de la coleta no la había descubierto —de lo cual no había indicios—, seguramente habría logrado escabullirse.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

Klara corrió agachada a lo largo de toda la fila de taxis hasta que consideró que estaba fuera del radio de visión más inmediato de los perseguidores. Por el rabillo del ojo vio al de pantalón caqui cruzar la calle a paso ligero. Klara se metió entre dos coches aparcados para que no la viera. El corazón le iba a mil por hora. Un Golf azul marino apareció al otro lado de la calle y el hombre se subió en el asiento del copiloto, tras lo cual el coche pareció seguir al taxi de Mahmoud.

Con cuidado Klara asomó la cabeza entre los coches. La de la coleta seguía junto a la entrada lateral de la estación. Parecía hablar con alguien por el pinganillo, al mismo tiempo que barría los alrededores con la mirada. No cabía duda de que era la chica que había visto salir de su portal en ropa de deporte. Klara tuvo náuseas, como si fuera a vomitar. ¿Cuánto tiempo la habían estado espionando? Recuperó el control de su respiración. Se obligó a hacer inspiraciones relajadas e iguales. Nada de sentimientos. Deja de sentir. Deja de pensar.

Sabía que estaba obligada a meterse otra vez en el edificio de la estación para llegar a las consignas. Todavía agachada, comenzó a moverse por la calle protegida por los coches. Cuando llegó a la esquina de la estación volvió a mirar atrás. La de la coleta había desaparecido. De su bolso sacó un gorro rojo de punto y se lo puso en la cabeza. Procuró meterse hasta el último mechón de pelo por debajo de los bordes. Cuando hubo terminado se quitó el gabán azul oscuro y lo colgó por encima del bolso. Tiritó de frío. La rebeca gris que le había costado una fortuna en Amberes no la había adquirido para guardar el calor. París era igual de fría que Bruselas, pero no podía hacer demasiado daño cambiar su aspecto todo lo que pudiera.

Hizo acopio de fuerzas y comenzó a caminar en dirección a la entrada principal. Una corriente rápida de trabajadores se movía por la estación y Klara se dejó llevar con gusto por la ola. Siguió los carteles en dirección a la consigna de equipajes y bajó una planta por las escaleras mecánicas.

Para llegar a las taquillas había que pasar una especie de control de seguridad. Todos los bolsos y maletas pasaban por un detector de rayos comandado por un vigilante de aspecto amargado. Una cola corta se había formado tras el turno. Cuando le llegó el turno a Klara dejó el bolso y el gabán sobre la cinta.

—Disculpe —dijo y se volvió hacia el guardia—. ¿Podría decirme por dónde está la taquilla C193?

Tuvo que esforzarse para respirar con normalidad. El vigilante la miró atento antes de responder.

—La sección C está por allí, *mademoiselle*.

Klara le dio las gracias y recogió sus cosas de la cinta. Quizá, quizá tenían la suerte de su parte.

No tardó más de un par de minutos en encontrar la taquilla. Era de las de tamaño más pequeño, cuadrada. Medio metro por medio metro.

Se inclinó e introdujo el código que había en el recibo. Contuvo la respiración. Una lucecita roja brillaba junto a la puerta de la taquilla. Un breve mensaje en francés en la pantallita. Código erróneo. Klara notó que el suelo se abría bajo sus pies. Código erróneo. Volvió a sacar el recibo, introdujo lentamente el código de seis cifras una vez más.

Pasaron unos segundos antes de que se encendiera la lucecita verde y un segundo más hasta que la puerta se abrió con un chasquido mecánico y Klara pudo asomar la cabeza por el pequeño compartimento.

Una delgada funda de nailon era todo lo que había dentro de la taquilla. En cuclillas, Klara la sacó con cuidado a la luz artificial y abrió la cremallera. La funda contenía un pequeño ordenador Apple de color aluminio. Un MacBook Air. El modelo más pequeño. Klara volvió a cerrar la funda y cerró los ojos un momento. Estaba en racha. Se puso de pie y comenzó a caminar hacia la salida. De pronto algo en la periferia captó su atención. Un movimiento al otro lado de la pared de cristal que separaba los mostradores de coches de alquiler de la consigna. Giró la cabeza y observó justo lo que podía ser la silueta de la chica de la coleta.

—Mierda —exclamó.

Pero ya no había vuelta atrás. Roca y pólvora. Se abrió paso entre el grupo de viajeros que querían guardar sus maletas y mochilas, todo el rato sin quitar los ojos de la pared de cristal. Nadie. A lo mejor se lo había imaginado. Se colgó la funda al hombro en cuanto salió de la consigna. «No hay sentimientos —pensó—. Sube a la calle y coge un taxi. Llama a Mahmoud. Cada cosa a su tiempo».

Fue entonces cuando lo percibió. Débilmente. Pero era inconfundible. El dulce aroma de canela artificial, chicle norteamericano. Se volvió demasiado rápido para ver de dónde venía el olor. Y allí, quizá a tres metros de distancia, estaba la de la coleta.

Supo por instinto que no era la alternativa correcta, pero no pudo evitarlo. Con la adrenalina disparada se abrió paso a empujones entre un grupo de turistas japoneses y empezó a correr, presa del pánico, en dirección a las escaleras mecánicas. No miró a atrás, sino que se limitó a correr y correr como no lo había hecho nunca, escaleras arriba, atravesando la zona de espera. Lejos, lejos, lejos.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

Se acercaba la hora punta. Tanto el taxi de Mahmoud como el Golf, que estaba un par de coches más atrás, estaban atrapados en el tráfico navideño de París. Mahmoud intentaba mantener el estrés a raya. No había nada peor que no poder actuar, tener que dejarse llevar por las decisiones de otras personas. Mentalmente hizo repaso de sus propias opciones. Podía volver a desaparecer en el metro. A la larga era imposible no quitarte a unos perseguidores de encima allí dentro. Pero era una tarea interminable. Y estaba preocupado por Klara. ¿Por qué le había encomendado la misión de mirar la consigna?

No había contado con que la chica del aeropuerto se fuera a quedar en la estación. Su plan había sido rápido, impulsivo. Lo llenaba de preocupación. A lo mejor habían visto a Klara salirse del taxi y se habían redistribuido. Intentó llamarla otra vez pero volvió a saltar el buzón de voz. Debía de estar ocupada en la consigna y no oía el teléfono. Pero Mahmoud no podía dejar de imaginarse escenarios mucho peores.

Miró atrás. El tráfico avanzaba a paso de caracol. El Golf estaba a unos veinte metros. Había llegado la hora de tomar una decisión. Tenía que deshacerse de los perseguidores y encontrar a Klara. Apostar. Era la única forma.

—¿En qué calle estamos? —le preguntó Mahmoud al taxista.

El hombre volvió la cabeza y lo miró con sus ojos de perro cansado.

—Rue la Fayette —contestó.

—¿Dónde? ¿Con qué?

—Casi con Rue de Châteaudun. Con este tráfico deberíamos llegar en unos veinte minutos —dijo el taxista.

Sonaba rendido. Mahmoud volvió a mirar atrás. El tráfico seguía inmóvil. Entre los coches pudo vislumbrar el Golf. Sacó el móvil de prepago, marcó tres cifras y esperó a que diera señal.

No pasaron más de siete minutos hasta que Mahmoud oyó las sirenas de dos motos de policía. Se giró para mirar por la luna trasera. Las motos avanzaban entre las filas de coches detenidos y pararon a unos cuatro metros de distancia detrás del Golf. El taxista bajó la ventanilla y sacó la cabeza para ver qué estaba pasando. El aire frío llenó el habitáculo. A su alrededor, los hastiados conductores fueron dirigiendo las miradas al Golf. Mahmoud se inclinó hacia el taxista y le dio una palmada en el hombro. El hombre se volvió irritado.

—Me bajo aquí —dijo Mahmoud.

Le pasó un billete de diez euros al taxista, quien lo cogió no sin asombro.

—Quédese con el cambio.

Mahmoud echó un vistazo por encima del hombro. Un policía con atuendo de kevlar azul grafito se había bajado de la moto y se acercaba lentamente al Golf con la mano apoyada en la pistola.

Esta era su oportunidad. Mahmoud abrió la puerta del taxi y se deslizó con cuidado al asfalto agrietado. El aire olía a contaminación e invierno. Agazapado, fue adelantando a los vehículos en zigzag hasta alcanzar la acera. El cielo estaba bajo y de color gris, como si aún no tuviera claro qué clase de mal tiempo quería soltar. Debían de rondar los cero grados, la lluvia era igual de probable que la nieve. Antes de bajar corriendo las escaleras del metro en la parada de Cadet, Mahmoud se volvió una última vez. El tráfico se movía, pero el Golf seguía en su sitio con las luces de emergencia parpadeando. Los policías habían obligado al de pantalón caqui y al conductor a bajarse del vehículo y parecían estar discutiendo con rabia. El de pantalón caqui estiró el cuello para echarle un ojo al taxi. ¿Se había enterado de que Mahmoud se había bajado? No importaba, los norteamericanos estarían entretenidos por lo menos un par de minutos intentando convencer a los policías de que no habían amenazado a ningún vehículo con una pistola. Cuando lo hubieran conseguido ya sería demasiado tarde. Mahmoud no podía dejar de sonreír. Era Houdini. Nadie podía atraparlo. Al mismo tiempo que llegaba al final de la escalera notó que el teléfono vibraba en su bolsillo. Klara.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

Klara estaba tiritando de frío a pesar de haberse puesto otra vez el gabán en cuanto entró en el metro. Metió las manos en los bolsillos y miró a su alrededor por enésima vez. Por un instante, realmente había pensado que todo se había ido al traste al cruzarse con esa mirada en Gare du Nord. Que se había acabado todo. El pánico. La chica de la coleta también la había visto. Pero había demasiada gente entre las dos y Klara le había sacado ventaja. Había subido las escaleras mecánicas de dos en dos y había ganado distancia en la zona de espera. Sin mirar atrás había bajado corriendo las escaleras del metro que tenía más cerca y se había subido al primer vagón que pudo para ir lo más lejos posible. Pero había estado cerca. Muy, muy cerca.

—Pareces exaltada, Klara —dijo Mahmoud—. ¿Lo estás?

Klara dio un respingo al notar la mano fría de Mahmoud en su mejilla.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó ella.

Hacía un cuarto de hora que deberían haberse encontrado. Quince minutos de paranoia y angustia. Mahmoud sonrió fugazmente mientras sus ojos escudriñaban la estación.

—Llevo aquí un rato —le contestó—. Quería inspeccionar los alrededores antes de mostrarme.

—¿Cómo? —dijo Klara—. ¿Me has tenido aquí de pie como un puto cebo mientras tú te planteabas si era lo bastante seguro?

Klara notó el estrés convertirse en irritación. ¿Quién coño se creía que era? Pero Mahmoud no hizo más que encogerse de hombros.

—Lo siento —respondió—. Habría sido mejor vernos en otro sitio si no hubiese estado despejado.

Sus ojos castaños, fríos, volvieron a barrer la parada. La impaciencia, en su mirada. Esa expresión que estaba tan emparentada con su inteligencia. Lo que podía interpretarse como arrogancia, casi frialdad, pero que no lo era. Él solo estaba en la página siguiente. Siempre en la siguiente jugada, la siguiente partida. Eso era lo que la había atraído al principio y en ocasiones irritado.

—¿Había algo en la consigna? —preguntó él.

Klara levantó el brazo para enseñarle la funda que tenía colgada al hombro. Le dio una palmadita y asintió con la cabeza.

—Un ordenador —dijo—. No puedo decir que haya ido como la seda.

Le explicó a Mahmoud el encontronazo con la de la coleta y la huida por la

estación.

Mahmoud asintió tranquilo.

—Siento mucho que te hayas visto envuelta en esta mierda —dijo.

Klara asintió en silencio.

—Bueno —repuso al final—. Supongo que es culpa mía. Por cierto, ¿cómo te has librado de ellos?

Mahmoud sonrió orgulloso.

—Llamé a la policía. Les dije que había visto a alguien agitando una pistola dentro del Golf. A los cinco minutos había llegado la poli. Así no podían ponerse a perseguirme. Soy un puto genio.

Klara lo miró de reojo. Por primera vez vio a Mahmoud tal como lo recordaba. Lleno de iniciativa y de arrogancia traviesa y encantadora.

—¿Y tienes un plan? —preguntó Mahmoud.

Klara no se lo había querido contar por teléfono. Sentía que sería más fácil hacerlo con Mahmoud cara a cara. Lo cogió con cuidado del codo y lo condujo sin prisa por la parada hasta salir a la calle. Allí, grandes copos de nieve húmeda revoloteaban entre los humos de los coches, brillaban bajo la luz de las farolas y se derretían antes de siquiera tocar el suelo.

—Vale, la idea es esta —comenzó—. Tengo un novio aquí en París. Bueno, no un novio, pero algo así. Un chico. O un hombre, quizá.

Mahmoud esbozó una sonrisa irritablemente irónica y apartó la mirada.

—¿No un chico, sino un hombre? Entiendo. ¿Cuántos años tiene?

Klara no le hizo caso.

—Vive en la calle Victor Hugo. A lo mejor puede ayudarnos.

—¿A lo mejor? —dijo Mahmoud.

Una arruga de preocupación y sorpresa en su frente.

—Sí. Vale, puede ayudarnos. Ahora está en casa. Solo —añadió.

—¿Solo? —preguntó Mahmoud.

Se volvió hacia Klara. Ahora había algo empático en su voz. Sus ojos ya no eran fríos, sino afectuosos. Flechas tiernas del pasado. Promesas susurradas en la galería del edificio Carolina Rediviva, en puentes empapados de lluvia sobre el río Fyris al amanecer, tras noches sin dormir, dos cuerpos en una cama larga y estrecha en un cuartito de estudiante. Se había olvidado de que había amado a Mahmoud. Más aún: de que él era la única persona a la que jamás había amado. ¿Cómo se podía olvidar algo así? Levantó la cabeza y sintió la nieve aterrizando como lágrimas en sus mejillas.

—Está casado —dijo—. Y tiene una hija.

Se arrepintió. No tenía ánimos para explicárselo. No sabía qué palabras se adecuaban al descubrimiento que había hecho aquella misma mañana en el piso de

Cyril. Ya lo sentía lejano, irreal. Pero Mahmoud se limitó a asentir en silencio.

—Y ¿cómo crees que nos puede ayudar? —le preguntó.

—No lo sé. A lo mejor podemos pasar allí la noche. ¿Mirar el ordenador que había en la consigna de Lindman? No lo sé. Si tienes un plan mejor, adelante. Pero nuestra relación no es... ¿cómo decirlo? ¿Oficial?

—¿Podemos fiarnos de él? Quiero decir que no es moco de pavo presentarte con un exnovio sospechoso de asesinato.

—Hemos ido con cuidado —empezó a decir Klara. Luego suspiró y sacudió la cabeza para aclarar las ideas, ponerlas en su sitio—. Había empezado a confiar en él. Hasta que esta mañana he encontrado una foto suya con su familia. Y supongo que ahora él tiene más interés que yo en que nuestra relación no salga a la luz.

—Por el amor de Dios —exclamó Mahmoud—. ¿Te has enterado de que tiene familia esta mañana?

Klara asintió con la cabeza. Se sentía tan pequeña, tan tonta e ingenua. Mahmoud no dijo nada, pero le pasó con cuidado un brazo por los hombros y la acercó hacia sí. Klara notó el calor que Mahmoud desprendía a través de la nieve, la ropa y los abrigos.

—Lo siento, Klara —dijo—. En serio. Pero también tenemos que mirar este ordenador y tranquilizarnos. ¿Te ves capaz de ir a su casa?

Ella asintió.

—Sí —contestó—. Seguro. Proteger a un exnovio gay en busca y captura es lo mínimo que se le puede pedir a un político conservador, ¿no te parece?

20 de diciembre de 2013

Bruselas, Bélgica

George dio un último bocado a su pollo *vindaloo* y metió el tenedor de plástico en el recipiente de aluminio con una mueca, tras lo cual se metió un trozo de pan *naan* seco en la boca y lo masticó a conciencia para mitigar el picante. ¿No podían Reiper y su banda al menos pedir comida decente? ¿Algo de *Deuxième Élément* o por qué no sushi? Se sentía cansado y gordo. ¿Cuánto hacía que no se pasaba por el gimnasio?

Y ¿por qué no lo dejaban que se fuera a casa y punto? No, lo habían puesto a reservar billetes y habitaciones de hotel en París. Como una maldita secretaria. No servía de nada preguntar de qué iba todo aquello. Josh, el puto tirano, no hacía más que dibujar su sonrisa soberbia y decir que cada cosa a su debido tiempo. Pedazo de capullo repelente.

Y nadie de Merchant & Taylor le devolvía las llamadas. Casi era fin de semana. Era poco probable que Appleby diera señales de vida. Aquello no podía estar pasando. Se había dedicado en cuerpo y alma a ser alguien dentro de la empresa. Se había dejado la piel por primera vez en su vida. Era un talento en ciernes, un hombre para los grandes clientes, las estrategias de ancho espectro. ¿No lo había dicho el mismísimo Appleby durante aquella fantástica cena en el *Comme chez Soi*? Cómo había encajado George el elogio. La exclusividad de hacer una misión que estaba reservada a los que llegaban lejos. Muy lejos. Los grandes secretos al alcance de la mano. ¿Podía ser que solo hubiese sido ayer? Ahora se sentía como si estuviera totalmente desconectado. Licenciado. Ni siquiera digno de devolverle las llamadas. Sopesó la idea de mandarle otro mensaje a Appleby, pero se dijo que no. No podía parecer desesperado.

Optó por levantarse y encender la lámpara del techo de la pequeña alcoba en la que lo habían metido. Las sobras de la comida india por encargo le daban asco, el olor a comino y chili le producía náuseas. Hizo bolas con las bandejas de aluminio y las aplastó dentro de la fina bolsa de plástico que Josh le había dado hacía media hora. Debía de haber un cubo de basura en la cocina.

El pasillo estaba oscuro y George no podía ver ningún interruptor. Desde el comedor llegaba un murmullo de voces apagadas. Una delgada veta de luz se abría paso bajo la deformada puerta cerrada. Con la bolsa aún en la mano, George cruzó la habitación a hurtadillas. Contuvo la respiración cuando oyó que el parqué cedía y chirriaba bajo sus pies. Al final apoyó la oreja sigilosamente en la puerta.

—¿Y todos están al tanto? Código negro. Que no quede rastro. Ningún

superviviente. Tiene que quedar muy claro. No podemos permitirnos más errores.

Era la voz de Reiper, seca y objetiva. Por un momento George pensó que se iba a caer de espaldas, que estaba a punto de desmayarse. Tuvo la sensación de que el oxígeno en el aire se había disipado y de que tenía que luchar para respirar.

Ningún superviviente.

Le costaba creer que había oído bien. Se apartó de la puerta, no quería oír ni una palabra más, deseaba no haber oído nada. Su maldita curiosidad. Quería desvanecerse, dejar de existir.

Ningún superviviente.

Volvió a trompicones a la alcoba, la bolsa de plástico se le cayó al suelo. Un mejunje asqueroso de color naranja de pollo *vindaloo* se desparramó. Con mano trémula logró sacar su cartera del bolsillo interior de la americana. Hurgó con los dedos en uno de los suaves bolsillos de piel de ternero. Una dosis de emergencia. Encontró la bolsita. Esparció la cocaína sobre la mesa del ordenador con dedos temblorosos y la aspiró con la nariz en dos esnifadas rápidas. Cerró los ojos y notó que casi se levantaba de la silla.

Ningún superviviente.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

El edificio de cinco plantas en Avenue Victor-Hugo número 161 en el decimosexto *arrondissement* de París resultó ser exactamente una de esas casas de las que Mahmoud se había imaginado que la ciudad estaba llena. Una fachada estucada en blanco con ventanas altas con parteluz y postigos verdes. Todo el barrio parecía mantenerse a base de dinero de antaño y jardineras bien cuidadas. Klara llamó al pequeño interfono junto al portal.

—Soy yo —dijo en inglés cuando se oyó el carraspeo.

La puerta se abrió con un gruñido y entraron en el reverberante portal. Las paredes estaban cubiertas de frescos con flores y guirnaldas. Un enorme farolillo repartía una cálida luz desde el techo. Klara se acercó al vetusto ascensor y apretó el botón.

—En ascensor, no —dijo Mahmoud. Señaló la escalera—. Quiero comprobar que no hay nadie escondido —susurró.

Klara asintió con la cabeza.

Cyril vivía arriba del todo. Subieron las escaleras a paso ligero sin hablar. La puerta de Cyril estaba entreabierta. Mahmoud miró a Klara, que se encogió de hombros e hizo un intento no muy exitoso de esbozar una sonrisa. Al mismo tiempo que se volvía hacia la puerta para abrirla le pitó el móvil. Dos pitidos claros. El clásico aviso de mensaje. Mahmoud no se lo podía creer.

—¿Qué cojones? —espetó—. ¿No has apagado el móvil? —Sintió que el pánico crecía en su interior—. ¿Lo has utilizado desde que hemos llegado aquí?

Klara tenía la cara pálida cuando metió la mano en el bolso para sacar el teléfono.

—Tuve que encenderlo para conseguir el número de Cyril. Pero lo he llamado con el de prepago. Debí de olvidarme de apagarlo.

Se la veía aterrada.

—¿Pueden habernos seguido?

—No tengo ni idea —respondió Mahmoud—. Pero no podemos permitirnos esto.

Se vieron interrumpidos porque la puerta se abrió. Tenían a Cyril delante, impecablemente vestido con chinos de sastre y una camisa Ralph Lauren. Llevaba el pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

Pero a Mahmoud le bastó con mirarlo un momento a la cara para entender que algo iba tremendamente mal. Estaba pálido y su mirada iba saltando entre ellos dos y las escaleras. Era evidente que no sabía qué hacer con las manos. Primero se las alargó a Klara para luego retirarlas otra vez. Probó con meter la mano izquierda en el

bolsillo y la volvió a sacar. Estaba claro que ya no era un joven político francés prometedor lo que tenían delante, sino un hombre abatido.

—Klara —dijo y probó con una sonrisa temblorosa—. ¿Qué haces aquí? Sonabas tan misteriosa por teléfono. ¿Quién es tu amigo?

Mahmoud miró a Klara, que no contestaba. Estaba leyendo algo en el móvil. Sus ojos se habían entrecerrado.

—Klara —dijo Cyril otra vez—. Entrad, no os quedéis aquí fuera, por Dios.

Despacio, Klara quitó los ojos del teléfono y buscó la mirada de Cyril. Tardó un segundo en abrir la boca.

—Dios mío —dijo al final.

Sus ojos estaban vacíos, sin fondo, todos los sentimientos habían sido erradicados. Mahmoud reconoció esa mirada. La había visto una sola vez en la vida. Hacía tres años, en el aeropuerto de Arlanda. Justo antes de que Klara cogiera las maletas del suelo y se fuera al *check-in*.

—¿Qué has hecho, Cyril? —dijo.

Cyril tragó saliva. Instintivamente, Mahmoud sintió casi pena por él. Resultaba evidente que no era un hombre acostumbrado a estar en total inferioridad.

—¡Klara! ¡No lo entiendes! Me dijeron que estabas secuestrada por un terrorista, que me pusiera en contacto con ellos si te presentabas aquí.

Klara negó con la cabeza sin apartar su mirada de Cyril.

—Me dijeron que tenían fotografías, grabaciones de audio. De nosotros. Que nos habían grabado en vídeo en tu apartamento. Que si no colaboraba sería mi final. Klara, ¿lo entiendes? Tú siempre supiste que lo nuestro era temporal. Tengo familia, una hija. Seguro que eras consciente de ello.

Antes de que Mahmoud tuviera tiempo de reaccionar, Cyril ya estaba en el suelo de granito jadeando e hipando en busca de aire, tapándose la entrepierna con las dos manos. La patada de Klara había sido tan explosiva como certera. La joven se puso en cuclillas a su lado y apartó un mechón de pelo negro de sus ojos mientras se inclinaba sobre él.

—¿Dónde están? —susurró—. ¿Dentro del piso? ¿En la calle? Contesta o juro que te mato.

Cyril la miró. Tenía los ojos vidriosos y gimoteaba débilmente como un perro.

—No están aquí —balbuceó—. No sé dónde. En la calle, puede. No lo sé, te lo prometo.

—¿Dónde está tu coche?

La voz de Klara era firme y fría como un islote del archipiélago.

—En el patio interior —dijo él.

—Dame las llaves y tu cartera.

Cyril titubeó y la miró con sorpresa.

—Vamos, Klara, seguro que podemos arreglar...

Ella lo hizo callar con una bofetada. Cyril soltó un taco e intentó atraparle la mano al mismo tiempo que giraba. Pero Mahmoud lo paró con una patada por debajo de la rodilla izquierda. El joven y prometedor político francés soltó un grito y volvió a caer de espaldas.

—Dale las llaves —le ordenó Mahmoud—. ¿De verdad no te has dado cuenta de que te está hablando en serio?

Cyril gesticuló en dirección al piso.

—En la mesita del recibidor —dijo en tono de rendición—. Las llaves y la cartera.

Mahmoud le pasó por encima y entró en el piso.

—El código de las tarjetas —dijo Klara—. ¡Ya!

Cyril murmuró un código de cuatro cifras.

—Más te vale que sea el correcto —dijo Mahmoud cuando volvió al rellano con la cartera y las llaves en la mano.

Klara se puso de pie y se sacudió los pantalones. Mahmoud la cogió de la mano y la alejó de Cyril. Pero justo antes de que llegaran al primer escalón ella se liberó y se acercó de nuevo a Cyril, quien se había puesto de rodillas. Se inclinó hacia él, le cogió la barbilla y le levantó la cabeza, obligándolo a mirarla a los ojos.

—Por cierto —dijo con voz inerte—. Hemos terminado, capullo.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

Los pasos todavía resonaban en el hueco de la escalera cuando Mahmoud abrió de un bandazo la puerta que daba al patio interior. Una lámpara solitaria iluminaba un discreto aparcamiento. Había empezado a nevar con más fuerza. Un cobertizo endeble cubría un total de diez vehículos que estaban muy pegados entre sí delante de Mahmoud y Klara.

—¿Cuál es el suyo? —preguntó Mahmoud.

—Un Jaguar azul.

—Qué discreto.

En pocos segundos lo habían encontrado. Mahmoud lo abrió y se sentó en el asiento de cuero claro. Klara se sentó a su lado.

—Joder, Klara —dijo Mahmoud volviéndose hacia ella—. ¿Qué ponía en el mensaje que te ha llegado? Quiero decir, en cuestión de segundos te has convertido en Lisbeth Salander allí arriba.

Klara metió la mano en el bolsillo y sacó la BlackBerry. La levantó para mostrársela a Mahmoud. El mensaje era conciso:

Os van a matar. Escóndete. George.

—¿George? —preguntó Mahmoud.

—Solo conozco a un George —dijo Klara—. Un chico sueco al que he visto algunas veces en fiestas en Bruselas. Un pijo de Estocolmo. Trabaja para no sé qué grupo de presión. La verdad es que no tengo la menor idea de qué tiene él que ver con esto.

Sacudió la cabeza como para recolocar todas las piezas. O para despertar de un sueño.

—Vaya locura —comentó—. Vi que algo iba mal en cuanto Cyril abrió la puerta.

Mahmoud se limitó a asentir en silencio. Tenía la sensación de que su cerebro estaba lleno, a punto de rebosar, imposible de penetrar. Él también sacudió la cabeza.

—Tenemos que largarnos de aquí —señaló Klara—. Quién sabe cuánto tiempo tenemos.

El Jaguar arrancó con un gruñido cuando Mahmoud giró la llave en el contacto. Los limpiaparabrisas barrieron la fina capa de nieve del cristal. En el compartimento oculto entre los dos asientos Klara encontró un mando a distancia para la puerta de la calle. Mientras tanto, Mahmoud hacía maniobras para sacar el coche de su

rectángulo.

—Al otro lado de esa puerta puede haber cualquier cosa —dijo.

Ella tenía la mirada clavada al frente y asintió en silencio. Había algo indómito en sus ojos azules de hielo.

—Será mejor que lo descubramos de una vez —repuso ella y apretó el único botón rojo del mando.

El portón reaccionó con un zumbido grave y comenzó a ascender lentamente hacia el techo.

Mahmoud hizo rugir el motor y le echó otro vistazo a Klara.

—Eres más dura de lo que cabía suponer —dijo.

—Espérate y verás —respondió ella—. Aún no has visto nada.

Antes de que la puerta se hubiera abierto del todo Mahmoud pisó a fondo y soltó el embrague. Los seis cilindros del motor bramaron, los neumáticos patinaron unas vueltas antes de adherirse al suelo. Cuando el coche se abalanzó sobre la Avenue Victor-Hugo apenas había unos centímetros entre el canto inferior de la puerta y el techo del vehículo. Saltaron chispas cuando el parachoques delantero raspó el borde de la acera. Las ruedas patinaron en el asfalto nevado y Mahmoud peleó para dominar el volante. Bocinazos y frenazos de los demás coches. Algunos peatones se volvieron bajo sus paraguas para ver qué estaba pasando. Antes de que Mahmoud y Klara se dieran cuenta, estaban circulando por la calle a toda velocidad. La nieve derretida se deslizaba en chorritos de agua por el parabrisas.

—¿Tenemos a alguien detrás? —gritó Mahmoud.

Klara giró el cuello para mirar atrás.

—No lo sé. Maldita nieve. No puedo ver por el cristal. ¡Sí, espera! ¡Una furgó negra! Estaba aparcada en la acera cuando llegamos. Nos sigue. ¡Mierda!

Ahora había menos tráfico. Mahmoud seguía con la segunda puesta y pasó al carril izquierdo. Aceleró. Se coló entre los dos coches que tenía justo delante y volvió al carril de la derecha. Apenas oía las bocinas del tráfico que venía en contra, no veía los puños ni los dedos en alto. Lo único relevante era escapar.

—¿Y ahora? —le gritó a Klara.

Klara volvió a retorcerse en el asiento, estiró el cuello.

—No puedo verla.

En algún punto más atrás se oían sirenas. Por el retrovisor Mahmoud pudo ver el reflejo tenue de luces azules, sirenas de policía relampagueando sobre los edificios.

—¿Nos siguen a nosotros? —dijo Klara.

Mahmoud se encogió de hombros, procuraba concentrarse en la calle, el asfalto mojado, la nieve que no dejaba de caer.

—¿Quién sabe? A lo mejor tu novio se ha cansado y nos ha denunciado por robarle el coche.

—No es mi novio. Ya no.

Se acercaban a un cruce. Mahmoud vio que el semáforo cambiaba a ámbar. Cambió de carril y pisó a fondo. Lo que Dios quiera. Apenas vio el coche que se subió a la acera para esquivarlos. Las sirenas que los acosaban más atrás. La furgoneta negra. Aún en el carril izquierdo iba derecho hacia el semáforo en rojo. El tráfico que le venía de cara estaba inmóvil, paralizado ante aquella maniobra demencial. Giró el volante. Un cruce se acercaba a velocidad vertiginosa. A la derecha le pareció ver un callejón, recto y estrecho como un túnel, entre los brillantes balcones parisinos. Se lo jugó todo a una carta y pegó un volantazo en aquella dirección. Los neumáticos agonizaron sobre el asfalto, pero no perdieron agarre. El sonido de las sirenas disminuyó.

—¿Dónde están? ¿Los ves?

Mahmoud le hablaba a Klara a gritos. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—¡Allí delante! —dijo ella señalando a la izquierda—. Un súper con aparcamiento. ¡Métete ahí!

Mahmoud vio el cartel. Supermarché Casino. Una flecha que indicaba un aparcamiento subterráneo a cincuenta metros. No frenó hasta que hubo empezado a girar el volante. El coche subió a la acera dando trompicones. El súper todavía parecía estar abierto. Una barrera bloqueaba el acceso al aparcamiento. Mahmoud se detuvo, bajó la ventanilla, apretó el botón verde. Pasó una eternidad antes de que la barrera comenzara a subir. Se deslizaron por una rampa inclinada y entraron en el *parking*.

—¿Los ves? ¿Los ves?

Los ojos de Mahmoud estaban clavados en el retrovisor.

—Por el momento, nada —contestó Klara.

El aparcamiento era otro mundo. En la fría luz de los fluorescentes las familias empujaban los carros hasta sus coches familiares. Niños y padres. La abrumadora cotidianidad de aquello resultaba casi chocante. Mahmoud había olvidado que existía un mundo normal y real. Un mundo en el que no lo buscaban por asesinato. Un mundo en el que no lo amenazaban con armas automáticas, sin políticos franceses prometedores agonizando en el suelo ni viejos amigos del servicio militar que eran asesinados ante sus ojos. Aparcó el Jaguar en un hueco vacío, como un parisino rezagado más que iba a comprar el viernes a última hora. Después de apagar el motor apoyó la cabeza en el volante. Sentía la madera de nogal fresca y tranquilizadora sobre la frente. Poco a poco fue relajando las manos agarrotadas. Le dolían los nudillos.

Klara ya había abierto la puerta del copiloto.

—¡Vamos, coño! —gritó asomando la cabeza dentro del habitáculo—. No sabemos cuánto tiempo tenemos.

20 de diciembre de 2013

París, Francia

Estaban tardando demasiado en encontrar las escaleras, así que al final optaron por el ascensor. Subieron arrinconados por los carros y los clientes del supermercado. Por un altavoz agrietado sonaba Bing Crosby cantando *Silent Night*. Las paredes del ascensor estaban llenas de ofertas de foie-gras, ostras, champán. Comida navideña parisina. Klara miró a Mahmoud de reojo. Estaba apretando las mandíbulas, los ojos clavados en la puerta que tenían enfrente.

También Klara estaba alerta y en tensión total. Era como si fuera consciente de cada músculo de su cuerpo; cada idea era clara y simple, como si toda ella estuviera concentrada en huir, en sobrevivir.

Las puertas se abrieron y los carros se separaron y fueron abandonando uno a uno el ascensor sobredimensionado. Al final solo quedaron Klara y Mahmoud. Se miraron. Klara se encogió de hombros.

—Vamos.

Salieron a la luz de los fluorescentes de la zona de cajas del Supermarché Casino. Y no pasó nada. Solo carteles de Navidad y clientes rezagados.

—¿Nos hemos salvado? —preguntó Klara.

Mahmoud miró a su alrededor, inquieto, casi agachado, como si no pudiera creérselo.

—Eso parece —dijo—. A lo mejor se quedaron atrás en el semáforo en rojo.

Empezaron a caminar inseguros hacia la salida.

—Ninguna furgo negra —dijo Mahmoud mientras miraba por los ventanales.

Cuando las puertas automáticas se abrieron Klara la vio de inmediato a través de la copiosa nevada. Al otro lado de la calle, iluminada por el chorro de luz de las farolas. Los ojos de ayer, de esta misma mañana. La de la coleta. A menos de treinta metros de donde estaban ellos. Y ella los vio al mismo tiempo.

—¡Están aquí! —gritó Klara al mismo tiempo que se daba la vuelta tirando de Mahmoud para volver a entrar en la tienda—. ¡Están aquí!

Pero el brazo de Mahmoud se volvió pesado de repente. Tiró de ella hacia abajo, al suelo, en lugar de hacia el interior de la tienda. Las puertas automáticas se cerraron en silencio.

—¡Vamos, tenemos que salir de aquí! —gritó, agachada, empujándole del brazo.

Las puertas estallaron en una lluvia de cristales diminutos. El tiempo se detuvo. Klara se tumbó en el suelo delante de las cajas. A su espalda, un estante de vino espumoso montado como señuelo en la entrada se derrumbó completamente. Las

botellas reventaron y se mezclaron con el cristal de la puerta. Olor dulce a vino barato. Gritos y caos. A su alrededor los clientes del súper se echaban al suelo presas del pánico. En el hilo musical Bing Crosby entonaba *Jingle bells, jingle bells, jingle all the way*. Klara seguía tirando a Mahmoud del brazo.

—¡Venga! ¡Vamos!

Volvió la cabeza. Mahmoud yacía de espaldas sobre el lecho de cristales. Sus ojos castaños estaban abiertos de par en par y completamente inertes bajo la despiadada luz blanca. En la frente, justo por encima del ojo derecho, Klara pudo ver un pequeño orificio de color negro.

No fue hasta ese momento cuando se percató de la sangre.

La cantidad ingente de sangre roja y pegajosa que se estaba esparciendo como una masa viva, como un aura, alrededor del cogote de Mahmoud y que se mezclaba con el vino derramado.

—¡Moody, Moody, vamos, vamos!

Tiró de su brazo, intentó con todas sus fuerzas ponerlo a salvo detrás de las cajas o cualquier cosa. Había gente gritando por todos lados, carros que volcaban, productos que estallaban contra el suelo de cemento. Pesaba demasiado. No podía moverlo del sitio ni un milímetro.

Klara se inclinó sobre su cara, el cuello que había besado tantas veces, hacía tanto tiempo. Sus tejanos absorbían la sangre y se le pegaban a las rodillas. Trocitos de cristal se le clavaron en las palmas de las manos cuando se agachó para poner la mejilla sobre la boca de Mahmoud. Tanteó su cuello con los dedos. Pero allí no había nada. Ni aliento. Ni pulso. Solo sus ojos castaños. Toda la vida había sido borrada de un plumazo, solo quedaba el calor. La adrenalina se precipitaba. Klara pensó: «¿Voy a morir?».

Levantó la cabeza. A través de las puertas destrozadas vio a un hombre y una mujer corriendo bajo la nieve. Algo pesado y negro en sus manos. Armas.

—¡Moody! ¡Moody!

El pánico. El caos. La primera, casi inidentificable, sensación de una pena tan profunda que la asustaba, con diferencia, mucho más que los asesinos de allí fuera. Klara tardó una décima de segundo en decidir que no pensaba morir. Un rayo le atravesó la conciencia. Una claridad inaudita. Nunca había dejado de amar a Mahmoud. Lo había reprimido, pero no olvidado. Y no podía dejar que terminara ahí. Abatido como un perro, apagado, desparramado en el suelo sucio de un supermercado. Tachado de asesino y terrorista. No podía terminar así.

—Te quiero, Moody —susurró con los labios pegados a los de él.

Después le soltó el brazo, se levantó y pasó corriendo junto a las cajas y la gente agachada y se adentró en la tienda. A su espalda, en la lejanía, pudo distinguir unas sirenas.

Corrió sobre los cristales y el vino y el caos. No oía los gritos ni los llantos. Tenía la mente completamente en blanco mientras corría en zigzag entre las estanterías. No miraba a su alrededor.

Más adentro reinaba una calma sorprendente. Los clientes se movían curiosos hacia las cajas, inseguros de lo que estaba pasando. Al fondo del todo había un mostrador de charcutería donde ya no había nadie atendiendo. Todo el personal parecía haberse desplazado hacia la entrada del comercio. Klara lo rodeó y atravesó un par de puertas batientes que comunicaban con un almacén desordenado. Un hombre en bata blanca y red de pelo, que sin duda vivía ajeno al caos del otro extremo de la tienda, le gritó algo. Klara apenas lo registró, solo tenía ojos para el cartel de salida de emergencia. Los tejanos ensangrentados le tiraban en las piernas.

Apretó la manilla de la puerta con el codo para que los trozos de cristal no le penetraran aún más en las manos. La salida de emergencia daba a un muelle de carga en la parte de atrás del supermercado. Una delgada capa de nieve cubría el suelo. Los copos caían a toda prisa, oblicuamente en la penumbra. Saltó del muelle y se vio en un patio interior. Las suelas manchadas de sangre dejaron un rastro de huellas rojas cuando lo cruzó corriendo, salió por un acceso con barrera y continuó por un callejón en el que la nieve ya se había derretido. Giró a la izquierda. Hasta que no hubo corrido cien metros por los adoquines no se dio un segundo para mirar atrás. Nadie la seguía.

20 de diciembre de 2013

Virginia del Norte, Estados Unidos

Una brazada. Dos. Tres. Respiro. Cierro los ojos y aparto el agua, los pensamientos, los recuerdos.

Una brazada. Dos. Tres. Respiro. Soy un torpedo sin fuerza explosiva. Una bomba que no ha estallado.

Rompo el ritmo, doy cuatro brazadas sin respirar. Luego cinco. Seis.

Doy media vuelta en el otro extremo, por un instante las plantas de los pies entran en contacto con los azulejos. La fuerza con la que me doy impulso se propaga por mis gemelos, mis muslos. Noto cómo se transforma la energía, siento la fuerza convertirse en velocidad, velocidad sin sentido. Me quedo bajo el agua mucho más de lo que resulta efectivo. Media piscina, más. Rebaso con creces el punto en el que la energía de mi impulso es derrotada por la fricción del agua. Y más aún.

Sigo hacia abajo. Dejo que la velocidad se reduzca todavía más, dejo que las piernas dejen de patear, los brazos descansar. Vacío los pulmones. La presión en los tímpanos. El sonido del aire que sale de mi nariz, de mi boca, en forma de burbujas a medida que me hundo. El suelo áspero en el esternón. La pintura resbaladiza y brillante de las líneas negras. Los pulmones apretando y encogiéndose en inspiraciones ficticias e infructuosas.

Pero no me sirve. Ni siquiera eso. Los pensamientos. El recuerdo. Recé mi plegaria. Mi única plegaria. Nada me sirve.

Después estoy apoyado en el borde de la piscina hipando, hiperventilando. Mis ojos relampaguean por la falta de oxígeno y el agotamiento. Pequeñas estrellas saltan entre mis nervios. Han pasado tres horas desde que he encontrado el nombre de mi hija en nuestras bases de datos. Tres horas desde que mi plegaria dejó de ser escuchada. Tres horas desde que ya no me puedo esconder de mi pasado.

Voy en el Mazda y estoy esperando a que algo, cualquier cosa, caiga en su sitio. Aguanto el volante con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos. Estoy pensando en que si suelto el volante me veré arrastrado. Pienso que la fuerza que yo he elegido no ver es tan grande, tan irrazonable. La vergüenza es tan potente que me

aplasta contra el cuero de imitación del asiento.

En mi pantalla en Langley he visto las búsquedas y los informes sobre mi hija de París y Bruselas. He leído todo aquello a lo que he tenido acceso. Todo lo que me permite mi competencia. No ha sido mucho. Medios abiertos. Resúmenes. Nada sobre nosotros. Nada sobre pasados ni motivos. Nada sobre las sombras. Pero aun así, lo sé. Las huellas de las sombras son inconfundibles. El novio árabe y las armas insonorizadas. Los archivos de nuestros registros a los que no tengo acceso. El mero hecho de que tenga acceso a ciertos archivos. Nombres en clave y documentos protegidos. Secretos sobre secretos.

En la guantera está la delgada carpeta de color beis que no he llegado a abrir. Mi as. Mi única posibilidad de salvarla, de salvarme a mí mismo. Mi historia a cambio de su futuro.

Mis pasos crujen contra el césped escarchado. Unos focos elegantes iluminan la fachada con granito pegado, madera pintada de blanco, las columnas huecas de madera prensada de imitación de estilo colonial presidiendo la escalinata. El sueño americano prefabricado. Un pueblo Potemkin delgado como una hoja de papel en el otro extremo del alcance económico de la clase media. Una prueba de evolución que parece que vaya a salir volando con la primera ventada.

Estoy al pie de la escalinata y levanto la cabeza para mirar las ventanas oscuras. La carpeta beis en la mano. He sido un ente muerto. Una rama partida del río de la historia. En una muestra de ductilidad, me he dejado arrastrar por la más ligera corriente. Ahora ya ha terminado todo. Una singular calma me recorre cuando llamo al timbre.

Susan abre sorprendentemente pronto, teniendo en cuenta que es casi medianoche. Todavía va vestida de oficina, traje y blusa, anónima como un jefecillo cualquiera. Su cara todavía está tensa, estresada e inescrutable, no está adaptada a la casa. A lo mejor acaba de entrar por la puerta.

Insiste en que cojamos su coche y conducimos en silencio por las anchas calles del extrarradio, bajo los arcos pelados, al lado de los interminables campos de fútbol y béisbol de la colosal escuela, por delante de casas oscuras y chalecillos ostentosos tambaleándose bajo el peso de los coloridos adornos de Navidad. A través del sueño adormilado de gente anónima.

La autopista está desierta, un eco y no decimos nada, hipnotizados por el ritmo de los neumáticos sobre las juntas del hormigón. En la radio alguien llama y habla a gritos del presidente, de los musulmanes, del Tribunal Supremo. Susan desliza los pulgares por los controles del volante de cuero y la voz del chalado desaparece.

Vamos hacia el sur por la 245. En dirección a D. C. Sus ojos apuntan inamovibles a donde termina el haz de luz de las largas del coche. Intuyo algo ambivalente en ellos, en los gestos de Susan. A lo mejor está comparando los secretos entre sí, las mentiras entre sí. La verdad. Puede que las esté moviendo de un lado a otro de la balanza para hallar el equilibrio.

Al final se sale de la autopista, en dirección a Potomac Park, y se detiene junto al monumento de Franklin Delano Roosevelt. Nos bajamos del coche y el sonido de las puertas al cerrarse hace eco en el parque, sobre el agua. Poco a poco nos acercamos a la escultura, donde la luz artificial le da un aura fantasmagórica al propio Roosevelt en su silla de ruedas de bronce. Tiritamos con el frío que llega de la laguna. Alrededor de nosotros centellean los monumentos y se reflejan en la pantalla de agua negra. Narciso. ¿Es eso en lo que nos convertimos?

—Bueno —dice ella al fin—. ¿De qué querías hablar?

Se la ve pequeña allí donde está, con la mirada perdida sobre el agua. Yo pienso que todos cargamos con nuestros compromisos, nuestras elecciones descabelladas. Quizá ella incluso muchas más. Era jefa antes de que siquiera tuviéramos a mujeres contratadas. ¿Por encima de cuántos cuerpos ha pasado, cuántos ha ignorado, cuántos ha amontonado para utilizarlos cuando se presentara la ocasión?

Me centro en lo mío, me sorprendo de mi propia calma.

Me salto los rodeos.

—¿A quién maté en Beirut?

20 de diciembre de 2013

París, Francia

Klara dejó que las tijeras se abrieran paso en su pelo por debajo de las orejas. Cinco tajos rápidos y el corte de 85 euros en Toni & Guy en el barrio de la UE en Bruselas pasó a ser un mero recuerdo del pasado.

Continuó más arriba, más adelante. Giró la cabeza para verse de perfil en el espejo sucio del hotel. Agarraba los mechones de pelo con la mano izquierda y los tiraba al cubo de basura que había al lado del lavabo. La diminuta habitación del hotel la había pagado con dinero que había sacado en la otra punta de la ciudad con la tarjeta de Cyril. El código había sido el correcto. Puto cobarde. Klara había sacado 2000 euros, la cantidad máxima diaria permitida. Era un precio más bien bajo, teniendo en cuenta la traición de Cyril. Después había roto las tarjetas y las había tirado a una papelera.

No tardó más de quince minutos en transformar la melena que le llegaba a los hombros en un peinado corto, masculino. Se inclinó para mojarse el pelo con el agua helada del grifo antes de verter casi una botella entera de decolorante capilar en la mano y aplicárselo en las raíces.

Lo único que quería era llorar. Tumbarse sobre las sábanas desgastadas de flores en la cama dura, correr las cortinas y dormir. Dormir, dormir, dormir. No despertarse nunca más. Lo único que quería era huir, abandonar, cerrar los ojos y no ser nada. Dejar de existir. Pero las lágrimas se negaban a brotar. Y cada vez que cerraba los ojos veía los de Mahmoud abiertos de par en par, notaba el olor a vino barato, la corriente de aire de las silenciosas balas pasando junto a sus mejillas. ¿Por qué no podía llorar y punto?

Cuando le pareció que el decolorante empezaba a corroerle el cuero cabelludo dejó caer la toalla a rayas del hotel y se sentó en la bañera amarillenta para enjuagarse la cabeza. No había champú, así que se lavó con el jabón que algún cliente se había olvidado. Cuando hubo terminado se secó y se miró otra vez al espejo. Decir que era rubia era exagerar. A lo sumo castaño claro en lugar del negro azabache inicial. Pero con peinado corto. Quizá lo bastante diferente como para servir de máscara provisional. Un intento descorazonado y cliché de metamorfosis. A lo mejor era ridículo, una pérdida de tiempo. Más ritual que disfraz. No podía salvar a Moody. Pero salvaría su recuerdo.

Dejó el espejo y fue a ver el pequeño MacBook, abierto sobre la cama. Estaba protegido con una clave de acceso imposible de forzar. Una esfinge electrónica. Escondido en su laberinto binario se encontraba aquello por lo que alguien estaba

dispuesto a matar con tal de mantenerlo oculto.

Klara quería romperlo con virulencia, arrancar el disco duro y esparcir su contenido sobre la cama. Cualquier cosa con tal de conseguir lo que había allí dentro. Pero en lugar de hacer nada cerró los ojos y se echó hacia atrás. Solo para incorporarse casi de inmediato.

¡Jörgen! Por supuesto. Jörgen Apelbom y sus contactos *hackers*. A lo mejor él podría ayudarla. Miró el reloj. No eran más de las ocho y media. Sin pensárselo dos veces se puso la ropa y bajó corriendo las escaleras.

El estudiante español de intercambio estaba navegando medio dormido en su portátil, detrás de la mesita que hacía las veces de recepción. Al principio no parecía reconocerla.

—Estoy en la habitación número 12 —dijo Klara—. Me he teñido el pelo.

Klara sacó la tarjeta para llamadas internacionales que había comprado para poder llamar a Gabriella y se fue a la cabina que había en la esquina, junto a la calle. Pudo notar la mirada del estudiante de intercambio siguiéndola, pero la ignoró. Jörgen contestó al primer tono.

—Jörgen —dijo Klara—. Soy Klara Walldéen. ¿Te he despertado?

Oyó a Jörgen aclararse la garganta al otro lado.

—Guau —contestó—. ¡Guau!

—¿Cómo que «guau»? ¿Qué quieres decir? —preguntó Klara.

Quizá había sido una mala idea.

—Acabo de ver tu foto en el *Aftonbladet*, ahora mismo. Estás...

Jörgen volvió a carraspear.

—O sea, te están buscando —dijo él.

Klara cerró los ojos y se pasó la mano por el pelo corto. La estaban buscando. En recepción el estudiante de intercambio le hizo una señal con la mano. Ella le respondió con un gesto diciéndole que esperara.

—Tengo que pedirte un favor —continuó Klara—. Y entenderé perfectamente si me dices que no puedes ayudarme.

Se hizo silencio por un momento.

—Dale —dijo Jörgen al final—. ¿Qué necesitas?

—Alguien que pueda *hackear* la clave de usuario de un ordenador. Un Mac. Alguien discreto. No sé si me entiendes.

—¿Alguien que pueda *hackear* una clave de usuario? —preguntó Jörgen.

Sonaba precavido, pensativo.

—Da igual —dijo Klara—. Perdona que te haya llamado. Ha sido una estupidez, no quiero meterte en ningún lío.

—¿Dónde estás? —la cortó Jörgen—. ¿En Bruselas?

—Creo que es mejor que no lo sepas, ¿no te parece? Pero si puedes conseguirme

a alguien en Bruselas, me sirve.

—¿Dónde te puedo localizar?

Klara le dio el número del teléfono de prepago que habían comprado en Bruselas.

—Pero, por favor, no le des el número a nadie, ¿vale?

Colgaron. De regreso a su cuarto le dio las gracias al estudiante de intercambio pero ignoró sus intentos de más contacto. Se quitó los tejanos, aún mojados tras intentar limpiarles la sangre de Mahmoud en la bañera. La cama era dura y entraba frío por la ventana que daba a la calle. No pasaba nada. De todos modos, no podía dormir.

Klara estaba sentada en el alféizar con la cabeza apoyada en la ventana cuando el teléfono la avisó de un mensaje entrante. Había permanecido inmóvil en la oscura habitación mientras la nevada había pasado a convertirse en un tamborileo de lluvia. Cuando se levantó se vio la cara reflejada en el cristal negro. El pelo corto y mal teñido. Los ojos cansados. El mismo cambio que había observado en Mahmoud. La proximidad de la violencia, el pánico paralizante. Y algo más. Algo más profundo y oscuro que la noche de allí fuera. Algo que tan solo apenas había rozado. La tristeza abismal, preponderante. Apartó los pensamientos, se obligó a no caer en la tentadora oscuridad, el sentimiento egoísta, autocompasivo y aterciopelado que la permitiría pasar por alto todo lo demás.

—Ahora no —se dijo a sí misma en un susurro—. Esta noche no. No hasta que haya pasado todo.

El mensaje era de un número desconocido. «Bien», pensó Klara. No utilizaba su propio teléfono. ¿Podrían rastrear su contacto de todos modos? A lo mejor, era imposible saberlo. El mensaje era breve.

«Prinsengracht 344, Ámsterdam. Mañana después de las 10.00. Se hace llamar Blitzworm97. Vas de parte de SoulXsearcher. Nada de nombres ni móviles. 200 euros. ¿Te sirve?».

Eso era todo. Como una confirmación de una visita al médico. Excepto porque era un nombre muy extraño para un médico.

«Sí», contestó Klara. «Gracias».

Después de enviar el mensaje apagó el teléfono y sacó la batería. Después se volvió a poner los tejanos. Las perneras todavía estaban húmedas. Pero le daba igual. No pensaba quedarse ni un segundo más ahí. Si de alguna forma habían rastreado su teléfono, podían aparecer en cualquier momento. Al salir tiró el móvil y la batería a la papelería de la puerta. Se detuvo delante del ordenador sucio que había en el vestíbulo

para el uso de los huéspedes. Los autobuses a Ámsterdam salían de la otra punta de París. El siguiente en salir era el nocturno, a las once. Echó un vistazo al reloj del ordenador. Nueve y media. A Ámsterdam.

20 de diciembre de 2013

Washington D. C., Estados Unidos

Susan se vuelve despacio. Nuestras miradas se cruzan. Sus ojos están vacíos, solos, azules.

—¿Es por eso por lo que estamos aquí? —pregunta—. ¿Para hurgar en el pasado? Yo no digo nada.

—Por el amor de Dios —continúa—. Han pasado casi treinta años. Tú sabes quién era. Basil el Fahin. Fabricante de bombas para Hezbolá. Ya viste su...

—Sé quién me dijiste que era —la interrumpo—. ¡Sé perfectamente quién dijiste que era!

Mi voz está impregnada de adrenalina y azufre, totalmente inestable. Me asusta esa voz. Le cojo las riendas. La domino. Me paso las manos por la cara.

—Sé lo que dijisteis. Pero no fue él quien asesinó a Louise. Lo que tú dijiste no era verdad.

Algo en su semblante cambia de forma. Tensa la espalda como un arco, por un momento contrae las facciones de la cara y luego hace un esfuerzo por relajarlas de nuevo. Todas esas señales. Todas esas mentiras.

—Compórtate —dice—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me sacas de mi casa en plena noche para venirme con estas teorías demenciales?

Pero hay algo ahí, una fisura en su fingida irritación, un rasgón en su frustración artificial. Algo diferente y más profundo. Lo veo en sus ojos. Saltan y van de un lado a otro. Quizá sea difícil mentirle a un mentiroso. Pero hay algo más que una parte de ella quiere contar. Una parte de ella opina que ya es suficiente. Ahí hay una posibilidad, una abertura.

Saco la carpeta, la alargo para entregársela.

—Ríndete —digo—. Por favor, Susan, ya lo sé todo. Míralo tú misma. Está todo aquí.

Ahora mi voz es tranquila, está bajo control. Me aclaro la garganta. Agito insistente la carpeta delante de su cara. Ella permanece con los brazos colgados en los costados. Nos quedamos así. Cada uno en su cuenco de la balanza. Se necesita tan poco para romper el equilibrio. Coge la carpeta. La sostiene en las manos sin abrirla.

No sé cuánto dura el instante de singular y helada intimidad. Quizá no más de un segundo. Se rompe al saltar una alarma de coche en la lejanía. Espero hasta que para.

—Fuisteis vosotros los que matasteis a Louise —susurro—. Fuiste tú quien la asesinó.

Susan da un paso atrás y se sienta en el banco escarchado sin secarlo antes. Pone la carpeta en su regazo y deja que su mirada se pierda en el agua negra que tenemos delante.

Yo me siento en cuclillas delante de ella. No puedo respirar. Ella vuelve la cara hacia mí, me mira. De pronto sus ojos están limpios, desnudos. Por el momento, no dan muestra de traición ni engaño. Saca un pañuelo de su bolso. Se gira a un lado, se seca algo en el rabillo del ojo, se suena.

—Pero tú siempre lo has debido de saber —dice ella.

Ahora su voz es fina, como la de un pájaro. Yo no digo nada. Me resulta chocante verla así. Tan vulnerable de repente. Tan joven de repente, casi como una niña, una cría. Ella, que igual que yo hizo su viaje por las sombras completamente sola. Dos balas del mismo calibre pero con distintas trayectorias. La suya iba hacia arriba y hacia fuera. La mía siempre iba dirigida a mí mismo. Susan y su temible intelecto, su autoridad espontánea y natural. ¿Cuánta mierda habrá afrontado? ¿Cuánto vacío guarda dentro? Cuando empieza a hablar no se dirige a mí, sino a sí misma, a los monumentos, a la propia historia.

—No estaba previsto que saliera así, obviamente. Pero yo no lo sabía. No en aquel momento. Supongo que ninguno de nosotros lo sabía. Que nuestra operación en Damasco era una muñeca rusa y que tú solo eras la capa exterior. Yo era tan nueva, no tenía experiencia. Tú fuiste mi primera área de responsabilidad, el primer agente que coordiné. Yo ni siquiera había estado en el campo más allá de París, y eso no cuenta casi nada. Y no sé por qué nadie me había informado de que les estábamos entregando armas a los sirios. Lo cual fue muy ingenuo por mi parte. No entender. Pero todo lo que sabía era que siempre había niveles, siempre había decisiones que otra persona había tomado, en otro contexto. Errores que se habían cometido y que se debían reparar. Deudas que había que pagar. Nuestras entregas de armas al régimen eran una fracción de un pago por algún otro arreglo que habíamos hecho mucho tiempo atrás. Otro compromiso vacío y mal pensado. Supongo que la guerra fría era eso. Una mano nunca sabía lo que estaba haciendo la otra. Aprendí con el tiempo.

Me enderezo, con cuidado para no interrumpir su historia, su confesión. Me siento a su lado en el banco.

—Y cuando tú te enteraste de las entregas de armas y yo entendí que era cierto, que iba en serio, se lo comenté a Daniels, que era el jefe operativo. Todo lo que dijo fue: «Bien hecho. Nosotros nos encargaremos desde ahora». Es entonces cuando sabes que la cosa está jodida. Cuando dicen «nosotros nos encargaremos desde ahora». Y ahora soy yo quien lo dice.

Esboza una sonrisa torcida y niega levemente con la cabeza, pasea los ojos por el agua negra, las columnas frías y blancas del otro lado.

—No fue decisión mía quitarte de en medio para proteger el secreto mayor. No

fue orden mía. No es que importe, pero nadie me lo contó después. Si te soy sincera, no sé de dónde provino. Daniels, quizá. O de más arriba. Y no sé quién puso la bomba. Pero sé que fuimos nosotros.

Al final hemos llegado al punto, estamos rodeados por todo lo que yo siempre he sabido, lo que siempre hemos tenido delante. Lo que elegí no ver. Al final nos hallamos en medio de lo que yo he estado rehuyendo durante media vida. Me produce vértigos y tengo que aferrarme al banco. Mi propia cobardía es tan tangible, tan terrible a la luz de lo que quizá sea la verdad. Pero me obligo a apartar el odio hacia mí mismo. Tenemos que seguir adelante, hay que alcanzar la superficie.

—¿Por qué me dejasteis vivir después de que fallarais con la bomba?

¿Por qué me dejasteis vivir? Qué cosa tan curiosa de decir. Las palabras casi se me pegan a la lengua. Susan se encoge de hombros.

—¿Qué podíamos hacer? ¿Ejecutarte en Langley? ¿Un accidente de coche en Delaware? Habría sido demasiado evidente. Si hubieras muerto así, después de la bomba, habría salido a la luz. Y no sabíamos si habías entendido la conexión. Si habías tomado alguna medida de seguridad después de la bomba. Por otro lado, supongo que había alguien de más arriba de la jerarquía que se dio cuenta de que no podemos dedicarnos a matar a nuestros propios agentes cuando todo lo que hacen es ocuparse de su trabajo. Todo ese asunto fue un error desde el primer minuto. Un error tremendo. Y luego quedó demostrado que eras leal. Más que eso.

Mi corazón se ha detenido. El calor y el hormigón, los trozos de cristal. Tus ojos cansados, tu pelo lacio en mi coche. La respiración apenas perceptible de la niña sobre mi pecho. Un error. La banalidad en esa expresión. La banalidad en el hecho de que me haya pasado toda la vida evitando pensar en ello. Siento el contorno de una rabia descomunal, una maldad, creciendo en mi interior. Paralelamente, el tiempo se me escurre de las manos. Esto no es más que una parte. La historia no es más que una parte. Quizá todavía haya espacio para un futuro.

—¿Y Beirut? —digo yo—. ¿A quién maté en Beirut?

—Un fabricante de bombas de Hezbolá. Tal como te dijimos. Lo habíamos buscado durante mucho tiempo y acabábamos de recibir información nueva de que estaba en Beirut. Fabricamos los datos de que él era quien estaba detrás de la muerte de tu novia. Fue una oportunidad de alcanzar un objetivo operativo al mismo tiempo que cambiábamos la historia. Así resolvíamos el problema que teníamos. Y te daba a ti lo que querías, ¿no es así? Te dio tu venganza. Solo había puntos favorables en aquella ecuación. Salvo por las cuestiones morales. Pero, bueno, ya sabes.

Sonríe discretamente otra vez, apenada. Quizá comparta mi idea de que ponemos el mal a ambos lados de la balanza, que esa es la ecuación que nos ha llevado hasta aquí. Que es la relatividad la que nos ha guiado. Lo que parece racional hasta que se retira el telón y todo lo que vemos es pura locura. Se vuelve para mirarme.

—¿Por qué ahora? —pregunta—. ¿Por qué de pronto has decidido ver lo que has tenido ante tus ojos toda la vida?

Lo único que siento es un gran vacío. Lo único que noto es el deseo de echar un trago.

—Necesito una copa —digo.

—Creía que ya no bebías —señala Susan.

No hay nada de mí que no sepan.

20 de diciembre de 2013

Estocolmo

Serán 275 coronas —dijo el taxista y se inclinó hacia delante para ver mejor la imponente mansión de los años veinte que relucía espléndida con la iluminación de la fachada—. Esto parece un auténtico castillo.

Gabriella sacó la cartera y le pasó la tarjeta de crédito de la empresa. Klara la había llamado hacía media hora, asustada y en *shock*. Una vocecilla lastimosa. Era una pesadilla, una fantasía extraña y descarrilada: Mahmoud había sido asesinado delante de sus ojos en París, ahora Klara estaba en búsqueda y captura, su foto había aparecido en portada en la prensa. Doctorando Muerte y la hermosa secretaria política.

—¿Me representarás? —le había preguntado Klara—. Dime qué tengo que hacer.

Las ideas se le habían disparado a Gabriella. Desconcierto y miedo. La sensación de no hacer pie, ni siquiera de puntillas. Pensó en lo que Bronzelius le había dicho. Que lo de Mahmoud había sido una confusión, que la Säpo parecía saberlo. ¿Pero quién había estado persiguiendo a Mahmoud e iba ahora tras Klara?

—Ven a casa —le había dicho al final—. Ven a casa y lo resolveremos. De alguna forma.

No tenía ni idea de si era la decisión correcta. A lo mejor debería haberle dicho a Klara que se pusiera en contacto con la policía francesa. Según los medios, solo querían hacerle una serie de preguntas. Pero Gabriella no se atrevía a correr ese riesgo. Había llamado a Wiman en cuanto colgó a Klara.

El taxista le devolvió la tarjeta y Gabriella bajó del vehículo. El reloj de su móvil marcaba las 00.12. Una hora singular para hacerle una visita al jefe en su casa. Pero había sido propuesta de Wiman. De alguna manera, a Gabriella le resultaba reconfortante que Wiman se preocupara por esto.

No cabía duda de que su casa era magnífica, constató mientras subía por el camino perfecto de adoquines hasta la entrada. Gabriella había oído las historias. La casa era legendaria entre los jóvenes juristas de la empresa que habían sido honrados con una invitación. Era un cubo de color crema de dos plantas, quizá 300 metros cuadrados. Al estar la casa ubicada en una pequeña colina tenía un aire de aislamiento, como si fuera demasiado exclusiva para mezclarse siquiera con el resto del barrio de Djursholm. El viento silbaba entre los robles pelados de los alrededores.

El timbre hizo lo que pudo para estar a la altura del resto de la casa y emitió un grave *ding-dong* cuando Gabriella apretó el botoncito blanco que había junto a la doble puerta. No tardaron más de dos segundos en abrir.

—Gabriella, bienvenida. Pasa —dijo Wiman.

A pesar de la hora, iba vestido impecable con su vestimenta habitual. Traje oscuro con pañuelo rojo en el bolsillo. Camisa blanca. Lo único de lo que había prescindido era de la corbata. En la mano sostenía un vaso de *whisky* de culo redondo. El líquido ámbar parecía brillar en la tenue luz del interior.

—Perdona que te moleste tan tarde —se disculpó Gabriella—. No era mi intención, podríamos haberlo mirado mañana. Solo quería mantenerte informado.

Wiman agitó impaciente la mano y se alejó por el suelo de mármol del recibidor.

—He sido yo quien te ha pedido que vinieras, Gabriella. Si lo quisiese mirar mañana te lo habría dicho.

La condujo hasta lo que parecía un despacho o una biblioteca. ¿Todavía existían las bibliotecas privadas? Gabriella miró asombrada a su alrededor. La pared del fondo estaba dominada por tres ventanas altas con vistas al agua. En la oscuridad solo podía intuirlo, pero Gabriella dio por hecho que la finca tenía acceso privado al mar. Otra ventana en el lateral corto también apuntaba a donde debía de estar el agua. Las demás paredes estaban cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo. Un pequeño fuego se consumía en una estufa de cerámica junto a la puerta por la que acababan de entrar. ¿Cuánto costaba una casa como aquella? ¿Veinte millones de coronas? ¿Más? ¿Esto era lo que cabía esperar de la vida al ser copropietario?

—Guau, tienes una casa fantástica —exclamó.

—De finales de siglo —dijo Wiman, totalmente indiferente al cumplido—. Pero reformada en los años veinte al estilo italiano. Y después la he ido renovando, obviamente. ¿Te puedo ofrecer algo? ¿Un coñac? ¿Una copa de tinto?

Hizo un gesto en dirección a un carrito de caoba pequeño pero bien cargado que descansaba en la esquina, al lado de las ventanas.

—Me tomaría un *whisky* con mucho gusto —contestó Gabriella.

De pronto sintió que una copa era justo lo que necesitaba.

Wiman se acercó al carrito y sirvió una cantidad considerable de *whisky* en un vaso igual que el suyo. Antes de dejar la botella volvió a llenar su vaso.

—¿Agua? —preguntó.

Gabriella negó con la cabeza y Wiman le pasó la bebida antes de sentarse cada uno en sendos sillones Bruno Mathsson, delante de la estufa de cerámica. La estancia estaba oscura, apenas iluminada por el fuego y una tenue lámpara de pie junto al carrito de bebidas.

—Una triste noticia, la de tu amigo. Lo lamento —dijo Wiman y le dio un trago al *whisky*.

Gabriella dio un trago bastante más largo y se reclinó sobre la piel de cordero del sillón. No pensaba llorar, ni aquí ni ahora.

—Sí —repuso—. Es terrible. Sobrecogedor. Todavía no lo he asimilado.

No pudo evitarlo. Una lágrima se escurrió por el rabillo del ojo y se deslizó por su mejilla. Aún era tan reciente, totalmente incomprensible.

Wiman no dijo nada, se limitó a mirar el fuego. Parecía mayor. Demacrado. Como si algo le pesara. Gabriella nunca le había visto esa expresión. Normalmente su cara parecía de teflón, resistente a todo tipo de sentimientos.

—¿Y ahora has tenido contacto con Klara Walldéen? ¿La que según los medios estaba acompañando a Shammosh cuando le dispararon en París?

Wiman se levantó y echó un leño de abedul al fuego, que crepitó antes de que la corteza se prendiera. Gabriella oía el viento silbar entre los árboles centenarios de fuera. Con la palma de la mano se secó la lágrima y luego se mesó los rizos rojos. Asintió con la cabeza.

—Klara me ha llamado hace poco y me ha pedido que la represente. Y pienso hacerlo, evidentemente. Si es que necesita que la representen. No es sospechosa de nada, por lo que yo sé.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Wiman.

—No lo sé. No ha querido decírmelo por teléfono. Pero le he pedido que venga a Suecia. Me ha parecido lo más acertado. Así podremos sentarnos y repasar todo lo que ha sucedido hasta que se ponga en contacto con la policía. Está en *shock*, como cabía esperar. Totalmente en *shock*.

—¿De qué va todo esto?

La voz de Wiman era seca, casi impaciente.

—¿Por qué han asesinado a Shammosh y a ese otro sueco? Es de vital importancia que sepamos qué hay detrás de todo esto.

—No lo sé —contestó Gabriella—. Sinceramente, no tengo la menor idea. Y no estoy segura de que Klara lo sepa tampoco.

—¿Esa es la sensación que te ha dado? ¿Que ella no sabe por qué los han estado persiguiendo?

—Sí —respondió—. O sea, no. No creo que ella sepa lo que está pasando. Por lo menos a mí no me lo ha dicho.

Wiman asintió despacio con la cabeza.

—Exactamente, ¿qué te ha dicho por teléfono? Repítemelo lo más literal que puedas.

Gabriella se dio un momento para pensar y reconstruyó la breve conversación lo más fidedignamente que pudo. La tranquilizaba que Wiman la interrogara. La reconfortaba. La fría atención del abogado en los detalles. Le hacía bien tomar distancia.

—Y ¿cuando venga a Suecia? —preguntó Wiman una vez Gabriella hubo terminado de describir la conversación—. O sea, si viene a Suecia. ¿Cuál es el plan?

—Ha dicho que sabe de un sitio en el archipiélago donde se puede esconder

mientras descubrimos qué está pasando. Cerca de Arkösund. Pero también es el motivo por el que quería hablar contigo. ¿Qué hago? ¿Qué digo? La prensa sacará toda la historia mañana mismo.

Gabriella se acabó lo que quedaba de *whisky* y notó cómo la calentaba por dentro.

—De momento, pasa de la prensa —dijo Wiman.

Cogió el vaso vacío de Gabriella y se fue al bar para llenarlo.

—En lo único en lo que tienes que concentrarte ahora es en que ella venga a Suecia. Mantenla oculta mientras pensamos algo. Infórmame de dónde estaréis exactamente, ¿de acuerdo? Es importante que conservemos el contacto.

Wiman le pasó el *whisky* a Gabriella.

—Dame todos los detalles en cuanto los tengas —insistió—. No quiero vuelos en solitario. Lo digo muy en serio.

Gabriella asintió con la cabeza y se tomó el *whisky* de un solo trago ardiente.

—Debería llamar a un taxi —dijo, sacando el teléfono.

20 de diciembre de 2013

Washington D. C., Estados Unidos

Veinte minutos más tarde estamos sentados en un bar brumoso en Georgetown, en un compartimento al fondo, donde mis chinos resbalan en los asientos de vinilo de color vino. Es un sitio para los que vamos en serio con el alcohol. Mi primer Rusty Nail resulta suave y nostálgico para mis labios. El segundo me fija los pies en el suelo, hace empalidecer la historia por un momento. Dejo la copa sobre la mesa oscura y raída.

Susan da sorbitos a su Club Soda. Hace girar el vaso de tubo y el hielo tintinea al topar con las paredes de cristal. El sonido se mezcla con una canción que me suena vagamente. *These mist covered mountains are home for me now*. Bajo la turbia luz del local Susan se ve casi transparente, fantasmagórica. Me ha seguido hasta aquí. ¿Hasta dónde más?

—¿Por qué ahora? —pregunta ella.

Hemos llegado. Hemos seguido los intrincados tentáculos de la historia hasta llegar a este punto. Hasta la superficie. Hasta donde todo consiste en olvidar, perdonar, salvar lo poco que aún queda.

—Mi hija —respondo—. Se trata de mi hija.

No hace ni una mueca. Da un traguito a la copa.

—Klara Walldéen —prosigo—. Aparece en nuestros registros. Quiero tener acceso a todo lo que haya sobre ella. Todos los informes, nuestros datos a tiempo real, todo. Y lo quiero ahora. Ya. Esta misma noche.

Susan se limita a observarme. La neutralidad de su mirada es paralizante.

—¿Y si lo obtuvieras? —dice ella—. Si tuvieras acceso a lo que quieres, ¿qué cambiaría?

Me termino la copa de un trago hasta que los cubitos de hielo chocan con mis dientes. Me reclino y noto cómo la estancia se encoge a mi alrededor. El mundo de fuera se extiende. Noto el calor del alcohol y la pena por mi propio pasado. Siento la angustia y la atracción de la caza. Percibo la fuerza de cada decisión errónea haciendo frente a la fuerza de una única oportunidad para resolver cierta cuestión. Hay un punto en el que el relativismo ya no puede salvar el alma de una persona. Tengo tantas cosas que compensar.

—¿De qué se trata? —pregunto—. ¿En qué está metida?

Susan me atraviesa con la mirada.

—¿Por qué nunca has mencionado a tu hija?

A pesar de saber que no debería, que ya he ido demasiado lejos, que he cruzado la

raya, le hago un gesto al camarero y veo que asiente con la cabeza y se estira para coger un vaso, lo llena de hielo, *whisky*, *Drambuie*.

—Yo he preguntado primero —digo.

—¿Creías que podías protegerla? ¿Mantenerla al margen? —dice Susan.

Un velo de tristeza se ha posado en su rostro. Su tez pálida contra el color vino del respaldo en el compartimento. La oscuridad del local. Los primeros contornos de sombra bajo sus ojos que su discreto maquillaje ya no puede remediar. Es tarde, pero los dos estamos acostumbrados a las noches sin sueño.

—Entenderás que ya lo sabíamos todo cuando volviste de Damasco, hace treinta años. La dejaste en la embajada sueca un par de días después de la bomba. Se crio con sus abuelos maternos en el archipiélago sueco. He estado al tanto de tus búsquedas en nuestras bases de datos desde que lo hiciste por primera vez, diez años atrás. No hay nada que no sepamos.

Es extracorporal. Vertiginoso. Confrontar la propia traición. Plantarse desnudo delante de uno mismo. Volar muy por encima del propio cuerpo, del mundo que uno mismo se ha construido. Noto que me tiemblan los dedos y resisto la tentación de engullir la copa que el camarero me acaba de poner delante. Doy un trago. Tintineo de hielo. Todo lo que ella me dice, todo lo que en realidad ya sé. Doy un trago más a la copa. Reclino la cabeza y cedo, me la termino toda. Dejo que el dulce líquido me recorra todo el cuerpo, que me dé una especie de fuerza quebradiza. El único secreto con el que me he dejado engañar. Ni siquiera eso. Toqueteo la carpeta beis que Susan ha dejado sobre la mesa.

—Me la suda —digo—. Me importa una mierda lo que supierais. Dame la información sobre Klara, Susan. Para mí ha terminado. Se acabó. Iré al *Washington Post* con lo que sé, con lo que puedo demostrar. Lo juro por Dios, Susan. Ya basta. Dame la oportunidad de corregir lo poco que me queda.

Susan deja su vaso sin hacer ruido y desliza una mano hasta la carpeta. Con calma, la abre sobre la mesa, entre los dos. Los papeles de su interior se agitan con la corriente de aire y se esparcen. Diez. Veinte. Quizá treinta hojas. Todas en blanco. Vacías. Solo hojas DIN-A4 blancas. Nada más.

Después estamos sentados en el coche. Noto el temblor y los azotes de la embriaguez. Susan conduce tranquila por la ciudad adormecida mientras me lo cuenta todo sobre Klara y Mahmoud. Sobre los errores y la pérdida de control. Sobre el día a día normal y desesperado en nuestro mundo y de una nueva operación sin sentido.

Cuando termina, hace una llamada y le pide a un asistente de guardia anónimo y lo bastante alejado que me reserve un billete. Deja el coche delante de mi complejo de apartamentos. Gira la muñeca y echa un vistazo a su reloj sencillo y caro.

—Faltan cuatro horas para que salga tu avión —dice—. Necesitas una ducha y

café. ¿Todavía tienes alguna tapadera que puedas usar?

Asiento en silencio. Pienso en los dos pasaportes canadienses con nombres distintos que descansan en mi caja fuerte. Pensé que se había acabado. Que el juego había terminado. Pero siempre hay espacio para una partida más. Siempre hay una última oportunidad.

—¿Por qué, Susan? —pregunto—. ¿Por qué haces esto por mí?

El motor eléctrico del Ford emite un leve zumbido. Los copos de nieve revolotean a la luz de las farolas.

—¿Tal vez porque te lo debo? —dice ella—. ¿Tal vez porque es la mejor oportunidad que tenemos de resolver esto? ¿Acaso importa?

Abro la puerta del coche. El alcohol me transforma en gas, me hace bajarme del vehículo como una nube. Nada importa. Nada, excepto la siguiente partida.

21 de diciembre de 2013

Ámsterdam, Países Bajos

A bordo del autocar nocturno medio lleno y mal limpiado rumbo a Ámsterdam, el sueño logró apoderarse al fin de Klara. El Eurolines era la mejor alternativa para salir de París. Nada de identificaciones y difícilmente se toparía con un control de pasaportes en Ámsterdam. Eurolines —el lento y aborrecible aparato circulatorio transcontinental de la Europa pobre— reflejaba con exactitud el mapa de rutas en tren y avión de la clase media. Mismos destinos, distintas personas. En lugar de ejecutivos con maletines Samsonite y familias de color de rosa, los autocares transportaban a carpinteros polacos con botellas de vodka y cajas de herramientas, mujeres musulmanas solitarias con velo y maletas minuciosamente envueltas en plástico barato. Algún que otro estudiante con problemas de liquidez y a punto de cruzar el continente por amor. Klara se había estirado en dos asientos y se había puesto el bolso a modo de almohada; la cinta de la funda del ordenador se la había enrollado con varias vueltas al brazo izquierdo. Antes de que el autocar hubiera salido apenas del centro de París, ya estaba dormida.

Klara no se despertó hasta que el autocar se detuvo delante de la estación Amstel, en el centro de Ámsterdam. Todavía estaba oscuro y un viento mordaz se metió en la cabina cuando las puertas se abrieron con un suspiro. Klara se puso el gabán y se bajó el gorro de punto hasta taparse las orejas. Mientras se frotaba el sueño de los ojos, echó un vistazo por la ventana como quien intuye que lo está esperando un despliegue policial. Pero el cemento delante del edificio de los años treinta estaba desierto, a excepción de un autobús local que descansaba con luces apagadas bajo una farola estropeada. Klara se mezcló con el variopinto grupo de pasajeros y comenzaron a bajar todos del autocar. En la fachada de la estación vio un reloj que marcaba casi las siete de la mañana. Faltaban tres horas.

Las calles y los canales de Ámsterdam estaban vacíos cuando Klara se puso a vagar por la ciudad. El viento la azotaba de pleno. Siempre que había estado en Ámsterdam había soplado el viento, como un recuerdo constante y gélido de lo llano que era Holanda.

Se notaba impaciente, casi maniaca. Mantener el recuerdo de Mahmoud, la sangre y la tristeza amenazante a distancia le robaba todas las fuerzas. Al mismo tiempo,

tenía la sensación de que la cabeza, el pecho y el corazón le fueran a estallar con una fuerza colérica que la dejaría esparcida por toda Europa. Se detuvo un momento y cerró los ojos durante unos segundos. Hizo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban para obligarse a sí misma a dejar de pensar en los horrores acontecidos en París y concentrarse en el lugar en el que se sentía, si no feliz, al menos a salvo. La foto de la abuela en el salón, el fuego crepitando en la estufa de cerámica, el mantel de punto y la bella porcelana de Gustavsberg. El sabor del pan de azafrán y el sonido de la incipiente tormenta. Klara sabía de sobra que aquello no era una solución permanente. Era un vendaje temporal para una pierna amputada, pero por el momento le sirvió para detener la hemorragia.

Se había esperado que el personaje que se hacía llamar Blitzworm97 viviera en un barrio de mala muerte y no lo que resultó ser la calle Prinsengracht. Quizá en un garaje de un barrio de hormigón de la periferia, donde, con sobrepeso y vestido con una camiseta de Star Trek, tomaba Jolt Cola y forjaba planes para destruir el centro financiero mundial mediante un ciberataque bien dirigido. Definitivamente, no aquí, entre los pintorescos canales y los adornos navideños del acogedor centro de Ámsterdam. ¿De verdad tenía la dirección correcta? Pero Klara lo había mirado un millón de veces antes de deshacerse del teléfono y solo había una calle Prinsengracht en Ámsterdam.

El número 344 parecía una casa unifamiliar. Ventanas grandes y relucientes que daban al canal. Dentro se podía ver una cocina clínica de acero inoxidable en la que un hombre cano de unos cuarenta y cinco años, vestido con traje azul marino impecable, estaba sentado en un taburete alto tomando café y leyendo la prensa de la mañana. Era la perfecta imagen de un hombre europeo de éxito, como sacado del suplemento *How To Spend It* del *Financial Times*. Klara sintió que el corazón se le hundía en el pecho. Mierda. Ese no podía ser Blitzworm ni de broma. Joder. Era imposible. Aquí había algo que no cuadraba.

Pasó por delante de la casa a paso ligero y se sentó en una cafetería a un par de manzanas. Pidió un capuchino y dos cruasanes. De pronto le había entrado hambre. ¿Cuándo había sido la última vez que había comido algo? Estaba desconcertada, intranquila. El hombre de la ventana no parecía necesitar doscientos euros. Probablemente, la corbata que llevaba le había costado más cara. Pero era la única carta que Klara podía jugar.

A las diez y cinco minutos, Klara tragó saliva y llamó al timbre del 344 de la calle Prinsengracht. Estaba sudando, a pesar del frío invernal. Las nubes volaban bajo sobre la ciudad y una malvada llovizna le humedecía la cara. Pasaron diez segundos

antes de que oyera pasos en la escalera dentro de la casa. Diez segundos más hasta que la puerta se abrió de par en par.

Una chica delgada de unos quince años se le presentó delante. Pómulos altos y ojos azul claro. Una cara delgada como la de un galgo, con una boca que se veía demasiado grande. Brazos largos, colgantes. Vaqueros holgados y una camiseta de Justin Bieber sobredimensionada. Toda ella se veía desproporcionada. Incómoda. Pero Klara sospechó que con esos pómulos y esos ojos, las cosas serían muy diferentes una vez pasados los años de adolescencia. Estaba mascando chicle. Naturalmente.

—Hola —saludó Klara en inglés, insegura de cómo continuar.

La chica la miró. Una sonrisa infantil y arrogante en sus labios.

—¿Sí? —dijo—. ¿A quién buscas?

Hablaba inglés de Estados Unidos. Casi sin acento.

—Perdón —repuso Klara—. Debo de tener mal la dirección. —La chica siguió mirándola sin hacer el menor ademán de cerrar la puerta—. Lo siento, disculpa —añadió Klara, y comenzó a darse la vuelta.

—Entra —dijo la chica—. Tú debes de ser la amiga de SoulXsearchers, ¿no?

Klara se detuvo a medio giro.

—Sí —contestó—. Supongo que sí. ¿Tú eres Blitzworm97?

—¿Te esperabas otra cosa? —preguntó la chica mientras Klara entraba en el luminoso recibidor al estilo Philippe Starck. En una mesa rococó pintada de blanco había un jarrón alto con rosas blancas frescas. Al lado, un cuadro que podía ser un Miró auténtico.

—No sé —dijo Klara.

—¿Un chico, quizá? —continuó la joven—. Siento decepcionarte.

Señaló las escaleras del otro extremo del recibidor.

—Mi cuarto está arriba del todo.

Subió delante de Klara tres tramos de escalera hasta que llegaron al desván. Una puerta conducía a una habitación grande, un tanto esquizofrénica, con techo inclinado y dos buhardillas. Por lo visto, allí dentro alguien había continuado con la decoración elegante y minimalista del recibidor. Paredes blancas y un suelo de madera oscura, bien cuidado. Vigas descubiertas y alféizares en mármol negro. Pero otra persona —Blitzworm97, sospechaba Klara— había hecho todo lo que había podido para crear un ambiente menos sofisticado y más urbano en la habitación.

Grandes partes de las paredes estaban cubiertas con pósteres y carteles. The Notorious B. I. G., Tupac, Bob Marley. Grafitis pintados en grandes lienzos. Fotos de hojas de marihuana. Un par de tablas de *skate* asomaban por debajo de la cama. Media habitación estaba totalmente cubierta por un impresionante equipo informático de ordenadores y monitores. Las sábanas de Laura Ashley estaban revueltas. En el

suelo había tangas, calcetines y platos con restos de comida.

—Intuyo que la camiseta de Justin Bieber es pura ironía —dijo Klara, y sonrió.

—Bingo —replicó la chica a secas.

Blitzworm97 se sentó en la cama y sacó una bolsita de marihuana y papel de fumar de una caja que guardaba en la mesita de noche. Sin decir una palabra comenzó a liarse un porro. Había una rebeldía tan estudiada en aquella actividad que Klara no pudo disimular la sonrisa.

—Bueno, Blitzworm —dijo—. ¿Quieres que te llame así o tienes un nombre real?

—Puedes llamarme Blitz, si quieres. O Blitzie. Como prefieras.

Encendió el canuto y le dio un par de caladas profundas.

—¿Quieres o qué? —dijo ofreciéndoselo a Klara.

—Claro, Blitzie —contestó Klara y cogió el porro.

Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que había fumado marihuana. Debió de haber sido en Bruselas, recién aterrizada. Nunca le había gustado demasiado. Pero ahora, pasadas las diez y con una adolescente rebelde en Ámsterdam, le parecía bastante oportuno.

—¿No eres un poco pequeña para esto? —preguntó Klara y soltó el humo hacia el techo.

Blitzie se hizo de vuelta con el porro y le dio una calada avariciosa y desobediente.

—Esto es Ámsterdam, ¿vale? A nadie le importa.

Klara asintió con la cabeza. A lo mejor era verdad.

—Tienes una casa muy bonita —observó.

—¿A quién le importa? —renegó Blitzie—. Mis padres son unos capitalistas asquerosos. Los odio.

Esta vez Klara no pudo reprimir la sonrisa. Quizá era la marihuana lo que le aportaba calidez y casi calma. Le entraron ganas de acercarse y pasarle un brazo por los hombros.

—Se te pasará —dijo.

Blitzie se encogió de hombros.

—¿De qué conoces a SoulXsearcher? —preguntó.

—Trabajamos juntos —respondió Klara—. Somos amigos, supongo. ¿Y tú?

—La red —dijo Blitzie y señaló los ordenadores con el mentón—. Él conoce a gente que yo conozco. *Hackers*. *Hackers* de verdad. Ellos se fían de él, así que yo me fío de él.

—¿O sea que eres una *hacker*? —preguntó Klara.

—Yo creé Blitzworm.

Miró a Klara como si esperara impresionarla.

—Vale —dijo Klara—. O sea, yo no soy ninguna *hacker*. No significa nada para

mí, lo siento.

Blitzie pareció decepcionada.

—Hackeé el servidor del MIT. Massachusetts Institute of Technology. La mejor escuela del mundo de programación. Les dejé mi currículum en su intranet. Se lio bastante gorda. Me ofrecieron un sitio para cuando termine la escuela. Pero paso.

—Vaya —dijo Klara—. Pero ¿por qué no? ¿No dejaste el currículum por algo?

—Bah, paso de su mierda de escuela de pijos. Además, está llena de coreanos.

Klara negó con la cabeza, la marihuana la había ralentizado un poco. ¿Cómo se habían ido por las ramas? Ni que fuera una orientadora escolar.

—Vale —dijo—. Oye, Blitzie, tengo un ordenador al que no puedo entrar. Jörgen, o SoulXsearcher, me dijo que tú podías ayudarme.

Klara sacó el MacBook de la mochila.

—¿Por qué no lo llevas a una tienda Mac? Seguro que te pueden ayudar —dijo Blitzie con una sonrisita mordaz.

Klara suspiró.

—Venga ya, ¿quieres doscientos euros o no?

—El precio ha subido —dijo Blitzie mientras encendía el porro, que se le había apagado entre los dedos—. Quiero trescientos.

21 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

Estar de vuelta en Suecia solo hacía la situación más extraña, más incomprensible, más parecida aún a una pesadilla. Por un instante, el pequeño jet privado había conseguido que George se sintiera más animado. No dejaba de ser la hostia. Montarse en la furgoneta negra de Digital Solutions hasta los pies del avión, que estaba preparado en la pista de despegue. Ni pasaportes ni controles de seguridad. Simplemente, bajarse del coche y subir la escalerilla para desplomarse en uno de los asientos de cuero. Para Josh y Kirsten y el resto de la pandilla de Reiper no parecía nada del otro mundo. Quizá era así como solían viajar.

Pero George había soñado con una situación como esta, había cruzado los dedos para que apareciera un cliente que tuviera ese estilo de vida, esos recursos. Los compañeros le habían hablado de trabajos para bancos o empresas de internet en los que a veces ocurría que los consultores tenía que volar con la directiva de la empresa, y George había estado deseando que llegara el día en que le pasara a él. Jet privado. La confirmación última de un éxito sin precedentes. Pero ahora, en compañía de la banda de asesinos —o lo que fuera aquella chusma— que Reiper tenía a su servicio, ya no podía engañarse a sí mismo. El estrés no desaparecía. Y ni siquiera tenía un poco de tema para aliviarse.

Además, después del día en París se había creado un ambiente de mierda. Reiper estaba fuera de sí. George, con una creciente sensación de inverosimilitud, había visto en las noticias el asesinato de Mahmoud Shammosh. Klara encabezaba la lista de personas buscadas. Le entraban ganas de vomitar solo de pensar que él estaba metido en aquello. ¿Cómo cojones había llegado a esto?

Pero al menos a Klara parecía que se la hubiera tragado la tierra, por lo que George podía deducir de los fragmentos que iba recopilando. Ni rastro del móvil ni extracciones en ningún cajero automático, nada. Pero entonces lo habían obligado a traducir una conversación entre ella y una amiga, una abogada defensora cuyo nombre a George le sonaba vagamente. Por lo visto, a la otra chica también le habían pinchado el teléfono.

George había titubeado, había pensado en la posibilidad de mentir. Pero no se atrevía. No desde que había sido testigo de la brutalidad en París. No desde que había quedado bien claro que Digital Solutions eran asesinos. Asesinos insensibles, despiadados y profesionales. Así que había vendido a Klara por segunda vez. Les había contado que había indicios de que iba a volver a Suecia. Vaya alimaña de mierda que estaba hecho. Un auténtico desgraciado.

Por órdenes de Reiper, George había alquilado una casa en Arkösund. Parecían estar seguros de que ella iba a aparecer por allí. Treinta y cinco mil coronas a la semana era un precio abusivo, pero a Reiper parecía que se la traía floja, y la casa al menos tenía buena pinta. Construida antes del cambio de siglo, amarilla con esquinas blancas y un porche acristalado con vistas al mar y al puerto deportivo. La banda de Reiper había puesto dos prismáticos enormes en el porche nada más entrar en la casa y, por lo que parecía, vigilaban el puerto por turnos, día y noche. Nadie se había molestado en explicarle a George qué era lo que estaban buscando, aunque podía hacerse una idea. Un auténtico trabajo de mierda, eso es lo que era aquello.

Y George era una especie de prisionero. Reiper no había dicho nada, pero era evidente que no podía largarse así sin más. Cerraban la puerta de entrada con llave y la quitaban del cerrojo. Y pocas veces lo dejaban solo, tenía la sensación de que siempre tenía cerca a alguien del grupo. Reiper le había quitado el móvil con la excusa del incidente en París. No había hecho ningún comentario, pero George vivía con el pánico constante de que Reiper supiera que había sido él quien había avisado a Klara.

George sopesó la posibilidad de encender la tele otra vez, pero ya no aguantaba escuchar nada más sobre Shammosh y Klara en las interminables noticias. Así que le echó un vistazo a la única estantería de la casa, que parecía estar compuesta única y exclusivamente de ejemplares manoseados de novela sueca de intriga. Como cualquier otra cabaña de verano. En un revistero junto a una de las estufas de cerámica del salón había algo que parecía la colección entera de la revista *Amelia*. George sacó el último número. «Malou von Sivers: “Mi lujo de cada día”», decía uno de los titulares en portada. Con un suspiro de rendición, George dejó caer la revista donde estaba, se reclinó en el sofá y cerró los ojos.

—Es un trabajo duro no hacer nada. Puede aburrir a cualquiera.

George abrió los ojos y giró la cabeza. Kirsten estaba echada en el sofá que tenía justo enfrente. En la gris luz de la mañana solo podía verle la silueta. Debía de haberse quedado dormido, porque no la había oído entrar en la sala.

—Desde luego —dijo él, y sonrió—. Creo que me he dormido.

Se incorporó un tanto descorazonado y se colocó bien el suéter azul marino que Josh le había prestado. Reiper no le había dejado pasar por casa para hacer una maleta antes de coger el vuelo, por lo que George estaba viviendo con la única ropa que llevaba puesta, salvo unos vaqueros y algún que otro jersey que Josh le había tirado con desgana. Alguien le había comprado slips y calcetines en un supermercado o algo parecido. Se sentía como un puto sintecho. Pero lo digería como buenamente

podía. Todos los de Digital Solutions parecían ir vestidos como universitarios yanquis. Chándal de deporte o tejanos.

—No parece que la cosa mejore —dijo—. A todos se nos hace pesado. Mucho esperar y poca actividad. Pero es parte del trabajo.

—¿Parte del trabajo?

George intentó arreglarse el pelo de la forma más discreta que pudo. Kirsten no era su tipo. Sus labios eran demasiado finos, demasiado anónimos. Muy poco maquillaje, si es que llevaba, y siempre esa coleta. Ciertamente bajo esos suéteres que siempre llevaba tenía un cuerpo muy bien entrenado, pero parecía más atlético que cuidado por cuestiones estéticas. Qué más daba, era la única tía del equipo de Reiper. Si había algo que brillara por su ausencia eran las distracciones.

—Y ¿cuál es el trabajo, exactamente?

Kirsten le sonrió. Tenía un hoyuelo pequeño y asimétrico en la mejilla derecha. La hacía parecer más tierna. Y no una asesina profesional.

—Control de daños —dijo—. Por el momento es control de daños. Tu colega ha tenido la mala suerte de que haya caído en sus manos una información que no tiene capacidad para controlar. No podemos correr riesgos. Hay demasiada probabilidad de que las consecuencias negativas se acaben descontrolando. Lamentablemente.

—¿Que las consecuencias negativas se acaben descontrolando?

George la miró y pestañeó unas cuantas veces.

—¿Siempre hablas así?

Kirsten se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que nos darán por el culo a todos, en el mal sentido de la palabra, si esa información sale a la luz? ¿Te parece lo bastante expresivo así?

Le lanzó una mirada llena de seguridad y una altivez que parecía rozar la frontera con la compasión. Como si ella perteneciera a una forma avanzada de vida y necesitara recordarse a sí misma que los seres en posición inferior no tenían el mismo acceso intuitivo a la información que ella.

—Sí, sí. Reiper ha intentado describirlo —murmuró—. Pero ¿asesinarlos? Madre mía.

—No asesinamos a nadie —dijo Kirsten serena—. Estamos en guerra, ¿me oyes? Los soldados no asesinan, luchan por la supervivencia de su país. Y eso es lo que somos. Soldados. Lo que nosotros hacemos mantiene el mundo a flote. Lo que nosotros sacrificamos hace que tú y tus colegas anémicos podáis ir al trabajo cada día y seguir con vuestras patrañas. ¿Asesinar? ¿Quién coño eres tú para sentarte aquí a hablar de asesinar? Y hacemos todo lo que podemos para que nadie tenga que perder la vida. A lo mejor no me crees. A lo mejor te piensas que disfrutamos con ello.

Sus ojos inteligentes inspeccionaron a George. Una diminuta arruga en la frente lisa. Esa seguridad en sí misma a nivel físico. Podría ser una atleta olímpica o una

joven y atlética médica. Cualquier cosa menos lo que era en realidad. ¿Qué era? ¿Soldado? ¿Espía? ¿Asesina?

—Pero es así como se desarrollan este tipo de operaciones —continuó—. Es como cualquier otra batalla. Expones la táctica, planeas cómo va a transcurrir todo hasta el último detalle. Pero en cuanto suena el primer disparo puedes echar al traste todos tus planes.

—¿Y yo? —dijo George titubeante—. Es casi Navidad. Quiero decir, ¿cuánto tiempo se supone que tengo que quedarme aquí?

Kirsten ladeó la cabeza, una brizna de calidez en sus ojos, como si comprendiera que esa no era la guerra de George. Que él no había elegido estar ahí.

—Lo siento —contestó—. Por el momento te quedarás aquí. El análisis de Reiper dice que no podemos permitirnos soltarte en mitad de la operación.

Se desperezó y le guiñó un ojo.

—Así que será mejor que te acomodes. A lo mejor podrías preparar albóndigas suecas. Me toca hacer turno.

Le sonrió otra vez y luego salió al porche para continuar la vigilancia con los prismáticos.

21 de diciembre de 2013

Ámsterdam, Países Bajos

Klara puso tres billetes de cien en la mesita de centro.

—Como quieras —dijo—. Pero dejémonos de hostias, ¿te parece?

Blitzie se hizo con los billetes y se los guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿De verdad necesitas dinero? —preguntó Klara—. Quiero decir, si tus padres son unos capitalistas asquerosos.

Sonrió con cuidado y miró a Blitzie, que se limitó a fruncir los labios.

—Quieren que crezca como lo que llaman una niña normal —contestó—. Cuarenta euros a la semana. Como si te volvieras normal por eso.

Regresó a los ordenadores del escritorio y pareció perderse en algún foro de opinión. «Esos ordenadores no se los puede haber comprado con cuarenta euros a la semana», pensó Klara. Quizá había distintos niveles de «normalidad».

—Vale —dijo al final Blitzie—. ¿Me lo enseñas?

Klara sacó el ordenador de la funda y se lo entregó. Blitzie soltó un gruñido mientras sus dedos correteaban por el teclado.

—¿Puedes resolverlo? —preguntó Klara.

Blitzie levantó la cabeza y la miró con sus ojos de fumada.

—Yo lo puedo resolver todo, ¿vale? Solo es cuestión de cuánto tiempo se tarda.

—Y ¿cuánto crees que tardará esto?

Klara estaba impaciente, lista para continuar, seguir adelante. Y no sabía cuánto más podría retener esa masa de estrés y tristeza que se estaba expandiendo bajo la superficie.

—¡Dios! Relájate. Voy a ponerme y ya veremos.

Blitzie se quedó callada y estudió a Klara con una expresión nueva en los ojos.

—Tú te llamas Klara, ¿verdad? ¿Eres esa que están buscando por un asesinato en París o algo así? Te has como *fugado*.

Era una afirmación, no una pregunta. No cabía duda de que Blitzie era un genio, pero estaba lejos de ser predecible. Klara asintió.

—Puede ser.

—Entonces, ¿has matado a alguien?

Klara sintió una repentina llamarada de cólera emergiendo de la angustia y buscando una salida por todo su cuerpo. ¿Qué coño había hecho para tener que estar aquí sentada con una niñata prodigio malcriada y respondiendo a preguntas sobre cosas que ya le estaba costando horrores mantener en el olvido?

—Yo no he matado a nadie —dijo—. No me están buscando por asesinato, no me

jodas. Si de verdad te interesa, a mi exnovio... alguien que no sé quién es le ha pegado un tiro en la cabeza. Yo lo estaba cogiendo de la mano.

Klara ni siquiera se dio cuenta de que había alzado la voz, de que las lágrimas habían comenzado a rodar por sus mejillas.

—Lo estaba cogiendo de la mano cuando le dispararon. Se volvió pesado. Me tiró al suelo. Y lo dejé allí. Completamente solo.

No pudo continuar. La voz se le cortó y Klara apartó la cara. No quería estar allí llorando ni pensar en lo que había pasado. Lo único que quería era conseguir la puta clave de acceso y luego continuar, adelante, lejos. No detenerse nunca.

Blitzie dejó el ordenador en el suelo y se sentó a su lado. Uno de sus angulosos brazos se deslizó por los hombros de Klara. Con la otra mano le acarició la mejilla.

—Lo siento —dijo—. Lo siento. No era mi intención. No soy muy buena con los sentimientos. A lo mejor soy autista o algo.

Klara se enjugó las lágrimas, se mesó el pelo corto con ambas manos. Se volvió para mirar a Blitzie.

—Tú no eres autista —dijo—. Solo adolescente. —Respiró hondo—. ¿Podemos dejar de hablar de mí y centrarnos en el ordenador?

Blitzie apartó el brazo y recogió el MacBook. Luego estuvo removiendo el escritorio hasta que encontró una memoria USB con la que pareció contentarse. La conectó en un puerto y reinició el ordenador. Sus dedos delgados volvieron a revolotear sobre el teclado.

—Así —dijo al final—. Ahora solo hay que esperar. Le estoy pasando un programa que he modificado un poco. Encontraremos la contraseña, pero puede tardar un rato. ¿Quieres una cerveza?

Ya iban por la segunda Heineken y el segundo porro y estaban zapeando entre una maratón de la serie *Jersey Shore* en MTV —que Blitzie aseguraba odiar, pero aun así insistía en ver— y los canales de noticias. Por lo visto disponía de una infinidad de canales. La mañana fue avanzando lentamente hasta convertirse en mediodía.

Los «cerdos capitalistas» que Blitzie tenía por padres dirigían un fondo de inversiones y eran unos adictos a la información, por lo que tenían todos los canales que uno se podía imaginar. Parecía que el asesinato de Mahmoud había caído de todos los noticiarios europeos. Pero cuando Blitzie bajó a la cocina para coger algo de picar, Klara hizo *zapping* al registro superior de canales por satélite y, para su asombro, encontró el canal de noticias sueco SVT24. Se sentía perezosa y fofa por la marihuana y la cerveza. Pero, en ese momento, estar narcotizada era infinitamente mejor que estar totalmente despierta.

Estaban pasando una noticia cuando Blitzie entró en la habitación con una bandeja de nachos y salsa.

—... y hoy tenemos con nosotros en el estudio a Eva-Karin Boman,

parlamentaria socialdemócrata en la Unión Europea. Bienvenida, Eva-Karin.

Klara se quedó boquiabierta y se incorporó en el sofá de Blitzie. Subió el volumen en el enorme televisor e hizo un esfuerzo para concentrarse. La cámara hizo un *zoom* a la cara maquillada de Eva-Karin. Se la veía estresada.

—En los últimos días hemos seguido de cerca la situación de un doctorando sueco buscado por la Interpol por terrorismo —empezó el presentador con una mirada seria al objetivo de la cámara—. El viernes pasado fue abatido por unos desconocidos en un tiroteo. Iba acompañado por una mujer sueca, Klara Walldén, que ahora está siendo buscada por la policía francesa.

El presentador hizo una pausa y la cámara amplió el plano para coger también a Eva-Karin.

—Klara Walldén ha trabajado contigo durante varios años, Eva-Karin. ¿Por qué crees que se está escondiendo?

Ahora la cámara enfocó la cara de Eva-Karin.

—Pues la verdad, Anders, es que no sé qué decirte. Supongo que la reacción normal cuando te ves metido en algo como lo que le ha pasado a Klara debería ser acudir en persona a la policía. Al no hacerlo, y más aún, al optar por mantenerse en el anonimato, no me parece tan extraño que empiecen a surgir preguntas.

—¿A qué tipo de preguntas te refieres?

—Preguntas relacionadas con su vinculación con terroristas reconocidos, por ejemplo. Naturalmente, jamás he tenido ningún motivo para discutir esto con Klara hasta la fecha. Su papel en mi gabinete ha sido como secretaria...

Klara se levantó del sofá. Estaba temblando de pies a cabeza.

—¡Terroristas reconocidos! ¡Secretaria! —gritó a viva voz—. ¿Qué coño quieres decir?

Por lo visto, el entrevistador se estaba preguntando lo mismo.

—El sueco abatido no era un terrorista reconocido, que sepamos.

—Que sepamos —dijo Eva-Karin—. Ni tampoco sabemos a qué redes ha pertenecido ni qué nexos ha tenido Klara con ellas. Todo lo que puedo decir es que si no tiene nada que ocultar la exhorto a que acuda inmediatamente a las autoridades francesas.

Klara apagó la tele y lanzó el mando contra la pared. Las pilas salieron volando en distintas direcciones por el suelo oscuro. No se había esperado gran cosa de Eva-Karin, pero que contactara de forma activa con los noticiarios para mancillarla resultaba excesivo incluso tratándose de ella.

Blitzie ni se había inmutado con la explosión de Klara y se había sentado delante del ordenador sin que ella se diera cuenta.

—Cabrón —murmuró, mientras sus manos volaban por el teclado—. Vamos a tardar semanas en petar el puto código este.

Klara notó que algo caliente y grande le estaba creciendo en la garganta. Una tensión ardiente en las sienes y detrás de las orejas. Como cuando de pequeña se veía desbordada por una injusticia o una tristeza. Echó la cabeza hacia atrás para atajar el llanto. Tardarían varias semanas en encontrar la clave de acceso. ¿Cómo lograría esconderse durante semanas? Los ojos abiertos de Mahmoud, la sangre, la foto de la familia de Cyril y las sombras se abrían paso en la nevada delante del súper de París. Todo daba vueltas en su retina. La arrollaba como una ola violenta. Ya no podía más, no podía soportar la situación. Sollozó fuerte. Las lágrimas rodaban calientes por sus mejillas.

Pero entonces notó la manita huesuda de Blitzie acariciándole el reverso de la mano. Klara hizo un esfuerzo por levantar la cabeza y mirarla a través de un manto turbio de lágrimas. Vio a Blitzie tan pequeñita. Tan preocupada.

—No llores —dijo—. Por favor. Puede que tenga una idea. Pero es complicada.

23 de diciembre de 2013

Estocolmo y Arkösund, Suecia

Gabriella tiritó de frío y se tapó aún más las orejas con el gorro. Se frotó los hombros y los brazos y dio unos cuantos saltos para entrar en calor. Como no le sirvió de mucho, sacó una cajetilla de Benson & Hedges del bolsillo. Necesitó tres cerillas para prenderle fuego al cigarrillo. Falta de costumbre. Hacía tiempo que no fumaba por la mañana. En realidad nunca había sido una auténtica fumadora. Solo con Klara y Mahmoud durante las épocas de exámenes o en los *pubs* londinenses. Pero en las circunstancias actuales le resultó inevitable. Dio un par de caladas rápidas y paseó la mirada por la ciudad.

A pesar de la oscuridad, las vistas del mirador de Katrinahissen eran inigualables. Estocolmo titilaba con la mañana, bajo el humo de invierno y los cristales de nieve. El tráfico se había puesto en marcha, Gabriella podía oír su murmullo sordo más abajo. Los vagones del metro parecían luces de Navidad que se movían en el tramo abierto entre Söder y el casco antiguo de Gamla Stan. A pesar de vivir a pocos kilómetros de ahí y de que casi podía ver su oficina en el puente de Skeppsbron desde donde estaba ahora, era raro que se acercase por aquí. Le daba la sensación de que el ascensor de Katrinahissen era para turistas. O adolescentes. O alcohólicos. Cualquiera menos ella. Se volvió y oteó la pasarela del mirador. No había nadie. Estaba completamente sola. Eran las ocho menos cinco de la mañana.

Faltaban cinco minutos. Habían pasado casi veinticuatro horas desde que recibió el *e-mail* en la dirección princephillipmitchell777@gmail.com, la dirección que Klara le había pedido que abriera cuando hablaron por teléfono. *I'm so happy* de Prince Phillip Mitchell. ¿Cuántas veces habían escuchado el single rayado de Klara? El santo grial del soul que Klara había descubierto en una caja de discos en la plaza de Vaksala, el primer trimestre en Upsala. Diez coronas había pagado por él. En las subastas de discos de internet podían cobrarte mil, si tenías la improbable suerte de siquiera encontrarlo. Klara solo había tenido que decirle que creara una dirección de Gmail con el cantante de la mejor canción del mundo seguido de tres sietes para que Gabriella supiera exactamente lo que quería decir. Y si alguien había escuchado su conversación jamás entendería a qué se refería Klara.

El *e-mail* que le había llegado era de una dirección anónima de Hotmail, no iba firmado y consistía en unas instrucciones detalladas para que Gabriella cogiera el metro y varios taxis alrededor de la ciudad antes de volver a Katrinahissen. Debía asegurarse una y otra vez de que nadie la estaba siguiendo. Debía estar en el sitio a las 08.00 en punto.

Era justo la hora que señalaba ahora el reloj, constató Gabriella cuando se miró la muñeca. Y cuando alzó la mirada de nuevo oyó que el ascensor emitía un ruido y las puertas se abrían. Cuando se volvió hacia él notó cómo la expectación iba en aumento. Pero, en lugar de a Klara, el ascensor llevaba a un adolescente delgado y con ropa ancha, gorra y jersey con capucha debajo de una chaqueta negra que le iba grande. Un *skater*, quizá. Gabriella suspiró y se volvió a girar hacia la barandilla. Como si fuera lo más normal del mundo estar a 38 metros por encima de Estocolmo a primera hora de la mañana el día antes de Nochebuena para contemplar las vistas.

—Vaya, o estás enfadada conmigo o el disfraz es mejor de lo que me esperaba —dijo el *skater*.

Gabriella giró sobre sí misma y miró directamente a los ojos azules de Klara, quien la observaba por debajo de la visera de una gorra negra con las letras MIT estampadas en la frente. Iba sin maquillar y tenía las mejillas hundidas, cansadas, macilentas. Su cara se veía gris en la oscuridad, sus labios más delgados que de costumbre e incoloros. Una discreta y atormentada sonrisa le asomó en las comisuras de la boca.

—¡Klara!

Gabriella tuvo que contenerse para no gritar. Atrapó a Klara con los dos brazos y apretó con fuerza. Se oía el frufurú del contacto de sus chaquetas. Klara tenía la mejilla helada.

—Klara, Klara —susurró Gabriella.

Era lo único que conseguía pronunciar. Todo cuanto pudiera decir se le antojaba insignificante, sin ningún sentido. Así que se quedó abrazando a Klara con todas sus fuerzas, como si deseara por un momento fusionarse con ella en una sola persona. A ambas les rodaban lágrimas por las mejillas. Al final se separaron. Klara hizo un intento infructuoso de enjugarse los ojos, pero estos no paraban de humedecerse.

—Lo siento —susurró—. Lo siento, han sido días muy largos.

Gabriella le acarició la mejilla.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —dijo—. Pareces K. D. Lang.

Klara la miró y soltó una risotada. Primero una vez, luego cedieron los muros de contención y resultó imposible distinguir si estaba llorando o riendo.

—¿K. D. Lang? —dijo, aún con lágrimas cayendo—. ¿Es lo mejor que se te ocurre? ¡K. D. Lang! ¿Acaso hay alguien que todavía se acuerde de ella? La bollera burguesa de Canadá. Madre mía.

Gabriella también se echó a reír.

—Sí, o sea, en el buen sentido —dijo.

—¿En el buen sentido? ¿Cómo va a ser bueno parecerse a ella?

Las risas se diluyeron y las dos miraron a su alrededor, como si de repente tomaran conciencia de dónde estaban.

—¿Has seguido mis instrucciones? —preguntó Klara.

Gabriella asintió con la cabeza.

—Tus instrucciones de espía. Claro. Llevo desde las seis de la mañana dando vueltas por toda la ciudad.

Klara echó otro vistazo. En sus ojos volvía a haber un atisbo de tensión, una profunda inquietud.

—Crucemos los dedos porque realmente estemos solas —dijo—. ¿Has conseguido un coche?

Gabriella volvió a asentir.

—Un colega me prestó el suyo ayer noche. Le dije que es para ir a Ikea, puedo quedármelo hasta pasadas las fiestas.

—¿Y le has quitado la batería al móvil?

—Sí, y he revisado toda mi ropa en busca de emisores o lo que fuera que decías en el *e-mail*.

Klara asintió.

—Vamos —dijo—. Volvamos abajo.

El barrio de Södermalm todavía estaba desierto cuando cruzaron la estación de autobuses de Slussen de camino a la calle Hornsgatan, donde Gabriella había aparcado el Saab que le habían prestado. Gabriella cogió a Klara de la mano y tiró para que se le acercara. Había tantas cosas que contar, tantas cosas que entender, tanta tristeza incomprensible que compartir. Tantas preguntas importantes. Pero no se veía capaz de hacérselas. No ahora.

—¿Cómo has venido? —prefirió preguntarle.

—Autocar —dijo Klara—. Tarda lo suyo.

—Y ¿dónde has conseguido la ropa de *skater*?

Klara echó un vistazo por encima del hombro, los ojos barrían fervorosos toda la calle.

—Es una larga historia. Una *hacker* adolescente de Ámsterdam me la dio. Te lo contaré. Te lo contaré todo en cuanto estemos en el coche.

Una fina capa de escarcha ya se había depositado sobre el parabrisas del coche negro. Gabriella no se molestó en rascarla. Los limpiaparabrisas se ocuparían. Abrió el vehículo apretando un botón del mando y el coche respondió haciendo parpadear los faros.

—Yo conduzco —dijo Klara—. Sé adónde vamos. Y tú estarás ocupada escuchándome todo el camino.

Tardaron dos horas y media en llegar a Arkösund. Klara había conducido despacio y tranquila y había hablado todo el trayecto casi sin descanso. De Mahmoud. De todo el tormento sufrido. Las lágrimas le habían ido cayendo a medida que hablaba, pero se había negado a que Gabriella se pusiera al volante. Era como si

necesitara distraerse, concentrarse en la conducción. Todo le parecía tan inverosímil. Una pesadilla. El asesinato de Mahmoud. Cyril, la rata hipócrita. La caza y el ordenador. El rebuscado plan de Blitzie.

—O sea, que no sabes lo que hay en el ordenador —dijo Gabriella al final—. ¿Ni siquiera sabemos por qué está pasando todo esto?

Klara negó en silencio con la cabeza.

—¿Y nuestra única forma de descubrirlo es con un plan que ha ideado una *hacker* fumeta de dieciséis años de Ámsterdam?

Klara asintió de nuevo y dibujó una sonrisa pequeña y desesperada.

—Pero es jodidamente lista —señaló—. Blitzie es una *hacker* fumeta de dieciséis años muy lista, te lo aseguro.

Gabriella sonrió de vuelta.

—Sí —dijo—. Supongo que tampoco tenemos nada mejor. Tal vez podríamos recurrir a ese Bronzelius de la Säpo.

Klara soltó una risita y negó con la cabeza.

—Hay que joderse —dijo—. En realidad no tenemos nada, ¿verdad?

Al final Klara aparcó el coche en un pueblecito que Gabriella dedujo era Arkösund. Bajando la calle le pareció ver un muelle y, detrás, rocas negras y el mar. El motor enmudeció, Klara sacó la llave y se la dio a Gabriella.

—Hemos llegado —anunció—. Arkösund.

Permanecieron un segundo en silencio contemplando la nieve, que caía cada vez con más virulencia sobre el parabrisas. Aún se derretía al contacto con el cristal, pero no durante mucho tiempo. En breve comenzaría a acumularse.

—Ahora en serio —dijo Klara—. Lo entenderé perfectamente si quieres volver otra vez. No puedo pedirte que te quedes aquí conmigo cuando ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Además, es Navidad.

Gabriella la miró como si no hubiera oído o entendido lo que Klara acababa de decir. Después sacudió la cabeza.

—¿De qué estás hablando? ¿Volver? ¿Ahora? Córdete.

Gabriella abrió la puerta y salió al frío. Los grandes copos de nieve aterrizaron en su cara y en su pelo. Se agachó y asomó la cabeza dentro del habitáculo para apremiar a Klara, que seguía sentada detrás del volante.

—Venga. En marcha. ¿Dónde hemos quedado con tu amigo?

Klara la siguió en la oscuridad del invierno. Señaló el puerto deportivo.

—Allí abajo. Dentro de un cuarto de hora. O doce minutos, para ser exactos.

—¿Doce minutos? Eso es muy exacto —dijo Gabriella.

—A las once en punto. Rebotará en el embarcadero y solo se quedará un par de minutos. Si no estamos allí volverá a las seis de la tarde.

Klara se pasó la correa de la funda del portátil por el hombro y señaló el muelle.

—Vamos —dijo—. Bajemos corriendo. Me estoy muriendo de frío.

Apenas tardaron cinco minutos en llegar al desolado puerto deportivo. Un viento gélido llegaba del mar y Klara buscó el cobijo de la gasolinera apagada. Tiritaban de frío y se frotaron los costados para entrar en calor.

—Solo un par de minutos más —dijo Klara.

—Parece que confías plenamente en Bosse —replicó Gabriella.

Recordaba que Klara le había hablado de él. Un mito en ciernes del archipiélago. El chico con el que Klara se había criado en el remoto archipiélago exterior y con el que había ido al colegio desde primero hasta finales de noveno. Pero toda la infancia de Klara siempre había sido muy desconocida para Gabriella, tan exótica, con su barco escolar, los aerodeslizadores, la caza, la pesca. Romántica y en tono sepia, un largo capítulo de la serie infantil *Vi på Saltkråkan* pero sin padres. Tan alejada de la infancia acogedora y normal que Gabriella había tenido en su familia nuclear en la casa de Bromma. Y Klara no solía hablar del archipiélago. Aquella realidad era la que era. Pero Gabriella sabía que por mucho que Klara se hubiera esforzado para salir de allí, había algo que siempre la hacía volver. Quizá aún más desde que se había mudado a Bruselas.

En algún punto bahía adentro comenzó a oírse un traqueteo sordo, un latido grave, una melodía de bajo.

—Prepárate —dijo Klara—. Está a menos de dos minutos.

23 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

George dio un bocado al pan de *brioche* con queso curado e intentó disfrutar al máximo de disponer al menos de su desayuno preferido. El día antes Kirsten se lo había llevado a un pueblo de mala muerte que por lo visto se llamaba Östra Husby. Supuso que querían que él se encargara de la charla para no llamar la atención. Aquí en el campo los norteamericanos se salían bastante de lo que se podía considerar lo normal, más todavía siendo casi Navidad. Todo el viaje en coche hasta allí George se lo había pasado soñando despierto con agarrar al primer campesino que pasara y gritarle que llamara a la policía. Pero Kirsten parecía saber perfectamente lo que estaba pasando por su cabeza. En cuanto hubo aparcado el coche, con el corazón a galope y los planes de fuga hirviendo como dióxido de carbono en la sangre, ella le había puesto una mano relajada en el codo.

—Me gustas, George —le había dicho. Parecía sincera. De hecho, no se podía negar que la mujer tenía su punto, a pesar de todo—. Pero será mejor que no me sorprendas con alguna idea brillante. No dudes ni un segundo de que te pegaré un tiro por la espalda si intentas algo.

Se había levantado la cintura de la chaqueta, bajo la cual había asomado una pistola automática grande de color ceniza. El corazón de George había dado un vuelco. Los eventuales pensamientos en el atractivo de Kirsten se habían disipado junto con los planes de escapar. Era una matona. No debía olvidarse de eso. Así que George se había concentrado en el zumo de naranja recién exprimido de Brämhult, la hogaza de pan y el queso curado. Ganchitos de queso. Cerveza. Pizzas congeladas y *pyttipanna*, el típico salteado de patata, cebolla y taquitos de ternera.

George tiritó en la moderna cocina de campo, decorada con bastante gusto. Por mucho que hiciera girar la rueda de los radiadores la casa siempre estaba helada. El café ya se había enfriado en la taza y alguno de los yanquis se había acabado la jarra que él había puesto por la mañana al despertarse. Bueno, despertarse era decir demasiado. Apenas había pegado ojo. La intranquilidad, la conciencia, crecían como un cáncer en su interior. Se levantó y estiró las articulaciones entumecidas. Tan solo con que lo dejaran a solas un momento reventaría una ventana y saldría por patas. A la mierda la extorsión barata de Reiper. A la mierda los delitos que le habían obligado a cometer. A la mierda si le pegaban un tiro por la espalda. A la mierda todo. Solo quería salir corriendo a pies descalzos. Pero en el cuarto del piso de arriba donde él

dormía le habían puesto un candado a la ventana y Josh o algún otro desgraciado siempre dormía en la cama de al lado. E incluso aquí abajo las ventanas estaban cerradas. La puerta de la calle tenía el pestillo puesto. Siempre había alguien cerca. Eran profesionales. De eso no cabía duda.

No había más opción que volver al salón. Encender la Xbox que habían instalado para distraerse y echar otra partida al *Halo 4* o al *Modern Warfare 3*. Vaciar la cabeza. Nada de pensar en los días pasados ni en el futuro. Solo apretar el botón de disparo del mando y dejar que el enemigo virtual se enterara de lo que era la angustia.

Acababa de poner en marcha la consola y de saltarse los menús introductorios de *Halo* cuando Kirsten, que hacía el turno de mañana en los prismáticos del porche, alzó la voz.

—Código naranja —dijo en voz alta y dominada en el micrófono del kit auricular con bluetooth que llevaban todos menos George—. Repito: código naranja. Identificación del setenta por ciento. Sujeto sospechoso más uno embarcan en barco menor en el muelle. Tomad posiciones.

Apenas había terminado su orden cuando la casa se llenó de vida. Las escaleras tronaron cuando los hombres de Reiper se abalanzaron hacia el recibidor, la mayoría ya vestidos para maniobra o combate. En el recibidor se pusieron monos de Gore-Tex y botas de invierno. George se incorporó y salió al porche, junto a Kirsten. Estaba inclinada sobre los prismáticos informando de manera continuada por el micrófono.

—El barco ya está rebotando y saliendo del muelle. Dos sujetos han embarcado en la proa y parecen haberse tumbado en cubierta. Es un barco de trabajo de tamaño pequeño. Posiblemente, ochenta caballos. Velocidad máxima estimada, veinte nudos. Una persona en el puente. No hay armas visibles. Permanezcan a la espera para rumbo y posición.

Al principio George no se había percatado de que Reiper había entrado en el porche por la otra puerta, también él a punto de ponerse un mono negro y grueso. Ya llevaba un gorro de lana negro enrollado por encima de sus cejas de color aguanieve.

—¿No estás segura de que sea Walldéen? —dijo tranquilo.

—No al cien por cien —respondió Kirsten sin despegar los ojos de los prismáticos.

Se oyó un golpe en la puerta de la casa. Al otro lado del cristal del porche George vio a dos hombres de negro con bolsas alargadas de goma cruzar a paso ligero el césped en dirección al acceso al agua y el embarcadero de la casa. La pequeña lancha motora que había estado allí tapada cuando llegaron ya tenía el motor en marcha.

—¿Pero casi? —dijo Reiper.

—Lo dicho, setenta por ciento. El sujeto iba vestido como un chico joven y con la nieve es difícil ver los detalles. Pero la persona que lo acompañaba era una mujer que podría ser Gabriella Seichelman. Estaban escondidos detrás de la caseta de la

gasolinera. Y no he visto el barco hasta el último momento. Ha entrado por un puto ángulo muy raro y con los faroles apagados.

Reiper se quedó pensando, pero no más de un segundo.

—No podemos permitirnos más errores. Tenemos que estar cien por cien seguros antes de intervenir —dijo, y apretó un botón de su kit auricular.

—Iniciad plan B y esperad al jefe de equipo. No intervengáis bajo ninguna circunstancia antes de que tengamos una identificación completa.

Se volvió hacia Kirsten otra vez.

—Listo —dijo—. Los marcamos por radar y vemos adónde se dirigen. Doy por hecho que no serán tan tontas como para esconderse en casa de los abuelos de Walldéen. Tampoco parece que haya sido el barco de los viejos el que las ha ido a recoger. ¿Tenemos alguna información sobre quién las ha ido a buscar?

Kirsten negó con la cabeza.

—Nada. Como ya sabes, no nos ha entrado ningún dato al respecto.

Reiper asintió en silencio y cuando se volvió para bajar al barco pareció percatarse de la presencia de George. Sin atenderlo ni con una mueca volvió a dirigirse a Kirsten.

—¿Y le echarás un ojo a nuestro huésped sueco? —dijo—. Según Josh, el dormitorio está listo.

—Tranquilo —contestó Kirsten sin levantar la mirada—. Seguimos el protocolo.

Y con ello desapareció. George siguió su silueta por un instante a través del cristal, hasta que se fusionó con la nevada y lo perdió de vista. Un par de minutos más tarde vio la lancha alejarse despacio del embarcadero y deslizarse por el agua de color del acero con faroles apagados.

—George —dijo Kirsten y se volvió para mirarlo—. Vamos a entrar en un estadio operativo y es mejor para ti si no sabes qué está pasando. Créeme. Voy a encerrarte en el dormitorio.

George soltó un suspiro. Pero no tenía fuerzas para discutir. La ansiedad que tenía en el pecho le succionaba todas las fuerzas.

—¿Lo estás diciendo en serio? —dijo a pesar de todo, solo por hacer un intento—. Kirsten, joder, ¿hace falta?

Ella se puso de pie y señaló la puerta que daba al pasillo.

—No seas crío —respondió tranquila, ladeando la cabeza. Media sonrisa en la comisura de la boca—. No tenemos todo el día.

—Lo que tú digas —dijo George y se encogió de hombros.

23 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

Hasta que el barco no hubo virado ciento ochenta grados y dejado atrás el muelle de Arkösund, Gabriella no se atrevió a volver la cabeza para mirar a Klara. Estaban las dos tumbadas sobre la cubierta húmeda de plástico. Gabriella podía notar el mar como una masa viva ahí abajo. Cuando el barco de pronto aceleró dio un respingo. La nieve mojada corría por su mejilla.

Klara estaba a menos de un palmo de distancia y sus miradas se encontraron. Gabriella pudo ver que sus labios se movían pero su voz se ahogaba en el ruido del motor acelerando.

—¿Qué? —gritó Gabriella.

Klara alzó una mano y señaló el puente de mando.

—¡Entremos, me estoy muriendo de frío aquí fuera! —gritó.

Se pusieron de rodillas y caminaron agazapadas por la cubierta. La puerta se abrió desde dentro y entraron en el pequeño habitáculo. Un hombre corpulento vestido con un impermeable desgastado envolvió a Klara en un abrazo de oso antes de que terminaran de cruzar el umbral. Parecía por lo menos diez años mayor que ellas, pero Gabriella sabía que entre él y Klara apenas había un año de diferencia. Probablemente, el resto de los años aparentes se debían a su coronilla pelada y al hecho de que había decidido conservar el pelo rubio y ralo en los laterales de la cabeza. Era un peinado poco frecuente hoy en día, una considerable falta de vanidad. Medía casi dos metros y debía de superar con buen margen los cien kilos. Klara desapareció entre sus brazos cubiertos de hule.

—¡Klara! —dijo Bosse en un cerrado dialecto de Östergötland—. Cago en Dios. A ver, que me entere yo, ¿en qué mierda de lío te has metido esta vez?

Klara se liberó de sus brazos y se agachó para mirar por el ojo de buey de popa.

—Te lo explicaré, Bosse, te lo prometo. Luego. Primero tenemos que ponernos a salvo. ¿Has visto si había algún otro barco esperando cuando hemos llegado?

—No —dijo él, y empujó aún más la palanca del regulador de velocidad cuando salieron a la ensenada. El barco botaba sobre el ligero oleaje como si se estuviera deslizando por acero corrugado—. Pero no veo una mierda con este tiempo.

Klara asintió en silencio. Al otro lado del ojo de buey la nevada se intensificaba en la tenue y gris luz del día.

—Bosse —dijo—. Esta es mi mejor amiga, Gabriella.

Gabriella se secó la nieve derretida de la cara y alargó la mano mientras luchaba por mantenerse erguida en el creciente temporal.

—Gabriella —se presentó—. Es un placer conocerte.

¿Es un placer conocerte? Como si estuviera de guateque con los viejos amigos de Klara y no en un barco helado huyendo de Dios sabe qué.

Bosse tiró de ella para acercarla y le dio un abrazo como el que le había dado a Klara.

—¿Desde luego! —dijo él—. Dios quiera que no hayas sido tú la que ha metido a Klara en este jaleo.

—No exactamente —contestó Gabriella—. Más bien al revés.

—Joder —dijo Bosse y se volvió—. Tú siempre has volado por debajo del radar toda tu vida, Klara. Ni una pelea en el cole, las mejores notas, Derecho y toda la pesca. ¿Y ahora resulta que te asocias con terroristas? ¿Tú, que siempre me echas la bronca por vender un poco de destilado casero en Sanden? Vaya tela.

—Supongo que ya he perdido mi superioridad moral —comentó Klara—. Pero hablando de radares, tú no tienes, ¿no?

—¿Radar? ¿Te crees que no me sé mover entre las islas o qué? ¿Cuántas veces he salido por estas aguas? Tú misma podrías conducir por aquí incluso dormida. ¿Para qué coño quiero un radar?

—No para la navegación —contestó Klara—. Me gustaría ver si nos están siguiendo.

—¿Siguiendo?

Bosse arqueó sus pobladas cejas y sacudió incrédulo su enorme cabeza. Luego miró intensamente a Klara.

—Oye, ¿qué te ha pasado en la cabeza?

—Por lo visto se dejó el pelo en Ámsterdam —dijo Gabriella—. ¿Adónde estamos yendo?

—A la finca heredada de Bosse —respondió Klara—. Smuggelskär, lo llaman. Islote Contrabando. Ni siquiera sé cuál es su nombre real. Su familia tiene una cabaña en el archipiélago exterior. Eran contrabandistas, se podría decir, ¿no, Bosse? ¿Y era allí donde recibían los productos? En la familia de Bosse nunca han sido simpatizantes del monopolio de alcohol.

Bosse sonrió orgulloso.

—Al contrario —puntualizó—. Sin el monopolio de Systemet no tendríamos mercado. Ni yo para mi licor casero ni mi abuelo para su vodka ruso de contrabando. Solía llamarlo el Almacén. Klara y yo solíamos ir allí en verano, ¿a que sí, Klara? Para pescar.

Klara asintió.

—Estuve allí estudiando para los exámenes el segundo semestre en Upsala. No es que sobraran las distracciones, precisamente. Un islote, nada más. Cuando estás ahí te da la sensación de que estás más cerca de Finlandia que de Estocolmo.

—Lo que lo hace un poco difícil para vivir es que no hay ni agua ni luz —dijo Bosse—. Pero ayer llevé cosas de primera necesidad, o sea que debería estar bien.

Cuanto más se adentraban en el archipiélago, más yerma y salvaje se tornaba la naturaleza. Las islas de la zona exterior comenzaron a dejar sitio a islotes y escollos grises, arbustos y matorros. Aquí ya no había cabañas rojas, solo mar frío y duro y granito.

Klara estuvo un rato largo siguiendo los contornos de las islas y oteando por el ojo de buey de estribor.

—¿En casa? —dijo Gabriella y la cogió de la mano.

Una lágrima en el rabillo del ojo que enseguida fue enjugada. Klara asintió en silencio.

—¿No prefieres ir a Aspöja? —dijo Bosse.

—Es demasiado arriesgado —respondió Klara—. Si hay un sitio que debe de estar vigilado es la casa de mis abuelos. Pero nadie buscará en Smuggelskär. Y allí no hay móviles con cobertura, ni ADSL, ni siquiera el GPS funciona bien. Allí tendremos tiempo para pensar.

Continuaron alejándose en silencio. Gabriella se sentó en la cubierta y se recostó. Le parecía curioso que Bosse no mostrara la menor intención de someter a Klara a un interrogatorio exhaustivo sobre lo que le había pasado. Al contrario, se le veía más que en paz con el simple hecho de tenerla al lado. Había una calidez única en aquella parquedad de palabras, pensó mientras se esforzaba en mantener los ojos abiertos. La canción hipnótica del motor y el traqueteo monótono del barco sobre las olas la transportaban inevitablemente hacia el sueño.

Se despertó con la voz de Klara.

—Bosse —dijo—. Atrás a toda. ¡Joder, está saliendo humo de la chimenea en el islote!

Gabriella se incorporó y al instante estaba despejada. Klara estaba junto a Bosse con unos prismáticos en los ojos. No cabía la menor duda de que se veía humo saliendo de la chimenea de la cabañita, que se podía distinguir claramente sobre el islote del archipiélago exterior.

23 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

Encerrado en el dormitorio como un animal. Un tigre enjaulado. O ni siquiera eso. Más bien como un puto perro domesticado que hace cualquier cosa para ganarse la simpatía del amo y no quedarse sin cena, sin paseo, sin afecto. Repugnante. George se tumbó en la cama con la ropa puesta, se tapó con el edredón y enterró la cara en la almohada.

Por primera vez en muchísimo tiempo sintió ganas de llorar. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Apenas unas semanas atrás estaba mirando el tiempo en Bruselas y lo único que lo tenía preocupado era lo irritante y eterno que se le haría celebrar la Navidad con su familia en Estocolmo.

Y ahora. Ahora daría un brazo por poder llamar a su viejo. Si hubiese tenido un teléfono lo llamaría al instante y se lo contaría todo. Sobre Reiper y su mierda de banda. Sobre la cocaína. Sobre Gottlieb y el estúpido error que cometió en su inmadura caza de dinero fácil y rápido. ¡Dinero! Menuda broma.

«Vuelvo a casa», sollozaría. «Vuelvo a casa y me meteré en el tribunal y haré las cosas como es debido».

Y claro que decepcionaría a su viejo. Todo lo que había hecho era justo lo contrario a lo que promulgaba el ideal de los Lööw. Pero lo entendería. O si no lo entendía, ¿le perdonaría al menos? ¿Verdad que lo haría? George soltó un sollozo alto y largo.

—¡Joder! —gritó contra la almohada—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Jodeeeeer!

¿Cuánto más duraría todo aquello? Reiper y su pandilla estaban en algún lugar del archipiélago cazando lo que con una «probabilidad del setenta por ciento» era Klara Walldén. No dudaba de que la encontrarían, y de que, dando por hecho que se trataba de Klara, también la liquidarían. Igual que ya habían matado a por lo menos dos personas más. Que él supiera. No parecían especialmente afectados por ello. Los muertos eran daños colaterales. Víctimas insignificantes en una guerra en la que él ni siquiera sabía quién combatía ni por qué causa. ¿A cuántos más habrían asesinado? ¿Cuántos más habían sido daños colaterales?

Y ¿qué ocurriría luego, cuando volvieran? ¿Le estrecharían la mano y le darían las gracias por una buena colaboración, antes de ingresar su tarifa en la cuenta de Merchant & Taylor, más un veinte por ciento para él a título personal? ¿Después de todo lo que había visto y oído?

Poco a poco fue aflorando. Lo que había estado ahí latente pero que él había decidido apartar, pasar por alto. Si había alguien en todo aquel asunto que realmente

era *daño colateral*, ese era él. ¡Cielos! Iban a matarlo a él también. ¿Lo habían sabido desde el principio? ¿Lo había sabido Appleby? ¿Que existía ese riesgo? ¿Lo habían enviado, sin más, a la boca del mismísimo lobo? ¿La velada en el *Comme chez Soi* era la última cena del condenado a muerte?

George se incorporó en la cama con la cabeza pesada y dándole vueltas de ansiedad. De rodillas, se inclinó hacia el alféizar de la ventana y tiró de los cerrojos, que estaban bloqueados con un señor candado. Al otro lado de la ventana los copos de nieve se derretían en surcos de agua sobre el cristal. ¿Podría romperlo? Se inclinó para ver el suelo. Tercer piso. Cinco, seis metros hasta el césped descolorido. Si de alguna manera lograba salir y colgarse del alféizar aún le quedarían cuatro metros hasta el suelo. Kirsten oiría el cristal al romperse y no dudaría en liquidarlo mientras se alejaba cojeando en la mañana gris y ventosa con un pie roto o dislocado. Con otro sollozo soltó los cerrojos y hundió la cara entre las manos.

En la casa reinaba un silencio sepulcral. Lo único que se oía era el creciente viento, que silbaba en las tejas de la techumbre. George volvió a abrir los ojos y paseó la mirada por el pequeño dormitorio. Dos camas sin hacer. Una cómoda donde Josh había metido toda su ropa interior, ropa de deporte y vaqueros en montoncitos bien ordenados. George se levantó inquieto y repasó todos los cajones. Ni siquiera sabía qué andaba buscando. Fuera lo que fuera, no estaba entre los Calvin Klein de Josh ni sus camisetas de Abercrombie & Fitch.

La puerta bajita y delgada del armario empotrado estaba sin cerrar y George la abrió para echar un vistazo en la oscuridad. Un olor a frío y humedad le vino encima. Justo cuando iba a cerrar oyó un carraspeo y algo que parecía una voz débil. Volvió a abrir la puerta y se dio un tiempo para acostumbrarse a la oscuridad. En el lado izquierdo, junto al umbral de la puerta, vislumbró una lucecita verde muy tenue.

En cuclillas George comenzó a tantear con los dedos sobre la madera sin tratar. La lucecita verde era el diodo de un pequeño cargador eléctrico. Lo cogió y lo sacó a la luz. En el cargador había algo que parecía una pequeña radio y un kit auricular con bluetooth, del mismo modelo que el que llevaban todos los matones de Reiper en la oreja. No podía creerse lo que estaba viendo. Habían salido con tanta prisa que debían de haberse olvidado que tenían uno extra cargándose en el armario. El kit auricular carraspeó otra vez, breves frases que eran respondidas con otras. George lanzó una mirada a la puerta cerrada del dormitorio. La casa estaba mal insonorizada. Si Kirsten subía las escaleras la oiría venir. Con dedos temblorosos se colocó el aparato alrededor de la oreja y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago de Sankt Anna, Suecia

Klara estaba en lo cierto. El mal tiempo limitaba la visibilidad, pero, en efecto, estaba saliendo humo de la chimenea de la cabaña. Dejó caer los prismáticos y miró a Bosse, paralizada por el pánico. ¿Cómo había podido nadie encontrar aquello? Su único escondite. Bosse no aminoró la marcha, sino que se limitó a cruzar tranquilamente su mirada con la de ella. Una sonrisa en la comisura de la boca.

—Relájate, Klara —dijo—. Me he pasado por aquí para encender el fuego antes de recogeros en Arkösund. No podía dejaros aquí así como así, con este frío.

—Joder, Bosse —replicó Klara, conteniéndose—. Me has dado un susto de muerte.

Se volvió para mirar a Gabriella, que se había despertado de su sueñecito.

—Madre mía —dijo—. Sí que estás que saltas. Casi me da un infarto.

Klara suspiró y notó que su corazón comenzaba a recuperar el ritmo normal.

—¿Cuánta leña le has metido para que todavía esté ardiendo? —dijo mirando a Bosse.

—Suficiente —respondió él, satisfecho.

Un par de minutos más tarde, Bosse topó con la proa en las rocas redondas de Smuggelskär. Klara estaba en la cubierta de proa y bajó con agilidad de un salto para atar el cabo a un bolardo podrido que había en el maltrecho embarcadero. Tuvo que agazaparse debido al viento y a la aguanieve que caía. Con una mano se tapó la frente y luego entornó los ojos para mirar la cabaña. En su día fue de color rojo, como todo lo demás en estas tierras, pero las tempestades y el sol habían ajado y blanqueado el color hasta que las tablas centenarias de abeto habían quedado al descubierto. No dejaba de sorprender que los cristales de los parteluces en las ventanas todavía estuvieran enteros. Bosse no le había dedicado muchos desvelos a esta parte de su herencia.

Habían atracado en el destartado embarcadero, en el puerto natural que miraba a tierra firme. Desde allí debía de haber unos cincuenta metros hasta la cabañita. Al otro lado del islote Klara vio romper las olas, desbocadas, de color blanco. El tiempo empeoraría a lo largo de la tarde y la noche. Más allá de las rocas solo se veía un mar gris y despiadado hasta donde alcanzaba la vista. La primera vez que Bosse la había traído aquí había pensado que ese era el aspecto que debía de tener el fin del mundo.

Se volvió y miró a Bosse mientras ayudaba a Gabriella a bajar del barco. A ella la

veía cansada y un poco desconcertada. Por un momento Klara tuvo remordimientos por haberla arrastrado hasta este lugar. Pero no sabía cómo podría solucionar todo aquello por sí sola.

—Ya ves —gritó Bosse a través del viento y la aguanieve—. Vais a tener una noche bien completa aquí fuera. Vendaval como mínimo. Y nieve. Pensaré en vosotras cuando esté metido en la cama con mi edredón de plumas.

Soltó una carcajada y le pasó un brazo por los hombros a Gabriella.

—Igualito que tu oficina de abogada en la gran capital, ¿eh? —bromeó satisfecho.

Gabriella lo miró con un matiz de irritación en los ojos. Klara sonrió para sí. Si había alguien a quien no se debía infravalorar de buenas a primeras era a Gabriella. Fuera por lo que fuera. Klara la tomó del brazo.

—Gabriella no es una abogada normal y corriente, Bosse —dijo—. Es mi amiga.

—Ya, ya —replicó Bosse—. Pero tú también te has metido para abogada. Y libre de impuestos, ya de paso.

Bosse negó con la cabeza y se puso a caminar el primero hacia la cabaña.

—Te caerá mejor cuando lo conozcas un poco —le susurró Klara a Gabriella.

—Seguro —dijo Gabriella con una sonrisa—. Pero se podría decir que os habéis desarrollado cada uno un poco por su lado, ¿no?

Bosse abrió la puerta de la cabaña y se apresuró a ponerse a resguardo del temporal. La casa consistía en una estancia de treinta metros cuadrados que estaba abierta hasta el caballete del tejado. En un lado había un *loft* dormitorio al que se accedía mediante una escalerita de madera. Delante del hogar había un viejo sofá verde con los asientos hundidos. Las paredes eran de madera sin tratar, igual que el suelo. Debajo del *loft* había una cocina de lo más básica con fogones de gasóleo y un par de neveras portátiles. Bosse fue directo a la chimenea y echó un par de leños más.

—Deberíais tener leña de sobra —dijo—. Y he llenado el depósito de gasoil para la cocina. Las neveritas están llenas de leche y queso. Un poco de *pyttipanna*, huevos y remolachas. Un salmón ahumado. Un poco de patata. Por lo menos tenéis para un par de días. Y luego esto.

Sacó una vieja botella de litro y medio de Coca-Cola con etiqueta desconchada que contenía un líquido semitransparente.

—¿Eh? —dijo Gabriella—. Y ¿qué es eso?

Klara negó con la cabeza.

—La hostia, Bosse —dijo, y miró a Gabriella—. Eso es el mejor *vintage* de Bosse. Destilado casero hecho con su propia máquina, si no me equivoco.

—¡Vaya que sí! —dijo, y se volvió hacia Gabriella—. Mejor alcohol que este no lo encuentras. Sin los vomitivos de Systemet, garantizado. ¡Es Navidad! Algo bueno tenéis que tener.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Vale, creo que con esto va que chuta. Volveré mañana si el tiempo me deja. Pero ahora tengo que ocuparme de un par de cosas.

—Vete, tranquilo —contestó Klara, de pronto aliviada de poder estar a solas con Gabriella—. Estaremos bien. —Se acercó a Bosse y le dio un abrazo—. Gracias por todo —añadió en voz baja—. Me has vuelto a salvar la vida.

Bosse se sintió cortado y se encogió de hombros.

—Venga ya. Me gustaría poder hacer algo más.

—Has hecho más que de sobra —replicó Klara.

Bosse se dirigió a la puerta y se detuvo con la mano en la manilla.

—Por cierto —dijo—. O sea, solo por si las moscas. He traído tu escopeta.

Señaló hacia el hogar, donde la escopeta de Klara descansaba junto a un par de cajas de cartuchos.

Klara se le acercó y le acarició la mejilla.

—Muchas gracias —repuso—. Pero si la necesito, seguramente ya será demasiado tarde.

23 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

Allí donde estaba, sentado con la espalda recostada en la puerta, George podía oír la casa de fin de siglo crujiendo y protestando como un anciano por los irritantes ataques de la tormenta de nieve. El auricular que se había puesto en la oreja había permanecido en silencio desde que lo había encontrado. No tenía la menor duda de que alguien había dicho algo justo cuando lo había sacado del armario, pero desde entonces no se había oído ni una mosca. George había comprobado la batería y el volumen varias veces, pero todo parecía correcto. Solo le quedaba cruzar los dedos para que la última orden que se había oído no fuera la de cambiar de frecuencia.

Pero a lo mejor daba lo mismo. De todas formas, tampoco sabía qué podría hacer con la información que quizá le llegara. Era un prisionero. Un prisionero cobarde, además. Era evidente que carecía de valor cívico e instinto de supervivencia. ¿Cómo, si no, se podía explicar que se hubiese dejado arrastrar aún más en este berenjenal sin mover un dedo, ni para escapar él mismo ni para detener lo que debía de estar a punto de venírsele encima a la pobre Klara? En este momento estaba tan metido en el ajo que ni siquiera podía hacerse una idea de cómo salir de ese cuarto. Una vez más, hundió la cara en las manos y soltó un jadeo prolongado.

Entonces oyó la voz de Reiper al oído, tan clara que dio un respingo, y con el corazón a galope giró la cabeza antes de comprender que la neutral y desagradable voz venía de la radio.

—Beta uno a Alpha uno —dijo Reiper.

Apenas pasó un segundo antes de que se oyera la voz de Kirsten.

—Aquí Alpha uno, cambio.

—Pásate al canal cinco. Confirma, cambio.

—Paso a canal cinco, cambio.

—Adelante, nos vemos allí, cambio.

—Cambio y corto.

George tanteó la radio. Canal cinco, canal cinco, canal cinco. Encontró un regulador en el que se indicaba «Canales». Tras apretar los botones unas cuantas veces, la pantalla de la radio le indicó que estaba en el canal cinco. No pasaron demasiados segundos antes de que la voz de Reiper sonara de nuevo.

—Beta uno a Alpha uno.

Un segundo más tarde se oyó la voz de Kirsten.

—Aquí Alpha uno, cambio.

—Estamos a cubierto tras una isla en la siguiente posición.

Reiper soltó una larga secuencia de cifras. George se levantó y fue corriendo a la mesita de noche de Josh. Josh siempre resolvía sudokus antes de acostarse, debía de haber un bolígrafo cerca de su cama.

—Repito —dijo Reiper y volvió a dar la posición.

George repitió las cifras en voz alta para sí mismo hasta que encontró un bolígrafo de publicidad de Merchant & Taylor. Arqueó las cejas. ¿De dónde coño lo habría sacado Josh? No recordaba haber llevado ninguno encima cuando comenzó su cautiverio. A la mierda. Concentrándose al máximo consiguió apuntar la larga combinación de cifras al pie de uno de los sudokus a medio hacer de Josh.

—Repito —dijo Kirsten y leyó la secuencia una vez más.

George fue comparando las cifras que había apuntado y comprobó satisfecho que las había pillado todas bien.

—Confirmado —dijo Reiper—. El sujeto se ha instalado en la siguiente posición.

Una nueva serie de cifras y confirmaciones. George también la copió al pie del sudoku.

—Esperaremos hasta que se haga oscuro y luego haremos una primera operación para identificar al sujeto. Con identificación total continuaremos con el plan inicial, cambio.

—Entendido, cambio.

—¿Todo en orden por ahí? Cambio.

—Todo según el plan, cambio.

—Bien, cambio y corto.

—Cambio y corto.

George se volvió a sentar en la cama. Miró las cifras que había anotado. Ahora sabía dónde estaba Reiper. Sabía dónde se encontraba el sujeto que con un setenta por ciento de probabilidad era Klara. ¿Y qué? ¿Cuál era el objetivo de todo aquello? En cuanto se hiciera de noche la banda de Reiper la identificaría. Y después la matarían. Y, probablemente, también a la amiga que iba con ella en el barco de Arkösund. Y aquí estaba él, encerrado en una habitación con corriente de aire, seguramente esperando su propia muerte.

Esta vez no escondió la cara entre las manos cuando la desolación se le vino encima, sino que volvió a guardar el kit auricular y el cargador en el armario donde los había encontrado. Después se acercó a la puerta cerrada que daba al rellano. Respiró hondo. Había llegado la hora de tomar las riendas de la situación.

—¡Kirsten! —gritó lo más fuerte que pudo mientras golpeaba la puerta—. ¡Kirsten! ¡Necesito ir al baño! ¡Vamos! ¡Abre!

Pasaron un par de minutos antes de que George oyera crujir las escaleras y dejó de golpear la puerta. Se giró y miró por la ventana, al césped gris, los manzanos enmarañados. Más allá vislumbró olas blancas que rompían contra las rocas. Ya

estaba anocheciendo. Echó un vistazo a su Breitling. Faltaba poco para las tres. Con el corazón a galope en el pecho volvió a gritar.

—¡Kirsten, joder, necesito el baño ya!

—Tranquilízate —se oyó la voz de Kirsten desde el piso de abajo.

Un par de segundos y luego el ruido de una llave entrando en el cerrojo.

—Quiero que vayas a sentarte en la cama antes de que abra —dijo Kirsten al otro lado de la delgada hoja de madera—. Es decir, apártate de la puerta.

George soltó un jadeo.

—¡Venga ya! ¿Qué coño te crees que voy a hacer? ¿Cogerte por sorpresa?

Sintió una mezcla de decepción y alivio cuando se alejó de la puerta en dirección a su cama. Su primera idea había sido echársele encima en cuanto abriera la puerta. Pillarla desprevenida, derribarla y arrebatarle la pistola antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. No era un plan muy meditado y, a pesar de todo, tampoco habría tenido ninguna posibilidad. No cabía duda de que ella era más fuerte y más lista que él. Además, seguro que peleaba sucio. Casi mejor que esa posibilidad quedara descartada desde el principio.

—Vale —dijo—. Estoy en la cama.

La llave giró y Kirsten se plantó en el umbral. Se la veía concentrada, sus pómulos sobresalían aún más de lo normal, su fina boca no era más que una línea.

—Pon las manos donde pueda verlas —ordenó—. Y ponte esto.

Lanzó unas esposas de color negro mate de una especie de plástico templado a su lado en la cama deshecha. Ella no se movía del umbral.

—¡En serio! —se quejó George—. ¡Unas esposas! ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿No os basta con encerrarme como a un animal? ¿Te acuerdas de que esto empezó con que erais mi cliente?

—No seas crío —lo cortó Kirsten—. Tú límitate a ponértelas. Y da gracias de que me salte el protocolo. En realidad las reglas son que tienes que llevar capucha y protector de oídos cuando salgas de tu área de confinamiento. Así que tómatelo como que te estoy haciendo un favor.

—¿Reglas? —murmuró George—. ¿Qué putas reglas son esas? ¿Cuándo se convirtió esto en Guantánamo?

En vez de responder, Kirsten se limitó a indicarle con un gesto que se diera prisa. Con un suspiro se puso las esposas. Se cerraron sin emitir ruido y quedaron preocupantemente apretadas alrededor de sus muñecas.

—Después de ti —dijo Kirsten—. Ya sabes dónde está el lavabo. Yo iré unos pasos por detrás. Lo siento, George. Creo sinceramente que no vas a intentar hacer ninguna tontería, pero tenemos reglas para hacer estas cosas.

George asintió brevemente en silencio y dio un paso cauteloso para bajar las escaleras. La cabeza le daba vueltas. Esta podía ser su única oportunidad. ¿Por qué

había sido tan impulsivo? ¿Por qué no tenía ningún plan? ¿Por qué era tan tonto de remate?

Había un aseo de invitados en el pasillo, al pie de la escalera. Allí era adónde Kirsten lo iba a llevar. A lo mejor podía convencerla para que lo dejara estar un rato sentado en el comedor. Como para quitarse la tristeza de estar en el cuarto. Una vez allí podría pensar mejor en qué hacer. Bajó cada escalón de forma meticulosa, lenta, para ganar tiempo. La escalera bajaba trazando un semicírculo.

Fue cuando miró al recibidor cuando vio su oportunidad, su única y diminuta posibilidad. De pronto le entró un mareo, fruto a partes iguales de la posibilidad y el pánico. En el alféizar de la ventana que había al final de la escalera había un iPhone negro cargándose. Desde su posición, tres pasos más atrás, Kirsten aún no lo había visto.

Tardó menos de un segundo en decidir jugárselo todo a una sola carta. Con un grito hizo como que se tropezaba, dos pasos rápidos hacia abajo en un intento fingido de recuperar el equilibrio; después se lanzó hacia delante al mismo tiempo que giraba sobre sí mismo para caer de costado sobre los últimos peldaños.

—¡Aaaaaaah! —gritó.

Notó cómo la raída madera de las escaleras se le clavaba en la cadera y el hombro chocaba con el parqué del pasillo. Pero lo único que veía era el teléfono y el cable del cargador. En lugar de protegerse la cabeza con las manos logró levantarlas hacia la ventana. Notó el cable entre los dedos y tiró con todas sus fuerzas. El teléfono salió disparado del alféizar y aterrizó en el suelo. George chocó de cabeza con el radiador y notó un líquido pegajoso goteándole en los ojos. Debía de haberse abierto una ceja. Vio el teléfono tras una neblina rojiza, en el suelo, todavía rodando sobre sí mismo tras la caída. Estiró las manos esposadas y sintió el contacto frío de la superficie lisa de plástico y cristal.

—¿Qué diablos?! —oyó maldecir a Kirsten más atrás.

Sus pasos retumbaron en la escalera. George se inclinó hacia delante empujando con un hombro contra el suelo mientras se metía el teléfono por dentro del pantalón con ambas manos, dentro de los malditos calzoncillos que Josh le había tirado con todo el desprecio. Por primera vez desde que se los había puesto estaba agradecido de que fueran slips y no bóxers. El teléfono no se movería de los calzoncillos. Hizo todo lo que pudo para estirar el enorme suéter que le habían prestado y taparse la entrepierna.

Tenía a Kirsten detrás. «Ahora muero —pensó George—. Ahora es cuando muero».

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

En su voz le pareció oír un atisbo de genuina preocupación.

—Me he tropezado —explicó George—. Y estas putas esposas no es que ayuden

mucho, precisamente.

Kirsten se sentó en cuclillas a su lado y George rodó hasta tumbarse de espaldas con las manos sobre la entrepierna.

—Estás sangrando —constató Kirsten—. Te has abierto una ceja. Nada grave. Tendrás que vendártelo. Vamos, métete en el lavabo y ponte guapo.

George se incorporó hasta ponerse de rodillas. Le dolía todo el cuerpo, la ceja palpitaba. ¿Era posible? ¿De verdad era posible que Kirsten no hubiera visto el teléfono? Apenas se atrevía a respirar, pero esbozó una pequeña sonrisa.

—Lo siento —dijo—. En serio, no quería caerme y pegarme una hostia.

—Sí, menos mal que no te hemos puesto una capucha, habrías salido disparado por la ventana —dijo con sequedad—. Levántate.

George se puso de pie con cuidado. Pellizcó la herida abierta con los dedos de una mano y se encaminó al lavabo. Notaba el teléfono frío y duro sobre el pene. ¿Era esa la sensación de una última oportunidad?

23 de diciembre de 2013

Estocolmo y Arkösund, Suecia

Es el mismo aeropuerto, pero otra época. Madera y cristal y Starbucks. Una confianza que no existía hace veinticinco años. «Bienvenido a la capital de Escandinavia». Personas sonrientes. Ya no es ningún entierro. Pero la oscuridad es la misma cuando hago maniobras con mi Volvo de alquiler para incorporarme a la autopista con el *jet lag* ardiendo en la nuca. Incluso el diseño de los coches ha cambiado. Ya no son ataúdes, ahora parecen agua, fuga, con sus líneas ondulantes y sus lunas tintadas. Es aquí donde voy a seguir mis propios pasos y más allá.

Conduzco por el mismo asfalto, atravieso los mismos bosques espesos, cruzo los mismos puentes y los mismos campos húmedos. La misma carretera donde todo sigue tal como lo recordaba y lo único nuevo que hay soy yo. Es aquí donde al final voy a afrontar las consecuencias de mis actos. Es aquí donde voy a torcer la historia en lugar de seguirla como un esclavo, un instrumento, una cifra en una matriz siempre cambiante.

Han pasado veinticinco años desde que conduje por esta carretera una sola vez y aun así la recuerdo y ni siquiera miro de reojo el GPS. Hay nieve flotando en el aire cuando paro a comprar café para no dormirme. Cristales microscópicos que titilan ingrátidos a la luz del cartel de Shell Select. Vaho duro y constante de mi boca. Los bollos de canela son más grandes y más dulces. El café ya no es aguachirle pero sí ácido y está mezclado con leche desnatada. Tiro la mitad a un moderno contenedor, lleno de compartimentos y complicadas instrucciones de reciclaje, y luego continúo mi camino, desierto y oscuro. Me supone un esfuerzo respetar los límites de velocidad. La impaciencia, el miedo, la falta de tiempo. Me atosigan como a un ilegal. Y pienso que me arrepiento de todo. Que a lo mejor no hay nada de lo que no me arrepienta.

En algún punto a la altura de Norrköping me salgo de la autopista, me meto por carreteras secundarias y serpenteantes, y me veo engullido por una oscuridad tan densa que tengo que reducir la velocidad, una espesura que apenas deja que los faros del coche se abran paso. Cada vehículo solitario con el que me cruzo es una explosión que sacude mi mundo por un instante hasta que nos cruzamos. No debería sorprenderme, ya lo he visto antes. Pero mi historia es falsa, está llena de invenciones y excusas. Ni siquiera mi recuerdo de la oscuridad se corresponde con la realidad.

Esta vez me desvió antes de Arkösund. Evito lo obvio. No estoy seguro de cuánto saben mis enemigos. El bosque se ha vuelto más ralo, ha sido sustituido por rocas y arbustos retorcidos. Ventanas negras en cabañas de verano vacías brillan a la luz de

los faros. El viento canta sobre la carrocería y los limpiaparabrisas patinan con la lluvia o la nieve deshecha. Si el reloj y el panel de instrumentos no me dijeran que es media tarde me creería que era noche cerrada. El asfalto se torna gravilla, y al final el camino termina en un embarcadero donde atisbo un barco abierto, solitario, que rebota en sus defensas con el viento.

Aminoró la marcha y detengo el coche abajo del todo, junto a los juncos secos. Me pongo la capucha de mi chaqueta de Gore-Tex y me bajo del coche, salgo al temporal. Me inclino sobre el maletero del Volvo y abro la dura cremallera de la bolsa de lona plastificada que estaba preparada en el coche cuando lo he ido a buscar. Reviso el fusil automático suizo sin nombre ni número de serie. Reviso el cargador. Cuando me siento satisfecho saco las mallas, el gorro, los guantes impermeables, el GPS con las cartas náuticas instaladas y la ruta, ya impresa.

La pequeña lancha neumática está en el lugar exacto que me han descrito. Subido a tierra y oculto entre unos setos a diez metros del embarcadero. Susan ha trabajado rápido. Lo ha preparado a conciencia.

Dejo mi equipaje en el suelo de la lancha y coloco el GPS en el soporte que tengo justo delante. Deslizo la ligera embarcación hasta la orilla del agua, donde puedo subirme sin mojarme. La nieve me salpica en los ojos. El viento azota por encima de mi cabeza y a mi alrededor en toda la ensenada. Incluso aquí dentro las olas se ven blancas en plena noche. Mar adentro la cosa será peor.

Echo un vistazo a la carta náutica electrónica y hago los ajustes pertinentes para que mi ruta vaya a sotavento y evite mar abierto. Necesito varios intentos para montarme en la lancha de goma, que se tuerce con el viento. Me quito un guante y meto la mano dentro del abrigo. Mis dedos helados tantean en busca de la cremallera del bolsillo interior. La abro y acaricio la plata envejecida del colgante con las yemas. Por un instante siento la tentación de verlo otra vez. Hace tanto tiempo que no te veo. Pero está demasiado oscuro, hace demasiado viento. No puedo permitirme perderlo, mi llave, mi *shibboleth*^[2]. Así que me cierro el abrigo y me aparto de la playa con un empujón. El mar es tan oscuro como todo lo demás. La ruta en rojo del GPS en la carta náutica brilla solitaria bajo la lluvia, bajo la nieve, al azote del viento.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

Cuando al final la tempestad consiguió despertar a Klara, ya reinaba la oscuridad. Se incorporó en el delgado colchón y paseó la mirada en la suave y cálida luz del rescoldo, insegura por un segundo de dónde estaba. El viento fustigaba la casa, la envolvía y se retorció en sus esquinas, se abalanzaba con un silbido agónico por el tejado de chapa y las esquinas desgastadas. Entre las ráfagas se abría paso el ruido de las olas al romper contra las rocas, a apenas veinte metros de distancia. Klara se frotó los ojos y se ubicó por fin.

¿Cuánto rato había dormido? En cuanto Bosse había salido por la puerta se había visto superada por un cansancio tremendo. La seguridad que le infundían el mar y el archipiélago. Bosse y Gabriella. ¿Gabriella? Klara se escurrió tiritando de debajo de las sábanas y se acercó al borde del *loft*. Gabriella estaba tumbada de espaldas en el sofá, durmiendo delante de la chimenea con una vieja manta roja a cuadros sobre las piernas. Había algo apacible, algo de lo más cotidiano y reconfortante, en aquella escena.

—¿Gabriella? —dijo Klara con cuidado—. ¿Duermes?

Gabriella soltó un gruñido, se giró en el sofá y parpadeó un par de veces.

—Eso parece —contestó, y se subió la manta con dedos temblorosos—. Uf, qué frío hace. ¿Qué hora es?

Klara miró el reloj de pulsera.

—Casi las ocho —repuso—. Madre mía, ¿qué he dormido? ¿Seis horas?

—Sí, te quedaste frita en un santiamén —respondió Gabriella.

Se quedó callada y pareció escuchar algo.

—¡Qué viento! —dijo.

—Ya ves, Bosse no exageraba cuando decía que iba a haber un vendaval.

De pronto Klara se percató de que estaba hambrienta. Lo último que se había metido entre pecho y espalda era un rollito de pan bastante seco en una gasolinera bajando de Estocolmo. Encontró la rebeca y los vaqueros en el suelo y se los puso antes de acercarse a la escalerita que bajaba a la única estancia de la casa.

—¿Sándwich de salmón? —preguntó Klara.

Las palabras apenas se habían alejado de sus labios cuando se quedó helada en mitad de la escalera. Volvió el cuello con cuidado y cruzó su mirada con los ojos de Gabriella, alerta y abiertos como platos. Ella también lo había oído.

A lo mejor era la tormenta, que agonizaba en el tejado. Quizá un ave marina en apuros. Pero había sonado como la voz de una persona. Escueta, casi oculta por el

viento. Muy cerca. A Klara se le puso la piel de gallina, su pulso se aceleró. Su cuerpo comenzó a segregad adrenalina.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Gabriella.

Klara recuperó el control de su cuerpo y bajó los últimos peldaños.

—No lo sé —dijo sin aliento—. A lo mejor solo ha sido la tormenta.

Mientras susurraba dio unos pasos rápidos de puntillas hasta la cocina abierta de la cabaña. La escopeta estaba donde la había dejado después de que Bosse se marchara, apoyada en la esquina de detrás del fregadero provisional. En el suelo había dos cajitas de cartón cuadradas con cartuchos. El acero de la escopeta estaba frío, pero era un tacto que a Klara le resultaba familiar. Se agachó y abrió una de las cajas, abrió la escopeta e introdujo un cartucho de perdigones en cada cañón. El arma se cerró con un sordo chasquido.

Le hizo un gesto a Gabriella para que se levantara del sofá y se acercara a ella. La débil luz del hogar no alcanzaba a iluminar el rincón de la cocina y Klara solo podía intuir la silueta de Gabriella cuando cruzó agazapada el suelo hasta allí. Notó la mano de Gabriella en el codo, su respiración agitada en la nuca.

—¿Qué crees? —susurró Gabriella—. Ha sonado como una voz, ¿verdad?

Klara se encogió de hombros.

—Puede ser. Imposible decirlo.

Pero desde el principio le había parecido una voz de hombre. Una breve ordenada con medio decibelio de más justo cuando la tormenta cedía para tomar aire.

—¿Qué hacemos?

Klara percibió un matiz de nerviosismo en la voz de Gabriella. Unos nervios que amenazaban con escalar, crecer hasta hacerse fuertes e ingobernables. La semilla del pánico. Era algo con lo que Klara había llegado a intimar en la última semana más de lo que jamás hubiera deseado. Y sabía que había que atajarlo de inmediato. Se volvió hacia su amiga y por un instante soltó la escopeta para cogerla de la mano.

—Gabriella, escúchame —susurró—. No podemos permitirnos perder la concentración, ¿me oyes? Solo podemos pensar en lo que está pasando en este momento. Solo en este momento, solo en el siguiente movimiento, el siguiente paso. ¿Me entiendes? ¿Puedes intentarlo? ¿Mantener el miedo a raya?

Oyó a Gabriella tragar saliva.

—Claro, coño —espetó—. ¿Qué te crees? ¿Que me va a dar una ataque de pánico? Venga ya.

Por supuesto. Klara era una idiota al infravalorar a Gabriella. No había ninguna duda de que era como mínimo igual de capaz, o incapaz, de manejar la situación que ella.

—Bien —murmuró—. ¿Puedes acercarte hasta la ventana e intentar ver qué ha sido? Yo vigilo la puerta.

Klara notó cómo el calor que emanaba el cuerpo de Gabriella desaparecía de su lado cuando su amiga se deslizó por el suelo en dirección a una de las dos ventanas que daban al archipiélago. Si alguien había desembarcado en el islote lo habría hecho a sotavento y no en la parte donde las olas rompían, porque allí era imposible bajar a tierra. La puerta, de la que Klara no apartaba los ojos, se abría hacia mar abierto. Detrás de la lluvia y el viento Klara podía oír las olas arrojándose sobre las rocas.

A lo mejor pasaron diez segundos antes de que volviera a oír la voz susurrante de Gabriella.

—Klara, ven, creo que es mejor que veas esto.

Cogiendo la escopeta con firmeza por el cañón, Klara cruzó la cabaña a hurtadillas hasta la ventana. Se sentó en cuclillas junto a Gabriella.

—¿El qué? ¿Qué hay? —soltó impaciente.

Pero antes de que Gabriella tuviera tiempo de contestar Klara pudo verlo por sí misma. En el mismo sendero por el que habían subido ellas al mediodía. La tenue y oscilante luz de una linterna.

23 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

George cerró la puerta del aseo y encendió la luz. El cuartito no tenía ninguna ventana, así que esa debía de ser la razón por la que Kirsten lo había dejado entrar solo. En el espejo del lavabo se vio a sí mismo realmente jodido. Tenía la mitad de la cara cubierta de sangre, igual que la parte superior del suéter, y podía ver cómo la sangre seguía bombeando en el pequeño corte que tenía sobre la ceja. George tuvo que tragarse una arcada y hacer un esfuerzo para reprimir el impulso de vomitar. Detestaba la sangre. Sobre todo la suya propia. Pero ahora no podía pensar en ello. Pellizcó el corte y se agachó para enjuagarse la cara lo mejor que pudo.

—Joder, qué pinta tienes —dijo Kirsten cuando George abrió la puerta y salió del aseo. Le sonrió con expresión de disculpa y le pasó una cajita redonda. Él la cogió con sus manos esposadas—. Esparadrapo —añadió—. Para que no llenes toda la casa de sangre.

—Gracias —dijo George.

Kirsten señaló la escalera.

—Me temo que tengo que volver a encerrarte, George.

En esta ocasión George no solo no tardó en obedecer, sino que más bien tuvo que controlarse para no mostrar demasiado ímpetu por regresar a su celda.

Sentado en la cama oyó los pasos de Kirsten alejarse por la crujiente escalera. Tras pasarse un rato peleándose con la cajita consiguió abrir el esparadrapo y cortar la hemorragia al menos de forma provisional. Kirsten no se había molestado en quitarle las esposas, se había limitado a negar con la cabeza cuando él se lo había propuesto. Temeroso de que ella se olierá que algo estaba fuera de lugar, George había optado por no insistir.

Se puso de pie, se sacó el teléfono de los calzoncillos y recuperó el sudoku de su escondite, detrás del radiador. Tras haberse asegurado todo lo posible de que Kirsten realmente había desaparecido escaleras abajo, se sentó en la cama y encendió el móvil. Con dedos temblorosos marcó las cifras uno, uno, dos en la pantalla táctil.

Sonaron cuatro tonos. El pulso de George iba a galope mientras esperaba, al mismo tiempo que intentaba aguzar el oído para ver si a Kirsten le había dado por volver a subir. Al final oyó una voz femenina tranquila al otro lado.

—Emergencias 112. ¿Qué ocurre?

George notó que se le secaba la boca y que la cabeza se le despejaba. ¿Por qué no

se había puesto en contacto con la policía directamente en Bruselas, mucho antes de que todo descarrilara?

—Me llamo George Lööw —dijo—. Y estoy secuestrado. Supongo.

—¿Dónde te encuentras en este momento?

La voz seguía tranquila, indiferente al dramatismo inherente a la palabra «secuestrado».

—En Arkösund, creo. ¿Hay algún sitio que se llame Arkösund? En el archipiélago, en algún sitio cerca de Norrköping. Estoy encerrado en una casa amarilla de unos norteamericanos.

—La ayuda va en camino —lo interrumpió la voz—. No cuelgues. Te voy a pasar con otra persona, ¿me entiendes? No cuelgues.

Se oyó un chasquido y la voz quedó sustituida por un rumor vacío, atmosférico. Diez segundos. Veinte. Treinta. George escuchó la puerta. De momento, nada. Después se oyó una voz al otro lado del teléfono. Un hombre. Un hombre sueco, tranquilo, cálido.

—Me llamo Roger —dijo la voz—. Trabajo en la unidad de operaciones antiterroristas de la policía secreta.

—Eeh, hola —respondió George un tanto inseguro.

—¿Dónde estás?

«La Säpo. Esto ya es otra cosa», pensó George. Le explicó todo lo que sabía. Estaba cautivo en una casa amarilla en Arkösund. Intentó explicar dónde estaba la casa en relación con el muelle.

—Quédate ahí. No hagas ningún intento de escapar. Intenta pasar desapercibido y nosotros resolveremos la situación. ¿Cuántas personas te tienen cautivo?

—En este momento solo una —contestó George—. Estoy encerrado. Los demás han salido con un barco y están buscando a Klara Walldéen. O sea, la que está... ¿en búsqueda y captura?

—¿Cuántos son?

—Cinco, creo.

—¿Has dicho que sabías dónde estaban? ¿Que sabías dónde está Walldéen?

Había un punto de tensión en la voz. Algo que George no sabía definir. Con el teléfono cogido entre el hombro y la mejilla alcanzó el sudoku con sus manos esposadas. Cantó las coordenadas.

—Bien —dijo el hombre—. Ten el teléfono cerca por si tenemos que volver a ponernos en contacto contigo. Pero no corras riesgos volviendo a llamar. Es probable que puedan rastrearlo.

—Claro —repuso George—. ¿Qué va a pasar ahora? ¡Tenéis que ayudarme!

—Lo solucionaremos —dijo la voz seca y cálida.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

Qué es eso? —La voz de Gabriella apenas era audible entre las ráfagas de la tormenta—. ¿Una linterna?

Klara notó que se le tensaba todo el cuerpo. La adrenalina la recorría de pies a cabeza.

—Parece una linterna, ¿no? —insistió Gabriella—. ¿Podría ser Bosse?

Klara se encogió de hombros.

—No iba a volver hasta mañana. Y me extraña que haya cogido el barco con este tiempo —contestó.

—¿Qué hacemos? —dijo Gabriella.

Klara se volvió para mirarla. Vio su propio pánico reflejado en los ojos de Gabriella.

—No lo sé.

Con una mano agarró el cañón de la escopeta mientras con los dedos de la otra le quitaba el seguro. Respiró hondo. Pasó un minuto. Todo eran dedos trémulos y sienes palpitantes. Todo era espera y músculos tensos, preparados para huir.

Después alguien golpeó la puerta con contundencia. Unos golpes rápidos, pesados. En la ventana centelleaba la luz de una linterna. El haz barría el suelo de la cabaña. En algún lugar se oyó una voz que quedó destrozada por la tormenta y que era imposible de entender. Klara se apoyó en la pared y le indicó con un gesto a Gabriella que se agachara a su lado. Su dedo índice temblaba cuando lo deslizó sobre el gatillo hasta rodearlo. Los golpes en la puerta cesaron. Y cuando por un segundo la tormenta cedió, volvieron a oír la voz.

23 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

George dio un respingo cuando oyó la llave traqueteando en la cerradura de la puerta. Cuando alzó los ojos vio a Kirsten en el umbral. Arqueó las cejas, lleno de auténtico pánico. ¿Cómo no la había oído subir las escaleras? En la penumbra le pareció que Kirsten tenía la cara contraída, concentrada. El sentimiento de solidaridad y benevolencia que había estado ahí hacía un rato se había esfumado por completo. Cuando lo miró ahora, sus ojos eran tan fríos que George tuvo que apartar la cara. Le temblaban las manos. ¿Qué demonios había hecho? Por el rabillo del ojo vio que Kirsten llevaba su pistola grande y gris en la mano. En la punta del cañón le había puesto un cilindro alargado. Un silenciador.

—Dámelo —ordenó Kirsten.

Su voz era queda y muy tranquila mientras cruzaba despacio la habitación en dirección a George.

—¿El qué? —preguntó él.

Su voz sonó débil, inefablemente sola. Kirsten se detuvo a un par de metros de distancia.

—El teléfono, imbécil —dijo—. ¿Acaso pensabas que sería tan fácil como coger el teléfono y llamar a la policía? ¿No has entendido nada?

Alzó la pistola amenazante. El silenciador hacía que el cañón casi le rozara la frente. El orificio se veía enorme.

—Demasiado tarde —replicó George—. Ya he llamado a la policía. Vienen de camino. Hagas lo que hagas conmigo, para vosotros ya es demasiado tarde.

Su voz no era más que un susurro. Kirsten tragó saliva.

—¿Tenías que hacerlo? —dijo—. ¿Qué te creías? ¿Qué venimos a jugar al archipiélago por iniciativa propia, sin ningún tipo de protección? ¿De verdad creías eso? ¿Tan ingenuo eres?

Kirsten negó con la cabeza. Como si le resultara imposible comprender el alcance de la ignorancia de George.

—Nuestra operación está aprobada por autoridades máximas y la policía sueca tiene instrucciones de no intervenir aquí fuera. A lo único a lo que ha contribuido tu llamadita es a que la policía secreta sueca nos haya llamado directamente. Lamento decepcionarte, George. Así es la guerra contra el terror sobre el terreno. Y ahora dame el puto teléfono.

Toda la esperanza que George había albergado lo abandonó sin que siquiera hiciera un esfuerzo por retenerla y dio lugar a una desesperación casi paralizante. Una

furia, una cólera tan inesperada como liberadora.

Todas esas capas de mentiras y secretos. Todo aquello a lo que se había visto expuesto en la última semana. ¿De verdad era posible que esos desgraciados pudieran ir haciendo lo que les daba la gana? ¿Que no tuvieran ninguna regla? ¿Nadie que respondiera en su nombre ni que les preguntara qué cojones estaban haciendo?

Kirsten agitó impaciente la mano.

—Sácalo, ahora —exigió.

—No —dijo George, y negó con la cabeza.

Tenía la boca tan seca que las palabras apenas se soltaban de su lengua.

—¿Qué? —exclamó Kirsten—. ¿Cómo que no?

—No pienso darte el teléfono.

Apenas podía respirar. Kirsten iba a matarlo. De todos modos, alguno de los otros iba a matarlo igualmente. De pronto le pareció de vital importancia no entrar en el juego. Oponerse. Tuviera sentido o no.

George intentó tragar saliva y se obligó a quitar los ojos del enorme orificio del cañón para mirar a Kirsten a la cara. Bajo el ojo izquierdo de esta intuyó una vibración muscular, casi imperceptible. Su gran boca no era más que una raya. Los ojos, pequeños y concentrados.

—Realmente eres más idiota de lo que cabía imaginar. ¿Te crees que el teléfono importa? Tu sentencia de muerte ya está firmada. ¿No lo entiendes?

Su voz temblaba y flaqueaba. Parpadeó varias veces seguidas. George hizo de tripas corazón. La adrenalina se disparó en sus venas cuando vio que Kirsten apretaba la mano con la que rodeaba la culata de la pistola. El índice se dobló sobre el gatillo. George notaba el frío y pesado acero del cañón en la mejilla. Algo caliente y húmedo se esparció por su entrepierna, pero ni siquiera se dio cuenta de que se había meado encima.

—Cierra los ojos —dijo.

La voz de Kirsten se cortó por un instante y un hilillo de sudor bajó por su mejilla. George mantuvo los ojos fijos en los de ella. Había algo ahí dentro. Algo que él podía vislumbrar a través de la bruma de adrenalina, a través del pánico a la muerte. Algo que no había estado antes ahí. Una fisura, una abertura fina como un pelo, un titubeo. Incluso para un cazador habituado resulta desagradable sacrificar a un animal de compañía.

—¡Cierra los ojos, me cago en la puta! —gritó.

—No —susurró George.

Un segundo eterno. La tormenta era lo único que se oía. Y el corazón de George. Después, el auricular de Kirsten crepitó. Ambos se despertaron del trance y ella tanteó con la mano para apretar el botón de respuesta.

Por un instante Kirsten apartó los ojos de George.

Lo que pasó luego fue puro automatismo. El resultado de una desesperada, profunda y abrumadora ansia de sobrevivir.

George se lanzó a un lado al mismo tiempo que cazaba el cañón de la pistola con sus manos esposadas. Tiró de ella y la dobló para alejarla de sí. Le dio una vuelta. Notó la corriente de aire y el escozor de una bala al arrancarle el extremo del lóbulo de la oreja derecha. Oía un silbido dentro de su cabeza, como si alguien hubiera subido al máximo el volumen de su circulación sanguínea. En algún punto, al lado o debajo de ese sonido, oyó un grito de Kirsten. Cayeron de bruces al suelo. George tenía la sensación de estar peleando debajo del agua, en la ingravidez. Ya no sabía distinguir entre arriba y abajo ni entre bien y mal. Entre pensamiento e instinto. Lo único que le importaba era la boca del cañón. Lo único que veía era aquel orificio.

Doblaba y tiraba, retorció y pegaba. De nuevo sonó un disparo casi inaudible. El cañón, recalentado por la energía liberada. George golpeó el suelo con la mano con la que tenía agarrada la pistola. También podía haber sido el techo. O la pared. El mundo estaba patas arriba. Era un calidoscopio.

De nuevo, toses. Y luego la mano que sujetaba la pistola por la culata cedió. Un grito prolongado junto a George, en alguna parte. Manos que lo arañaban en la cara, los brazos y el pecho. Uñas cortas que le buscaban los ojos. George consiguió liberar los brazos y los levantó. El cañón todavía estaba caliente cuando arremetió con la culata contra lo que supuso era la cara de Kirsten. Con todas sus fuerzas. Primero una vez, luego otra. Después una tercera. El chasquido de pómulos triturados. Como si masticara cartílago.

Los ataques contra George cesaron. Los fuertes brazos dejaron de persistir. George alzó la culata de nuevo. Era como si estuviera ciego. Sordo. Un organismo concentrado exclusivamente en aniquilar a su enemigo. Pero la niebla, la anestesia, cedió antes de que asestara otro golpe. Estaba sentado sobre el pecho de Kirsten. Ella tenía la cara destrozada. Se oía un sorbido cuando respiraba, débilmente, entre huesos rotos y sangre. George apartó la mirada, bloqueó la imagen de la terrible devastación con una arcada y se puso de rodillas. Con manos temblorosas encañonó la pistola en la frente de Kirsten.

—Las llaves —dijo—. Las llaves de las esposas.

Kirsten hurgó en el bolsillo de sus pantalones militares y una manojito de llaves cayó al suelo con un tintineo.

—Las llaves del otro barco del embarcadero.

Kirsten negó con la cabeza.

—¿Qué coño vas a hacer? ¿Salir a salvar a tu princesa? ¿Quién te crees que eres? ¿Rambo?

Su voz sonaba espesa por el esfuerzo, la sangre y la derrota.

George titubeó un segundo antes de apartar la pistola de su cara para pegarle un

tiro en el muslo. El retroceso del arma lo cogió por sorpresa y estuvo a punto de caer de culo. Kirsten pegó un alarido cuando la bala le atravesó la pierna.

—Las llaves del barco —dijo George otra vez.

Kirsten resoplaba, negaba con la cabeza, bramaba de dolor como un animal.

—En el armario junto a la puerta —espetó—. Las encontrarías igualmente.

George se puso de pie y logró quitarse las esposas. No se atrevía a mirar a Kirsten, que jadeaba en el suelo, gravemente maltratada y herida de bala. ¿Era posible que George hubiera sido capaz de causar aquel destrozo? Tenía la impresión de que iba a desmayarse por el subidón de adrenalina, pero también se sentía lleno de vergüenza y preocupación. Una mujer. Había maltratado a una mujer. Una mujer con la que hasta hacía unos minutos, y dadas las circunstancias, había mantenido una relación casi amistosa. Hizo un esfuerzo mental para dejar de pensar en ello y quitó la sábana bajera de la cama. Luego la destrizó de forma metódica en tiras de diez centímetros de ancho. Sin mirar a Kirsten las dejó a su lado en el suelo.

—Cúrate las heridas —dijo.

Después se levantó, salió por la puerta y cerró con llave.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

Los golpes en la puerta eran cada vez más insistentes. La voz de fuera se desgarraba con el viento. Al principio resultaba imposible entenderla. Después, de repente, sonó clara como el agua. Klara notó cómo se disipaba la parálisis provocada por el miedo.

—¡Abuelo! —gritó.

Miró a Gabriella con alivio en los ojos.

—¡Es mi abuelo! ¡Oh, Dios mío!

Dejó caer el cañón de la escopeta hacia el suelo y se pasó la mano por la cara.

—Joder, qué cerca —dijo Gabriella—. Pensaba que íbamos a... No sé lo que pensaba.

Klara ya se había levantado de un salto y se había acercado a la puerta. Cuando la abrió, el viento la agarró y Klara tuvo que pelear para no verse arrastrada fuera, al frío. La nieve la azotaba por la ranura.

—¡Abuelo! —gritó para superar el ruido del temporal—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Su abuelo iba vestido con su impermeable amarillo, y encajado sobre las orejas llevaba un sueste tan desgastado que había adquirido un tono negruzco. Algo titiló a su espalda. Una segunda linterna. Klara entornó los ojos y miró por encima del hombro de su abuelo hasta descubrir una silueta sombría, apenas discernible en la oscuridad. Notó que su abuelo la cogía por el codo y la volvía a meter despacio en el calor relativo de la cabaña.

—Klara —dijo con voz tranquila—. Pensaba que al menos pasarías a vernos por Navidad.

Una sonrisa cansada se perfiló en sus labios mientras se quitaba el sueste y las invitaba a acercarse al hogar. Navidad. Klara había inhibido por completo incluso el hecho de que era diciembre.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué día es hoy?

—Víspera de Nochebuena —contestó su abuelo—. Klara, siéntate.

Giró la cabeza y vio que el otro hombre, la silueta, con cuidado, inseguro, se acercaba hasta el umbral de la puerta. También él llevaba impermeable, de corte infinitamente más moderno y tecnológico que el de su abuelo. Dejó una bolsa alargada de lona junto a la pared interior y se quedó allí de pie.

—¿Quién es? —preguntó ella.

Sus nudillos palidieron al apretar de nuevo la culata de la escopeta, el índice

descansaba sobre la anilla de la correa.

Su abuelo se desabrochó los botones del impermeable y lo dejó caer al suelo de madera.

—Para serte sincero, no lo sé —dijo—. Pero tengo mis sospechas.

Se sentó en una silla y le hizo un gesto a Klara para que se sentara en el sofá. Sin quitarle los ojos de encima al hombre de la puerta, Klara se sentó con cautela.

—Es americano, creo. Ha aparecido en Aspöja hará un par de horas.

Klara sintió un pánico creciente en el pecho. Se subió la escopeta al regazo, la sujetó con ambas manos.

—¡Dios mío! —dijo—. Tú no podías saberlo, pero...

Su abuelo le puso una mano helada en la rodilla y negó con la cabeza.

—Conocía a tu madre, Klara. Lo ha demostrado de varias formas. Antes habría muerto que traértelo en estas circunstancias si hubiese sospechado que no era trigo limpio.

—Pero ¿cómo has podido saber dónde estaba?

Su abuelo le guiñó un ojo.

—Tengo mis formas, ya lo sabes —contestó.

—No te puedes fiar de Bosse —concluyó ella.

Su abuelo giró el cuello y le sonrió a Gabriella.

—Por cierto, hola, Gabriella —dijo—. Cuánto tiempo.

Klara ni siquiera los oía. Tenía los ojos clavados en el hombre que estaba delante de la puerta. Se estaba sacudiendo la nieve mojada de la capucha con un guante grueso y luego se la quitó.

El hombre parecía rondar los sesenta y tenía una constitución digna de un corredor de maratones. Llevaba el pelo corto, pero era espeso como una crin de caballo. Una barba cana de pocos días le cubría las mejillas y la mandíbula ajadas. A lo mejor tenía ascendencia mediterránea o del mundo árabe. No la asustaba en absoluto. Más bien le transmitía un profundo sentimiento de tristeza. Como si durante demasiado tiempo hubiese cargado él solo con una pena demasiado grande.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

Estoy de pie en la nieve húmeda, dejo que la tormenta, los copos revoloteen alrededor de mi cuerpo cubierto de Gore-Tex, me dejo doblegar por las ráfagas de viento. Cierro los ojos mientras el anciano golpea la puerta y grita de forma ahogada en su dialecto cantarín. La tormenta se le impone, le arrebató las palabras y las lanza a diestro y siniestro, las divide en átomos, en partículas de vocales y consonantes que salen disparadas en la nieve, mar adentro.

Cuando se abre la puerta es como si me quedara ciego, como si por un instante mis ojos dejaran de escuchar las señales que mi conciencia les manda. ¿Será otro mecanismo de defensa? El último que me queda, el definitivo, el menos refinado. Automatismo en lugar de psicología. Un arma sin filo para no tener que encararme a la suma final de mis traiciones. Pero al final, naturalmente, no tengo dónde esconderme. Mis ojos acaban cediendo.

La veo a través de una cortina de nieve en el tenue rectángulo luminoso de la puerta. Delgada y demacrada, está de pie en el umbral de la puerta luchando para que el viento no se la arranque de las manos. En su brazo descansa una escopeta de caza que se ve enorme en proporción con su fino cuerpo, y hay algo en su forma de cogerla, o de no cogerla, que impregna la imagen de naturalidad, de relajación.

Entorno los ojos para ver los suyos. En la oscuridad titilan como el agua. Son tus ojos. No logro hacer frente al hecho de que en su corazón palpita el mío. En su sangre corre la mía. La idea es demasiado vertiginosa. La tormenta se ha metido en mi cabeza y está ganando fuerza. Todo lo que ha pasado por ella. Las palabras que no he podido ni formularme a mí mismo pero que me han acompañado por dentro a lo largo de toda mi vida adulta. Ahora todo son restos de naufragio. Todo son sacrificios a esta tormenta. La dejé completamente sola. Ten compasión conmigo.

Veó cómo el anciano la coge con cuidado del brazo y la conduce dentro de la cabaña. Ella se sienta en el sofá delante del hogar. Él se quita su sueste lleno de nieve. Las botas de agua dejan huellas mojadas en el suelo de madera. Entro con cautela en la caseta. Me bajo la capucha, dejo la bolsa en el suelo, junto a la puerta. La nieve cae en silencio.

Hay otra mujer joven delante de la chimenea. Su mirada va saltando de Klara a mí, una y otra vez se mesa la melena roja con ambas manos. Puedo percibir la adrenalina que está segregando su cuerpo. Hace lo que puede para mantener el pánico

a raya. Probablemente pensaba que veníamos para matarlas.

El anciano habla en voz baja en su singular lengua. No sé qué dice, cuánto ha entendido ni cuál es su grado de sospecha. Lo único que le he dicho son las pocas palabras que he aprendido en su idioma antes de buscarlo a él y su esposa.

Conocía a tu hija. Klara está en grave peligro. Estoy aquí para ayudar. Y luego le di el colgante a su mujer. La foto de su hija. Sus ojos al cruzarse con los míos. Azul claro, como un cielo de invierno. Los mismos ojos que nunca olvido. ¿Por qué han decidido fiarse de mí? Era como si supieran por instinto quién soy. Como si llevaran mucho tiempo esperándome. Como si ni siquiera estuvieran sorprendidos.

El anciano ha dejado de hablar y la joven mujer que es mi hija, si me permito esa palabra, termina por volverse para mirarme. Oigo las olas rompiendo contra el granito, viento que no amaina a nuestro alrededor. El ojo de la tormenta. Nunca pensé que lograría llegar hasta aquí. Mi plan ha alcanzado el límite exterior. De aquí en adelante solo hay caos, suerte, verdad. Su voz es más grave de lo que me había esperado. Su inglés, británico y natural.

—Bueno —dice—. Mi abuelo dice que conocías a mi madre. Has elegido un día bien curioso para venir de visita.

23 de diciembre de 2013

Arkösund, Suecia

George bajó las escaleras a trompicones, la pesada pistola estuvo a punto de caérsele al suelo, se aferró a la barandilla y recuperó el equilibrio. El mareo, el *shock*, la sangre. La imagen de la cara destrozada de Kirsten y la conciencia de saber que había sido él quien la había maltratado. Estuvo en un tris de no llegar a tiempo al lavabo para vomitar.

En cuclillas, agarrado a la taza del váter. Dos convulsiones irrefrenables con un objetivo claro. Los ojos empañados, la peste a ácidos gástricos, orín y sangre. Le palpitaba la cabeza, la cara, todo su cuerpo. Estaba sangrando.

Cuando le pareció que ya no le quedaba nada más de lo que deshacerse se desplomó junto a la taza con la espalda apoyada en la pared, recientemente reformada y recubierta con piedra natural. Por encima de su cabeza oyó un ruido de algo que se arrastraba por el suelo. Luego, la manilla de la puerta del dormitorio. George contuvo el aliento por un segundo. Sabía que había cerrado con llave y que se había llevado los transmisores de radio para no arriesgarse a que Kirsten se pusiera en contacto con sus compañeros. Pasado un minuto volvió a reinar el silencio. ¿La había matado? No la había matado, ¿verdad? Ella le había hablado y era evidente que se acababa de mover allí arriba. Pero el silencio era terrible. ¿Se estaría desangrando?

George no sabía cuánto rato llevaba allí sentado cuando de pronto se percató de que tenía tanto frío que le castañeteaban los dientes. Haciendo un esfuerzo se puso de pie y se pasó el jersey por encima de la cabeza. Al estar empapado de sangre pesaba como mil demonios. Se quitó los pantalones y los calzoncillos, que apestaban a pis. Una vez desnudo se plantó delante del espejo para mirarse. Dios santo. Se metió en la ducha esquinera y abrió el agua caliente. Cuando el líquido lo envolvió, las gotas se mezclaron con sus lágrimas.

Se obligó a sí mismo a salir de la ducha a los dos minutos. No podía perder tiempo. Al menos ahora notaba las piernas más firmes. Encontró el rollo de esparadrapo en uno de los bolsillos. Cambió el vendaje de la ceja. Más esparadrapo sobre el lóbulo desgarrado. En el espejo se vio como una jodida momia descorazonada.

Aún desnudo y tiritando de frío se metió en uno de los elegantes dormitorios que habían usado los hombres de Reiper. Fue abriendo cajones y armarios indiscriminadamente hasta que encontró la ropa que alguien había dejado. Más vaqueros. Más camisetas y suéteres. No de su talla, pero estaban limpios y calientes.

Se puso dos capas, pero aun así no logró dejar de temblar. Debajo de unos calzoncillos encontró un cargador extra que parecía encajar en la pistola de Kirsten. Se lo metió en el bolsillo y bajó las escaleras.

La cabeza le daba vueltas. Huir, huir, huir. Era lo único en lo que podía pensar. Vestirse, abrir la puerta y salir corriendo en la nieve. Lejos de ahí. Lo máximo que pudiera alejarse de la brutalidad de Reiper y la cara destrozada de Kirsten.

Pero luego ¿qué? ¿Adónde iría? ¿Dónde se iba a esconder? ¿Y si era tal como le había dicho Kirsten, que de alguna forma la policía sueca aprobaba lo que Reiper y su banda estaban haciendo? Si era cierto, tampoco estaría a salvo en su casa de la calle Rådmandsgatan.

Y luego estaba Klara. Apenas la conocía. No era propio de él preocuparse de esta manera. Que cada uno cuidara de sí mismo. Pero había sido él quien se había chivado. Él la había metido en todo esto. Por mucho que él lo estuviera deseando, había algo en su interior que no le permitía dejar las cosas colgadas. Sabía dónde estaba ella. Quizá podría avisarla. Además, ¿le quedaba alguna otra opción?

En el recibidor había un impermeable grueso de plástico en una percha. Se lo pasó por los hombros y metió la pistola en uno de los bolsillos. Le iba una talla pequeña. A tomar por saco, de verdad. Guantes y gorro en el estante para sombreros. Se movía deprisa, como si le diera miedo detenerse, como si el pánico o las dudas fueran a ahogarlo si se relajaba aunque solo fuera un instante.

En efecto, las llaves estaban colgadas en el armario que había junto a la puerta. Sacó el iPhone y reprimió el impulso de llamar a alguien, quien fuera. Preferiblemente a su viejo. Pero no podía arriesgarse a que lo secuestraran de nuevo. Con un movimiento ortopédico de dedos consiguió abrir la aplicación de mapas.

Unos segundos más tarde había introducido las coordenadas que le había pillado a Reiper. ¿Navegar siguiendo las indicaciones de Google Maps? ¿Y en plena tormenta? Era una idea demencial. Pero era lo único que tenía. El mapa mostraba un islote en el margen exterior del archipiélago. Hizo *zoom* sobre el mapa de satélite. En la roca había algo que podía ser una cabaña. ¿Era allí adónde debía dirigirse? ¿Era allí donde encontraría a Klara? La batería del teléfono estaba casi cargada al máximo. Le alcanzaba de sobra.

Cuando abrió la puerta de la casa la nieve invadió el recibidor. Se bajó el gorro para taparse la frente y cruzó el césped a paso ligero en dirección al embarcadero. Cuando subió de un salto a la lancha, la nieve que caía ya casi había borrado el rastro de sus huellas. Abrió la válvula de combustible. Con los veranos en Roslagen por lo menos había aprendido a manejar barcos. Aun así necesitó tres intentos para poner en marcha el motor.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

No le contesto. No tengo respuestas. No tengo palabras con que expresarme. Lo único que tengo en la cabeza es que al final la verdad me ha ganado la carrera. Que la mentira nunca es definitiva. Su cara está macilenta, es hermosa. Al mismo tiempo, hay algo implacable en sus rasgos. Algo tajante y decidido que resulta desconcertante. Una obstinación que no reconozco en mí. Debe de ser algo tuyo. Sé que es tuyo. Evito sus ojos a toda costa.

A falta de palabras, de explicaciones, me acerco a la ventana que da al archipiélago. Entorno los ojos para otear la oscuridad. Desconocemos qué saben nuestros enemigos.

—¿Sabe alguien que estás aquí? —le pregunto sin volverme.

Mi reflejo en el vidrio se mezcla con el de ella. Lleva el pelo mal cortado y mal teñido. Un disfraz de principiante que no oculta que su pelo auténtico tiene el mismo tono negro de los cuervos que tuvo el mío en su día. Que su piel es mi piel.

Ladea la cabeza, se aparta un mechón de la frente, deambula con la mirada. Me duele ver gestos de nerviosismo en ella. La paranoia y tristeza del perseguido. ¿Hay algún comportamiento humano que me resulte más familiar que ese?

—No —responde—. Nadie sabe que estoy aquí.

Me vuelvo para mirarla. No tenemos tiempo para esto.

—Vamos —digo—. Yo te he encontrado. Tu abuelo sabía dónde estabas. Inténtalo otra vez. ¿Quién sabe que estás aquí?

Mis palabras son demasiado duras. Mi voz, demasiado entrenada a base de interrogatorios. Se le estremece la cara, su voz suena relajada pero con un fondo incandescente.

—¿Quién coño eres tú para venir con exigencias? —contesta—. Ni siquiera sé quién eres.

Sus palabras me queman y casi doy un paso atrás. Ni siquiera sabe quién soy.

—Perdón —le digo—. No pretendía ser brusco. Pero tenemos muy poco tiempo. Te lo explicaré, pero por el momento tendrás que creerme si te digo que soy experto en este tipo de situaciones. Y además, si no hubiese querido ayudarte ya estarías muerta.

Intercambia una mirada con su amiga pelirroja. La amiga asiente con cuidado.

—Vale —dice Klara—. La única persona que sabe que estoy aquí es mi amigo que nos ha traído en su barco, después se ha ido. Volverá por la mañana para comprobar que todo está bien. Él es quien se lo ha dicho a mi abuelo.

Asiento con la cabeza.

—¿A quién más se lo ha dicho?

—No se lo ha dicho a nadie más. Te lo puedo asegurar.

—Créeme —insisto—. En este momento no puedes confiar en nadie.

—Confío en él —responde—. Como confío en mí misma.

—Aun así se lo contó a tu abuelo —puntualizo.

Ella no contesta. Su amiga carraspea. Sus ojos van saltando por la estancia, retuerce las manos.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Tú a quién se lo has dicho?

Reconozco todas las señales. Todas las fisuras, todas las grietas. Todas las formas en las que nuestro cuerpo nos traiciona.

—Se lo comenté a mi jefe —empieza—. Pero es abogado y Klara nuestro cliente. No existe la menor posibilidad de que él haya compartido la información con nadie. O sea, lo expulsarían del colegio de abogados si se lo contara a alguien.

—Tú eres Gabriella Seichelman, ¿verdad? ¿Trabajas para Lindblad y Wiman en Estocolmo?

—¿Cómo sabes quién soy? —dice.

No respondo. No importa. No tenemos tiempo.

—Saben que estás aquí.

Vuelvo a dirigirme a Klara.

—Los que te persiguen saben que estás aquí. Que no hayan atacado todavía solo es una cuestión de táctica. Estaban esperando a que cayera la noche. A lo mejor a que amainara la tormenta. Supongo que no están tan acostumbrados a este mar como tus abuelos.

Echo un vistazo rápido por la ventana negra. No sirve de nada. Innecesario. Solo veo un reflejo. Los cazadores siempre son invisibles.

—Pero ¿cómo es posible? —dice Klara.

Su voz es obstinada, dubitativa.

—Yo te he encontrado —responde—. Los que te persiguen son como yo. Los datos sobre tu paradero se han repartido en demasiados canales. Yo he podido deducir quién es tu amiga. —Señalo a Gabriella con la barbilla—. Si yo lo sé, ellos también. Y créeme, tienen formas de conseguir la información. Incluso de los abogados. Especialmente de los abogados.

Noto cómo el estrés me crece por dentro y me obligo a controlarlo. Lo empujo de vuelta al fondo de mi estómago. Aunque no me hubieran dicho que han gritado su destino a los cuatro vientos, yo ya sabía que nuestros enemigos estaban aquí. Un sexto sentido. Un olor. Una vibración en el aire que no tiene que ver con la tormenta.

—Manteneos alejadas de las ventanas —les digo.

Me siento en cuclillas delante de Klara. Levanto la cabeza para que me vea. Me

obligo a superar mi propia resistencia. A mirarla a los ojos. Son mucho más que azules bajo el ardor cobrizo que reflejan las ascuas del hogar. También son seguros, intimidantes. Ojos para ideales, no para compromisos. Son todo lo que recuerdo y más.

—Klara —digo.

Es la primera vez que pronuncio su nombre.

—Es fundamental que seas completamente sincera conmigo. Que me cuentes la verdad. Estamos, estás, en grave peligro, como ya sabes. A lo mejor podemos encontrar una manera de salir con vida de esta, pero solo si me cuentas lo que sabes.

Me mira sin pestañear, sin afecto, sin el menor indicio de reconocermelo. Pero sus manos inquietas delatan los nervios. Tics y movimientos bruscos.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que confiar en ti?

—Porque he hecho un camino muy largo para ayudarte. Hay muchos intereses, y enormes, en juego y en este momento soy el único que se preocupa por ti.

—¿Por qué? —vuelve a decir—. ¿Por qué te preocupas por mí?

Contengo el aliento. No tenemos tiempo. No hay tiempo.

—Conocía a tu madre —digo—. Algo salió mal hace mucho, mucho tiempo y quiero arreglarlo. Bueno, no lo puedo arreglar. Pero quiero hacer algo para saldar mi deuda.

Ella no dice nada. Solo deambula con la mirada. Mueve las manos. Su amiga se ha sentado a su lado. Le toma una mano. Por el rabillo del ojo veo que su abuelo mira por la ventana negra.

—Dile a tu abuelo que se aleje de la ventana —le pido.

Ella dice algo breve en la lengua que no hablo y luego me vuelve a mirar.

—¿Tenéis el ordenador? —pregunto.

Las dos jóvenes mujeres intercambian una mirada fugaz, casi imperceptible. Klara asiente.

—Lo tenemos —responde.

—¿Qué hay en él? —pregunto—. ¿Habéis visto lo que contiene?

Algo crece en sus ojos azules. Algo duro e impasible. No tiene ningún motivo para confiar en mí. Aun así me duele.

—¿Tú qué crees que hay en el ordenador? —dice ella—. Si alguien lo sabe, deberías ser tú. ¿Por qué, si no, intentáis matarnos?

—¿Que qué creo? —contesto—. Puedo empezar contándoos lo que sé.

Veo cómo aumenta su concentración. A lo mejor realmente no saben nada de nada. Así que les explico lo que Susan me contó a mí. La verdad. Lo que podría ser verdad.

—El amigo de Mahmoud Shammosh —empiezo—, Lindman. Trabajaba para un

subcontratista del gobierno estadounidense en Afganistán. Una empresa a la que se le había encomendado la misión de retener a terroristas sospechosos e interrogarlos mediante lo que podríamos llamar métodos no convencionales.

Me doy asco a mí mismo. Mi elección de palabras. Vuelvo a empezar.

—Lo que quiero decir es que Lindman trabajaba para una empresa que actuaba de forma indirecta en misiones dirigidas por el servicio secreto del gobierno de Estados Unidos. La llamábamos Digital Solutions. En realidad no tiene nada de raro. Es una parte esencial en nuestro trabajo, para evitar que nuestras huellas acaben por todas partes. Estas empresas casi siempre están compuestas por antiguos operadores de campo arrinconados y son dirigidas a través de testaferros y empresas fantasma que nosotros mismos creamos. Esta empresa...

Hago una pausa para pensar en cómo expresarme, para que sea correcto. Lo más correcto que puede ser.

—Digital Solutions tenía que interrogar a los terroristas que íbamos rastreando. Tenían la misión de usar métodos más duros. Perros y falsas ejecuciones. Agua. Métodos que no dejan lesiones permanentes. Métodos que son torturas, independientemente de cuál sea su nombre oficial. Métodos como los que la CIA usó en Abu Ghraib. Pero algo se torció con esta empresa. No sabemos exactamente el qué, pero comenzaron a ir más lejos de lo que estaba planeado. Mucho más lejos. Pasó un tiempo antes de que nos enteráramos. Electrocutaciones y casos de muerte. Cosas horribles. Una barbarie que no se puede describir con palabras.

—¿Por qué? —me interrumpe Klara—. Si no tenían la misión de hacerlo, ¿por qué lo hicieron?

Sus ojos centellean. Oscilan entre el estrés y la duda y algo más oscuro. Me encojo de hombros.

—No lo sé. A lo mejor se insensibilizaron con los métodos que ya usaban. A lo mejor pensaron que así conseguirían sacarles más información. O más rápido. Y los hay que no necesitan órdenes. Que, simplemente, son sádicos.

Los recuerdos de Irak y Afganistán. La batería de coche y los presos iraquíes apaleados en Kurdistán. Salas de interrogatorio improvisadas en Beirut y Kabul. Existen tantos ejemplos, tantas excusas y explicaciones, tanto sufrimiento. Tanto de lo que responsabilizarse.

—Lo que yo sé es que desmantelamos esta operación cuando nos llegaron los datos de lo que estaba ocurriendo. Hace unas semanas. Pero algunos de los responsables de la operación tienen un largo currículum en el servicio de inteligencia estadounidense. Tienen contactos. Contactos e influencias. Saben demasiado sobre demasiados procesos. Saben demasiado sobre demasiadas personas, gente que está en la cumbre de la organización. Así que en vez de mandar a esos agentes directamente a casa, les encomendaron la misión de primero poner las cosas en orden. Y supongo

que es ahí donde todo se fue a la mierda. Creemos que el soldado sueco Lindman se hizo con algún tipo de información sobre esta misión y que pretendía hacerla pública. Sabemos que trabajaba para Digital Solutions en Afganistán. Por qué se puso en contacto con Shammosh es algo que desconozco. Pero me has preguntado qué creo yo que hay en el ordenador. Creo que está lleno de pruebas de una operación que nunca fue aprobada y que, si se hiciera pública, causaría un daño irreparable.

La tormenta de fuera. Puede que haya amainado un poco. Puede que haya perdido fuerza, puede que se hayan debilitado las ráfagas que azotan las ventanas, que ruedan sobre el tejado y que levantan el agua sobre las rocas.

—Imagino que no hace falta que os explique lo que pasaría si esa información sale a la luz —digo—. Las consecuencias que tendría. Ahora que Estados Unidos justo está a punto de salir de Afganistán. Si esa información se hace pública volverá a reinar el caos.

—Pero en verdad tú no has visto lo que hay en el ordenador —dice ella.

—Me han explicado lo que, seguramente, debe de contener —respondo.

—Dices que llevará al caos —apunta Klara.

—Si sale a la luz. Sí, entonces nos empujará al caos.

Ya no parpadea. Ni gestos raros ni tics. Permanece inmóvil.

—A lo mejor el caos está justificado —dice ella.

—¿Eso es lo que habría querido tu amigo Mahmoud? —pregunto yo.

No tengo tiempo de reaccionar antes de que ella me lance, con toda su fuerza, lo que debe de ser un puño cerrado justo por encima del ojo izquierdo. Un dolor punzante, lágrimas. Pestañeo unas cuantas veces y levanto los brazos para defenderme, logro agarrarle la mano antes de que me pueda pegar otra vez. Me sorprende lo fuerte que es.

—Klara —digo—. ¡Tranquila! Tranquila. ¿Qué haces?

Su amiga se ha puesto de pie y la tiene cogida por los brazos. El anciano le acaricia el pelo, le susurra algunas palabras.

—No digas su nombre —me increpa—. Si vuelves a decir su nombre una vez más te mato. ¿Me oyes? Te mato. ¡Sois tú, tus amigos, tu puta banda asquerosa los que habéis generado toda esta mierda! ¡Vosotros! ¡Asesinos! No tienes derecho a pronunciar su nombre. No tienes permiso para usar su nombre. ¿Te enteras?

Su voz es un chillido, un timbre animal. Sus ojos están tan llenos de auténtico odio, de puro desprecio, que una vez más tengo que apartar la mirada. Levanto las manos en un gesto de disculpa, de reconciliación.

—Perdón, perdón —digo—. Entiendo que estás sometida a mucho estrés.

—No tiene nada que ver con el puto estrés —espetta con rabia—. ¡Entérate! Solo tiene que ver con que lo habéis asesinado. Lo matasteis delante de mis narices. Mientras lo cogía de la mano. Murió en un charco de vino de mierda, en un puto

súper de barrio. Y lo dejé allí. ¿Me oyes? ¿Estrés? ¡Que te jodan!

Tú, que nunca soltabas un taco. Mi traición, que nunca termina.

—Solo quiero ayudarte —insisto.

—Me la suda Afganistán —dice ella—. Me importa una mierda. Me la suda cuánta gente vaya a morir. Cuántos yanquis vayan a morir. Cuántas escuelas quedarán sin construir. Hospitales, o lo que sea. ¡Me la suda! ¿Acaso eso borrará el instante de su muerte? ¿Cuando le disparasteis como a un perro? ¿Acaso cambiará alguna cosa en su vida? ¿En la mía? ¿Eh?

Niego con la cabeza.

—Pero puedes reducir el sufrimiento —respondo.

Se queda callada un segundo. Fija la mirada en mis ojos. Hago un esfuerzo sobrehumano para no volver la cara. Cuando habla, su tono de voz vuelve a ser tranquilo.

—Es que quiero aumentar el sufrimiento —dice—. Ahora mismo solo deseo detonar una bomba en medio de todo. Quiero veros correr bajo una lluvia de fuego. Quiero veros morir. ¿Entiendes?

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

George había tardado diez minutos en que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, pero cada vez que miraba la pantalla del teléfono volvía a quedarse ciego, así que hizo lo que pudo para reducir al mínimo las veces que tenía que recurrir al mapa luminoso. Intentó mantener el rumbo empleando una vieja carta náutica plastificada que había encontrado metida debajo de la consola de mando. Iba en cuclillas y sujetaba la carta náutica con las dos manos sobre el timón. El barco escoraba y se estremecía. La tormenta silenciaba el ruido del motor.

Mantecía una velocidad de crucero. Lo bastante rápido como para que la lancha planeara y botara en las olas pero no tanto como para perder el control. La nieve y el agua salobre no paraban de echársele encima, lo ahogaban, calándole el frío hasta la médula. Pero George no se dejaba importunar. Era como si se hallara en otro mundo donde ni la lluvia ni el viento lo afectaban.

No tenía ningún plan. Sin embargo, desde que había conocido a Reiper no se había sentido tan aliviado y despreocupado como ahora. Hacía tan solo unos días, pero a él le parecía un año, o una vida entera. Ahora tenía el destino en sus propias manos. Había cambiado de bando. Ya no formaba parte del ejército de mercenarios asesinos comandado por Reiper. Iba a devolver el golpe.

—¡*Yippiikayee*, hijos de puta! —gritó a viva voz, desafiando a la tormenta.

Al cabo de media hora George redujo la velocidad y maniobró con la lancha para colocarse a sotavento tras una roca cubierta de enebros. En una trampilla debajo de la bancada de popa había una pequeña ancla oxidada que George echó por la borda para que no se lo llevara la corriente. Se acurrucó lo más que pudo y sacó el móvil. El barco se mecía con el oleaje. La nieve se derretía y le resbalaba por la cara. Apenas tenía cobertura. En cuanto se alejara un poco más por el archipiélago ya no lo podría usar.

Comparó la imagen de satélite con la carta náutica y sintió que se le disparaba el pulso. Si lo había leído bien, estaba a menos de un minuto de distancia del islote en el que, según Reiper, se estaba escondiendo Klara. La banda de Reiper debía de estar en algún lugar próximo. Introdujo rápidamente los datos que habían dado de su propia posición y la aguja del mapa digital se movió un poco al este.

George soltó un suspiro de alivio. En su euforia ni siquiera se le había pasado por la cabeza que podría haberse topado de bruces con Reiper y sus secuaces.

¿Y ahora qué? ¿Qué iba a hacer? Oyó la respiración carrasposa de Kirsten, vio la imagen de su sonrisa despectiva.

«¿Quién te crees que eres? ¿Rambo?».

Apartó la visión de su cara destrozada. Pero su voz persistía. Él no era ningún Rambo. Desde luego que no. Todavía tenía el teléfono en las manos heladas y sopesó la posibilidad de volver a llamar a alguien. Pero la última llamada había sido una catástrofe. Y si la policía no estaba de su lado, ¿con quién se iba a poner en contacto?

El único punto que jugaba en su favor era que Reiper, con total seguridad, no contaba en absoluto con que George fuera una amenaza. A estas alturas debían de estarse preguntando por qué no lograban contactar con Kirsten, pero dudaba mucho que sospecharan que, de alguna forma, él estuviera detrás de aquello. A sus ojos él no era más que un chupatintas, un bobo, un idiota necesario. Y era la única ventaja que tenía. A la buena de Dios.

Del gran bolsillo del impermeable sacó la pistola de Kirsten. Se veía tan negra que parecía absorber la escasa luz que reflejaban los copos de nieve. Localizó la palanquita con la que se soltaba el cargador y lo cambió por el otro que había encontrado en la casa y que estaba lleno. Después dejó caer otra vez el arma en el bolsillo y apagó el teléfono. Había llegado la hora.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

No tenemos tiempo para esto —dijo el hombre.

Había algo suplicante en su voz. Un hilo de desesperación mezclado en el tejido de lo que hacía unos segundos le había parecido comprensión, sensatez.

Klara no le quitaba los ojos de encima. El vacío que sentía dentro no quería ceder, pero por un instante había quedado a la sombra de la adrenalina, la cólera de azufre. Los nudillos de su mano derecha le dolían tras el golpe que le había asestado al hombre en la sien. Todo lo que había estado reteniendo desde la muerte de Mahmoud de pronto la había superado, le había hecho perder el control.

Pero ahora notaba que la rabia menguaba, que el mundo a su alrededor recuperaba las formas. Movi6 las manos en un intento de conservar la maravillosa rabia, trat6 de concentrarse para que no se le escurriera de vuelta a las profundidades y la dejara sola con el vacío y la tristeza. Pero no se dejaba cazar. Arena entre sus dedos.

Se recost6 en el sof6. De pronto la cabeza le comenz6 a pesar toneladas y tuvo que reposarla en las manos. A su lado pod6a percibir el olor de Gabriella. En alg6n sitio, quiz6a en la nuca, notaba las manos rasposas de su abuelo. Tras una eternidad volvi6 a mirar al hombre.

—Vale —dijo—. Aseguras que nos sacar6s con vida de esta. Ser6 mejor que nos expliques c6mo.

El hombre se agach6 frente a ella. Ya estaba aflorando una marca roja en el lugar donde ella le hab6a soltado el pu6etazo.

—Tienes un gancho de derecha bastante bueno —dijo.

Una sonrisa en sus labios. Hab6a algo en ella que le resultaba tan familiar. Demasiado familiar. Tantas preguntas que no pod6an formularse. Tantas ideas que hab6a que posponer para m6s adelante.

—¿Qu6 hacemos? —pregunt6 Klara.

—Tengo que ver lo que hay en el ordenador —contest6 el hombre—. Lo que hay en 6l es lo que ten6is para negociar.

Se detuvo un momento antes de continuar. Parec6a que estuviera dudando de algo.

—Mi misi6n es conseguir el ordenador y asegurarme de que no hab6is hecho ninguna copia del material que contiene. Mi jefa me ha dado autorizaci6n para aseguraros que con eso terminar6a todo. Que todo acabar6a cuando entregu6is el ordenador con la informaci6n.

Hab6a algo en su forma de decirlo. Un titubeo o una duda. Algo que lo ro6a por

dentro.

—Pero no me fío de mi jefa —dijo al final—. No me fío de nadie. Si les dais el ordenador ya no tendréis nada con qué negociar, y si no tenéis con qué negociar no tendréis derechos. Ha muerto tanta gente. A ellos no les importa si vosotras también morís. O bueno, claro que importa. No son alimañas. Pero los riesgos que giran en torno a esa información son demasiado grandes. Si entregáis lo único que tenéis, después de todo lo que habéis visto, con todo lo que sabéis...

Se quedó callado. Giró la cabeza. Algo había captado su atención y sus ojos volaron hasta la ventana. Se quedó así unos segundos antes de levantarse y cruzar la estancia a velocidad sorprendente, casi con gracilidad. De la bolsa de lona que había dejado junto a la puerta sacó un fusil automático de camuflaje. Un sonido metálico cuando introdujo un cargador. Un chasquido cuando fijó la mira telescópica en la parte superior. Se abrochó el abrigo y se pasó la capucha por la cabeza.

—Esperad aquí —dijo—. Hagáis lo que hagáis, no os acerquéis a las ventanas.

Y con esas palabras entreabrió la puerta y desapareció en la oscuridad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gabriella.

Su mano apretaba la de Klara con más fuerza.

—Él también lo ha oído —dijo el abuelo de Klara—. Un motor. Parece que se está acercando un barco.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

El mar empeoró cuando George viró alrededor de la isla tras la que se había resguardado. Las olas se hicieron más altas y ganaron fuerza. George aumentó la velocidad y notó cómo el mar levantaba la lancha. El ruido de las hélices girando un momento al aire libre antes de que la embarcación cayera de nuevo en la siguiente ola. La compacta oscuridad.

George tuvo la vertiginosa sensación de que estaba a punto de perder el control. Con una sacudida desesperada de muñeca puso el motor en punto muerto. El agua rebosaba por encima de la proa. El barco se puso de través y se fue al garete arrastrado por el temporal. Aún peor. El pánico estaba al acecho de cada nuevo ataque de las olas. George empujó la palanca del acelerador, esperó a que surtiera efecto y luego giró el timón en la dirección correcta. O lo que él creía que era la dirección correcta. El barco escoró, pero comenzó a avanzar.

Cuando estaba en la cresta de las olas podía distinguir lo que quizá era el islote en el que estaba Klara. Una luz tenue, apenas discernible, un rescoldo de lo que podía ser una ventana de una cabaña pequeña. A cada ola estaba un poco más cerca. En la oscuridad no podía ver ningún detalle. Solo una masa negra en medio de todo lo demás, igual de negro.

Hasta que lo tuvo justo delante. Metió la marcha atrás tirando de la palanca con todas sus fuerzas. Oyó el casco rascando las rocas. Se percató de que el motor no marcaba ninguna diferencia en el mar. Las olas giraron la lancha y comenzaron a empujarla de lado contra las rocas negras.

—¡Mierda! —gritó George.

El barco golpeaba y temblaba contra las rocas. El ruido de las hélices de acero raspando el granito se abrió paso en la tormenta.

—¡Mierda!

Soltó el timón y se echó al suelo. Fue reptando en el agua helada de la cubierta de proa. Con las manos podía notar cómo las rocas iban rascando y ajando el casco de fibra de vidrio. Era mera cuestión de tiempo que la piedra terminara por atravesar el barco. Tumbado bocabajo y aprovechando la poca altura de la borda, George pasó una pierna por encima, metió el pie en una ola espumosa, notó roca resbaladiza bajo la suela del zapato. Un frío inhumano. A su alrededor solo había agua, espuma y oscuridad negras. El barco estaba siendo arrastrado por la marea y George perdió el agarre con el pie antes de que las olas volvieran a escupirlo contra las rocas.

Una vez más logró poner el pie sobre una piedra traicionera, resbaló, perdió el

apoyo, pero aun así dejó caer toda la pierna. Aferrándose con las manos a la borda, sacó el otro pie y lo metió en el agua. Notaba cómo las suelas resbalaban inevitablemente en la roca mojada. La corriente atrapó el barco y comenzó a tirar de él. George sacó el resto del cuerpo y se dejó caer en el agua, empujó el barco para quitárselo de encima. Ruido de olas que chocaban a su alrededor, la tormenta silbando y desgañitándose. Su pie derecho tocó fondo en una parte plana. George se tiró de cara hacia la roca y empezó a arañarla en busca de algún sitio donde aferrarse con sus manos heladas. La piedra le cortaba los dedos.

Pataleó con el pie izquierdo hasta que encontró una grieta al nivel de la superficie del agua. Bocabajo, empujó para subir, subir. Las manos buscaban dónde agarrarse. El barco embistió contra la roca a pocos palmos de distancia. Pudo oír el ruido de las piedras cortando el casco y notaba la espuma del agua cubriéndole las piernas cuando por fin logró cogerse bien al islote y sacar todo el cuerpo del agua. El barco acababa de hacer agua y se retorció en las olas a la espera de terminar de hundirse.

George se quedó tumbado al pie de un enebro azotado por el viento para recuperar el aliento. Seguía con vida. Pero poco más. Alzó la cabeza, hacia la cabaña.

Solo para sentir de nuevo cómo la brizna de esperanza se extinguía en su interior.

Justo delante, en la nieve, había dos hombres en cuclillas vestidos de negro. Ropa oscura, pasamontañas. En sus manos, fusiles automáticos cuyos cañones lo estaba apuntando.

—George —dijo Josh—. Qué mala pinta tienes.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

El barco viene del lado equivocado. Del norte, con las olas por delante en dirección oblicua. Con la mira nocturna puedo vislumbrar cómo desaparece en los valles del mar para aparecer de nuevo en las crestas. El ruido del motor se abre paso en la tormenta. Es de principiantes. Peor aún. Es una locura, puro suicidio. Si el barco alcanza las rocas, el mar no tendrá piedad con él. Queda descartado que se trate de nuestros enemigos. ¿El amigo de Klara? Él conoce estas islas, esta tormenta. Él nunca llegaría en esa dirección.

Me siento en cuclillas. La sequedad en la boca, los latidos inquietos del corazón. Las ganas lejanas de echar un trago. Todo lo que planeamos. Todas las estrategias y objetivos a largo plazo. Todos los muros y protecciones. Todo lo que creamos para minimizar el riesgo, para prevenirlo. Al final es lo inesperado, lo inexplicable, lo imprevisible lo que nos acaba exterminando.

Hay algo en el aire. Algo más aparte de nieve y tormenta. Dirijo la mirada hacia las rocas donde el anciano ha atracado su barco, sin ningún esfuerzo, en el momento más virulento del temporal. Solo veo la popa. El resto está a resguardo detrás del peñasco. Pero hay algo más. Una sombra, una silueta. Pontones o un casco. ¿Puede ser otro barco? ¿Ya están aquí nuestros enemigos?

Se me acelera el pulso. Me tumbo boca abajo y repto por la roca, me alejo de la cabaña. Aprieto el fusil con la mano derecha. Le quito la nieve mojada. En algún punto de las rocas de enfrente oigo el barco chocando contra el granito. Alguien grita dos veces. Como un pájaro en la tormenta.

Continúo trazando un círculo. Si nuestros enemigos ya están aquí, ellos también estarán siguiendo a ese barco. Vigilando para ver con qué los sorprenderá lo imprevisible. El islote es llano y desolado. Lo único que ofrece protección es algún que otro arbusto y alguna roca. Apunto con la mira nocturna en la dirección de donde venía el ruido. Veo el barco, ingobernable en las olas. Justo encima, una persona que lucha por alcanzar la roca firme. Alguien que trepa por la borda y resbala en la aguanieve.

—¿Quién eres tú? —me susurro a mí mismo.

El hombre consigue agarrarse, se arrastra desde la superficie del agua hasta ponerse a salvo. Se tumba boca abajo sobre el islote, quizá para recuperar el aliento. Está empapado. Muerto de frío. Naufragado. Al cabo de unos segundos levanta la cabeza y parece quedarse de piedra. Lo tengo a unos veinte metros de distancia. ¿Qué está viendo que yo no veo? Voy subiendo con la mira nocturna por la roca lisa. Un

par de matojos maltrechos por el mal tiempo. Una grieta en el islote. Un movimiento, más movimientos. Mi mano se engarrotó alrededor del fusil.

Alguien surge de las sombras. Una figura negra. Un pasamontañas en la cabeza. Inclinado en el viento pero con un arma al hombro. Detrás, otra figura. ¿No hay más? Tiene que haber otro grupo.

Pero en este momento solo son dos. Es lo único que sé. Y un tercero, un desconocido. ¿Es esta mi oportunidad? ¿Nuestra oportunidad para sobrevivir? Lo único que tengo es el factor sorpresa. Si no fuese por el hombre que acaba de llegar con el barco nos habrían cogido dentro de la cabaña. ¿Cómo aprovecho mejor la providencia? Los sempiternos cálculos aproximados. Las estimaciones. Las probabilidades.

Me acerco al fusil. Lo apoyo en el hombro. Hace tanto tiempo que no estaba en una situación como esta. Exhalo el aire gélido. Pestañeo para ver con claridad en la nevada. En la mira telescópica veo al hombre de negro alzar el arma y apuntar al otro, al que está tumbado, indefenso, en la roca. El ruido de la bala rebota en el islote y desaparece en la tormenta, en la nieve.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

George cerró los ojos. Descansó la cabeza en la roca, notó la humedad fría en su mejilla helada. La nieve revoloteando a su alrededor. Todo había sido en balde. Ya era demasiado tarde.

—Dios —susurró—. Perdóname. Perdóname. Perdóname.

Vio el rostro de Klara ante sus ojos. Después el pómulos y la nariz destrozados de Kirsten. ¿Por qué no había hecho algo antes? Por el rabillo del ojo vio que Josh se levantaba y se le acercaba. El rifle al hombro. Josh no cometería el mismo error que Kirsten.

—Así que has conseguido salir de la casa —dijo Josh—. Increíble. No creí que fueras capaz. ¿Qué has hecho con Kirsten?

George guardó silencio. Apenas oía la voz de Josh. Ya no le importaba nada. Nada.

—Da igual —continuó Josh—. Ahora no tenemos tiempo para esto. Adiós, George.

El sonido del disparo. Curiosamente amortiguado por la tormenta. Destripado por el viento. Un relámpago ante los ojos de George. Estaba esperando el dolor. La luz, la calma. A que el mundo dejara de existir.

Pero lo único que oía era la tormenta. Lo único que notaba era la nieve en una mejilla y la humedad de la roca en la otra. Desconcertado, abrió los ojos para mirar a Josh. Pero Josh no estaba ahí.

Lo que se encontró fue un cuerpo inerte sobre la piedra. Algo oscuro parecía brotar de su cabeza y empapar la nieve que tenía debajo. Sangre. La otra persona de negro se había tirado en busca de protección detrás de las rocas donde debían de haber estado escondidos cuando George había subido arrastrándose por el suelo. El hombre se había llevado la mano a la oreja y estaba gritando algo. Quizá tuviera contacto por radio con Reiper.

¿Qué había ocurrido? Alguien había disparado. George parpadeó varias veces, se puso a cuatro patas y rodó a un lado. El mundo recobraba la vida a su alrededor.

El otro hombre estaba de espaldas a George oteando el islote por encima del borde de la roca. George tanteó con la mano en el bolsillo del impermeable. Al final logró sacar la pistola. Tenía la mano tan fría que apenas podía mover los dedos y tuvo que obligarlos a coger el silenciador del arma de Kirsten. Se enganchó al forro del bolsillo y George dio un tirón tan fuerte que lo sacó fuera y lo hizo trizas. Las manos le respondían con torpeza, la pistola cayó al suelo pero consiguió pescarla antes de

que resbalara hasta el agua. La sentía grande y pesada en sus manos. Irreal. Todo le parecía inverosímil.

En la oscuridad George solo podía intuir al otro hombre, a pesar de que no estaba a más de diez metros de distancia. ¿Quién era? ¿Chuck? ¿Sean? No eran sus nombres verdaderos. El hombre pareció volver la cabeza, igual de inseguro que George de lo que había pasado. La pistola pesaba una barbaridad en las finas manos de George. Tenía los dedos completamente congelados cuando, tumbado boca abajo, apuntó con ella a la oscura silueta. Apartó todos los pensamientos de culpa, de consecuencia. Se concentró en sobrevivir. Solo eso. Y apretó el gatillo.

Una, dos, tres balas escupió la pistola. Apenas audibles en la tormenta. El hombre soltó un grito, se desplomó detrás de la piedra, detrás del matorral. Palabras que se repartían en letras por el ruido del temporal. Gruñidos y juramentos.

Temblando de frío y por el *shock*, George subió la roca a rastras, dibujando un gran arco para rodear la piedra donde el hombre había buscado resguardo. En dirección a la cabaña.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

Al final, todo eran caprichos de la divina providencia. La banalidad del combate. Me siento en cuclillas. Alzo la mira nocturna para observar las rocas. Veo el cuerpo inerte en la nieve. Veo al hombre del mar. Está boca abajo, dispara una pistola, se pone de rodillas. Está armado. Amigo o enemigo. La casualidad. Me levanto pero mantengo la espalda curvada, me hago pequeño. No le puedo dejar llegar hasta la cabaña. No puedo correr ese riesgo. Me levanto, doy dos pasos rápidos. La nieve bajo mis pies. El granito. La preocupación me vuelve cauteloso.

Lo sé antes de sentir el dolor. Como lo sé siempre. Como siempre lo he sabido. Que lo que mata son los lazos. Que lo que amenaza nuestra existencia no son las mentiras sino la verdad. Después el dolor. En algún punto del abdomen. En algún punto de la espalda. Intenso y mortal. Y resbalo en la nieve, en la roca. Doy un giro y me caigo. Después, más dolor. En el hombro, en la mano. El tiempo se detiene.

Así es como acaba todo.

Estoy tirado de espaldas. Los copos de nieve me caen en la cara. Abro los ojos y veo su sombra, agachada, a mi lado. La cicatriz en su mejilla brilla en la oscuridad. El rifle descansa en su regazo. Ni siquiera se sorprende.

—Creía que te habían puesto a trabajar en la oficina —dice.

No digo nada. Siento la sangre llenándose la boca. Escupo a un lado. Sabía que era él. A pesar de que Susan no quisiera pronunciar su nombre, uno de sus nombres. Nos miramos. Seguimos en Kurdistán, en Afganistán. Así es como termina todo.

—¿Te ha enviado Susan? —pregunta él.

No digo nada.

—Has disparado a uno de mis hombres —dice.

Ya no queda nada que perder. Nada que ganar. Asiento con la cabeza. Escupo sangre pero la boca se me llena de nuevo. Dejo que rezume por mis labios.

—No tiene por qué ser de esta manera —digo yo.

Mi voz sale apagada, carrasposa, tan llena de sangre y muerte que apenas puedo distinguirla ni yo mismo. Pero él está acostumbrado a oír las confesiones del moribundo. Se inclina.

—¿De qué manera? —dice.

Me pesa tanto, tanto el cuerpo, que siento que atraviesa la nieve, la roca. Al

mismo tiempo es tan ligero, tan ligero que, cuando cierro los ojos, levanto el vuelo, me pierdo en la nevada, en la tormenta. Desaparezco. Más leve que los copos de nieve. Un cuerpo de helio. Un cuerpo de plomo. Por encima de las nubes el cielo es azul pálido. Opté por la huida cada vez que me tocó elegir camino. Y ahora todo es demasiado tarde. Ya no hay nada que pueda salvar mi alma.

Cuando abro los ojos él está a punto de levantarse. En la oscuridad lo veo enorme. Ahora yo soy insignificante. No soy parte de su misión. Una mera casualidad. Algo imprevisible que él estuvo gestionando y luego dejó abandonado. Toso. Obligo a las palabras a salir.

—Ella no tiene por qué morir.

Es un esfuerzo sobrehumano. Me ahogo en mi propia sangre. Oigo su voz en la lejanía.

—No has cambiado —dice—. Siempre has tenido el mismo problema: un corazón lleno de sangre.

Me fuerzo a ladear la cabeza para mirarlo. Se me hace terriblemente difícil abrir los ojos. Y en ese momento oigo el trueno. Apagado y delimitado como una explosión controlada. En una luz fría y singular lo veo despegarse del suelo. Lo veo volar, ingrávido por un instante, envuelto en la tormenta. Lo veo aterrizar en la nieve, esparcido, inmóvil.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

Ponte estas prendas para la lluvia —dijo Klara.

Sacó un fardo de hule amarillo, viejo y con olor a trementina, de un baúl desgastado que había junto a la puerta y se lo pasó a Gabriella. Por su parte, ella se había puesto las botas de agua y un par de pantalones impermeables que le iban tan grandes que le daban el aspecto de una niña pequeña. Gabriella deshizo el amasijo de ropa y comenzó a ponerse los pantalones raídos.

—Definitivamente, es un barco —dijo el abuelo de Klara.

Al contrario de lo que le había aconsejado el yanqui, el anciano estaba de pie mirando por la ventana, tratando de distinguir algo en la oscuridad. El ruido del barco iba ganando intensidad a medida que se aproximaba.

—Vete tú a saber qué tarado hay ahí fuera, navegando con el viento de proa.

El abuelo se volvió y miró a Klara, que estaba abrochándose la capa con la capucha ya bajada hasta la frente.

—¿Qué tienes en mente, Klara? —preguntó—. ¿No estarás pensando en acompañar a nuestro amigo americano?

Klara se ajustó las mangas de la capa. Cuando estuvo satisfecha se agachó y abrió la cajita de cartón con los cartuchos de plomo. Sacó un puñado y se los metió en el bolsillo.

—No lo sé —contestó—. Pero será mejor que estemos preparados. Tengo la sensación de que tenemos que estar listos para salir corriendo en cualquier momento.

Abrió la escopeta y comprobó que todavía estaba cargada. Se volvió hacia su abuelo y titubeó un instante.

—¿Abuelo? —dijo al final—. Has dicho que estabas seguro de que ese hombre conocía a mi madre.

Su abuelo dio media vuelta. Se le veía cansado. Fuera el motor se hacía cada vez más evidente.

—¿Qué es lo que te hace estar tan seguro?

Antes de que su abuelo tuviera tiempo de responder, un estrépito chirriante se oyó más abajo en el islote. El abuelo se giró hacia la ventana otra vez. Oyeron dos gritos cortos. Quizá juramentos.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Gabriella.

—El barco ha chocado contra la roca —respondió el abuelo de Klara.

Por acto reflejo, Gabriella también se acercó agazapada a la ventana. Podía intuir la nieve que caía, los arbustos más cercanos. Alguna roca. Abajo, en la orilla del

agua, le pareció ver algo que se movía. Pero quizá se lo había imaginado. El ruido del barco golpeando la piedra. Y quizá fragmentos de una voz. Antes de que Gabriella pudiera siquiera comentarlo escucharon un trueno sordo rompiendo la tormenta.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Gabriella.

El pulso se le aceleró en el pecho. En alguna parte oyeron un grito y luego silencio. Se volvió para mirar a Klara. Pero lo único que vio fue la puerta cerrándose.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

El viento había amainado un poco. Y ahora la nevada era aún más copiosa. Klara estaba pegada de espaldas a la pared de la casa. Notaba el peso de la escopeta fría en las manos. Las ideas competían en su cabeza con los latidos de su corazón desbocado. ¿Qué estaba pasando? Con cuidado sacó la pequeña linterna que había encontrado en la cocina.

Fue entonces cuando lo oyó. Amortiguado por el viento y la nieve. Pasos rápidos. Después un roce y algo grande que caía al suelo. Como si alguien fuera corriendo por la roca y de pronto tropezara. Klara clavó una rodilla en el suelo. La culata apoyada en el hombro. La linterna y el cañón en la mano izquierda. Alguien que tosía, carraspeaba, escupía. Algo que sonaba como una voz. Quizá a diez metros de distancia. No más. Junto a la otra fachada. Después otra vez. Forzada, susurrante. Solo fragmentos. Klara exhaló aire. Inspiró. Todo a una sola carta. Al mismo tiempo que encendía la linterna dobló la esquina de la cabaña. Todavía agazapada, con la rodilla izquierda hincada en la nieve, sobre la roca. La culata en el hombro. El cañón y el haz de luz de la linterna apuntando al lugar de donde provenían los sonidos. El tiempo se detuvo.

La luz iluminó a tres personas. Dos hombres de negro, uno que estaba agachado y otro de pie. En el suelo estaba el norteamericano. Sangre oscura en la nieve blanca.

Alguien dijo algo. Todos los sonidos parecían demorarse, prolongarse, imposibles de conectar en una secuencia. El hombre que estaba de pie levantó una mano, cegado por la luz de la linterna. Todos se movían despacio, como bajo el agua. Klara se concentró en el hombre que estaba agachado junto al americano. Su cara. La cicatriz. El pelo cano que asomaba por debajo de un gorro negro. Sus ojos titilando en la luz.

El hombre de la cicatriz tardó una eternidad en alzar el arma. Klara apretó el gatillo y sintió la fuerza del retroceso empujarla hacia atrás.

Después el mundo recuperó el tempo. El estruendo de la escopeta era ensordecedor. El hombre de la cicatriz salió despedido sobre la roca manchada de nieve y aterrizó plano, en una postura extraña, al pie de un pequeño enebro pelado y solitario.

Klara oyó un ruido metálico en línea oblicua a su espalda. Tres veces, cuatro, cinco. Después un chasquido. Cuando apuntó hacia allí con la linterna descubrió que el hombre al que acababa de ver de pie yacía de espaldas en la nieve. Más atrás Klara escuchó una respiración. Un leve jadeo. Pies que pisoteaban la nieve y la roca. Se volvió con cautela en dirección al sonido, de nuevo hacia la casa. Deslizó el foco de

la linterna por la fachada para terminar iluminando una asombrosa figura. Era alto y delgado. Ojos hundidos. Tenía la cara llena de rasguños, heridas y esparadrapo despegado. Sus labios se habían puesto azules por el frío. En la mano llevaba una pistola gris oscuro en cuyo cañón había un largo cilindro. El hombre dejó caer el arma en la nieve y se reclinó en la pared. Cerró los ojos. Se hizo una bola en la nieve abrazándose las rodillas. Klara movía la escopeta, insegura de adónde apuntar.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Dirigió la escopeta de caza hacia el hombre, apuntó, no sabía si arriba o abajo, amigo o enemigo. Se inclinó hacia delante. Algo le resultaba familiar en aquella cara magullada.

Dio un paso hacia delante. El hombre levantó las manos en gesto de rendición.

—George —dijo—. George Lööw.

Klara paró en seco, sacudió la cabeza. Le pitaban los oídos por el disparo. El viento le escupía nieve en la cara. ¿George Lööw? ¿Era eso lo que acababa de decir?

—¿De dónde coño has salido? —respondió Klara.

George se limitó a encogerse de hombros y se quedó mirando al vacío como un lelo. Klara titubeó un segundo y luego dio media vuelta para ir a ver al norteamericano que yacía en la nieve.

—¿Estás bien? —le preguntó a George mientras se acercaba al otro.

—Estoy bien. Creo.

Su voz era hueca.

Klara se inclinó sobre el yanqui, lo iluminó con la linterna. Sangre por todas partes, demasiada. Tenía los ojos cerrados, pero sus labios se movían de forma casi imperceptible. Le rezumaba sangre por la comisura de la boca. Klara acercó la oreja a su boca, percibió el olor a sangre, el hedor a muerte, muerte, muerte.

—No pude protegerte.

Su voz era tan débil, tan pastosa.

—No les des lo que quieren.

Se quedó callado. Apenas respiraba. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Klara guardaba silencio. Le acarició la frente con cuidado, insegura.

—No les des lo que quieren. No puedes fiarte de ellos.

Klara luchaba con la adrenalina, con el llanto.

—Todo se arreglará.

Era lo único que le salió. No significaba nada. Nada se arreglaría.

—Tu madre —susurró el norteamericano—. Te quería mucho. Por encima de todo.

Después, silencio. Solo el viento. Solo la nieve. Klara lo cogió de la mano. El puño cerrado. Helado, casi muerto. Entonces su boca se abrió. Sus ojos se tornaron de cristal, vacíos. Klara le levantó el puño para poder apretarlo en su mano. Algo cayó

de su mano en la nieve, en la sangre. Klara tanteó para encontrarlo. La plata del colgante estaba sorprendentemente caliente. Con dedos helados Klara abrió el diminuto cerrojo.

23 de diciembre de 2013

Archipiélago exterior de Sankt Anna, Suecia

George se incorporó en la cubierta de proa del pequeño barco y miró a su alrededor. La noche seguía siendo negra como el carbón. La tormenta había amainado pero el barco escoraba y saltaba en la marejada. Solo podía recordar vagamente cómo había terminado allí. Impresiones, un sueño. Desde que había naufragado con la lancha solo tenía recuerdos fragmentados e inconexos de pánico y frío. Se percató de que llevaba ropa seca. Dos mantas enormes sobre los hombros y las piernas. Todavía tiritaba, pero no de forma tan descontrolada como hacía un rato.

—Bueno, al final estás vivo.

George volvió la cabeza. Klara estaba sentada a su lado en la cubierta, apoyada en el puente de mando. En la oscuridad parecía que llevara el mismo impermeable amarillo que él recordaba débilmente de lo que le parecía que eran días atrás. George asintió con la cabeza.

—¿Dónde estamos?

George gritó para superar el ruido del viento y del motor del barco. La nieve revoloteaba en el aire y se mezclaba con los recuerdos que relampagueaban en su retina. Orificios de pistolas. La cara reventada de Kirsten. El frío en la roca. La pistola pesándole en las manos. El sonido de la bala que había disparado. Se quitó de la mente las posibles consecuencias de sus actos. Los cuerpos abatidos. Negó en silencio con la cabeza.

—En el barco de mi abuelo —respondió Klara.

Lo dijo inclinándose hacia él para no tener que gritar.

—Estabas bastante fuera de combate. Mi abuelo te ha dejado una muda extra que traía consigo. Después has estado durmiendo un rato aquí en cubierta. ¿No lo recuerdas?

Él negó con la cabeza.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó él.

Klara se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Me parece que tienes bastantes cosas que contar.

George se volvió para mirarla, la irrealidad de la última semana le cayó encima toda de golpe. Enterró la cara en las manos.

—Lo siento —dijo—. Perdóname.

—¿Que te perdone? —exclamó Klara—. Más bien creo que me has salvado la vida. La vida de todos. Si no hubieras aparecido con la lancha allí fuera nos habrían ejecutado a todos, me atrevería a decir.

George negó en silencio. Se ajustó más la manta alrededor del cuerpo y miró a Klara. Su cara apenas se podía distinguir en la oscuridad.

—Hay mucho más que eso —dijo—. Si no hubiese sido por mí jamás te habrías visto metida en esto. Trabajé con ellos, con los yanquis. Fui yo quien instaló un aparato de escuchas en tu despacho, fui yo quien...

—¿Quien mandó el mensaje de París? —lo interrumpió ella.

George asintió.

—Sí, es cierto. Pero ni te imaginas a lo que te he expuesto. A lo que me he expuesto yo mismo.

Klara escupió por la borda.

—Ahora ya no importa —dijo—. Lo hecho, hecho está. Todavía tenemos que encontrar una manera de salir de esta.

Una silueta surgió de la oscuridad de popa y se les acercó agachada. Otra chica con impermeable amarillo demasiado grande. George giró el cuello y vio a un hombre mayor detrás del timón de la consola de mando. El hombre alzó una mano para saludarlo. En la oscuridad parecía que estuviera sonriendo.

—Así que te has despertado —le dijo la chica a George.

—Supongo —murmuró él.

Ella se sujetó con una mano a la borda y se sentó en la cubierta justo enfrente de él.

—Me llamo Gabriella —dijo—. Soy amiga de Klara y en este momento también su abogada. Antes de continuar quería proponerte que me dejes representarte también a ti.

Una media sonrisa asomó en los labios de George, abriéndose paso entre todo el desconcierto y estrés.

—Abogados. Vaya buitres —dijo—. No desaprovecháis ni una oportunidad para vender vuestros servicios.

Al estar tan oscuro no estaba seguro, pero le parecía que Gabriella le correspondía la sonrisa.

—Mi tarifa es bastante asequible. Pro bono, en verdad —dijo—. Pero tú y Klara necesitáis a alguien que hable por vosotros. Si yo soy vuestra abogada nadie me puede obligar a revelar dónde estáis, etcétera. Ahora nuestro plan es que el abuelo de Klara os lleve a otro escondite. Tengo un contacto en la Säpo con quien voy a intentar aclarar todo esto. ¿Te parece bien o qué me dices?

George asintió.

—¿Qué opción tengo? —dijo.

—Bien —prosiguió Gabriella—. Después nos ocuparemos de las formalidades. Sé que es tarde y que lo que acabas de vivir es una locura, pero tengo que pedirte que me cuentes todo lo que sabes de estas personas que han estado persiguiendo a Klara.

Es probable que a ella, y puede que a ti también, la acusen de un montón de cosas. Pueden amenazar con entregaros a Estados Unidos o cualquier cosa. En este momento todo apunta a que lo que sabéis tú y Klara es nuestra única posibilidad de salir de esta situación.

George se aclaró la garganta y miró a Klara otra vez.

—¿Qué sabes tú, Klara? —preguntó—. ¿A qué se debe toda esta historia?

Gabriella le puso una mano en el hombro a Klara antes de que dijera nada.

—Créeme, George —dijo Gabriella—. En este momento es mejor que no conozcas todos los detalles. Pero si voy a tener que resolver esto de alguna forma, necesitaré saberlo todo.

George asintió. Sacó una mano de debajo de la manta y se secó la nieve derretida de las mejillas antes de dirigirse otra vez a Gabriella.

—Vale —dijo alzando lo bastante la voz como para superar el ruido del motor y del mar—. La cosa es así.

Y se lo explicó todo. Reiper. Merchant & Taylor y la cena en el Comme chez Soi. La casa en la Avenue Molière y la noche en que Reiper lo había obligado a colaborar. Le habló de su época en Gottlieb y el acuerdo que Reiper le había enseñado. Le habló de la incursión en el despacho de Klara y de Kirsten y de Josh. Del jet privado y Arkösund. De la conversación con el servicio de emergencia. De cómo estuvo a punto de ser ejecutado antes de reducir a Kirsten. Toda aquella noche terrorífica que le parecía tan lejana a pesar de que aún no había terminado.

Gabriella lo interrumpió en algunas ocasiones para pedirle más detalles o que repitiera alguna parte, nombres y la hora en que había contactado con el servicio de emergencias. Como un auténtico abogado pendenciero.

Cuando hubieron terminado, George se sentía sorprendentemente tranquilo. Por primera vez desde que había comenzado todo aquello no estaba solo. Permanecieron un rato en silencio escuchando el motor y el mar. La nieve les repiqueteaba en la cara.

George tragó saliva y titubeó.

—Lo que ha pasado en la isla —empezó—. Reiper y Josh y toda la banda. ¿Están muertos?

—No nos hemos quedado a mirar —dijo Klara—. Pero eso espero, desde lo más hondo.

Tras unos cuantos minutos más, el anciano aminoró la marcha y se asomó por encima de la consola de mando.

—¡Klara! —gritó—. Casi hemos llegado. ¿Estáis preparados?

Klara asintió con la cabeza y se volvió hacia George.

—Aquí Gabriella cambiará de barco —dijo—. Tú te quedas conmigo, ¿de acuerdo?

George asintió.

—De acuerdo —contestó—. No es que tenga otros planes, precisamente. ¿Adónde vamos?

Klara miró a Gabriella, que negó con la cabeza.

—Díselo cuando ya me haya ido —dijo—. Es mejor si yo no sé adónde vais.

El anciano puso el barco a sotavento junto a un par de islotes oscuros. Aquí el mar estaba singularmente tranquilo, una diferencia abismal respecto a hacía unas horas. Más al fondo apareció de pronto una luz solitaria pero intensa. El corazón de George dio un brinco.

—¡Allí! —gritó, y se puso de rodillas para señalar.

La manta le cayó de los hombros sin que se diera cuenta.

—Hay alguien allí. ¡Una luz!

Klara lo cogió de la mano y lo hizo sentarse de nuevo.

—Tranquilo —dijo—. Es nuestra señal.

Levantó una lámpara morse cuadrada y maltrecha y mandó un par de ráfagas de luz a modo de respuesta. El anciano ya había cambiado el rumbo en dirección al foco intermitente.

Cuando Klara hubo terminado con su intercambio en morse se acercó a la proa y buscó la amarra. Al cabo de pocos minutos más estaban al lado de un viejo barco faenero cuyos mejores días habían quedado bastante atrás. En la cubierta de proa había un hombre enorme vestido también con impermeable.

—¡Klara! —gritó—. ¡Cago en Dios! ¿Cómo andáis?

—Estamos bien —respondió Klara—. Pero creo que es mejor que no hablemos de nada. Gabriella se pasa contigo, ¿de acuerdo?

—Claro, claro —dijo el gigante—. Pero ¿adónde vais?

El chico tenía un acento tan fuerte que George tuvo que pegar la oreja para entenderlo. ¿*Östgötska*? ¿Era así como se llamaba aquel dialecto?

—Lo mismo, Bosse, es mejor que hablemos más adelante. Gabriella tiene que llegar a Estocolmo lo antes posible. Máxima discreción. ¿Puedes encargarte de ello?

El gigante se rio cloqueando y se asomó por la borda para agarrar a Gabriella de la cintura. Con un rápido movimiento la levantó y la pasó en volandas a su barco.

—¿Máxima discreción? —dijo—. Ese es mi estilo, ya lo sabes, Klara. Por cierto, hola de nuevo, Gabriella.

—Hola —contestó Gabriella.

Klara levantó una pequeña funda de ordenador y se la pasó a Gabriella.

—Vale —dijo esta—. Te llamo en cuanto pueda.

Empezó a empujar para apartarlos del barco faenero.

—No tan deprisa —dijo el gigante—. Tengo a alguien más para vosotros. Es terca como una mula.

Del puente de mando salió una mujer mayor, el pelo largo y casi blanco recogido en una coleta. Acarició a Gabriella en la mejilla.

—¿Cómo estás, Gabriella? —preguntó.

Gabriella asintió con la cabeza y abrazó a la anciana.

—Bien —respondió—. Todo saldrá bien.

—Me alegro —dijo la mujer—. Ve con cuidado, ¿eh, cariño?

En la mano la anciana llevaba una cesta que le pasó a Klara antes de cambiar de barco con imprevisible agilidad.

—Mi pequeña princesa —dijo acercándose a Klara—. ¿No te creerías que te dejaría celebrar la Navidad sin mí? Me he traído lo imprescindible para la cena. Solo un poco de ensalada de arenque, jamón ahumado y mosto de cerveza. Y el aguardiente de tu abuelo, por supuesto.

—¡Eso es porque tú no te lo querías dejar! —dijo el anciano.

George vio a Klara depositar con cuidado la cesta en el suelo antes de levantarse y caer en brazos de la anciana.

—Abuela —sollozó—. Te quiero, te quiero.

23 de diciembre de 2013

Norra Rimnö, Suecia

Klara se subió la suave manta de lana por estrenar hasta la barbilla y apoyó la cabeza en el regazo de su abuela. El sofá blanco era tan blando que se preguntó cómo podía siquiera aguantarla y el calor del hogar le enrojecía las mejillas.

Las manos secas de su abuela le acariciaban la frente y el pelo. George se había metido en uno de los tres dormitorios pequeños y se había dormido en el acto en cuanto habían llegado al cobertizo de barcos de la playa occidental de la isla Norra Rimnö. La abuela le había puesto otra manta nueva por encima y había cerrado la puerta con cuidado al salir.

El cobertizo de barcos era grande y pertenecía a una familia de Estocolmo que lo había comprado hacía un par de años y había invertido mucho empeño y una gran suma de dinero en renovar el piso de arriba y convertirlo en un apartamento al estilo Nueva Inglaterra. Paredes barnizadas de blanco, almohadas azul marino y mantas de Lexington. Un par de remos en cruz colgaban en una de las paredes. Lo único que faltaba era una foto enmarcada de la familia Kennedy.

Si Klara no se hubiera encontrado en un estado de ligero *shock* le habrían entrado ganas de vomitar.

Un amigo de su abuelo tenía llaves del cobertizo para echarle un ojo durante las cincuenta semanas al año que la familia no estaba en el archipiélago. En este momento era, a pesar de la decoración, un escondite perfecto hasta que... Bueno, ¿hasta cuándo? Klara no tenía fuerzas para pensar en ello. No podía darle vueltas a todo lo acontecido y en cómo iba a terminar. Lo único que quería era quedarse tumbada en aquel sofá maravilloso, en ese maravilloso calorcito, con las manos de su abuela haciéndole caricias en la frente. Si la vida se quedaba en aquel instante, ya sería más de lo que jamás habría podido desear.

Aun así no se podía dormir, no podía relajarse, no conseguía que la preocupación y todas las preguntas la dejaran en paz ni tan solo por un instante. La última semana había sido demasiado. Todo había cambiado para siempre. Todo se había convertido en traición y muerte. Secretos que abarcaban tanto que no se podían agarrar. Mahmoud estaba muerto. Klara todavía no se había permitido asimilarlo del todo. Y el norteamericano. De nuevo se le disparó el corazón. Era demasiado.

Klara abrió los ojos despacio y se liberó del abrazo de su abuela. La manta cayó al suelo cuando se incorporó en el sofá.

—Abuela —dijo.

Su abuela se volvió para mirarla. La habitación estaba a oscuras pero con las

brasas del hogar su piel blanca parecía brillar por dentro.

—¿Sí, Klara? —contestó.

—El americano —continuó Klara—. ¿Cómo podía estar el abuelo tan seguro de que conocía a mi madre? ¿Era porque llevaba el colgante? Quiero decir, se lo podría haber dado cualquiera.

En lugar de decir nada, su abuela se levantó del sofá sin hacer ruido, como un gato, y cruzó el suelo de madera blanca hasta la cesta con comida de Navidad que había traído consigo. Se agachó y sacó lo que parecía un sobre viejo, amarillento.

De vuelta en el sofá, se sentó junto a Klara otra vez y la tomó de la mano. Meticulosa, le puso el sobre en la otra.

—Klara —dijo—. Querida Klara.

Su abuela respiró hondo. «Esos ojos —pensó Klara— no esconden nada».

Poco a poco soltó la mano de su abuela y abrió el viejo sobre. Dentro había una sola fotografía. Era firme y brillante, como si la acabaran de revelar o como si la hubieran revelado tiempo atrás y la hubieran conservado al vacío. Klara tragó saliva.

La foto estaba sobreexpuesta, bañada en luz, y en ella se veía a un hombre que estaba sentado a la sombra en un gran balcón, una terraza. En su regazo sostenía a un bebé muy pequeño, envuelto en una mantita azul claro hecha a mano. El hombre entornaba los ojos para hacer frente quizá a un sol muy intenso y parecía que estuviera intentando llevarse una mano a la cara para cubrirsela. Pero el fotógrafo se le había adelantado.

Pelo oscuro, espeso. Tez de color oliváceo. Un labio superior torcido y pómulos altos y asertivos que le otorgaban un aspecto tanto sensible como autoritario. En la mesa que el hombre tenía delante había un cenicero medio lleno y un paquete rojo de cigarrillos con letras cirílicas. Al fondo asomaba una hilera de casitas de alquiler de color arena que casi parecían transparentes bajo el intenso sol.

No cabía ninguna duda de que la persona de la foto era una versión más joven del hombre al que Klara le había sujetado la mano mientras perecía en el islote.

Klara levantó la cabeza y miró a su abuela. No sabía qué decir.

—Dale la vuelta —dijo la anciana.

Klara titubeó, de pronto insegura de si quería saber más, de si su corazón podría aguantar más cosas. Al final giró la foto. Había una frase escrita con letra clara y exacta: «Klara y su padre, Damasco, 25 de junio de 1980».

24 de diciembre de 2013

Estocolmo, Suecia

Gabriella salió del metro en la plaza de Östermalmstorg. Bosse le había buscado un amigo que la llevaría a Estocolmo. «Máxima discreción», tal como había dicho. En algún lugar dobló la campana de una iglesia. Candelabros de adviento en cada ventana. Guirnaldas y decoración de Navidad. Una fina capa de nieve. Era como aterrizar en otro mundo. Un mundo donde todo estaba en silencio, quieto, elegantemente iluminado y libre de conflictos y muerte. Las calles estaban vacías. Lo único que había era un taxi.

—Feliz Navidad —dijo el taxista cuando Gabriella se subió al asiento de atrás.

Increíble pero cierto: hoy era Nochebuena. Gabriella se limitó a asentir con la cabeza y a darle la dirección.

El taxi no tardó ni diez minutos en llegar a Djursholm. Se cruzaron con siete coches y algún que otro autobús en todo el trayecto. Quizá aquel era el momento con menos gente en la calle de todo el año. Poco antes de las siete de la mañana el día de Nochebuena.

Gabriella le pagó al taxista. Musitó un «Feliz Navidad» en vistas de que el hombre no parecía dispuesto a dejarla ir sin al menos haberle deseado eso. Las máquinas quitanieves no habían limpiado las calles y el taxi dejó un solitario rastro de huellas en la nieve virgen cuando comenzó a alejarse por la calle Strandvägen prácticamente en silencio.

Si un par de días atrás, cuando Gabriella se había presentado en la casa de Wiman, el edificio le había parecido un tanto fantasmal, ahora le resultaba irrisoriamente acogedor. Una gruesa capa de nieve esponjosa cubría el seto, la parcela de césped, el caminito que llevaba al portal. Cuando abrió la verja con cuidado, la nieve de la parte superior le cayó en las manos. Era ligera y limpia como el aire. La iluminación de la fachada estaba encendida pero las ventanas estaban a oscuras, excepto por los candelabros de adviento, distribuidos de forma simétrica.

Gabriella se sintió llena de calma. Concentrada. Registró todo el entorno pero estaba centrada en su tarea. Era ahora o nunca: no había vuelta atrás. No había alternativas. Había llegado el momento.

Las ventanas de la fachada lateral estaban cálidamente iluminadas. «La cocina y uno de los salones», sospechó Gabriella. La nieve crujió bajos sus pies cuando subió los cuatro escalones y llamó al timbre. No pasaron más de dos segundos antes de que

la puerta se abriera de par en par. Una niña de unos cinco años, con pelo rubio y una bata rosa, estaba plantada bajo el ojo de buey del recibidor.

—¿Quién eres? —preguntó la niña.

—Me llamo Gabriella —dijo esta—. ¿Está... tu abuelo... o tu tío o lo que sea... en casa?

—El abuelo no se ha vestido todavía —contestó la niña.

No hizo ningún ademán ni de avisar a un adulto ni de dejar pasar a Gabriella.

—¿Sabes que hoy es Navidad? —continuó.

—Sí —respondió Gabriella—. Lo sé. Pero necesito hablar con tu abuelo.

—Estoy despierta desde las cinco. ¿Sabes por qué lo sé? Lo sé porque había un reloj en mi calcetín. ¿Quieres verlo?

Alargó la muñeca, en la que llevaba un pequeño reloj de plástico rojo.

—¿Maria? —dijo una voz familiar desde el interior de la acogedora casa—. ¿Maria? ¿Ha llamado alguien al timbre?

—Es una chica con el pelo rojo —respondió Maria.

A sus espaldas Gabriella vio que se acercaba alguien que debía de ser Wiman. No le fue fácil reconocerlo. No llevaba el pelo relamido, como de costumbre, sino revuelto y sorprendentemente cano. En lugar de las agresivas gafas de montura metálica llevaba unas de carey, más robustas y redondas. Y en vez de ir en uno de sus clásicos trajes de Zegna iba tapado con una bata de color vino con flecos y una W bordada en oro en el bolsillo del pecho. Por debajo del dobladillo de la bata asomaban dos piernas blancas y desnudas.

—¿Gabriella? —dijo Wiman.

Se pasó las manos por el pelo en un intento infructuoso de darle algún tipo de estructura a su peinado matutino.

—Es Navidad, por el amor de Dios. ¿Qué haces aquí?

Su tono de voz era igual de contenido que de costumbre. Igual de autoritario y acostumbrado a ser obedecido. Pero sus ojos esquivaron los de Gabriella y sus manos parecían tener vida propia, pasando de alisarle el pelo a tirar del nudo que le cerraba la bata.

—Tenemos que hablar —dijo ella—. Ahora.

Cuando Wiman entró en la biblioteca llevaba una pequeña bandeja con dos tazas humeantes de café y bollos de azafrán. Una luz casi imperceptible comenzaba a caer sobre el estrecho de Värtan. Gabriella estaba sentada en una de las sillas delante de la estufa de cerámica, inmóvil en el cálido resplandor del fuego. De otra parte de la casa llegaba el murmullo de un programa infantil de televisión.

—Bueno, Gabriella —dijo Wiman—. Para serte sincero, no me parece que una visita en casa el día de Nochebuena sea la forma más natural de una abogada adjunta

de mostrar que es una potencial accionista.

Mismo tono de voz. Misma ironía paternal. Pero no tenía ningún efecto en Gabriella. Ya no podía recordar lo que sentía al temer y al mismo tiempo desear ganarse su respeto. Era como si todo el mundo hubiese sido sacado de contexto. Como si se hubiera roto un hechizo. Se volvió hacia él muy despacio.

—¿Por qué? —dijo—. O bueno, la verdad es que me importa una mierda por qué. La verdad, no me entra en la cabeza que lo hicieras. Tú, precisamente.

Wiman dejó la bandeja en la mesita que había delante de la estufa. La misma a la que se habían sentado hacía apenas unos días en lo que ahora a Gabriella le parecía otra época, otro mundo.

—¿Que hiciera el qué? —preguntó Wiman y se sentó enfrente de Gabriella, en el mismo sillón que la última vez. La miró con un tranquilo interés en los ojos—. ¿De qué crimen tan horrible me he hecho culpable?

Gabriella se detuvo. Esa mirada. No era la mirada de un Judas.

—Tú eras el único que sabía que Klara iba a volver a Suecia —dijo—. Solo tú y yo. Tú eras el único que sabía que ella quería volver a Sankt Anna.

Wiman arqueó las cejas e hizo un gesto invitando a Gabriella a probar los bollos de azafrán. Luego le dio un sorbo al café caliente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Se inclinó hacia delante y la miró a los ojos. Había en ellos un brillo que Gabriella jamás había visto antes. Un brillo cálido, de genuina simpatía. Gabriella había estado tan segura. Le había parecido tan evidente que Wiman la había vendido de alguna manera. Pero ahora sentía que esa certeza poco a poco se estaba diluyendo en su interior.

—Klara volvió ayer a casa —empezó, calmada—. Fuimos a Arkösund en coche y luego continuamos por el archipiélago.

Era como si no pudiera parar. Como si estuviera obligada a contarle, a ponerle palabras a lo que acababa de suceder. De la forma más objetiva y exacta que pudo fue soltando todo lo acontecido las últimas veinticuatro horas.

—Me habría gustado que me hubieses llamado —dijo Wiman cuando al final ella se quedó callada.

Se inclinó y le volvió a llenar la taza a Gabriella.

—¿Habría cambiado algo? —preguntó ella.

—Seguramente, no —respondió él—. No sé mucho más que tú. Solo que los sabuesos de la Säpo no creen que tu amiga sea una terrorista. Después de que vinieras el otro día estuve investigando un poco. Me puse en contacto con algunos amigos de la policía secreta pero también con personas de... ¿cómo decirlo? Círculos más influyentes.

—¿A qué te refieres? —dijo Gabriella.

—La cúpula política. El gobierno. No importa. Tu amiga se ha metido en un fregado realmente turbio. No es culpa suya, en absoluto. Por lo visto tu amiga tiene algún tipo de información que a algunos norteamericanos les gustaría mucho recuperar, si lo he entendido bien.

Gabriella sorbió el café caliente y asintió despacio con la cabeza.

—Y ¿tu amiga tiene esa información? —continuó Wiman.

Gabriella respiró hondo y se reclinó en el sillón.

—Se podría decir —contestó.

—Y ¿tú tienes algún plan? Porque ¿qué vais a hacer? En este asunto se mezclan intereses muy poderosos, no hace falta que te lo cuente.

—Tenemos un plan —dijo Gabriella—. Uno jodidamente frágil.

Gabriella se despertó porque alguien había abierto la puerta de la biblioteca.

Se incorporó en su asiento y se mesó el pelo de forma instintiva. Por Dios, ¿se había quedado dormida? ¿En mitad de todo esto? El fuego casi se había apagado. ¿Cuánto rato había estado durmiendo?

En el umbral de la puerta estaba la nieta de cinco años de Wiman, Maria, la que le había abierto a Gabriella por la mañana.

—¿Vas a celebrar la Navidad con nosotros? —preguntó—. Puedes, si quieres. Van a venir mis primos. Tienen un caballo. Una vez me...

—Maria. —Era la voz de Wiman—. Te he dicho que dejaras dormir a Gabriella.

—¡Pero estaba despierta! —protestó Maria.

La niña se cruzó de brazos y puso morritos. Wiman se agachó y le susurró algo al oído que la hizo soltar un grito de alegría y salir corriendo de la estancia. Había algo tierno y condescendiente en esta versión casera de Wiman que era totalmente incompatible con el rígido abogado que Gabriella conocía. El hombre entró en la biblioteca y se sentó en el sillón de al lado.

—Te has quedado dormida —dijo—. Después de la noche que has pasado me ha parecido bastante razonable no despertarte. Además, vas a necesitar tu descanso.

—¿Qué quieres decir?

Cuando Gabriella le había contado el plan que tenían ella y Klara, primero Wiman se había mostrado escéptico. Después se había ofrecido a hacer todo lo que estuviera en sus manos, usar todos sus contactos para intentar hacerlo funcionar. Era lo último que Gabriella se había esperado. Que Wiman se mostrara leal.

—Mientras tú dormías he estado trabajando. Me he cobrado algunos favores y he tenido que pedir algunos, si te soy sincero. Pero, por lo que parece, tendrás tu oportunidad. Un avión está cruzando el Atlántico. Lleva a bordo a alguien con poder de decisión. Alguien de la CIA. Estarán aquí dentro de...

Wiman se quedó callado y giró la muñeca para consultar la hora.

—Dentro de siete horas.

24 de diciembre de 2013

Norra Rimnö, Suecia

Al final Klara dejó la foto en su regazo y alzó la cabeza. En el cobertizo reformado la oscuridad había comenzado a ceder ante un lento y gris amanecer. La abuela de Klara estaba agachada delante de la estufa francesa poniendo con esmero otro leño en el rescoldo. La corteza chisporroteó antes de que el fuego se reavivara.

—Entonces, ¿él también traía la foto consigo? —dijo Klara.

Su abuela se levantó despacio y se sacudió una falsa ceniza de los pantalones de pana desgastados antes de dirigirse a Klara.

—No.

Parecía triste. Atrapada. Completamente perdida.

—No entiendo —dijo Klara—. ¿De dónde ha salido la foto?

Su abuela se sentó en la punta del sofá en el que Klara todavía estaba recostada. Lo más lejos posible. Miraba atenta a su nieta, como registrando hasta el menor gesto de su cara.

—Tu abuelo y yo hemos tenido la foto durante muchos años —dijo al final—. Ha estado metida en ese sobre en el cajón de mi ropa interior desde que nos la envió el Ministerio de Asuntos Exteriores junto con otras pertenencias de tu madre, unos meses después de su muerte.

Klara sacudió la cabeza en un intento de entender la situación. Quizá la última semana había sido realmente demasiado para ella. Era como si no pudiera encajar las piezas.

—¿Estás diciendo que has tenido esta foto todo el tiempo? —dijo—. ¿Que la has tenido guardada en un cajón? ¿La foto de mi padre? ¿Todo este tiempo?

La abuela de Klara asintió en silencio sin dejar de mirarla.

—Me temo que sí —respondió.

—¿Y no se te ha pasado por la cabeza enseñármela? ¿Te creías que no me interesaba? Tú me has visto mirando las fotos del desván. ¿No se te ocurrió que me habría gustado saberlo?

Las palabras comenzaron a encallarse. No le quedaban fuerzas. Demasiados caminos de traición.

—Lo siento —dijo su abuela—. No sabía qué era lo correcto. Eras tan pequeña, estabas tan y tan sola. Y nosotros, tu abuelo y yo, supongo que siempre te hemos considerado nuestra y de nadie más. Como nuestra hija.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. No hizo ademán de enjugársela.

Klara alzó la vista para mirarla. Nunca la había visto llorar.

—No sabía cuándo enseñarte la foto. ¿Cuando tenías cinco? ¿Diez? ¿Quince? ¿Veinte? Primero eras demasiado pequeña y después yo tenía tanto miedo de que te sintieras desconcertada, de que te sintieras decepcionada, supongo. Con él. Con nosotros, por no haberlo localizado.

—O sea, que era más fácil mentir.

Klara se arrepintió de su tono de voz antes incluso de que las palabras salieran de su boca. Su abuela no apartó la mirada. Sus ojos azules al alba.

—Sí —dijo—. Era más fácil mentir. No sabía adónde nos llevaría la verdad.

24 de diciembre de 2013

Estocolmo, Suecia

En el vestíbulo de Radisson Blu Waterfront reinaba un ambiente navideño contenido. Algunas familias expectantes, de nacionalidades variadas pero pertenecientes a la misma clase media-alta que vestía Ralph Lauren, estaban repartidas en los sofás de madera de haya. Un árbol de Navidad enorme con bolas en una discreta escala de grises se fusionaba con el entorno comercial y los colores pizarrosos de la arquitectura. De fondo alguien cantaba *Baby, It's Cold Outside* a un volumen perfecto.

Gabriella ni siquiera estaba a medio camino del mostrador de recepción cuando por el rabillo del ojo vio a Anton Bronzelius levantarse de una butaca y acercarse a ella. Iba sin afeitar pero por lo demás tenía exactamente el mismo aspecto que hacía unos días.

Cruzó su mirada con la de Gabriella e hizo un gesto de cabeza primero a la izquierda y luego a la derecha, como para decirle que no estaba solo en el vestíbulo. Gabriella paseó con cuidado la mirada por la sala y se percató de que parte de aquella acomodada clase media no estaba aquí de vacaciones sino que eran compañeros de Bronzelius. Tragó saliva. «Madre mía —pensó—, casi no tenemos nada para darles».

—Feliz Navidad —dijo él.

Se inclinó para darle un abrazo a Gabriella al mismo tiempo que le susurraba al oído:

—Dame tu teléfono en el ascensor.

—Feliz Navidad —respondió ella, y se retiró para que el abrazo no pareciera forzado.

Su cuerpo comenzó a liberar adrenalina hasta casi cegarla, apenas se dio cuenta de que Bronzelius la estaba llevando hacia los ascensores. Quería su teléfono, tal como Wiman había augurado. Eso podía significar que la primera parte del plan había cuajado. O que él la había engañado. Gabriella no tenía fuerzas para pensar en ello. No tenían otra opción.

Se percató de que Bronzelius volvía a hablar. En un tono diferente, más claro y formal. Una voz apropiada también para los micrófonos.

—Vamos a subir a la séptima planta. Allí te encontrarás con mis compañeros norteamericanos. Toda la planta está restringida y te cachearán antes de dejarte entrar en la suite.

Se metieron en el ascensor. En cuanto se cerraron las puertas Bronzelius le hizo un gesto para que Gabriella le entregara el teléfono. Ella hizo lo que le pedía. Que

fuera lo que Dios quisiera.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta siete, Bronzelius murmuró algo en su microauricular y las puertas se abrieron en silencio. La gruesa moqueta ahogaba el sonido de sus pasos y la ausencia de ventanas hizo que Gabriella se desorientara. Era como entrar en otra dimensión.

Delante de una puerta al fondo del pasillo había dos hombres grandes con el pelo corto y traje oscuro. Había algo en sus rasgos toscos y antipáticos, su ropa holgada y suelta pero aun así formal, que hizo comprender a Gabriella que eran americanos con un simple vistazo.

—Dame tu bolso y ponte mirando a la pared —dijo uno de los guardias en inglés cuando Gabriella y Bronzelius se acercaron.

Gabriella miró a este de reojo, quien se encogió de hombros y asintió con la cabeza. El hombre le pasó el bolso a su compañero y cacheó a Gabriella de forma minuciosa.

—Estás limpia —dijo, y se apartó.

Su compañero sacó el MacBook de la funda y se lo entregó a Gabriella.

—El resto me lo quedo hasta que hayas terminado —dijo.

Después murmuró algo en su micrófono y sacó una tarjeta blanca que pasó por el cerrojo electrónico de la puerta. Con un pitido metálico esta se desbloqueó y el hombre bajó la manilla para dejar entrar a Gabriella.

En el amplio salón de la suite había una mujer sola en una moderna butaca giratoria de color rojo. A su espalda, al otro lado de una espectacular pared de cristal, asomaba el maravilloso paisaje de la ciudad vestida de invierno. Gabriella tenía la sensación de que con tan solo estirar el brazo podría tocar el ayuntamiento, colmado de una capa de nieve virgen al otro lado del ventanal.

La mujer debía de rondar los sesenta, quizá un poco más. Era rubia, bajita y delgada, llevaba una chaqueta seria de color azul marino, pantalones a juego y un top blanco. El maquillaje era apagado, natural y serio, y llevaba un corte de pelo cotidiano, masculino y efectivo. Tenía un aire de anonimato. Era una funcionaria, una directora de oficina. Alguien con quien haces el mismo trayecto de metro cada mañana durante diez años sin percartarte de su existencia.

Mientras Gabriella se acercaba despacio al conjunto de sofás la mujer la inspeccionó con atención. Sus ojos grises eran escudriñadores y sorprendentemente joviales. Un atisbo de curiosidad, como salida de la soledad y la responsabilidad, podía intuirse en sus pupilas. Gabriella oyó el chasquido metálico de la puerta al cerrarse.

La mujer se puso de pie con un movimiento grácil, lento, fluido. Se acercó a la ventana y le dio la espalda a Gabriella.

—Estocolmo es una ciudad hermosa —dijo—. No puedo entender cómo no he venido antes.

—¿Tú eres Susan? —preguntó Gabriella.

Cambió de pie. Sujetaba fuerte el ordenador con las manos. Todo había pasado muy deprisa. Esta situación era tan repentina, tan decisiva.

—Sí —dijo la mujer—. Soy jefa para Oriente Medio en la CIA. Yo soy la responsable de todo a lo que tú y tu clienta habéis estado expuestas. Lo lamento, francamente. Es muy triste que os hayáis visto metidas en todo esto.

Gabriella no dijo nada, solo tomó asiento en uno de los sofás. Susan dio media vuelta para darle ahora la espalda a la vista sobre el ayuntamiento e inspeccionó de nuevo a Gabriella.

—Supongo que ese es el ordenador que lo ha desencadenado todo —dijo.

Gabriella se inclinó sobre la mesita de centro de cristal para coger una de las botellas que allí había. De repente se le había secado tanto la boca. Abrió una Fanta y dio un trago largo directamente de la botella.

24 de diciembre de 2013

Norra Rimnö, Suecia

Aquel paraje tan gris. El archipiélago y su eterno amanecer de invierno, su penumbra constante. Las olas todavía rompían contra las rocas al lado del embarcadero nuevo y firme del cobertizo de barcos, pero la tormenta había amainado, había continuado al este, había dejado a Klara a solas con lo que quedaba. El recuento. Grandes copos de nieve continuaban cayéndole encima allí donde estaba, en cuclillas, con la espalda pegada a la fachada recién pintada. No quedaba nada de lo que ella siempre había tomado como la Verdad. Nada de la persona que Klara pensaba que era. No oyó a George hasta que lo tuvo al lado.

—Feliz Navidad, supongo —dijo.

Klara volvió la cabeza. Su cara todavía tenía un aspecto horrible. Inflamada, llena de heridas y sangre coagulada.

—Feliz Navidad —susurró ella.

Él le dio una manta. Una de las nuevas de la casa Klippan que abundaban en la casa. Ella la cogió y se la pasó por los hombros.

—¿No vas a entrar? —preguntó George—. Tu abuela está desconsolada ahí dentro.

Klara escondió la cara en la suave lana de la manta.

—No puedo más —murmuró.

—Ha sido una noche larga —dijo él—. Una semana larga. Una semana jodidamente larga. Pero aquí fuera vas a morir congelada. No sé qué ha pasado entre tu abuela y tú. Y no sé cuánto tiempo tenemos, pero ¿no te parece que una tostada con jamón sería la hostia, a pesar de todo?

—No tengo hambre —respondió Klara.

—Se entiende —masculló él y se acomodó a su lado.

Klara notó cómo el brazo de George se deslizaba con cuidado por sus hombros, poco a poco se fue afianzando hasta que al final la agarró del hombro para abrazarla contra su cuerpo caliente. Ella se dejó hacer. Dejó caer la cabeza sobre su cuello. El sonido de las olas. Los copos de nieve. Klara no hizo nada por ahogar las lágrimas que brotaron de sus ojos.

Cuando al final se separó de George, ambos estaban casi cubiertos de una fina capa de nieve virgen. Klara se la sacudió del pelo y se levantó. George siguió su ejemplo. Ella vio cómo le castañeteaban los dientes por el frío.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

Klara negó en silencio.

—¿Quién sabe? —dijo—. Gabriella ha quedado con su contacto de la Säpo. Llamará a Bosse cuando sepa algo. Después él nos llamará a nosotros.

La puerta que daba al embarcadero se abrió y el abuelo de Klara salió con dos tazas humeantes en las manos.

—Klara —dijo—. Querida mía, entra, no cojas una pulmonía.

Dio un par de pasos en el embarcadero nevado y les ofreció las tazas. El dulce olor del vino caliente y las especias típicas del *glögg* llenó el aire. George aceptó de buen grado la taza y el abuelo alargó la mano y acarició a Klara en la mejilla húmeda.

—Hagas lo que hagas, lo haces mal —dijo—. Es lo único que aprendes en la vida.

Klara cogió la taza e inclinó la cabeza hacia su mano seca, notó el calor en la cara. Luego negó con la cabeza.

—No habéis hecho mal —dijo—. No hay ni bien ni mal. Hicisteis lo que considerasteis mejor. Siempre lo habéis hecho todo por mí.

Su abuelo la acercó hacia sí. Olía levemente a *glögg*, café y aguardiente. A su lado George empezó a toser.

—¡Por Dios! —dijo—. ¿Qué lleva este *glögg*?

El abuelo lo miró con una sonrisita pícara en los labios.

—Mitad *glögg*, mitad Especial del Archipiélago —dijo—. Bosse no es el único que tiene acceso a aguardiente de primera aquí fuera.

24 de diciembre de 2013

Estocolmo, Suecia

El dulce refresco no fue de gran ayuda. Gabriella sentía la garganta pegada con cola. Carraspeó en un intento de aclarársela. Dio otro trago.

—Sí —dijo al fin—. Este es el ordenador.

Se inclinó y lo empujó por la mesita de cristal hacia Susan. Al mismo tiempo se abrió una puerta en la pared corta del salón y un hombre de la edad de Gabriella salió del corazón de la suite. Tenía el pelo castaño y expresión seria, vestía un traje oscuro y arrugado. Camisa blanca pero sin corbata.

—Este es uno de mis compañeros, que comprobará que realmente es el ordenador —dijo Susan.

La garganta de Gabriella volvió a cerrarse.

—Vale —dijo—. Está protegido con una clave de acceso. Ni siquiera sabemos qué hay ahí dentro.

Se mesó el pelo en un gesto nervioso. Pensó que debía tomar las riendas de la situación, de sí misma. Que empezaría a sospechar si no se tranquilizaba.

—Puede ser —dijo Susan—. Es muy probable que sea así. Pero me temo que todavía nos quedan muchas cosas que revisar contigo y tu clienta. Habéis experimentado cosas a las que no deberíais haber estado expuestas. Y aunque no sea culpa vuestra, no deja de ser un problema.

Susan lo dijo de una manera que lo hizo sonar como una amenaza. Sus ojos eran huecos, vidriosos y fríamente calculadores. Era tal como había presagiado el americano en el islote. Si no tienes nada con qué negociar, pierdes tus derechos.

El hombre del traje arrugado echó un vistazo rápido a Gabriella antes de abrir la pantalla y apretar el botón de encendido.

Gabriella cerró los ojos. Era demasiado. Ese estrés era demasiado intenso. Oyó el repiqueteo de los dedos del hombre en el teclado. Se reclinó en el sofá. ¿En qué momento se les había pasado por la cabeza que ese plan iba a funcionar?

Cuando cesó el sonido de las teclas Gabriella abrió los ojos despacio, solo un poco, como si no se atreviera del todo a captar lo que estaba sucediendo, el resultado que aquello tendría. El hombre tenía la frente arrugada. Sus ojos pequeños y desconcertados saltaban por la pantalla como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Al cabo de unos segundos giró la pantalla hacia Susan y miró a Gabriella.

—¿Esto es una broma o qué coño pasa? —dijo.

Gabriella se incorporó en el sofá. Miró de reojo a la puerta por la que había entrado hacía apenas unos minutos. ¡Vamos!

—¿Cómo es posible? —oyó que decía Susan—. ¿No os habéis dado cuenta de la gravedad del asunto, después de todo lo que os ha pasado? ¿Qué cojones quieres decir con esto?

Susan no parecía ser una mujer que soltara tacos a la primera de cambio. Giró la pantalla para que Gabriella también pudiera verla. Sobre fondo blanco pudo leer en letra gruesa y roja: «¡QUE OS JODAN, CERDOS FASCISTAS!», ocupando toda la pantalla. Si la situación no hubiera sido tan tensa Gabriella se habría puesto a reír. La tal Blitzie era exactamente como Klara la había descrito. Antes de que Gabriella tuviera tiempo de decir nada se oyó el sonido de una tarjeta deslizándose en la cerradura electrónica de la suite. La puerta se abrió un poco y uno de los guardias asomó la cabeza.

—Uno de los contactos suecos afirma tener una llamada para vuestra invitada.

El hombre señaló a Gabriella con la cabeza. Ella no podía respirar. Era como si hubiera olvidado cómo se hacía. De alguna forma logró abrir la boca y sacar unas pocas palabras.

—Si queréis una explicación —graznó— será mejor que me dejéis coger la llamada.

Después ya no pudo decir nada más, se limitó tan solo a señalar torpemente la puerta. Había contado con mostrarse más chula llegado el momento. Pero el estrés, la falta de sueño y todo lo que había en juego la superaban, la arrojaban a un mar infinito donde ya no tenía el control de nada. No le quedaba más opción que fluir, dejarse llevar por la corriente.

Susan la miró confusa. Parecía que se hubiera abierto una fisura en su fachada pulida e inteligente.

—¿Una llamada? —dijo—. ¿Estás de broma?

—No —contestó Gabriella—. No estoy de broma. Si quieres tu puta información tendrás que dejarme coger esa llamada.

Susan negó con la cabeza y le hizo una señal al hombre del traje arrugado para que saliera del salón. Él se levantó y desapareció por la puerta por la que había entrado.

—Vale —dijo Susan—. Pero aquí dentro y en altavoz.

Gabriella se encogió de hombros.

—Como quieras.

Gabriella se puso de pie y avanzó hasta el vigilante, que fue a su encuentro con el teléfono en la mano. Se encontraron en medio del salón y Gabriella cogió el móvil.

—En altavoz —dijo Susan.

Ella también se había levantado, un velo de estrés o de inseguridad se había corrido sobre sus ojos fríos. No había salido como ella había planeado. Pero al mismo tiempo se la veía tranquila. No debía de ser nada nuevo para ella tener que hacer

ajustes sobre la marcha. Gabriella apretó el botón del altavoz.

—Sí —logró decir en inglés—. Soy Gabriella. Estás en altavoz.

Hubo unos segundos de silencio, como si los dos interlocutores no supieran quién debía empezar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriella al final—. ¿Cómo ha ido? ¿Has conseguido...?

—Es de lo más repugnante —la interrumpió una débil voz femenina y metálica—. Lo que hay en este ordenador es realmente asqueroso. Cadáveres y torturas o no sé cómo decirlo. Vídeos y fotos. Tampoco he tenido tiempo de mirar gran cosa. Pero esto está lleno de pura mierda, eso está clarísimo.

—Entonces, ¿has conseguido la clave? —dijo Gabriella.

Tenía la sensación de estar saliendo de su cuerpo, como si lo viera todo desde arriba, desde fuera. La suite y Susan y a sí misma con el teléfono en medio del salón. Era irreal.

—Sí, sí —dijo Blitzie—. Obvio. Al introducir la clave en tu ordenador se me ha enviado automáticamente. Solo he tenido que introducirla otra vez en este. Pim, pam. ¿Qué hacemos ahora?

Gabriella miró a Susan, que le hizo un gesto para que colgara el teléfono.

—Te llamo —le dijo a Blitzie—. No hagas nada con la información, ¿me oyes?

—No tengo tendencias suicidas —respondió Blitzie y cortó la llamada.

Susan se sentó en el mismo sillón que antes sin decir nada. Gabriella miró por la ventana. Ya casi estaba oscuro del todo y había empezado a nevar un poco. Allí fuera estaba haciendo una Nochebuena preciosa.

—Puede que hayáis hecho una maniobra astuta —dijo Susan—. Puede que si esa información sale a la luz sea por un bien común. Nosotros no lo habíamos aprobado, te lo puedo asegurar. Fue un error. Una operación que descarriló.

Había una especie de pesadumbre en ella. Como una rendición.

—Pero nos sumirá en el caos —continuó—. Empezando por Afganistán. Luego nosotros. Luego todo el mundo árabe. Si esas imágenes son tan terribles como le parecen a tu amiga, ¿qué van a hacer sino odiarnos cuando se hagan públicas?

Se quedó callada un momento, pensativa.

—Y os sumirá en el caos a vosotras. A ti, pero sobre todo a Klara Waldéen y a tu amiga del teléfono. Sé que no es culpa vuestra, que os habéis visto arrastradas por la situación y que os habéis limitado a jugar el juego tal como os han obligado. Y puede que aun así hayáis alcanzado los mejores resultados a los que podíais aspirar. Os habéis apañado por un rato más. Pero cuando las imágenes se hagan públicas ya no habrá nadie que os pueda proteger. Las fuerzas implicadas son demasiado poderosas. Aunque lo ocurrido no hubiera estado aprobado no podemos tolerar que ese tipo de material salga a la luz sin que haya consecuencias incluso para vosotras. ¿Lo

entiendes? Os quedaréis sin derechos en cuanto salga el material. Es más, ya los habéis perdido.

Las palabras del americano en el islote. En cuanto no tengáis con qué negociar perderéis vuestros derechos. No les deis lo que quieren.

—Si sale a la luz —apuntó Gabriella.

Susan se inclinó hacia delante en el sillón y la miró directa a los ojos.

—¿Disculpa? —dijo—. ¿Cómo dices?

—He dicho que eso que describes, el caos, las consecuencias, es efecto directo de si el material se publica, ¿no es así?

Susan asintió en silencio y miró perpleja a Gabriella.

—¿Sí?

—Pero no vamos a publicarlo —dijo Gabriella—. Ahora no. Vamos a proteger la información. Nos encargaremos de que esté tan repartida que no podáis atraparla jamás. Pero si descubrimos que nos estáis persiguiendo le daremos al botón para que todo salga a la luz. Ni siquiera pienso mirar los archivos. Klara tampoco. No queremos saber. Y no queremos ser responsables del caos. Queremos sobrevivir. Queremos dejar esto atrás.

Era una idea insólita pensar que una quinceañera de Ámsterdam fuera la única persona que había visto las fotos y los vídeos que podían hacer que gran parte del mundo se alzara y declarara una revolución, o peor aún. Gabriella miraba a Susan, su cara de cansancio, su poder tradicional, los miles de secretos que debía de ocultar. ¿Podía permitirse perder el control?

—¿Podéis confiar en vuestra amiga?

Gabriella se encogió de hombros.

—Eso espero, sinceramente.

Susan asintió con la cabeza.

—No sé qué otra opción tengo —dijo—. No queremos que esa información salga. En especial ahora.

Guardó silencio, parecía estar pensando.

—¿Qué puedo decir? —preguntó al final—. Supongo que tendremos que cruzar los dedos para que vuestra amiga sea de fiar. Creo que eres consciente de lo que pasará si no es así.

Se quedó callada. La sombra de una sonrisa pasó por su cara.

—El equilibrio del terror —dijo—. La amenaza de una destrucción mutua. Nunca pensé que se podría emplear para describir la relación entre Estados Unidos y un par de juristas suecas. Pero, por lo que parece, los tiempos han cambiado. El equilibrio del terror.

Susan se levantó y le tendió la mano a Gabriella, quien titubeó antes de estrecharla.

—Cuéntame cómo lo habéis hecho —dijo—. Esta magia del final. Mi compañero ha comprobado el número de chasis del ordenador y coincide con el que hemos perdido. Pero aun así no es el mismo ordenador. A lo mejor soy vieja, pero no entiendo cómo lo habéis hecho.

—Nuestra amiga cambió los discos duros —explicó Gabriella—. Cogió un ordenador igual y le cambió las entrañas. Así que ahora la información está guardada en el otro ordenador. En el que tenemos aquí instaló un programa que le ha enviado la clave de acceso que habéis introducido mediante un emisor que lleva dentro. Una tarjeta 3G normal y corriente, creo. Cuando le ha llegado la clave solo ha tenido que usarla para meterse en el disco duro original. Pim, pam, como ella ha dicho.

—Realmente, es otra época —comentó Susan.

—Tenemos otra condición —añadió Gabriella—. El americano que llegó ayer al islote. Klara tiene que saber todo lo que necesita saber sobre él.

De pronto Susan parecía triste, humana.

—Siempre hay tantas cosas en juego todo el tiempo —dijo—. Tanto, que perdemos de vista a la gente. Tanto, que al final pierden importancia.

Sacó un bolígrafo del bolsillo y apuntó algo en una nota que le entregó a Gabriella.

—Pídele que se ponga en contacto conmigo cuando tenga fuerzas. Se lo contaré. Es lo mínimo que puedo hacer por ella. Es lo mínimo que puedo hacer por él.

26 de diciembre de 2013

Estocolmo, Suecia

George estaba titubeando en la penumbra del portal de la casa de su padre, en la calle Rådmanngatan. En el espejo del ascensor pudo comprobar que su aspecto ya no parecía tan sacado de una película de terror, pero aun así le faltaba mucho para recobrar su semblante habitual.

Por teléfono, cuando George lo había llamado a última hora para explicarle lo del accidente de coche que le había impedido llegar a tiempo a Nochebuena, su viejo había pasado de mostrar primero irritación a luego una inesperada preocupación teñida de ansiedad. Para asombro de George, incluso había tenido que convencerlo para que no tomara el primer vuelo que hubiera para bajar a verlo al hospital en Bruselas, donde supuestamente estaba ingresado.

En realidad se había pasado las horas en un piso del barrio de Vasastan, a apenas quince minutos de paseo de la casa de la familia. Allí era adónde los habían llevado, primero en helicóptero desde el archipiélago de Estocolmo y luego con escolta policial, después de que Gabriella les hubiera asegurado que había conseguido cerrar un trato de lo más extraño.

George había asumido que jamás llegaría a entender a qué se había debido todo aquel asunto. Klara y Gabriella habían sido muy cuidadosas al respecto. Algo sobre un ordenador. Vídeos. El gobierno de Estados Unidos. Era todo lo que había conseguido rejuntrar. La verdad, prefería no saberlo. Algún tipejo de la Säpo incluso le había pedido disculpas por lo que había sucedido. Un error colosal. No le cuentes nunca a nadie el episodio que acabas de vivir. Dejó en el aire lo que podría pasar si se le ocurría irse de la lengua. Una amenaza vaga sin pronunciar.

Pero no importaba. No había ningún riesgo de que George fuera a hablar con nadie. Lo único que quería era olvidar. Algo que el insomnio y las pocas horas de sueño envenenado no le habían permitido hasta el momento. Mirara donde mirara veía la cara destrozada de Kirsten. Cualquier sonido repentino le parecían disparos.

Respiró hondo y llamó al timbre. No pasaron ni dos segundos antes de que la puerta se abriera de golpe y apareciera su viejo con los brazos extendidos.

—¡George! —dijo—. ¡El hijo pródigo!

Lo abrazó de una forma que George no recordaba que lo hubiera hecho jamás. Al final el viejo se apartó para inspeccionarlo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Estás fatal! Entra y ponte una buena copa de armañac. Puedes beber, ¿no? Bueno, qué más da, necesitas un trago. ¡Ellen! ¡Ponle un trago largo a George! ¡Nunca he visto a nadie que necesitara tanto una copa!

El viejo lo llevó hasta el salón, donde toda la familia —como de costumbre cada Navidad— estaba amontonada en los sofás. El árbol de Navidad de Elsa Beskow estaba en la esquina de siempre con las velas encendidas. La mesa estaba recargada de suculencias y en el hogar había un fuego que ardía con tanta intensidad que George se preguntó si la chimenea estaba preparada para un calor así.

Los hermanos mayores y los cuñados se apelotonaron a su alrededor para inspeccionarle las heridas, hacer como que le daban golpes cariñosos en el estómago, chincharlo por ser tan mal conductor y para preguntarle por el Audi. Ellen insistió hasta lograr endosarle un plato de pavo con todas las guarniciones.

Al final estaba hundido en un sofá con un plato de queso y una copa de oporto al lado. La familia se había marchado o retirado a las entrañas del piso. Se sentía saciado y entrado en calor, soñoliento por primera vez desde la horrible víspera de Nochebuena. Apenas habían pasado tres días desde que se había ensañado con Kirsten y escapado al islote con la lancha. Tres días desde que había matado a dos hombres.

Y esto de la Navidad. El ambiente acogedor y familiar. Todo esto que hasta la fecha siempre había despreciado. De repente no tenía defensas contra ello. De pronto le parecía que era como dejarse caer en un baño de agua caliente después de haberse muerto de frío. Reclinó la cabeza y se permitió disfrutar de la sensación de calma y seguridad.

—¿Duermes?

George abrió los ojos y vio a Ellen, ya en bata, en el umbral de la puerta. El fuego se había apagado en el hogar pero todavía quedaba un débil rescoldo que bañaba la estancia de tonalidades cálidas.

—Bueno —dijo George.

El dulce oporto hacía que se le pegara la lengua al paladar seco. Hizo un esfuerzo para incorporarse. Sí que se había quedado dormido.

—Hemos dicho de esperar con tus regalos de Navidad hasta mañana para que puedas recuperarte un poco —dijo Ellen—. Pero ayer llegó un paquete por mensajería. He pensado que a lo mejor te gustaría ver qué es.

Le alargó un paquete cuadrado de DHL. La curiosidad brillaba en sus ojos. George estiró un brazo y lo cogió. Era un cubo perfecto un poco más pequeño que una caja de zapatos. Su corazón comenzó a palpar y de pronto la cabeza le comenzó a dar vueltas por el pánico.

—Gracias, Ellen —dijo—. Después le echaré un vistazo.

—Claro —respondió ella—. Como tú prefieras.

Se marchó del salón un tanto decepcionada.

George dejó el paquete en la mesita de centro y se lo quedó mirando. Había llegado ayer. Después de que todo hubiera terminado. Fantasías salvajes comenzaron a arremolinarse en su cerebro exhausto. Era una bomba. Iban a borrarlos a todos del mapa para que no pudieran decir ni mu de lo que sabían.

Pero el paquete no pesaba demasiado. Si era una bomba no podía ser muy potente. Además, ¿no tenían mejores métodos para matar a alguien que una carta bomba?

Al final la curiosidad le ganó la batalla al miedo. Con un movimiento decidido levantó el paquete y le arrancó el plástico de protección.

Dentro había una caja de madera de cerezo. Una placa de plata en la cara frontal. George notó que se le aceleraba el pulso, no de miedo, sino de expectación. «Officine Panerai», ponía en la placa. Abrió la tapa como quien hace una reverencia.

Sobre un lecho de terciopelo azul marino había un Panerai 360 M Luminor. A George se le cortó la respiración. La caja de color negro carbón. Las cifras autofluorescentes ligeramente amarillas. El diseño minimalista. La correa de cuero claro con cierres toscos. George tuvo que pestañear para asegurarse de que no se lo estaba inventando. ¿Cuánto podía costar aquel reloj? ¿50 000 dólares? ¿Más? Si es que aún se podía conseguir. Solo se habían fabricado trescientos ejemplares.

Cuando George pudo respirar con normalidad otra vez vio que había un sobrecito en el terciopelo, al lado del reloj. Lo abrió y sacó una nota doblada por la mitad. Era escueta, escrita a mano y en inglés:

George:

Solo una muestra de nuestro agradecimiento. Bien está lo que bien acaba. Esperamos verte de nuevo en la oficina no más tarde del 3 de enero.

La nota estaba firmada por Appleby. George cerró la tapa de la caja con un golpe y se recostó en el sofá con los ojos cerrados. Merchant & Taylor. Appleby. Por lo que había pasado. A lo que lo habían expuesto. Quedaba descartado que fuera a volver a la oficina en Square de Meeus. Descartado.

Lentamente volvió a incorporarse en el sofá. Se inclinó sobre la caja y entreabrió el estuche del reloj. Por la ranura pudo comprobar que allí dentro estaba todo. Certificado de autenticidad. Correa de recambio. Pequeñas herramientas en una bolsita. Abrió del todo la tapa con cuidado y alargó la mano para tocar el cristal transparente de la esfera.

Sin prisa alguna sacó el reloj del terciopelo y lo levantó al resplandor de las brasas. Estudió los tornillos y la inscripción de atrás.

Al final, por probar, se lo puso en la muñeca. El suave cuero y el acero negro y frío de la caja del reloj sobre su piel. El calibrado perfecto del peso. Le quedaba como si estuviera hecho expresamente para él, solo para él.

No pudo evitar la sonrisa que asomó en sus labios. El calor que se esparció por todo su cuerpo. El orgullo. La erección. ¿No se merecía esta vida ahora más que nunca?

1 de abril de 2014

Washington D. C., Estados Unidos

Klara apoyó la cabeza en la ventanilla sucia del taxi. Arvo Pärt sonando en los cascos. *Spiegel im Spiegel*. Pasadas las fiestas se había pasado los días tumbada en la cama en casa de sus abuelos escuchando la canción veinte, treinta, cuarenta veces al día, una y otra vez. Con la mirada fija en el techo, solo había salido del cuarto para hurgar un poco en el plato de comida o para ir al baño. Le había sacado la tarjeta SIM al teléfono para no tener que hablar con Gabriella ni con ninguno de sus amigos pasajeros de Bruselas. Oficialmente quemada por el trabajo y dada de baja.

Había perdido la cuenta de cuántos días había pasado así. Quizá un par. Quizá una semana. Solo la música y las miradas inquietas de sus abuelos.

Al final, como era de esperar, no había conseguido evitar a Gabriella. Un día la tuvo allí sentada en el borde de la cama otra vez. Un poco más preocupada que de costumbre. Un poco mayor. Haciendo caso omiso de las protestas de Klara y sin importarle su furia anémica la había sacado de la cama.

Tras obligarla a ponerse ropa de abrigo, primero la había arrastrado escaleras abajo, la había sacado por la puerta y la había bajado al barco donde su abuelo, su abuela y Bosse ya la estaban esperando. Y luego la habían obligado tanto a ella como a sí mismos a volver al islote de Smuggelskär. Para recuperar el archipiélago, como había dicho su abuelo. Para erradicar el miedo. Para recuperar el poder sobre los recuerdos.

Se habían quedado una tarde. Nada de lo que allí había recordaba a la horrible víspera de Nochebuena. Ni sangre. Ni cuerpos. Ni orificios de bala. Nada. No era más que un pequeño islote cubierto de nieve en mitad del mar. Bosse había encendido la cocina de gasóleo y había preparado café. Apenas se habían dicho nada.

Pero después todo había sido un poco más fácil. Más gracias a Gabriella, que había cogido las cuestiones prácticas por los cuernos. Se había puesto en contacto con Eva-Karin Boman, se había presentado como representante jurídica de Klara y había renunciado al trabajo en su nombre después de sacarle a Eva-Karin pagarle un año de sueldo de indemnización. Gabriella era chula. Mucho más chula que Klara. Gabriella había vuelto al trabajo antes de Nochevieja. Como nueva socia del bufete. La socia más joven de la empresa. Quizá la más joven de Suecia.

Cuando Klara por fin logró salir de la cama hizo lo mejor que pudo para

mantenerse de pie. Primero intentó hacer cosillas en la casa. Preparar la comida con su abuela. Salir en barco con su abuelo.

Al cabo de alguna semana había conseguido ponerse la ropa de ciudad y bajado con Bosse a la capital. Había empezado por la localidad de Söderköping para no sucumbir ante la fuerza total de la civilización. Había comprado algunos libros de bolsillo y había comido pizza en la calle Skönbergagatan. Se había paseado por el paisaje de invierno y había dejado que la normalidad recuperara el espacio. Por la tarde había cogido el autobús para ir sola al cine en Norrköping. Una comedia deplorable. Pero casi consiguió hacerla sentir viva de nuevo.

Y pasadas unas pocas semanas más había subido un fin de semana a Estocolmo para visitar a Gabriella. Habían ido de compras a Nikita Karpin y Nitty Gritty. Habían salido a cenar ostras y carne en un nuevo bistró. Después, unas copas y unos manoseos con un publicista barbudo en un sofá del Riche. Se habían reído. Se habían emborrachado un poco. Habían vuelto a casa caminando a trompicones junto al agua helada y con un perrito caliente del 7-Eleven en la mano. Poco a poco había comenzado a acostumbrarse a la normalidad, a la maravillosa vida.

Pero cuando regresó al archipiélago, todo lo que había vivido volvió a venírsele encima. Era como si no lograra desprenderse de la decepción. La traición de su padre, la de Cyril y, más que ninguna otra, la suya propia. Hiciera lo que hiciera no se quitaba de la cabeza la idea de que era ella la que había hecho que mataran a Mahmoud. Era ella la que había hecho que mataran a su padre.

Pero no podía continuar así, no podía seguir tirada en la cama en su cuarto de adolescente y machacarse, machacarse, machacarse. La única manera de evitarlo era mantenerse activa.

A mediados de marzo se había puesto en contacto con Lyset, antiguo profesor suyo y director de tesis de Mahmoud, y habían quedado para almorzar en el mercado de Saluhallen de Upsala.

Estaba como siempre. Pelo cano y espalda erguida. Un corazón blando que ocultaba con habilidad tras una fachada de cigarrillos Camel sin filtro. Había entendido perfectamente que había algo más detrás de la muerte de Mahmoud que esa historia que la prensa había soltado después del trabajo de relaciones públicas que habían hecho Bronzelius y sus colegas. No habían podido engañar a Lyset con que Mahmoud, a través de su trabajo, se había puesto en contacto con una red de terroristas en la que intentaba infiltrarse con motivo de su investigación. Que eso había llevado a su heroica muerte. Pero Lyset no quería sacarle información a Klara, lo cual ella agradeció. Y el hombre no había titubeado a la hora de permitir que ella terminara la tesis de Mahmoud.

Así que había vuelto a Bruselas para organizar la mudanza. Se había buscado un

piso de una habitación en Luthagen y había ocupado el despacho de Mahmoud. Podía sonar enfermizo. Quizá no era lo más habitual como estrategia para superar un luto. Pero era lo que tenía que hacer.

Y así, al final, cuando el hielo del río Fyris hubo desaparecido casi del todo al otro lado de la ventana del despacho, cuando en Upsala comenzaban a rebrotar las fiestas de Valborg y los bailes de primavera, Klara sacó el papel con la dirección de correo electrónico de la mujer que se hacía llamar Susan.

Le pidió al taxista que parara junto a la estación de metro de Smithsonian. Cuando abrió la puerta sintió el azote del primer calor de verano. The Mall estaba verde y lleno de gente haciendo *footing* y tomando el almuerzo. Eran sus primeras horas en Estados Unidos. ¿Cómo no había estado nunca aquí? Todo le resultaba tan familiar. Se quitó los auriculares para dejar que el nuevo mundo la envolviera sin ningún filtro.

No tardó más de treinta minutos en plantarse delante de Capitol Hill. Un vistazo rápido a la aplicación de mapas del teléfono. Dio un rodeo por Independence Avenue, alrededor del edificio del Congreso y después a la izquierda por First Avenue. El olor a verano, perritos calientes y cebolla de los vendedores en las esquinas. Hombres y mujeres en traje que se apresuraban por la calle de camino a la siguiente reunión importante, o sin sentido. Era desconcertante. Seis meses antes habría sido ella. Eran otros tiempos. Otra vida.

Y al final lo tuvo ahí, justo delante. El Tribunal Supremo de Estados Unidos, blanco y altivo como un templo romano.

Klara la vio de inmediato. A la izquierda, a medio camino en las escaleras. Sola, pequeña y pálida. Insignificante. Nadie en quien te fijes. Tal como ella misma había descrito en su *mail*. Klara miró el techo inclinado del edificio. «Justicia igualitaria bajo la ley». ¿Había elegido Susan este lugar de encuentro en un gesto de ironía?

Klara subió las escaleras y se sentó en un escalón más arriba que la mujer en dirección oblicua.

—Bienvenida a Washington —dijo Susan sin darse la vuelta.

Su mirada parecía estar clavada en la fachada posterior del edificio del Congreso. Klara no dijo nada. Era como si ya no supiera dónde estaba.

—Este año el verano se ha adelantado —dijo Susan.

Klara asintió con la cabeza.

—Eso parece.

Susan respiró hondo.

—Bueno —dijo—. ¿Qué quieres saber?

Alrededor de las dos mujeres se oía la ciudad, el tráfico, alguna sirena. Klara se

inclinó hacia delante y llenó los pulmones con aire de verano. Había llegado la hora.

—¿Quién era? —preguntó.

Al principio Susan parecía no haberla oído. Después se volvió lentamente para mirar a Klara. Sus ojos eran grises como las rocas del archipiélago, como ceniza, como cuchillas de afeitar.

—Le gustaba nadar —respondió.

Notas

[1] En inglés, «propenso a los cambios de humor; malhumorado». [*N. del T.*]. <<

[2] Palabra, jerga o, en general, cualquier otro elemento que identifica a un individuo como perteneciente a un grupo. [*N. del T.*]. <<